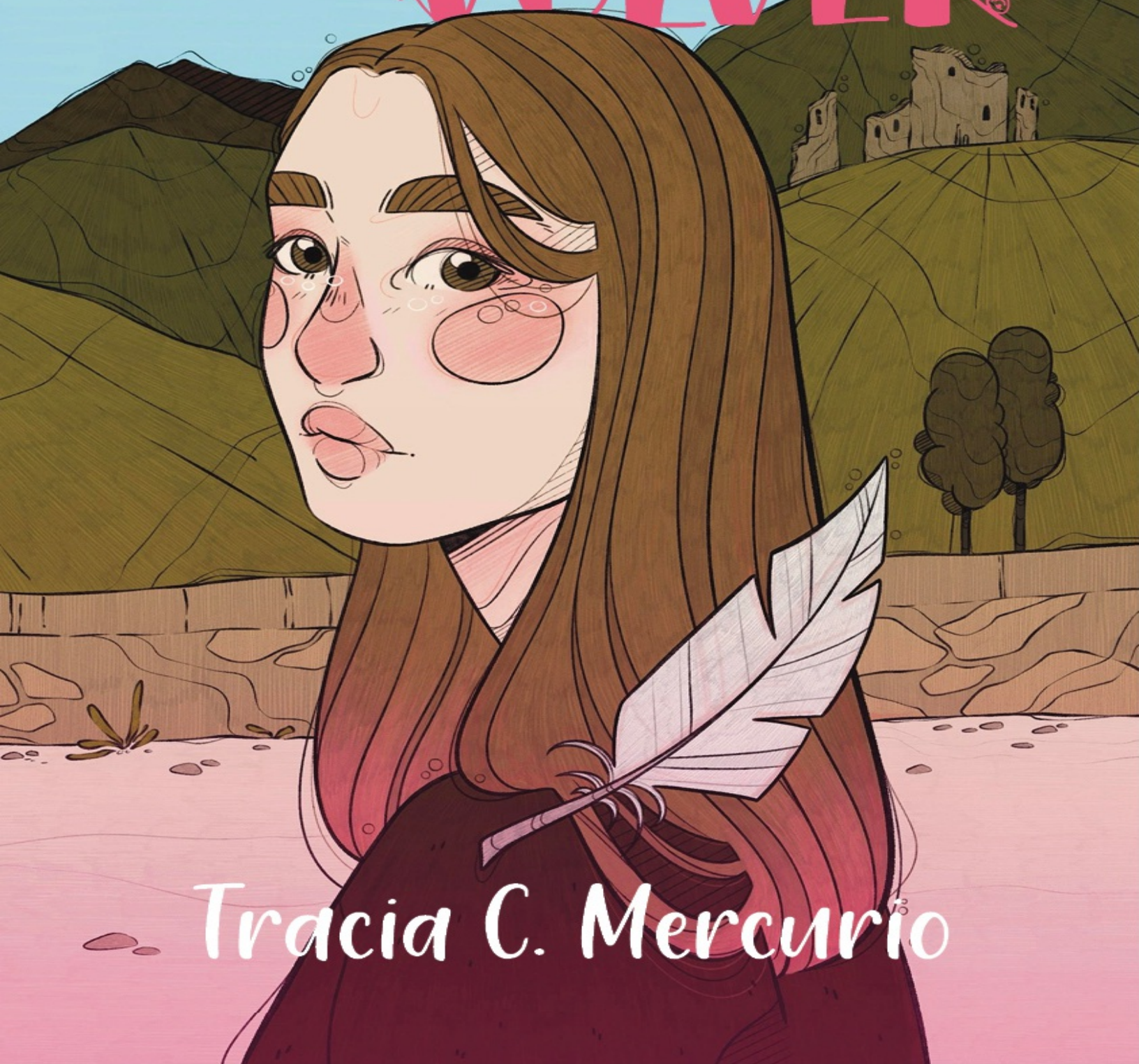


TODAS MIS RAZONES PARA VOLVER



Tracia C. Mercurio

Publicado en junio de 2024

Título original: Todas mis razones para volver

Autora: Tracia C. Mercurio

Diseño y maquetación:

Noemí Cambronero Castillo

Ilustración de portada: Vanessa Cebrián

Imágenes del interior: Designed by pikisuperstar en Freepik

Este libro está registrado. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización del autor, con excepción de la prevista por la ley.

Si deseas ponerte en contacto con las autoras puedes hacerlo a través de:

E-mail: tracia.c.mercurio@gmail.com

linktr.ee/traciacmercurio

TODAS MIS
RAZONES
PARA VOLVER

Tracia C. Mercurio

*Para todas aquellas a las que
un día una persona querida les dijo:
amiga, date cuenta*



MIERDA DEL ÁNGEL

Mi vida se ha terminado.

Es una realidad que tengo que aceptar, por mucho que me duela. Al menos durante el próximo año.

Estamos al principio del verano, los días son largos y el calor lleva apretando unas semanas en la gran ciudad. Aunque eso ya no debería importarme porque yo, Aura Carrasco, me mudo a un pueblo de montaña en contra de mi voluntad.

Antes de montarme en el coche estaba segura de que empezaría a olerme a estiércol a cien kilómetros de distancia y me habría atrevido a decir que incluso a doscientos. Mi madre suele tomar malas decisiones con respecto a su vida en general: casarse con mi padre, haberme tenido muy joven, oponer a profesora de secundaria (con lo mal pagados que están), aceptar un puesto de directora de instituto sin muchos recursos y, por encima de todo, aceptar que ese instituto en concreto estuviese en un pueblucho perdido en mitad de la nada.

Como si no hubiera suficientes centros en Madrid donde poder seguir malgastando su vida, pero no la mía. Porque lo mejor que le puedes hacer a una estudiante de bachillerato es, sin duda, sacarla de su clase para que estudie el último curso antes de la universidad en un sitio nuevo, con profesores nuevos y compañeros nuevos.

A pesar de mis quejas, mi madre decidió que ya era hora de cumplir su sueño y mudarse al campo a enseñar en el entorno rural, rodeada de bosques, con aire puro y todas esas tonterías sin sentido. Amenazó con ello cuando nos pasamos varios meses encerradas por la pandemia, pero jamás pensé que lo llegaría a cumplir. Ahora nos encontramos en su viejo Peugeot, con la parte de atrás cargada hasta el techo con los restos de nuestra vida anterior, de camino a la montaña. Un año más y no podría haberme obligado a ello, pero con diecisiete recién cumplidos no me quedaba otra. «Toda resistencia es fútil».

O algo así.

Intento verlo por el lado positivo, no tendré que coger el Metro cada mañana porque el pueblo tiene instituto propio, al que por lo visto acuden alumnos de otras poblaciones de alrededor, demasiado pequeñas para tener su propio centro de secundaria. Mamá me contó que les traen en un autocar por las mañanas y les devuelven a la salida a sus casas.

Vaya movida.

Mierda del Ángel (así rebauticé al pueblo) tiene unos cuantos bares y no sé qué más. No he querido leer nada al respecto porque cada vez que lo pienso me deprimó. También es verdad que, con dos mil habitantes, me pregunto si compensa tener abierto cualquier clase de negocio que no sea de primerísima necesidad. ¿Biblioteca? Espero que sí. ¿Piscina? Tendré que investigarlo. ¿Cines? Ya te digo yo a ti que no.

Para mi desgracia, hace un buen rato que hemos dejado atrás la autovía para meternos por

carreteras secundarias y no parece que el recorrido vaya a mejor.

Lo único de lo que me he asegurado es de la presencia de internet en la casa, aunque nadie se ha atrevido a decirme que dispondré de cobertura en todas partes. Tendré que decir adiós a los ratos muertos mirando TikTok. Cuando se lo dije a mi madre tuvo la audacia de responder que así podría aprovecharlos para hacer algo productivo. No es posible hacer cosas productivas sin 5G.

—Cielo, puedes cambiar la música, si te apetece.

Intenta sobornarme porque llevamos un buen rato escuchando Héroes del Silencio y debe sentirse culpable por arrastrarme al infierno con su grupo favorito y no el mío. En realidad, es un bonito detalle por su parte, no quiero terminar asociando mis canciones preferidas al peor momento de mi vida.

Sin decir nada, desconecto su móvil y enchufo el mío. Tengo que elegir una música adecuada para la situación, algo que refleje mi verdadero estado de ánimo, así que pincho un clásico de una diva indiscutible.

El viejo sistema de sonido empieza a reproducir «*Look what you made me do*» de Taylor Swift. Subo el volumen justo cuando mi madre pone los ojos en blanco. Ha captado el mensaje. Bien, misión cumplida.

Agarra el volante con decisión y practica un poco de respiración consciente, para calmarse la mente y evitar echar leña al fuego en nuestra conversación. Se cree muy discreta, pero me estoy dando cuenta. La mujer tiene una paciencia extraordinaria, tal vez este sea el viaje donde por fin esté alcanzando su límite. He pasado todo el camino de morros mirando por la ventana y, cuando he hecho un comentario, me he asegurado que fuese lo más hiriente posible.

El coche vuelve a tomar otro desvío que nos lleva por una carretera más estrecha que la anterior. Hace un buen rato que a nuestro alrededor solo hay montaña, salpicada con algún otro pueblo ocasional. La carretera que acabamos de dejar atrás contaba con dos carriles; esta solo con uno. Miro el navegador del móvil para comprobar que estamos en la dirección correcta. No lo estamos.

—No le hagas caso al cacharro, cielo. Estoy tomando un atajo que me conozco. ¡Estamos cerca!

Ahora soy yo quien pone los ojos en blanco. Ella ha estado un par de meses yendo y viniendo para empezar los papeleos administrativos y gestionar el grueso de la mudanza, así que lo del atajo debe ser verdad.

—Qué bien —ironizo, mientras mi mirada se queda pillada en un cartel a mi derecha.

Se trata de una señal de madera con una cabra pintada a un lado y una flecha al otro, para indicar que en el siguiente desvío se encuentra el camping «Pozas del Carnero». Creo que ya he oído hablar de este sitio.

—¿Qué te parece? —me pregunta con una leve sonrisa en el rostro—. Lo han vuelto a pintar hace poco, pero han respetado el diseño original. ¿A que es pintoresco?

—Una auténtica *paletada* —respondo, aunque es mentira. Sí que me parece bonito. La cabra es peluda y le han pintado dos ojitos saltones debajo de sus cuernos enroscados—. ¿Aquí es donde venías con los abuelos?

Ella asiente y pone esa cara que lleva paseando desde que empezó a planear en serio lo de venirnos a este pueblo. No paro de insistir en que sus ideas son fruto de la nostalgia y que se arrepentirá de haberse venido aquí en cuanto se le acabe su suministro de «*The Tea Shop*». A ver si se cree que le van a hacer envíos hasta un sitio como este. Mi madre es de esa gente que solo ha pisado un pueblo para pasar unas breves vacaciones cada cierto tiempo (yo también, pero me

gusta pensar que tengo más sentido común que ella), y solo le ve el lado romántico.

—Era un sitio divertidísimo —cuenta con su voz soñadora—. Los abuelos siempre reservaban una cabaña, pero mucha gente traía su tienda de campaña o su autocaravana.

Mi madre me vuelve a contar, como si no lo supiera, que pasó la mayor parte de veranos de su infancia y adolescencia en la mencionada cabaña, junto con otros urbanitas con ganas de reconectar con la naturaleza que lo rodeaba todo. He visto mil fotos de ese camping en los álbumes familiares que adornan las estanterías de la casa de mis abuelos.

—No sé cómo será ahora, pero antes tenía tres calles principales con construcciones de madera que contaban con una pequeña cocina y un par de habitaciones. Los baños y las duchas eran comunitarias. Tenía un pequeño bar y un restaurante en el que la gente del pueblo y los veraneantes iban a comer paella los domingos. Por las tardes, cuando bajaba el calor, salíamos por la parte de atrás y bajábamos a la poza a bañarnos.

—Seguro que estaba fría...

—¡Estaba helada! Bajaba directamente del nacimiento del río en la montaña.

La cara de entusiasmo de mi madre hace que no quiera seguir con la conversación, aunque ella continúa hablando como si nada. Cuando pasamos por delante del camino que señala el desvío para entrar al camping, echo un vistazo disimulado. Una pista forestal de tierra prensada baja la montaña y mi mirada la sigue, mientras mi madre continúa charlando, hasta que vislumbro por dónde vuelve a subir, en la montaña que queda justo al lado. Compruebo en el mapa del móvil que por el valle de abajo pasa el «famoso» río.

—... y a veces cogíamos la moto de uno de la pandilla y nos íbamos al pueblo, las noches que había orquesta o discomóvil. En verano siempre hay verbena.

La sola mención de la palabra me retrae cuarenta años atrás. ¿Pandilla? ¿Orquesta? Seguro que es un espectáculo de variedades (como toquen la «Mayonesa» me tiro al río y que me lleve la corriente hasta el Mediterráneo). Doy las gracias a mi yo del pasado por haberse descargado tantas horas de anime en previsión de la terrible pereza rural que me da esto.

—No pongas esa cara, Aura. Dale una oportunidad.

El entusiasmo de mi madre en ocasiones es inaguantable.

—Ni que tuviera otra opción... Podría haberme quedado a vivir con los abuelos.

—Ya hemos hablado de eso. Tus abuelos han pasado muchos años cuidando de la familia y se merecen descansar. Además, sé que solo lo dices porque están viajando por el mundo la mayor parte del tiempo. —De la radio de Spotify empieza a sonar Britney Spears y mi carcelera/madre sube el volumen—. ¡No te librarás de mí tan fácilmente!

Está claro que no, pero el año que viene cumplo los dieciocho y termino el bachillerato, así que ya he empezado a hacer mi lista de razones para volver a la ciudad en cuanto termine de soplar las velas. Voy a replicarle con una respuesta mordaz cuando el coche termina de girar por una curva cerrada y, de pronto, aparece el pueblo al fondo. Está situado en la falda de la montaña, formado por un puñado de casas arracimadas bajo lo que parecen las ruinas de un castillo. Las paredes de piedra le dan un ambiente incluso medieval, como en las películas, con las tejas rojizas que brillan bajo el sol de la tarde y le dan un toque cálido a toda la zona rodeada de verde.

—¡Bienvenida a Fuente del Ángel! —grita con entusiasmo genuino.

Me quedo muda nada más verlo. Por un segundo, entiendo cómo mi madre pudo enamorarse de este lugar. Bajo la ventanilla y dejo que el viento entre en el coche. Hemos llevado puesto el aire acondicionado desde que salimos, pero aquí no va a hacer falta, el frescor de la montaña hará que los veranos no sean tan insoportables como en Madrid. Los inviernos sí deben de ser fríos,

pero ya llegará el momento de pensar en eso. El aroma a bosque también se hace notar, huele a flores que no sé reconocer, pero hay montones de ellas creciendo salvajes por el borde de la carretera donde, además, no han dejado de aparecer desde varios kilómetros atrás las señales de «Peligro, animales sueltos». Es a esta altura donde aparecen por primera vez algunas vacas pastando cerca, tan tranquilas.

Parpadeo, en un intento por recuperar la cordura. Será muy bonito para visitar, pero *no quiero vivir aquí*. Es un sentimiento que he arraigado tan a fondo en los últimos meses que no puedo dejarme llevar por la belleza del momento o mamá pensará que he cambiado de opinión. Imposible.

Apenas unos minutos después, aparcamos delante de la casa. Es una construcción pequeña comparada con el resto, tiene dos pisos, muros de piedra gris, contraventanas de madera oscura y lo que parece una chimenea (si me toca cortar leña, me vuelvo andando a la ciudad).

—Vamos, entra —dice mi madre, tirándome el manojo de llaves. Lo cojo al vuelo y me lo quedo mirando. Le ha puesto un llaverito de Spider-Gwen, como si eso pudiera comprarme—. Las habitaciones están en el piso de arriba. Puedes elegir, aunque creo que ya sé cuál va a gustarte.

He dicho manojo de llaves, pero solo son dos: la que abre la puerta principal y una más pequeña, que debe ser la del buzón que tiene colgado justo al lado. Es uno de esos metálicos de color verde oliva con forma de casita y ya ha puesto nuestros nombres en él, pintados a mano.

Sin responder, me bajo del coche y abro. Nada más entrar, me sorprende el frescor que hay en el interior, como si se tratase de una cueva. Todas las contraventanas están cerradas, pero entra luz suficiente para ver que al menos tenemos muebles y un montón de cajas de mudanza. Recorro el pasillo que va hacia la escalera, asomándome para ver el salón-comedor y la cocina al lado. También hay una puerta que debe dar al patio trasero. Eso y un aseo es lo único que tenemos en esta planta.

Al subir las escaleras, encuentro otro pasillo. Al fondo del todo distingo un baño más grande, con azulejos de un color anaranjado y una cenefa antigua de florecitas. En la bañera cuelga una cortina cutre, pero me consta que mamá tiene entre sus planes cercanos instalar una mampara. Gracias.

Ha dicho que me deja elegir habitación, pero en realidad ya ha colocado las camas. La ventana de la mía da a la parte de atrás, desde donde se ve un trozo de tierra descuidado, con plantas salvajes que han crecido a su antojo y un almendro cuyas ramas llegan casi hasta la ventana. El murete que separa nuestra casa de la vecina está lleno de gatos, que me miran curiosos en cuanto me asomo. Algunos salen corriendo y los demás vuelven a ignorarme. Si no puedo ver a los gatos desde la otra habitación, es cierto que me quedo con esta.

Me dejo caer en el colchón, preguntándome cuánto tardaré en colocar todas las cajas que me rodean. No era consciente de que teníamos tantas cosas en Madrid hasta que me tocó guardarlas para la mudanza. Toda mi vida empaquetada en cartones que hemos ido tomando prestados de los negocios de alrededor de casa. Bueno, alrededor de mi *antigua* casa.

Al menos no he tenido que hacer viajes para ir trayéndolas, solo me hubiera faltado eso con todos los exámenes de final de curso.

Consulto mi móvil, la buena noticia es que es casi la hora de cenar y eso significa que este día infernal está prácticamente acabado. La mala noticia es que no hay cobertura ni internet.

—¡Mamá! —vocifero sin cuidado—. ¿Dónde está el wifi?

Me llega una respuesta desde fuera de la casa que no logro descifrar. Grito un «¿qué?», pero queda sin respuesta. Me levanto, soltando un bufido. Los muros son gruesos y no llega bien el

sonido. Estupendo.

Rehago mis pasos y llego a la puerta de la entrada. Las paredes de este sitio están vacías, sin alma. Me choca y me hace odiar aún más el lugar. En nuestra casa todas las superficies verticales estaban llenas de cuadros, póster, recuerdos de viajes, plantas colgantes y artesanías hechas por mí o por mi madre. Me causa rechazo y, de pronto, siento el impulso de darle una patada a la pared del pasillo.

—Digo que ¿dónde está el wifi?

Al asomarme por la puerta encuentro a mi madre charlando con un hombre y una mujer un poco más mayores que ella. Él es rubio aunque se está quedando calvo, ella lleva una camisa de cuadros remangada y sandalias con calcetines. ¿Qué tipo de broma es esta?

—¡Aura! —me llama mi madre con una sonrisa—. Te presento a nuestros vecinos: Helena y Alejandro. Esta es la joven mujer de quien os he estado hablando.

Mi madre tiene la mala costumbre de avergonzarme delante de otros adultos llamándome *eso*. Dice que lo hace como señal de respeto, pero no puedo evitar sentirme ridícula.

—Eva, ¿esta es tu hija? Qué maravilla conocerla. ¡Si es clavada a ti! Debes de tener la edad de nuestro hijo. —La señora da un paso adelante y le doy dos besos por cortesía, sin abandonar la cara de circunstancias—. Somos de casa Potro, por si te preguntan.

—¿Cómo?

Ella se ríe, quitándole importancia.

—Es el mote que tenemos aquí en el pueblo, no te preocupes, ya os pondrán uno a vosotras.

Antes muerta. Sigo con la sonrisa congelada en el rostro, intentando mantener la cara de póker.

—De momento somos «las nuevas», ¿eh? —bromea mi madre.

Eso ya lo tenía asumido. Nunca he sido nueva en ningún sitio porque llevo estudiando en el mismo colegio desde preescolar, así que mi mente no llega a visualizar del todo lo traumático que va a ser esto.

—Enseguida te acostumbrarás, mujer —responde el «señor Potro» o como se diga—. Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que llamar al timbre.

—Muchas gracias.

Mi madre responde con sinceridad y me da un codazo disimulado.

—Sí, gracias —digo con un tono mucho más forzado de lo que pretendía en realidad.

Los vecinos se marchan, y les veo cuchichear algo antes de entrar en su casa. *Perfecto*. Ya somos un cotilleo.

—Bueno, coge una chaqueta, que aquí, en cuanto anochece, refresca —ordena mi madre. No parece haberse enfadado por mi respuesta—. ¡Nos vamos a cenar al bar de la plaza!

Y yo todavía sin wifi.



NO HAY STARBUCKS, SOLO CASA MANOLO

Fuente del Ángel es un pueblo como otro cualquiera.

No tengo demasiada experiencia en esta materia, pero no parece el lugar que gane un premio del estilo «los pueblos más bonitos de España». Yo al menos no le daría el premio ni loca. No está mal, es de esos que sacarían en una de las películas de tarde con las que mi madre gusta de hacer la siesta. Muchas de las casas son de piedra y tienen los balcones adornados con plantas o guirnaldas de flores, aunque no en mi zona, que es un poco más «moderna».

El barrio en el que mi madre ha comprado la casa (y ha decidido con ello tirar mi vida rodando montaña abajo) está un poco alejado del centro del pueblo, al final del racimo de construcciones que se extienden por la falda de la montaña, en la parte baja del pueblo.

Por suerte, eso hace que se pueda acceder con coche sin problemas, evitando las callejuelas estrechas del núcleo. Por desgracia, me acabo de dar cuenta de que si quiero ir a alguna parte que no sea el bosque, tendré que subir una cantidad indecente de cuestas.

Las viviendas de mi «barrio», son bastante recientes, aunque en todas ellas predomina el estilo rural. Probablemente, construyeron los adosados hace poco y han querido ser continuistas con el rollo villa medieval que parece que hay en el centro del pueblo. Es un ejemplo claro de querer lograr un buen *aesthetic* y que el plan de urbanismo no tenga ni pies ni cabeza. Alrededor de la casa que ha comprado mi madre, las calles están asfaltadas normal, lo que sí es diferente es que todo está rodeado de parques. Justo enfrente hay uno con bancos, mesas de pícnic y un gimnasio urbano para ancianos que parece todavía por estrenar.

Busco a mi alrededor una tienda de ultramarinos, un quiosco, un bar, un estanco... No hay nada más allá de naturaleza, silencio y unos cuantos coches. El atardecer perezoso tiñe toda la estampa de un tono anaranjado natural.

—Se respira calma, ¿verdad? —dice mi madre con aspecto relajado, observando el panorama con una satisfacción notable.

—Sí, como en un cementerio.

Parece confusa durante un instante.

—No, el cementerio está al otro lado.

No sé si ella lo hace a propósito, pero odio profundamente cuando mis comentarios pasivo-agresivos no cumplen su objetivo.

—¡Digo que no hay nada cerca!

—Tonterías, Aura, el centro está a menos de diez minutos andando.

Su mano apunta hacia arriba, hacia una calle que sube en un grado de inclinación que debe ser ilegal y que pretende que subamos.

Cuando iniciamos el ascenso, a pesar de mis negativas, mi madre empieza a parlotear acerca de lo interesante que será su proyecto educativo del año que viene y algo de empezar a dar clases

de yoga. La verdad es que prefiero no escucharla para evitar la tentación de hacer comentarios hirientes. Sigo enfadada y subir esta cuesta farragosa no está ayudando en absoluto.

—Por cierto, los vecinos han mencionado que tienen un hijo de tu edad. Les he comentado que sería interesante que os conocierais y ellos me han dicho que le pedirán que te presentase al resto de chavales.

Me paro en seco. ¿Qué?

—¿Qué?

—Además, seguramente vaya a tu clase el curso que viene. ¿No es perfecto?

No, no lo es, dista muchísimo de ser perfecto. Es una auténtica mierda. Menuda manera de empezar. No solo voy a ser la hija de la directora, sino que además me van a tener que llevar de excursión forzada. El curso que viene será muy solitario.

—Sí, ideal —contesto haciendo una mueca.

Seguimos subiendo sin cruzarnos con nadie. No me he fijado cuándo ha sido, pero la calzada se ha transformado en un empedrado clásico de adoquines. El reloj del campanario marca las nueve de la noche y el sol parece reticente a marcharse. Giramos la calle y salimos a la plaza del pueblo.

El lugar tiene mucho ambiente, a diferencia de por donde hemos pasado. La plaza es rectangular y muy amplia, rodeada de edificios de piedra de color terroso y balcones adornados con guirnaldas. En uno de los lados hay un pasillo de soportales, desde donde distinguido al menos dos bares con unas terrazas llenas de mesas desordenadas que se extienden mucho más allá de lo que seguramente tengan permitido por el ayuntamiento.

El ayuntamiento es la edificación estrella. La fachada está iluminada por las clásicas luces naranjas que les ponen a todos los monumentos en España. Tiene dos niveles, pero no parece muy grande. Si supiera algo de arquitectura supongo que sabría apreciarlo, aunque tengo que reconocer que todo el conjunto es... bonito.

—Por ahí está el instituto —me señala mi madre.

Intento ver dónde apunta, pero antes de que pueda hacer nada, otra cosa capta mi atención. Se trata de una fuente enorme en mitad de la plaza. Tiene un ángel como pieza central, que me deja sin habla por unos instantes. La escultura está tallada en piedra gris, el nivel de detalle es alucinante, casi parece dibujada. Tiene una cara andrógina y los ojos cerrados en una expresión de calma. Lleva puesta una túnica sin demasiados pliegues. El agua fluye suavemente hacia la base desde sus pies. Las alas están plegadas, aunque se pueden distinguir los detalles de cada una de las plumas, como si todas fuesen importantes.

Me recuerdan a las esculturas neoclásicas que vi en el Louvre en aquella excursión del último curso de la secundaria. Ese último pensamiento me saca del ensimismamiento. Seguro que en el instituto de este pueblucho no haremos ninguna excursión interesante.

—Sabía que te gustaría —comenta mi madre satisfecha, casi como si haberme hecho mirar en la dirección de su futuro centro hubiera sido una estratagema para que me fijase en la escultura.

Lo admito, tengo una debilidad por el arte.

—No sé de qué me hablas.

Saco el móvil y le hago una foto a la fuente. Puede que la dibuje esta noche en mi cuaderno. Puede.

—Está bien, ¿dónde quieres cenar? —pregunta.

Miro a mi alrededor. Lo cierto es que tengo hambre, y debo decidirme entre seguir manteniendo mi pose de adolescente insoportable (que a menudo mantengo a propósito, no sea

que mi madre piense que lo tiene fácil) o rendirme ante las súplicas de mi estómago. Deberían crear una Asociación para los Damnificados por las Mudanzas que incluyese un vale de «come todo lo que quieras donde quieras». Sin embargo, no hay ningún local que me llame la atención, son todo bares de pueblo y hablar en plural, además, es ser generoso.

—No lo sé —respondo al fin—. ¿No hay un Telepizza?

Sé que no. Mi madre se echa a reír, entrelaza su brazo con el mío y me arrastra hacia el local que hay enfrente del ayuntamiento.

—Aquí no hay Telepizza ni McDonald's... ni Starbucks —dice, incidiendo en la herida—. Lo más parecido que vas a encontrar es el bar «Los Arcos». Se come bien, ya lo verás. También saben hacer café y no te cobran cinco euros por ello.

Qué graciosa es mi madre, reina del Club de la Comedia. Entramos en «Los Arcos», ese bar que tiene pinta de ser al que viene todo el mundo y que bien podría llamarse «Casa Manolo» porque es el típico bar de las viejas películas de Alfredo Landa que todavía ven mis abuelos.

—Tiene estilo, ¿verdad?

—Uy sí.

—No sea prejuiciosa —me contesta levantando una ceja—, dale una oportunidad.

Junto a la puerta hay un barril de madera sobre el que se apoya un señor que acaba de salir con un cigarrillo en la boca. Se lo enciende y le da una calada, mientras nos mira como si fuéramos alienígenas.

—Buenas —saluda mi madre.

Se me hace raro hablar a un desconocido en la puerta de un bar, hasta que recuerdo dónde estamos. El hombre le devuelve el saludo y yo hago un gesto con la cabeza. Nos sigue con la mirada y casi puedo escuchar los engranajes de su cabeza intentando comprender quiénes somos y qué hacemos allí. A lo mejor está tratando de buscarnos un mote (Por favor, no).

Al entrar nos recibe un ambiente fresco y vibrante. Las decoraciones son una mezcla de objetos modernos con una estética rural no muy conseguida, al menos no se parece a lo que me había imaginado mentalmente. No hay paredes de piedra ni luces tenues, no suena música celta o de taberna medieval.

Lo cierto es que el local está muy bien iluminado, tal vez demasiado, incluso. Las paredes son normales, pintadas de amarillo y decoradas con fotografías de lo que creo son alrededores de Fuente del Ángel. Hay algunas en blanco y negro con aspecto de ser antiguas de verdad, no solo un filtro de Instagram. No suena ningún hilo musical, pero tienen puestas las noticias en la televisión para acompañar el ambiente. Un par de pasos más allá de la puerta empieza una barra alargada, rematada con madera oscura, con un buen número de grifos en el centro. Dos camareros se mueven a lo largo mientras charlan con los locales, sentados en los taburetes.

El mobiliario es muy básico, de madera igualmente oscura. Atravesamos el pasillo que forma la barra hasta una especie de salón. El bar está tan lleno por dentro como fuera en la terraza. Me pregunto si toda esta gente vive aquí o solo son turistas.

Una señora con un delantal gastado nos recibe.

—Dichosos los ojos —saluda con entusiasmo—, la directora. ¿Qué os trae por aquí, encantos?

Mi madre establece claras nuestras prioridades: la cena. La señora se ríe de forma intrigante, con una mueca que levanta una de las mejillas. Intercambian un par de frases a las que no presto atención y después de eso la mujer nos conduce a la terraza, debajo de uno de los soportales.

No hay ninguna carta, todas las opciones disponibles están garabateadas en pizarras a la entrada del bar, justo al lado del señor que se está terminando su cigarro. En teoría, si esto es una

terrazza no debería estar fumando, pero supongo que las reglas de los mortales no aplican en estas tierras.

Un tipo, también con delantal, se nos acerca. Lleva un pendiente en la oreja izquierda y el pelo rapado. Su camiseta es de color azul marino, que me doy cuenta de que debe ser el uniforme, porque los de detrás de la barra van vestidos iguales.

—Enzo, no sabía que trabajabas hoy.

¿Qué pasa? ¿Mi madre conoce ya a todo el mundo?

—Temporada alta —dice con desgana mientras se saca una libreta del bolsillo del delantal—. ¿Qué vais a tomar?

Enzo debe tener unos veinte años, es alto y desgarbado y, como yo, no parece tener ganas de estar aquí. Me dedica una mirada fugaz. Me cae bien.

Pedimos una ración y un par de bebidas. Al parecer las bravas son típicas de este sitio, por una salsa especial que hacen a mano. No es que me interese demasiado el trabajo manual, pero sí sé apreciar unas buenas bravas.

Al poco, mi móvil vibra en el bolsillo, parece que en la plaza sí hay cobertura. Una buena noticia al menos.

IVÁN: He encontrado este dibujo tuyo entre mis cosas y... no puedo evitar sentirme un poco nostálgico. He estado pensando mucho en ti y en lo mucho que te echo de menos. Me he dado cuenta de que fui imbécil al dudar de seguir nuestra relación a distancia. Lo nuestro es especial, y estoy dispuesto a hacer lo que sea para que funcione. Pronto me podré sacar el carnet de coche. ¿Podríamos hablar y ver si podemos volver? Quiero estar contigo...

—Madre mía, ¿y esa cara tan mustia? —escucho decir a la responsable de mi desgracia.

Vuelvo a guardar el móvil y mascullo una respuesta vaga al mismo tiempo que nos sirven las bebidas.

—Es tu exnovio, ¿verdad? —insiste mi madre. Aparto la vista en un intento porque se quede ahí la conversación—. Siento que lo vuestro no funcionara, cariño. Podemos hablarlo, si te apetece.

No, no me apetece hablarlo. Mi madre no lo sabe, pero la verdad es que la excusa de «me voy a vivir al pueblo» fue justo lo que necesitaba para cortar con él. Había estado reuniendo el valor durante semanas antes de saberlo. Iván no es mal tipo, solo me di cuenta de que no me decía nada. Estaba saliendo con él porque nos llevábamos bien, me lo pidió y... eso es lo que se supone que se debe hacer, ¿no? Supuse que me acabaría enamorando. Spoiler: no pasó.

Puse la clásica excusa de que las relaciones a distancia nunca funcionan y que nuestra etapa se había terminado y seguí con mi vida sin remordimientos. No vale la pena tocar la autoestima del chico. Tal vez sea lo único bueno que ha salido de venirnos a vivir a este agujero de la modernidad situada en la montaña.

—Estoy bien —digo por toda respuesta. Y, en lo referente a Iván, es casi la verdad.

—Vamos, ya conocerás a alguien aquí —continúa parloteando—. Me han chivado que hay un instituto y todo.

Guiña un ojo y sonrío (en serio, la reina de la comedia). En otras circunstancias habría fingido reírle la gracia, pero debo recordarme a mí misma ser dura con ella por haberme arruinado la vida. Llegan las bebidas y las bravas, que están lo bastante picantes para haberse ganado su fama, aunque no lo suficiente como para que la gente no se atreva a pedir las. Ojeo por encima la pizarra de la entrada que es la carta de los bocadillos mientras mi madre charla con

Enzo.

—¿Te apetece alguno? —pregunta él, y me cuesta unos segundos darme cuenta de que me lo está diciendo a mí.

—Eh... El de tortilla con pimientos.

Mamá sonríe y pide el suyo vegetal, que nos informa de que lleva atún, así que muy vegetal no es. El chico vuelve al cabo de diez minutos con ambos bocadillos y nuestra charla se reduce a masticar y hacer como que vemos la televisión que tienen colgada junto a la puerta. No se me escapa el detalle de que algunos parroquianos preguntan algo a Enzo por lo bajo, mirando en nuestra dirección de forma muy poco disimulada. Uno de ellos lo hace de forma todavía más exagerada y ambas nos giramos hacia él cuando exclama «¿Eva? ¿¡Eva Carrasco!?». No se avergüenza ni un poco cuando nos lo quedamos mirando, sino que viene hacia nosotras con una sonrisa en los labios. El hombre debe rondar la edad de mi madre y es alto, moreno, con unos brazos fibrosos que asoman bajo las mangas de una camisa remangada.

—Así que la nueva directora, ¿eh? —pregunta, mientras tiende una mano amistosa.

Mi madre se la estrecha con una expresión congelada y confusa.

—Esa soy yo. ¿Nos conocemos?

Él retira una silla de la mesa de al lado y, sin pedir permiso, se sienta con nosotras. Yo no digo nada, creo que mi cara expresa mi estado de estupefacción sin necesidad de que abra la boca.

—De cuando éramos críos, aunque ya ni te acordarás —responde—. Me llamo Rai y tenía muchas ganas de que llegases. La junta directiva lleva un mes dándome largas acerca del uso del gimnasio para mis clases, necesito saber lo antes posible si cuento con el permiso de la jefa.

—¡Raimundo Viña! —La mirada de mi madre se aclara y parece que empieza a entender algo. Yo, no—. Claro, cuanto tiempo. He recibido los mensajes. Ahora eres profesor de salsa, ¿no?

—Salsa, bailes de salón... Lo que haga falta. Quería mantener las clases operativas en verano y...

Desconecto. Mi bocadillo y mi móvil son mucho más interesantes que esa conversación. Solo escucho un parloteo mientras voy pasando las publicaciones de Instagram de forma distraída y mucho más lenta de lo que suelo hacer, porque la cobertura no carga los reels a la velocidad que necesito. Al final, cuando se me acaban el bocadillo y la paciencia, me pongo de pie.

—Oye, mamá —interrumpo. Están hablando de no sé qué reforma que debería hacerse en el suelo del gimnasio y parecen entenderse bien—. Si no te importa, voy a volver a casa dando un paseo. Me duele la cabeza.

—No te preocupes, cielo, voy contigo. —Hace ademán de sacar la cartera—. Ya ha anochecido.

—No, no —me apresuro a decir. Se la ve entretenida y Rai ha puesto cara de gatito abandonado al darse cuenta de que es posible que nos marchemos ya—. Conozco el camino y este sitio es seguro, ¿verdad?

—Perfectamente —responde él—. Yo dejo a mi hija salir hasta tarde en vacaciones, no hay ningún peligro.

—En ese caso...

Sonríó y me despido antes de que pueda cambiar de opinión. Al alejarme, escucho a mi madre hacer preguntas sobre la hija que ha salido a colación. Si con eso consigo algo más de libertad y que me amplíe el horario del toque de queda, consideraré mi huida toda una victoria.



EL AGUA NO ES LA MEJOR DE MADRIZ™

El pueblo se anima más todavía con el anochecer, porque estar en medio de una montaña no es excusa para librarse de la pereza del sol de justicia que acompaña a los veranos españoles. Hay quien dice que al norte de la cordillera Cantábrica es menos abrasador, pero no he tenido el placer de comprobarlo. Un buen puñado de gente va apareciendo por la plaza y los alrededores, bien para cenar, bien para tomarse algo a la fresca.

Sin darme cuenta, doy un pequeño rodeo al seguir a un gato blanquito que camina con seguridad y el rabo tieso en dirección hacia solo él sabe dónde. Hace parkour por los muros de las casas, va subiéndose a los poyetes de piedra y a los bancos por los que se cruza y, cuando llega a una fuente semicircular, se inclina para beber del agua que cae y salpica, humedeciendo los adoquines de alrededor. El gato vuelve a bajarse, se aleja unos pasos y se sienta en unos escalones que suben por una calle empinada. Empieza a acicalarse mientras me mira de reojo de vez en cuando, aunque no parece para nada intimidado por mi presencia. Debe ser de algún vecino de la zona o de más de uno, si le echa bastante morro.

Me acerco a la fuente y hago un cuenco con las manos para dar un trago. El agua está muy fría y dejo que se escape entre los dedos antes de bebérmela, porque no pone ningún cartel que prohíba beber, pero tampoco hay ninguno que diga que es potable. Mi sentido común me dice que una fuente tan bonita y funcional debe poder usarse, pero mi instinto de madrileña bebedora de la Mejor Agua de Madriz™ me hace dudar. Termino dándole un sorbito, porque si cojo cagatera ya le echaré la culpa a mi madre.

Me pilla por sorpresa lo rica que está, y yo que me esperaba un fuerte sabor a cal o todas esas cosas que se dicen de lo asquerosa que está el agua no embotellada cuando sales de la capital.

El gato se levanta con gracia y sube las escaleras. Ya me ha traído hasta esta sorpresa, a lo mejor me lleva a otra más. Me hace sentirme como Alicia en el País de las Maravillas. Le sigo por una de las cuestas que prometen convertir mis muslos en piedras antes de que termine el verano y llego hasta un mirador que está un poco a las afueras. Tiene una barandilla de hierro forjado que fue pintada de negro hace mucho tiempo y unos bancos de piedra para sentarse a observar el paisaje que hay al otro lado. Por debajo de la barandilla cae un precipicio hasta el fondo del valle, lleno de árboles y vegetación. Al fondo también se ve una de las carreteras que zigzaguea por la ladera de la montaña y comunica este pueblo con otros que hay todavía más allá. El gato ha desaparecido, pero ya da lo mismo. Me apoyo con cuidado en la barandilla que todavía está un poco caliente de haberle dado el sol durante todo el día.

Me sorprende tener ese momento de paz absoluta, después de las semanas que he pasado al saber cuál iba a ser mi nueva vida. He estado concentrando cada fibra de mi ser en odiar este lugar y, al llegar, estoy descubriendo que no va a ser tan fácil porque es tranquilo y bonito y tiene unos paisajes que dejan sin habla.

—Es un buen sitio para desconectar, tonta —me digo a mí misma en apenas un susurro—.

Para pasar el verano, quizá. No para vivir.

Saco la libreta de mi mochila y uno de los lápices. Tengo que aprovechar esa oportunidad perfecta para cumplir la promesa que me hice a mí misma de practicar más fondos. Aquí tengo montaña, árboles, el río entre la vegetación, y... ¿Qué es eso?

No se ve muy bien desde donde estoy pero, oculto entre un bosquecillo alejado, se adivinan los restos de un antiguo edificio. Está construido con una piedra blanca y grisácea, algunas tejas oscuras aún resisten el paso del tiempo en ciertas partes. El punto más alto parece algo así como la torre de un campanario. Saco el móvil para intentar descifrar algo más con la aplicación de la cámara y hago zoom al máximo, pero ya está demasiado oscuro para que mi precario teléfono de gama media pueda darme más información. Entonces, cuando estoy a punto de cerrar la cámara, me parece captar un reflejo. Ha sido un instante y ni siquiera sabría describir qué ha sido. Me quedo un rato intentando encontrarlo, sin éxito. Quizá hay alguien allí y ha usado su propio móvil un segundo. Es posible que haya visto el brillo de la pantalla, pero ¿se vería desde tan lejos ese tipo de luz?

Como no veo nada más, me encojo de hombros y decido que es hora de irse. No quiero que se me vaya la hora y mamá llegue antes que yo, eso la preocuparía. He abocetado las líneas más importantes del paisaje, puedo seguir con el resto del dibujo en casa. Todavía es raro pensar en ese sitio como *mi casa*.

Al cabo de un rato me doy cuenta de que puede que haya sido un poco arriesgado decir que sé volver sola. Me toca dar un par de vueltas, mientras los vecinos con los que me cruzo me miran con curiosidad. Al final, termino encontrado en el camino a tres señoras que están sentadas en unas sillas plegables a la puerta de una de las casas, con sus abanicos de colores.

—Marta, bonita —me dice una de ellas. Miro hacia atrás un instante, preguntándome si está hablando conmigo o no, pero no hay nadie más—. ¿No eres tú la Marta?

Mi cara de estupefacción ha debido darle la pista.

—No, señora, yo me llamo Aura.

—¿Y de quién eres? —pregunta otra.

Estoy a punto de decir «del Atleti», como broma, pero se me adelantan.

—Es la nieta de la Juana —responde la tercera, aunque no se dirige a mí—, ¿no ves que siempre se viene en verano al pueblo?

—¡Pero esa ya va a la universidad y se ha echado novio de fuera! ¿Qué se le va a haber perdido aquí?

Empiezan a hablar entre ellas, aventurando quién puedo ser, como si no estuviera presente. Me hace mucha gracia, son tan espontáneas que siento como si estuviera presenciando la escena de una comedia.

—En realidad mi madre y yo somos nuevas en el pueblo —interrumpo en cuanto encuentro un momento de respiro. Se callan de inmediato y me miran con curiosidad—. Nos hemos mudado a esa casa de ahí.

La señalo, calle abajo. La he reconocido porque el coche sigue aparcado en la puerta, pero si no, podría haber pasado de largo sin darme cuenta de que es donde vivo.

—¡Ah, la nueva directora! —exclama la señora que me ha llamado Marta. Esa noticia sí que ha volado rápido—. Pues muy bien, hija, que lo suyo le ha costado a nuestros chavales mantener abierto el instituto. Dile a tu madre que si necesita algo, aquí nos tiene. Yo soy Herminia y ellas son Agustina y Mercedes.

Las otras dos hacen un gesto de asentimiento y también sonríen, a la vez.

—Pues... gracias —respondo un poco extrañada, sin saber qué más decir—. Buenas noches.

—Buenas noches, niña. Nosotras nos quedamos aquí a la fresca.

Se despiden y siguen con sus golpes de abanico, mientras ven a la gente pasar. Me pregunto cómo será todo esto en invierno, cuando los veraneantes se hayan ido y la luz de los días se desvanezca a las seis de la tarde o antes. Probablemente, sea todo un infierno del aburrimiento sobre la Tierra. Solo me consuela pensar que con menos gente tal vez haya mejor cobertura. No sé qué les pasa a los puñeteros teléfonos.

Dando golpes con el pie a un canto rodado, llego hasta la puerta de la casa donde mi madre nos ha obligado a mudarnos. Es raro no tener que subir en ascensor para ir hasta el piso.

—¿Eres Aura?

Una voz masculina a mi espalda me sobresalta, me giro con las llaves en la mano, dispuesta a defenderme. De la puerta de al lado se asoma un chico rubio con una sonrisa radiante. No espera a que le conteste para salir y acercarse. Debe de medir unos tres metros y medio y, si todavía fuera de día, de su pelo ondulado y meticulosamente desordenado saldrían destellos dorados.

Lo observo con la boca abierta, preguntándome de qué revista de adolescentes se ha escapado. Él se acerca sin prisa con una caja entre las manos.

—¿Estás bien? —pregunta con genuina curiosidad. Debo de tener una cara espantosa ahora mismo.

Consigo balbucear un sí.

—Vale, es que como te habías quedado congelada... ¡Soy Tom! Bueno, Tomás, pero me llaman Tom. —Tomás extiende unos brazos poderosos hacia mí y me ofrece la caja—. ¡Nos va a tocar juntos en clase el año que viene!

—Gracias... Soy Aura.

El sonido de su risa es puro y sincero.

—Ya me lo has dicho, vecina —dice quitándole importancia—. Mis padres querían daros esto a la directora y a ti. Son típicos del pueblo, no sé si los has probado.

Me fijo, por primera vez, en el contenido de la caja. La inscripción del paquete reza «Halos de ángel». El interior guarda unas rosquillas dispuestas con cuidado, con un delicioso aroma a mantequilla.

—Ahora que lo pienso, ¡espero que no seáis celiacas, porque si no, vaya birria de regalo! —bromea mientras se frota la parte de atrás de la cabeza.

—No lo somos.

—Genial. Te van a gustar, llevan hinojo y lavanda que crecen en el monasterio de las afueras. También anís, aunque eso ya es más típico de toda la zona en general.

Asiento, un poco abrumada por la repentina aparición del chico maravilla, y murmuro un agradecimiento genérico antes de informar de mi intención de entrar en casa. Todavía estoy metiendo la llave cuando mi nuevo vecino me suelta una pregunta.

—Mañana vamos a ir todos a la piscina, ¿te hace?

No sé dónde tengo los bañadores, lo último en lo que había pensado era ir a la piscina justo el día siguiente a mi llegada. Me quiero obligar a decirle que no, primero porque mi temprana socialización haría demasiado feliz a mi madre (y eso no puedo permitirlo), pero es muy difícil rechazar esa sonrisa tan amable.

—Vale... —respondo al fin.

—¡Genial! Te pico a la puerta por la mañana.

Él se va, satisfecho, y yo entro cerrando la puerta detrás de mí. Qué tío tan directo, ¿todos serán así en el pueblo? Dejo los halos en la cocina para que los vea mi madre y subo hasta la

habitación.

Al llegar echo un vistazo rápido a las cajas, no me pienso poner a buscar el bañador ahora, ya lo haré por la mañana. Entonces me doy cuenta de que Tom no me ha dicho a qué hora irán. Imagino que no será muy pronto. Eso espero. Pongo el despertador a las nueve y, si cuando llegue no estoy lista, mala suerte, tendrán que irse sin mí.

Cuando voy a dejar el móvil en la mesilla veo que todavía no he sacado mi cargador. Rebusco en la mochila que preparé con «cosas de primera necesidad» y allí lo encuentro junto con mi *bullet journal* y un paquete de rotuladores. No podía permitir que se perdiera, después de llevar medio año trabajando en él. Me siento en la cama con la libreta en la mano y abro la *mood tracker page*. Está al principio y siento que hace mil años (fue en enero) tracé con cuidado algo así como un millón de líneas que forman una tabla de pequeños cuadraditos. Arriba del todo están enumeradas las columnas con los meses del uno al doce y en vertical los días hasta el treinta y uno. Se trata de ir coloreando los cuadrados según un código de colores para reflejar tus estados de ánimo.

Los primeros meses no están mal. Algunos días angustiosos, otros tristes. Supongo que en alguno de esos discutí con Iván. Al que no he contestado, por cierto. Bueno, no importa, ya lo haré mañana, si se me ocurre algo que decirle. ¿Una relación a distancia? No creo que sea un buen plan, hay que estar muy comprometido y tener ganas de que salga adelante y yo... No estoy en ese punto, ni de coña. No sé si lo he estado alguna vez.

Vuelvo a centrar mi atención en el *bullet journal* para dejar de pensar en cómo le voy a romper el corazón otra vez. A finales de marzo hubo mucho estrés, porque fueron los finales previos a Semana Santa. Y, a partir de mayo, mucho rojo. Fue cuando mamá me comunicó La Noticia. A mi pesar, he ido evolucionando de la ira a la resignación, aunque sospecho que me esperan meses de aburrimiento, sobre todo si el plan estrella de este sitio es ir a la piscina. No tengo asignado un color para el aburrimiento, así que estiro la mano para alcanzar el color gris y dibujo un cuadradito, junto al que escribo la palabra «aburrida». Seguro que lo uso todo el tiempo.

Y Tom... Ya sé lo que me va a decir mamá en cuanto vea a Tom.

Ojalá no me avergüence delante de él, por favor. A estas alturas, es lo único que pido.



EL CHICO MARAVILLA SALE EN LOS PERIÓDICOS

Oficialmente, es la primera mañana del año de miseria y aislamiento que me espera en este pueblo en mitad de la nada. Soy muy consciente de ello en cuanto abro los ojos y contemplo las vigas de madera que cruzan el techo de mi cuarto. Un lugar extraño, poco familiar, al que tendré que acostumbrarme.

Llevo dándole al botón de posponer alarma un buen rato, no sé cuánto, pero algo me dice que no puedo retrasarlo más si quiero ir al estúpido plan de la piscina. ¡Quién me manda apuntarme a ese plan!

La buena noticia es que no hace calor, por lo menos todavía, hasta que el calentamiento global se encargue de joder este último reducto de naturaleza y matarnos a todos.

Me incorporo despacio. Me dejé la ventana abierta de par en par, así que la vista de nuestro pequeño patio de atrás me da los buenos días. Ningún gato ha venido a saludarme hoy. Otra mala señal.

Desenchufo el móvil del cargador, son las diez y media de la mañana. Me he quedado dormida, seguro que se han ido a la piscina sin mí. Mejor, tampoco es que me muriese de ganas.

Llego arrastrándome hasta el baño más cercano. Lo puedo considerar mi baño, porque la habitación de mi madre tiene uno privado. Mis cosas todavía están en un par de neceseres y una caja de cartón llena de botes a medio usar. Me parece absurdo haber tenido que empaquetar el champú abierto, pero mi madre insistió en que para qué lo íbamos a tirar si estaba perfectamente. (Pues porque no me apetecía meterlo en la caja y volverlo a sacar, madre, por eso).

Me lavo la cara con el agua más fría que ha tocado mi piel desde que me bañé en el Atlántico. El subidón me despierta y cuando me miro al espejo mientras me seco, mi reflejo me devuelve unos ojos descansados, aunque ojerosos (como siempre). Este baño tiene luz natural y desde este ángulo casi podría decir que el color de mi iris es verde, aunque, siendo sincera, la mayor parte del tiempo se ve más bien amarronado. Una chica puede soñar...

El clima de Fuente del Ángel, mi nuevo «hogar», es más húmedo que el de Madrid, así que, por desgracia, mi pelo parece llevarlo tan mal como yo. Poco queda ya de la fabulosa media melena castaña con un degradado rosa chicle de medios a puntas. Ahora es más bien... maraña de pelo ni ondulado ni liso, la mitad de arriba marrón y la otra mitad rosa desteñido. Si hubiera sabido que no habría tenido acceso a la peluquería en un futuro cercano, no me habría molestado en pagar esa cantidad de dinero por tener medio pelo de colores.

Total, no es que tenga que lucir nada en este sitio perdido de la mano de Dios.

Cuando consigo que peinarme arroje un resultado satisfactorio y ponerme las cremas pertinentes, voy a la cocina.

Ayer no me fijé bien, pero la cocina sí parece sacada de una revista. Las paredes están decoradas con azulejos blancos y azul lapislázuli, los muebles que hay son de madera desgastada, rústicos, conociendo a mi madre serán de segunda mano restaurados. A un lado ha colocado una mesa, donde ella está distraída comiendo una rosquilla mientras mira el móvil, con

una taza de té entre manos.

Junto a la mesa, hay una estantería con tarros de hierbas secas y conservas que no sé cuándo han sido trasladadas al pueblo porque en la otra casa no las teníamos. La cocina también goza de una bonita luz natural y da a la calle donde está la puerta de entrada.

—Buenos días, cariño —me saluda con la boca llena.

La rosquilla que está disfrutando debe ser uno de los halos de ángel, a juzgar por la caja abierta en el centro de la mesa.

—Hola...

Me acerco a la máquina de cápsulas de café y dejo que haga todo el trabajo.

—No deberías tomar café a tu edad. En serio, el té es mucho mejor para la salud.

—Tener un hospital cerca de casa es mejor para la salud.

No la estoy viendo, pero estoy segura de que me ha levantado una ceja ante el nuevo ataque al tema de «vivir en el pueblo». Podría ahorrarme los comentarios despectivos, pero me acabo de levantar, todavía no hay nada que haya aplacado mi rabia.

Cuando la máquina decide que ya es bastante, cojo mi taza de café y me siento a la mesa. Además de la caja de halos de ángel, mi madre ha cortado unos higos y un par de rebanadas de pan de espelta.

—¿No hay galletas?

Me mira, cuestionando mis decisiones en la vida, y me acerca la caja.

—No, iré a comprar hoy. ¿Dónde conseguiste esto?

—El hijo de los vecinos me la dio.

—¡Ya has conocido a Tomás! —responde con alegría—. ¿Qué te pareció? Es muy mono, ¿verdad? El año pasado participó en las manifestaciones para mantener el instituto abierto. También salió de portavoz en los periódicos.

¿Quién lee todavía periódicos?

—De hecho, es gracioso, ¡fue así como me enteré de que el pueblo tenía una vacante en la dirección del centro!

Mi madre, mi madre lee los periódicos. Así que la culpa de que estemos en este agujero montañoso es del chico de revista, porque algún reportero vendría y lo vería con sus diez metros de altura y el pelo de anuncio. Lo odio, ya está, decidido.

—¡Estupendo! —respondo, con tanto sarcasmo y veneno concentrado en una sola palabra que temo mordirme la lengua y envenenarme a mí misma.

Ella pone los ojos en blanco y vuelve a empujar las rosquillas hacia mí.

—Toma, vas a necesitar energía para subir y bajar todas estas cuestas. He quedado dentro de un rato con la alcaldesa en el instituto, ¿quieres venir?

El timbre me salva de rechazar la apetecible propuesta. Mi madre se levanta, todavía con medio halo en la mano y camina hacia la puerta.

—Vaya, Tomás —escucho saludar—, eres más alto de lo que parece en las fotos.

Pasan unos segundos en los que estoy segura de que el chaval está en shock por lo que acaba de escuchar. Entonces, se ríe.

—Hola, eh... ¿Directora?

—Eva —corrige mi madre—. Puedes llamarme Eva mientras estemos fuera del horario escolar.

—Encantado. ¿De qué fotos estamos hablando?

Escucho cómo ella se aparta de la puerta.

—Pasa, querido. Justo lo hablaba con Auryn —responde con naturalidad, mientras un

escalofrío me recorre la espalda. Ese mote *no*—. Saliste en los periódicos el año pasado. Fuiste el héroe del instituto.

El otro vuelve a reírse.

—Bueno, yo no diría tanto. —Acepta la invitación y se asoma hacia la cocina—. ¡Aura! Buenos días.

El mote no ha tenido efectos adversos, gracias a los dioses.

—Ey —respondo, fingiendo la indiferencia que tendría que haber mostrado la noche anterior al conocerle. No se le puede demostrar a un tío que te deja sin habla, es darle demasiado poder.

—¿Lista para la piscina?

Mi madre entra detrás de él y, como está a sus espaldas, aprovecha para hacerme un alzamiento de cejas nada sutil.

—¿Piscina? —pregunta con una expresión traviesa que le quita por lo menos diez años para ponérmelos a mí—. No sabía que tenías unos planes tan interesantes.

—Solo es la piscina municipal del pueblo —me excuso—. Seguro que es un plan normalito.

Tomás debería estar más incómodo en una casa ajena, con la futura directora de su instituto, a la que acaba de conocer, y una chavala que acaba de decir que su idea de diversión es un poco mierda, pero se le ve radiante y tranquilo, como si el mal que hay en el mundo no pudiera afectarle.

—Solemos ir a menudo, no es una maravilla —reconoce—, pero lo pasamos bien.

—¡Eso es lo importante! —exclama mi madre—. ¿Tienes localizado el bañador, cielo?

No lo tengo y lo sabe, así que me acompaña hasta mi cuarto y dejamos a Tomás esperando abajo con sus propias rosquillas y un zumo de naranja que le ha ofrecido mi madre. Ha rechazado un café y ella me ha mirado con una cara de «esa es la decisión correcta».

En mi habitación, nos cuesta encontrar la caja adecuada, a pesar de contar con el esmerado sistema de clasificación de bultos de mi querida madre. Ella estaba dispuesta a tirar mi vida por la borda obligándome a ir al pueblo, pero no estaba dispuesta a hacer la mudanza sin un plan por colores y tipologías de objetos.

—No, esta tampoco es, qué extraño.

Abre una caja que pone «ropa verano Aura» y se la encuentra llena de libros y cómics. Mi madre tenía un sistema, pero no seguirlo ha sido otra «sutil» forma de rebelión.

Me asomo por encima de su hombro para echar un vistazo al contenido.

—¡Fábulas! —Alargo la mano y cojo el primer tomo de mi colección favorita de todos los tiempos—. Me lo llevo.

—¿Para qué necesitas un cómic? Se supone que vas a la piscina, tienes que socializar.

—Ya, tampoco pidas milagros.

Cuando conseguimos dar con nuestro objetivo, preparo una pequeña bolsa de mimbre que he utilizado cuando nos íbamos de vacaciones a la playa. Me pongo las dos piezas en el baño, mientras mi madre vuelve a la cocina a ver qué tal sigue nuestro vecino. Es un bikini negro, básico, de hace dos temporadas del Decathlon. La braga tiene la goma un poco suelta y al sujetador le han salido bolillas. No fue una compra muy esmerada por mi parte. A pesar de todo, me gusta cómo me queda y tampoco es que quiera gastar mis mejores galas el primer día de piscina ante una audiencia tan insignificante.

Me pongo unos shorts vaqueros encima y una camiseta ancha del Zelda y decido que estoy lista. Miro mi reflejo una última vez y resoplo ante la perspectiva del plan del día. Al menos es mejor que ir de perrito faldero de mi madre con la alcaldesa.

Cuando bajo, Tom y ella están charlando en la cocina, como si se conocieran de toda la vida.

El muy desgraciado parece tener don de gentes (lo cual debería ser ilegal con su cara). Entro justo cuando le está contando su visión de las necesidades del instituto, con mucho entusiasmo, como si estuviera encantado de estar ahí. Mamá tiene su cara de «docente profesional», es un gesto que se le pone cuando está hablando de cosas de trabajo. Nunca he ido al mismo centro donde ella daba clases, no sé cómo va a salir la cosa en un instituto tan pequeño.

—Por fin, Auryn —dice, cambiando la expresión de inmediato.

Era demasiado pedir que no me avergonzase. Mi vecino tiene una sonrisilla en la cara, seguro que es por el apodo «cariñoso» (Nota mental: no dejar que vuelva a usar ese mote en público).

—¿Ya estás? —pregunta Tom, levantándose.

Me gustaría poner los ojos en blanco y contestar la verdad: no estoy. Ni lista para el plan de la piscina, ni para vivir en el pueblo.

No-es-toy.

Al final, asiento con la cabeza y fuerzo media sonrisa.

Conseguimos dejar mi casa, no sin antes ser bendecidos con la actuación de mi madre metiéndome otro bote de protector solar en mi bolsa y plantándome una pabela de paja en la cabeza. Inmediatamente después, cierra la puerta, lo que elimina la opción a réplica.

Aprieto los puños con rabia y me lo quito apenas hemos dado un par de pasos hacia nuestro destino.

—Creo que te queda bien... —murmura Tom. No sé si de forma irónica o con sinceridad.

—Ahora no me hace falta —refunfuño, e intento cambiar de tema—. ¿Y cómo de lejos está la piscina? ¿Hay que coger autobús o algo?

En mi antiguo barrio, la más cercana estaba a dos paradas de Metro. A mis amigas y a mí no nos gustaba, así que íbamos a otra para la que incluso había que hacer un trasbordo. De lo más natural, cuando vives en una gran ciudad. Sin embargo, Tomás niega con la cabeza y señala un cerro que se ve desde allí. Justo estamos pasando por el mirador de anoche, a la luz del día me ha costado ubicarlo.

—Qué va —responde—. Está ahí arriba y, si pusieran algún autobús, iría como mucho una vez de ida y otra de vuelta. Como no compensa ni con esas, no lo van a poner...

Sigue hablando mientras me quedo embobada con la mirada fija en la antigua construcción.

—¿Qué es eso? —le corto.

Él ha dado unos pasos más y se gira de pronto para ver de lo que hablo.

—¿El qué? —Nos acercamos a la barandilla y señalo el punto entre los árboles—. ¡Ah! ¿El monasterio? Está abandonado desde hace años.

—Pues anoche vi una luz.

Tom se encoge de hombros, sin darle mucha importancia.

—A ver, la gente a veces va a... Ya sabes. —Suelta una pequeña tos acompañada de media sonrisa. Puedo imaginarme a lo que van—. También suelen bajar los niños a jugar a los exploradores, pero si era de noche, no creo que fuesen niños.

—Me había hecho ilusiones —respondo, y finjo estar decepcionada. Echo a andar de nuevo y agradezco que se ponga a mi altura enseguida, porque no tengo ni idea de por dónde voy—. Esperaba que fuera un sitio misterioso, con un secreto que hay que descubrir.

Empieza a reírse y su risa suena tan feliz y cristalina que, por un momento, pienso que todos los pájaros del pueblo van a venir a celebrar su alegría. Es como ver a una princesa Disney de carne y hueso. De verdad, qué difícil es odiar a este chico.

—Lo cierto es que tiene sus leyendas —confiesa—. Hay quien dice que está encantado, pero

no me gustan mucho las historias de fantasmas, así que nunca les he prestado demasiada atención.

—Ya veo —respondo, aliviada de que no se estuviera riendo *de mí*, aunque no parece de esa clase de chico. Bromearé un poco para ver por dónde sale—. Así que eres un gallina.

Se echa el pelo hacia atrás e intenta disimular una cara que dice «culpable».

—No, a ver... —se excusa con torpeza, pero sigue riéndose—. Tampoco es eso...

—Es broma, hombre. —Le doy un leve codazo. Es tan alto que si hubiera estado de frente, le habría golpeado en pleno estómago—. Preguntaré por ahí.

Pronto dejamos de charlar, porque las cuestas me dejan sin aliento. En cierto momento, nos cruzamos con una señora que debe tener todos los años acaparados para ella sola, y aun así, sube tan campante cargada con una bolsa de ganchillo llena de fruta, mientras yo disimulo un resoplido para que no se note que estoy a punto de echar los pulmones por la boca. Esta gente está hecha de otra pasta.

—¡Ya casi estamos!

Señala un muro de piedra de metro y medio de alto, sobre el que han puesto una verja metálica para que no pueda colarse nadie. A través de la rejilla puedo ver a la gente en bañador, sombrillas de paja y toda una explanada de césped con toallas de colores extendidas sin ningún tipo de orden.

—Es... pequeña —respondo.

—El pueblo es pequeño —se justifica. Saluda con la mano a alguien de dentro y otro chico le devuelve el saludo—. Venga, creo que ya están todos. Llegamos tarde.

—Lo siento.

—No importa, siempre hay alguien que se retrasa y viene después, ya les había avisado. Aquí también tenemos grupos de WhatsApp, ¿sabes? —Me mira, esbozando de nuevo esa sonrisa, y no puedo evitar que se me escape una carcajada—. Vamos, ánimo. No son tan simpáticos como yo, pero... Te van a caer bien.



NO FUNCIONA EL PLÁSTICO MÁGICO DE LA CIVILIZACIÓN

Tardamos casi cinco minutos en llegar al principio de la cola de la taquilla, a pesar de que solo había un puñado de personas delante. A nadie parece molestarle (a Tom desde luego que no), aunque a mí no me queda más que resignarme a suponer que esto es lo normal. Los ritmos de la gran ciudad han quedado tan lejos como la seta de contaminación, supongo que esto era lo que buscaba mi madre.

—La visita del día completo son tres euros —escucho decir desde el interior de la taquilla.

Levanto la vista y me muerdo el labio. En lo que no me había fijado, a pesar de que he tenido tiempo de sobra, es en el cartel de «Solo pago en efectivo». En mi defensa diré que está descolorido por el sol y tiene un tamaño de letra *muy pequeño*.

—Es broma, ¿no? —le pregunto a Tom, señalando el problema.

Él lo mira y después me mira a mí, y por último vuelve a leer el cartel.

—¿No traes efectivo? —responde como si yo fuera un alienígena—. En el cerro hay poca cobertura, los datáfonos fallan más que una escopeta de feria, especialmente ahora que el repetidor está estropeado.

—¿Repetidor?

—Sí, ya sabes, esos aparatos mágicos que hacen que tengas cobertura en tierra firme. ¿Cómo creías que había señal en la montaña?

Ignoro su pregunta sin malicia mientras maldigo en voz baja y rebusco en mi mochila. Estoy un dos mil por cien segura de que no llevo ni un céntimo suelto, hace siglos que no pago con dinero real ni una mísera barra de pan. Mi madre me hace un Bizum con la paga todos los viernes de la semana, y la única vez al año que mis manos tocan un billete es cuando mi abuela me da el aguinaldo por Navidad. Nadie paga ya en efectivo, *na-di-e*. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle cuánto cuesta la dichosa piscina.

—Pues no, no llevo suelto... —me resigno—. Supongo que me volveré a casa, no te preocupes. A la próxima me avisas, ¿vale?

Ya me he dado la vuelta, lamentándome más bien poco porque ni siquiera he tenido que fingir una excusa para escaquearme, cuando él da un par de pasos hacia mí con esas piernas de jirafa gigante que tiene y me intercepta.

—¡Ni te rayes! Conchi te va a dejar pasar y compras el bono mañana, ya lo verás. A unas malas te dejo yo el dinero, ¡solo son tres euros!

—¿Quién es Conchi?

No me responde, sino que echa a andar hacia la taquilla de nuevo. Lo cierto es que agradezco que no me haya agarrado del brazo o pasado el suyo por los hombros, como hacen los tíos cuando quieren insistir en que vayas con ellos. Solo me hace un gesto al llegar allí, indicando que me acerque. Así que lo hago, aunque sea para premiarle por su sentido del decoro.

—¡Conchi! —saluda a la taquillera y se apoya en la repisa. Se trata de una mujer de mediana edad con unas enormes gafas de pasta rojas y un polo con el logo del ayuntamiento—. Estás

radiante esta mañana, ¿cuál es tu secreto?

Ella esboza una sonrisa de timidez fingida y niega con la cabeza.

—¿Ya te has vuelto a olvidar el bono, Potrillo?

Alzo una ceja ante el apelativo, pero entonces recuerdo la conversación con sus padres del día anterior. Él no se inmuta, debe estar más que acostumbrado. Pone cara de Ken inocente y saca una tarjetita de la cartera. Está hecha con cartulina verde, tiene un escudo junto a las palabras «Ayuntamiento de Fuente del Ángel. Piscina municipal» y en la parte de abajo están impresos los números del uno al diez. Los dos primeros están taladrados con una herramienta de esas que hacen agujeros al papel, como la que tiene Conchi justo delante.

—No, qué va. —Se la tiende y me señala—. Es mi vecina, ¿has oído hablar de la nueva directora del instituto?

La mujer agujerea el número tres del bono y se lo devuelve.

—No habéis hablado de otra cosa en los últimos meses.

—Soy su hija —me presento—. Me llamo Aura.

—¿Aura? —se extraña ella—. ¿De Aurora?

—No —corrijo. No es la primera vez que me pasa—. Aura es el nombre entero. Mi madre es... Una persona creativa.

Ella me mira detenidamente de arriba a abajo.

—Supongo que todavía no tienes el padrón.

—Está en trámite —respondo de inmediato. Lo cierto es que no tengo ni idea de si eso es verdad, pero me imagino que sí.

Tom vuelve a apoyarse en la repisa y el flequillo le cae por la cara en un gesto que tiene que tener ensayado para las chicas, aunque no me creo que le funcione con las señoras hechas y drenchas.

—Vamos, Conchi, hazle el bono de habitante. Es mi vecina, casi pared con pared. Su madre ya es empleada pública, justo como tú. No tienes... No sé, ¿conciencia de clase o algo así?

Tengo que contener un resoplido, lo odio. Ella, en cambio, suelta una carcajada y me enseña el cartel con los precios.

—¡Eres de lo que no hay! Está bien —responde. No me puedo creer que haya colado—. El bono de diez baños son veinte euros y caduca al final de la temporada. Es personal e intransferible.

A dos euros por entrada no me parece nada caro, pero sigo sin poder pagarlo con mi plástico mágico de la civilización.

—Verás... —digo antes de que Tom pueda intervenir de nuevo. Está bien que me eche un cable, pero tampoco puedo dejar que crea que es mi caballero de brillante armadura—. Ese no es el único problema. ¿No hay ninguna posibilidad de que pague con tarjeta?

Conchi nos mira un poco enfurruñada, estamos empezando a hacer más cola de la que le parece aceptable. Esa misma mañana habría apostado a que una mujer de mediana edad (mi madre), me habría avergonzado delante de Tom, pero jamás habría pensado que él sería quien me avergonzaría delante de otra señora de mediana edad.

—Ya le he dicho que no, Conchi —responde él—, pero hay muchas otras soluciones que no pasan porque la pobre chica tenga que volver a casa a por dinero, ¿verdad? Puedes dejarla entrar hoy y picarle dos visitas la próxima vez. O puedes picar dos entradas en mi bono, estoy dispuesto a hacer el sacrificio.

Le tiende el cartón con un gesto dramático y la mujer la termina aceptando tras unos segundos.

—De verdad, lo que hacéis por ahorraros tres euros, no tenéis vergüenza. Solo por esta vez —dice de forma tajante—, y por no hacer a la muchacha bajar a su casa con estas cuestas.

Taladra las dos entradas en la tarjeta de Tom y se la devuelve. Le damos las gracias; Tom de forma más efusiva, yo todavía con ganas de que me trague la tierra. Ella le quita importancia con la mano y nos mete prisa para que entremos de una vez.

—Te dije que la convencería.

—No es la primera vez, por lo que veo.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—Todos los veranos viene... yo qué sé, el primo de alguien, se olvida de traer efectivo y terminamos convenciendo a Conchi de que nos pique una entrada extra en alguno de nuestros bonos y le deje pasar. Ella insiste en que será la única y última vez, pero volvemos a convencerla. Aunque solo funciona una vez por persona nueva, así que a la próxima no te olvides de los veinte euros.

No me olvidaré, eso seguro. Llevo en el pueblo menos de veinticuatro horas y ya le debo un favor al vecino cuyas declaraciones me trajeron aquí. Típico.

El interior del recinto no tiene mucho misterio, se podía ver casi todo desde fuera, pero un pequeño quiosco llama mi atención. Es como una casita de madera con las dos puertas abiertas que dejan a la vista todo el interior, lleno de revistas y libros con aspecto de estar muy usados. Hay una señora dejando una revista de cotilleos y cogiendo otra.

—¿Eso es una biblioteca? —pregunto.

—Sí, más o menos —dice Tom al ver a dónde estoy señalando—. La gente deja ahí libros que ya no quiere, revistas que ya se ha leído o periódicos. También hay cuadernos de esos de crucigramas a medio hacer. Puedes coger lo que quieras mientras estés en la piscina, nadie va a vigilar si lo devuelves o no, aunque todo el mundo cumple.

Eso me gusta y me apunto mentalmente ir a echarle un vistazo, pero tendrá que ser más tarde, porque una voz desconocida me saca de mis pensamientos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —pregunta uno de los chicos del grupo al que nos estábamos acercando. Se le escapa un pequeño gallo en el «tanto» y se echa a reír al mismo tiempo que los demás se meten un poco con él. Cuando las bromas se calman, Tom me presenta.

—Chicos, esta es Aura. —Se quita del medio para darme más protagonismo, cosa que no agradezco en absoluto. Hago un gesto con la cabeza y murmuro un débil «Hey»—. Ellos son Pablo, Marta, Julián, Lucía y... ¿Dónde está Ela?

Uno de ellos, el del gallo, se levanta de la toalla y me estrecha la mano.

—No se te ocurra llamarme Julián, soy Juls.

Pronuncia la jota como si fuera una elle y yo asiento.

—Encantada, Juls.

El resto se han conformado con saludarme con un gesto, así que no voy a ser yo quien les haga levantarse y, mucho menos, quien se acerque a dar dos besos ni nada parecido. Dejé los dos besos atrás en la pandemia.

—Ela ha dicho en el grupo que su padre la ha liado con unos recados, como siempre —aclara Marta, y chequea el móvil para confirmar—, pero ya está de camino.

Estiro mi toalla en un sitio libre, igual que hace Tom, y me siento en el corrillo.

—Me encantan tus gafas de sol —le digo a la otra chica, de cuyo nombre ya no me acuerdo. Qué desastre.

—¡A que sí! —exclama, y se las quita para observarlas. Son unas Ray-Ban de aviador con los cristales verdes—. Se las he robado a mi hermana, se gastó una pasta y no las usa.

—Pues como se entere, te mata, Luchi —responde Tomás al instante, mirándola encandilado. Ya tenía que venir a salvar el día de nuevo al recordarme que se llama Lucía.

—Esta preciosidad merece algo mejor que un cajón —concluye ella.

Entonces Juls, que no había vuelto a sentarse, se estira con parsimonia, se quita la camiseta y la tira sobre sus cosas.

—¿Nos bañamos o qué?

Esta gente parece convencida de bañarse *de verdad*. Cosa que no me esperaba (Siempre he entendido la piscina como un lugar de reunión social, no necesariamente una actividad acuática). Un par más se animan, se quitan las camisetas y, de pronto, siento vergüenza. Debería haberme puesto un bañador más favorecedor, ¿qué pensarán cuándo vean el desastre que llevo puesto? Ni siquiera me sienta tan bien, ¡y se me mete un poco por detrás cuando me siento!

Ese momento es justo cuando Tom decide deleitarnos a todos con la visión escultural de su cuerpo. No es que me imaginase otra cosa, pero aun así no puedo dejar de admirar el grado de definición que tienen todos los músculos que hasta hace un segundo estaban escondidos debajo de la camiseta. Parece un modelo anatómico casi perfecto. Resoplo, no es nada justo. Además, va depilado de la cabeza a los pies.

A mí, por supuesto, se me ha olvidado hacerlo.

Mi vecino se pone una capa de espray protector solar por toda la piel visible y se acerca al borde de la piscina, donde todo el grupo se ha metido ya.

—¿Vienes? —dice con una gran sonrisa, extendiendo la mano. Es posible que una mariposa o un pajarillo se pose en ella en unos instantes, menuda estampa.

Esbozo una sonrisa tímida y, como no sé inventarme ninguna excusa convincente, mi cuerpo se levanta sin mi permiso y se acerca al borde. Tal vez sirva con que me moje las piernas, es un punto medio al que estoy dispuesta a llegar.

—¿No te vas a meter? —me pregunta al llegar a su altura.

—No sé...

—Bueno, piénsalo, tal vez la piscina de un pueblo sea demasiado para una chica de ciudad como tú —dice burlón mientras me guiña un ojo, antes de meterse en el agua.

Se está empezando a soltar, supongo. No había conocido a nadie tan... Puro. Tiene suerte de ser un tío, supongo, una chica no puede ir así de confiada por la vida sin llevarse un buen palo.

Tal vez por estar reflexionando no oigo las risitas o, tal vez, es la presencia deslumbrante del chico Disney que tengo delante lo que no me deja ver lo que se me viene encima.

A mi lado, tres críos de, como máximo, doce años, corren como unos energúmenos junto al borde de la piscina, persiguiéndose los unos a los otros. El primero choca contra mí y hace que gire sobre mí misma. El segundo me hace perder el equilibrio y el tercer crío... Es el golpe de gracia.

Todo va a cámara lenta cuando sucede. Veo alejarse las toallas y solo puedo fijarme en mi brazo extendido, intentando agarrarse a algo inexistente. Sé que se me ha escapado un grito, pero no soy capaz de oírlo. Todos mis sentidos se preparan para recibir el impacto del agua helada que acabe con mi reputación en el instituto antes siquiera de empezar el curso. Seré la pringada, la urbanita o, peor aún, me pondrán algún mote absurdo relacionado con el incidente: la habilidosa, la siempreseca, la saltadora...

O podría no suceder nada de eso.

De pronto, noto una mano firme que agarra la mía y tira hacia el lado opuesto del agua, al tiempo que una brisa de montaña azuza mi pelo, poniéndomelo en la cara. En medio segundo, estoy de nuevo de pie y a salvo.

Me aparto los mechones para ver a la persona que me ha salvado del accidente y, lo que es peor, del bochorno. Una chica en vaqueros cortos y camiseta de tirantes que sigue sujetando mi mano. La miro bien. Sí, es ella quien me sujeta mientras me mira con unos intensos ojos azules. Nuestro contacto está durando más de lo necesario, porque ya estoy a salvo, ¿verdad?

—Menudos reflejos.

Es lo primero que sale de mi boca, lo primero que dice mi cerebro, sin mi supervisión. Gran trabajo.

—Los uso para hacer el bien —contesta. Me ha contestado. Miro de nuevo sus ojos azules. No parece pensar que soy idiota, no está sonriendo de forma burlona—. ¿Estás bien?

Asiento. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Varios minutos? ¿Segundos? ¿Una eternidad?

Ella me suelta la mano y se gira, señalando a los niños que me han empujado.

—¡Tened más cuidado, imbéciles! ¡No se corre en la piscina y lo sabéis, copón!

El grito me pone firme a mí también. Los niños se disculpan, me parece. La chica tiene una voz autoritaria, un poco más grave de lo que aparenta a simple vista, pero a la vez suave. Me recuerda a un terciopelo grueso. Por un momento, me da vergüenza, seguro que piensa que tengo la voz de pito. Al fondo, el socorrista baja de su asiento elevado y se dirige hacia ellos.

—Siempre hacen lo mismo, qué plastas. —Tom ha salido del agua y mira con desaprobación a los niños—. Hola, Ela.

—Tomy...

Así que la chica misteriosa es Ela.

—Menuda forma de conocerse —bromea él—. Deja que haga las presentaciones oficiales, esta es Aura, la hija de la nueva directora.

Solo son dos segundos en los que soy perfectamente consciente de que Ela me mira de arriba a abajo y, aunque sea imposible, creo que esa mirada ha memorizado todo mi aspecto. Levanto la mano y repito el «Hey» que he hecho antes. No es mi mejor repertorio.

—Y tu salvadora es María Manuela.

Ella le da un puñetazo amistoso en el hombro con más fuerza de la que yo podría soportar. Debe ser alguna broma personal, la chica lo ha llamado Tomy antes y él siempre se presenta como Tom.

—Por favor, llámame Ela. No hay necesidad de recordar el nombre de mi abuela, el día estaba yendo muy bien.

Asiento con la cabeza. Creo.

—Bueno, gracias por el rescate, Ela —consigo articular. Esa frase no ha estado del todo mal.

—Hay que tener vigilados a los pequeños terroristas —bromea Tom, señalando a los niños —, no siempre tenemos cerca a la mejor judoka de la provincia para protegernos.

Ela hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Solo de mi categoría.

Aun así, es bastante impresionante. Ese detalle hace que me fije en sus brazos fibrosos y sus piernas fuertes. Estamos a principios de verano y ya está bronceada, con lo que sus ojos claros resaltan todavía más. Lleva puestos unos pendientes bastante grandes de espadas colgando de sus orejas. Va con Tom hacia las toallas, mientras hablan animados. Se quita los pantalones y la camiseta, debajo lleva un bikini deportivo y, cuando se suelta el pelo y sacude la cabeza, me fijo en que está decolorado por debajo de las raíces castañas, rapado por un lado y largo por el otro, teñido con mechones de colores rosas, azules y moradas. Me recuerda a la Gwen Stacy de la peli de animación, me pregunto si tendrá algo que ver (Nota mental: preguntarle a qué peluquería va).

—¡Fábulas! —exclama, y se agacha para cogerlo. Estoy como un pasmarote, parada a un par

de metros de ellos, embobada con su pelo, cuando me doy cuenta de que se refiere a mi cómic. Sobresale un poco de mi mochila, pero no lo suficiente como para haberlo reconocido si no sabes de antemano cuál es—. ¿Quién lo ha traído?

—Es mío —respondo. Mis piernas han decidido responder también y al fin consigo llegar a su altura—. ¿Los has leído?

—Solo los primeros —reconoce con fastidio—. El tomo uno es el único que está en la biblioteca, luego intenté encontrarlos por internet, pero... Leer en pantalla no es mi rollo.

Me devuelve el cómic con una sonrisa.

—Yo los tengo todos. Te los puedo ir prestando, si quieres.

Su sonrisa se ensancha todavía más y le pasa un brazo a Tom sobre los hombros.

—Vaya, vaya, Tomy —se lo dice a él, pero me mira a mí—. Parece que te ha salido una gran rival en el extraordinario puesto de honor que es ser mi mejor amigo.



DIVA DE MONTAÑA

La mañana de piscina no ha resultado tan terrible. Quería hablar con Ela sobre sus gustos comiqueros, pero los demás han vuelto del agua y han sacado una baraja de cartas. Hemos estado jugando al Burro un rato y después la interrogada he sido yo.

—¿Y qué rama estás estudiando? —pregunta Marta.

—La de Ciencias —digo con resignación—. Quería hacer la de artes, pero en el instituto de mi barrio no lo daban y me tendría que haber ido a la otra punta de Madrid. Mi madre insistió en que hiciera el bachillerato con «más salidas», así que...

Ellos asienten.

—Aquí tampoco lo hay, habrías tenido que cambiarte —responde Tom—. Solo hay Ciencias y Humanidades. Damos las comunes juntos y luego nos separamos por optativas.

—¿Y después qué vas a estudiar? —le corta Ela. Parece interesada de verdad.

Retuerzo la goma del pelo que llevo en la muñeca para disimular los nervios. ¿Por qué me pongo nerviosa?

—No tengo claro si ir a la universidad a hacer Bellas Artes o buscarme una escuela privada de ilustración, cómic... Esas cosas.

—¡Vaya! —exclama Jul—. ¿Dibujas?

—Sí, hago lo que puedo —respondo con timidez. Creo que soy bastante buena, pero delante de la gente mi síndrome del impostor sale a relucir *ipso facto*—. Mi padre vive en Barcelona, así que puede que me vaya con él a estudiar. Ahora que no tengo casa en Madrid, mis posibilidades allí se reducen, pero sería mi primera opción, de poder elegir.

Al fin y al cabo, todas mis amigas y el resto de mi vida siguen allí.

—¡Enséñanos algunos de tus dibujos! —dice Ela, que no va a dejar pasar ese tema.

Saco de la mochila mi última libreta. La empecé a principios de año, así que ya le quedan pocas páginas en blanco.

—Son bocetos rápidos... —me excuso.

Es cierto, en la mayoría de los casos. Otros están incluso entintados y pintados con los pocos Copic que he ido consiguiendo comprar con mis ahorros. Se van pasando la libreta, para mi vergüenza, pero me alivia ver que sus caras son de admiración.

—¡Son la leche! —dice Jul—. ¿Esta es Florence Pugh?

—Ah, sí...

Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero me obsesioné un pelín con su personaje en la peli de la Viuda Negra y la he dibujado unas cuantas veces. Nadie diría que demasiadas. Casi nadie.

—¿Has visto la última de Spider-verse? —pregunta Tom.

—¿Lo dices por los treinta y cinco bocetos de Miguel O'hara? —bromeo. No son treinta y cinco de verdad, pero puede que haya seis o siete. Me sonrojo un poco al recordar que en alguno sale con Peter y roza la línea del *not safe for work*. Pero me siento un poco más cómoda al ver

que les están gustando y no hacen ningún comentario burlón al respecto—. Sí, la vi dos veces en el cine.

Lucía, que hasta ese momento había estado más a tomar el sol que a la conversación, se incorpora de golpe.

—¡Oye! Podríamos ir al cine —propone—. ¿Qué están echando ahora?

—No sé —reconoce Pablo—, pero pronto abrirán el de verano en el pueblo.

Mi madre me ha hablado de eso alguna vez, y de cómo venía de pequeña desde el camping a ver las películas.

—Echan cosas un poco antiguas —me explica Ela—, pero suelen estar bien. Y los vecinos pueden proponer opciones en un buzón de sugerencias que hay en la biblioteca.

Empiezan a charlar sobre las propuestas que deberíamos hacer y mi cuaderno queda olvidado. Lo aparto con disimulo y me quedo callada, observando. Tom y Ela llevan la voz cantante en ese grupo, está claro.

Lucía y Marta tienen pulseras a juego, no sabía que se seguía haciendo eso de la pulsera de la amistad. A veces se quedan al margen de los demás, comentan en voz baja, se ríen y se enseñan cosas en el móvil. Siento una punzada de terror al pensar que puedan estar diciendo algo de mí, pero entonces me doy cuenta de que cuchichean mientras miran al socorrista y Luchi se pone roja.

Luego está Juls, que tiene pinta de ser un payaso, pero uno divertido. Por último, Pablo es más callado que los demás. No sé si será por timidez o porque, en comparación con los otros, su personalidad es mucho más tranquila. Parece incluso más mayor.

Me caen bien.

Oh, no. Me caen bien. Día dos en este pueblo y mi madre ya tenía razón. No puedo dejar que lo sepa.

El tiempo pasa muy rápido mientras los escucho interaccionar entre ellos y dibujo un par de bocetos en mi libreta, algo automático, sin pensar y casi sin mirar. Cuando me doy cuenta ya es pasada la hora de comer y todo el mundo empieza a recoger bolsas y toallas. Al final no me he metido en el agua, simplemente me he sentado en el borde y me he mojado los pies, pero incluso eso ha durado poco porque estaba congelada. No entiendo cómo lo aguantan los demás.

La señora de la puerta, cuyo nombre he olvidado, despide a todo el mundo cuando nos vamos, y me recuerda el pago pendiente.

Recorremos juntos el camino de vuelta al pueblo, Tom se adelanta un poco, mientras habla con Juls y Lucía sobre algo muy gracioso, a juzgar por la sonoridad de sus risas. Por favor, que no se estén riendo de mis respuestas o mis dibujos.

—¿No te pones la pamelita?

La voz de Ela me sobresalta, no me había dado cuenta de que se había quedado detrás de mí. Por supuesto, ha tenido que fijarse en el ridículo sombrero que me ha dado mi madre.

—No, no es mío —respondo—. ¡No lo he cogido de la piscina! Me refiero a que es de mi madre.

Esta chica debe estar pensando que mis habilidades comunicativas son las de un niño de primaria. Me estoy luciendo.

—Entonces, ¿para qué se la has cogido, si no te la vas a poner? —pregunta, como si realmente fuera intrigante.

—Me la ha dado ella a traición, para protegerme del sol y eso... —Intento salvar la situación con una última broma a la desesperada—. ¡Como si fuese a protegerme tal y como está el planeta!

Me arrepiento, me arrepiento profundamente de lo último. Me siento ridícula, ¡Dioses, qué vergüenza! La miro forzando una sonrisa, ella baja la cabeza, el flequillo le tapa la cara y es una imagen dulce, adorable incluso.

—Mi padre solía hacer lo mismo —bromea—, pero todos los sombreros de mi talla desaparecieron misteriosamente de casa.

Por fin, una risa, su sonido es como un calmante sobre la piel. No puedo evitar sonreír yo también, esta vez de una manera sincera. Noto mi cuerpo más relajado, incluso parece que el sol me molesta un poco menos.

—¿Te la quieres probar? —pregunto, amenazándola con la pamelita de paja.

Ella pone una mirada maliciosa y me arrebató el sombrero de las manos para colocárselo sobre la cabeza. En ese momento se para, pone morritos y ejecuta una pose magnífica de lo que ella misma llama «diva de montaña».

—Yo también podría ser un personaje del Spider-verse —bromea todavía no los morritos puestos.

Una imagen para recordar.

—El pelo ya lo tienes.

—¡Te has fijado! Muy bien, aspirante al puesto de mejor amigo.

—¡Aura!, ¿te vienes?

Tom me grita desde el final del camino, ante un cruce de calles, que supongo que es donde nos vamos a separar de los demás para volver a casa. Consigo que mi estómago deje de dar botes y le hago un gesto afirmativo. Ella se despide, me devuelve la pamelita de mi madre y me dedica un guiño.

—Por cierto —comenta distraída—, esta noche hemos quedado en la plaza para tomar algo. ¡Vente!



SILENCIOSO COMO EL CEMENTERIO

Me doy la vuelta en la cama y miro el techo de nuevo. No puedo dejar de pensar en la absurda invitación, si es que era una invitación. ¿Me lo ha dicho por cortesía o de verdad quiere que vaya? ¿Seré una pesada si paso demasiado tiempo con este grupo en un solo día? Tendría que haber pedido algún teléfono, el de Tom por lo menos.

Menuda idiota.

Por si no tuviera suficiente con mi falta de previsión, mi madre se ha pasado la tarde preguntándome por la piscina. Por suerte, he conseguido evitar respuestas directas hasta que se ha ido a hablar de algo con no sé qué profesor que también vive en el pueblo.

Yo debería haber deshecho algunas cajas. En vez de eso se me ha echado el tiempo encima y cuando me he dado cuenta era hora de cenar y me he pasado toda la tarde jugando con la Switch, aprovechando los escasos momentos de cobertura del móvil y dibujando en la libreta.

El destino, por una vez, me echa una mano para decidirme. Después de una cena rápida, mi madre ha anunciado que iba a tomar el café con la alcaldesa y alguien más para empezar a conocer a la gente del lugar, así que estará en la plaza. Obviamente, yo no voy a ir a plaza a juntarme con el grupo y que me vea mi madre, eso dañaría seriamente mi cruzada para castigarla por obligarme a vivir aquí, así que me quedo en la casa.

El aire hace flotar las cortinas a través de la ventana abierta. Huele a verano, como en la ciudad, pero mucho más intenso y reparador.

Me giro hacia un lado. La verdad es que sería muy sencillo pasarme por la plaza, con la excusa de llevarle algo a mi madre, y ver si están.

No, es una mala idea. Cojo mi libreta de bocetos y la abro por la última página que he usado, donde un pequeño boceto del ángel de la fuente me saluda. Definitivamente, debería haber pedido algún teléfono.

Incapaz de quedarme tumbada más tiempo, me levanto y me asomo por el ventanal a contemplar la noche. No hace calor, incluso se me eriza un poco la piel de las piernas cuando una brisa me revuelve el pelo. Igual tengo que dejar la ventana cerrada esta noche, en pleno julio. Gracias, espíritus de la montaña, por evitarme un día más tener que sufrir lo peor del cambio climático.

Me apoyo en el dintel y observo la miríada de estrellas que lucen el cielo esta noche. Podría ponerme ya el pijama y rendirme, a estas horas seguro que ya no me espera nadie.

El sonido de un golpecito cercano llama mi atención. Busco a un gato haciendo de las suyas. El golpecito se repite y no procede del patio interior al que da mi habitación. ¿Qué es eso? Sigo el sonido arítmico. La casa estaba en un poderoso silencio hasta entonces. Esta es una de las cosas que más me sorprenden del cambio de la gran ciudad, aquí todo es muy silencioso, tal vez demasiado.

Los golpes me llevan a la habitación de mi madre, donde me pregunto si se ha dejado algo encendido. Entonces me doy cuenta de que el sonido viene de algo chocando contra el vidrio de

las puertas del balcón, un objeto pequeño.

Abro y salgo, en busca del origen.

—Aura —susurra una voz conocida desde abajo.

¡Es Ela! Ela está en mi ventana. Bueno, en la ventana de mi madre.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte, no quería despertar a nadie con el timbre. Me he arriesgado con la habitación.

—Es la de mi madre...

—¿Qué dices?

Da un respingo y hace ademán de ocultarse.

—No te preocupes, no está.

Escuchar la noticia la relaja un poco.

—¿Bajas?

O sea que la invitación sí era de verdad, tan auténtica que ha venido a buscarme. Asiento y le pido que me dé un segundo. ¿Qué hago? ¿Qué me pongo? No tengo mucho tiempo.

Voy corriendo a mi baño, donde el espejo me devuelve una imagen desastrosa. Me peino a la velocidad del rayo. ¿Esto cuenta como salir de fiesta? ¿Debería ponerme algo de maquillaje? Ela no parecía muy arreglada, aunque estaba oscuro. No puedo ponerme la misma camiseta vieja que llevé para ir a la piscina. Me la quito de golpe y la dejo en el suelo. Voy a mi habitación y mi armario me recibe casi vacío, no hay mucho dónde elegir. Cojo una camiseta limpia, negra, de manga corta. Un básico para asegurarse de no llamar mucho la atención. Agarro una pequeña mochila y me echo un par de pulverizaciones de colonia antes de bajar corriendo por las escaleras.

Ela está en la puerta, ojeando su móvil. Se ha cambiado, lleva unos vaqueros largos y un top blanco de tirantes. De sus orejas cuelgan un par de champiñones del Super Mario. También lleva un perfume que huele a jazmín.

Sonríe al verme, yo también sonrío. Debería haberme preparado mejor.

—¿Vamos?

Asiento, cojo las llaves y cierro la puerta. Ela guarda el móvil en una riñonera que lleva cruzada en el pecho a modo de bolso, creo que he visto ese modelo en algunos vídeos de TikTok. Empezamos a andar. Para mi sorpresa, no tomamos el camino a la plaza, esa horrible cuesta, sino que vamos en dirección contraria.

—Ya nos hemos movido —dice al notar que miro hacia arriba—. No sabía si te acordarías y Tom sugirió que fuera a buscarte.

Tom, Tom lo sugirió, no ha sido cosa de ella. El siempre perfecto portavoz del instituto.

Dedico una palabra amable al gesto de mi vecino, intentando que no se me note que tal vez arrastre un poco más los pasos. Nos estamos alejando del núcleo del pueblo, casi como si fuésemos a la piscina, pero seguimos otro camino. Ante la falta de edificios que ofrezcan algo de abrigo, empiezo a comprender el error de ser un poco ansiosa y no haberle pedido algo de tiempo para cambiarme. Quedará fatal si ahora le pido volver.

Ela camina tranquila, en silencio, en paz, y yo tengo miedo de romper esa sensación, así que la imito, aunque mi cabeza parezca un local de fiestas con DJ incorporado. Se escucha solo la naturaleza, cigarras, grillos o a saber qué otros bichos. De vez en cuando algún coche, de fondo.

Seguimos andando hasta que salimos del límite del pueblo y llegamos ante una explanada escondida, al lado de la carretera, en la que no me fijé al venir. Tiene el suelo empedrado, una serie de bancos que reposan al lado de árboles y un camino muy marcado que lleva a un muro

blanco, con una puerta de hierro, cerrada.

El grupo está allí.

—¿Qué es este sitio? Es un poco *creepy*, ¿no?

—Es la entrada al cementerio —responde, esbozando una sonrisa maliciosa—. ¡Aquí los espíritus de nuestros ancestros nos observan y nos juzgan!

—Los míos no.

Se ríe de mi respuesta y murmura un «suertuda». Tom, al vernos, levanta una mano y nos saluda.

—¡Por fin! —exclama—. ¿Dónde os habíais metido?

Él está de pie, como si no pudiera parar quieto, pero el resto se han repartido entre un banco de piedra y un muro que los separa de un pequeño mausoleo que sobresale por encima. Lo miro con curiosidad y consigo distinguir en el friso la palabra «Medina».

—No me dijiste que la ventana de la calle era la de su madre —se queja Ela.

—¡Y yo qué sé! No pasa nada, es maja.

—Es la nueva directora —interviene Juls—. Lo siento, Aura, pero tu madre será el enemigo a partir de septiembre.

Vuelvo a centrarme en la conversación y me encojo de hombros. Entonces, al pensar en mi madre, me doy cuenta de algo.

—¡Mierda! Me he ido sin dejarle una nota.

Saco el móvil que, obviamente, vuelve a estar sin cobertura por culpa del maldito repetidor estropeado. Lo único que me falta es que vuelva a casa, no me encuentre y ponga el pueblo patas arriba buscándome con la policía, la Guardia Civil y los forestales.

—Escríbele un WhatsApp —dice Ela—. Si es solo texto, termina llegando en algún momento.

Eso hago, confiando en su experiencia.

—Dame tu número —pide Tom—, y te meto en el grupo. Así no volveremos a apedrear la ventana de tu madre.

El grupo se llama «La Pandi», seguido por una ristra de emoticonos. Me abstengo de hacer comentarios sobre el nombre, asumo que será una broma interna. Me entra un poco de nostalgia al ver, unos cuantos chats más abajo, el de mis amigos de Madrid. Esa misma tarde me han estado preguntando qué tal la llegada y he contestado con un breve mensaje y la excusa de la mala conexión, aunque estaba en casa con el wifi. Y también está el de Iván, al que todavía no he dado una respuesta.

—¿Y qué soléis hacer aquí? —pregunto intrigada.

—Nada, charlar —dice Marta—. A veces, botellón.

—O la ouija —responde Juls—. Sobre todo cuando viene gente nueva e impresionable.

Intento reírme como si no encajase en esa descripción, pero lo cierto es que hacer la ouija en un cementerio antiguo no está en mi definición de planes apetecibles. Una cosa es creer *de verdad* en los fantasmas y otra jugársela sin ninguna necesidad. Puedo quedarme con la duda de si existen o no.

—No le hagas caso —me tranquiliza Pablo—. Él es el primero que se caga de miedo.

En ese momento, de forma muy poco conveniente, me recorre un escalofrío. Tom, que está a mi lado, se da cuenta. La luz más cercana es la de una farola, y aunque no alumbra lo suficiente para ver que se me ha puesto la piel de gallina en los brazos, su sexto sentido de guardián del bien y la justicia debe haberlo detectado.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—Se ha levantado un poco de aire —me excuso.

No es mentira. Allí, a las afueras, se nota la bajada de temperatura y el clima de montaña. Todos llevan manga larga, incluso Ela, que cuando ha aparecido por mi casa estaba en tirantes, tenía una chaqueta esperándola en el muro.

Tom, como un caballero de película, se quita la sudadera y me la tiende.

—Toma, yo estoy bien.

Agradezco que los demás sigan hablando sobre las bromas que le gastaron a Juls la última vez que hicieron la ouija, así nadie se da cuenta. Pienso un instante en rechazarla, pero otra brisilla me convence del todo para ponérmela.

—Gracias —murmuro.

—Tienes que venir mejor preparada, chica de ciudad —dice con una sonrisa de suficiencia.

Está calentita y huele a suavizante de flores. Ela me mira de reojo y yo finjo, demasiado tarde, no haber inspirado el cuello de la sudadera. Me estoy luciendo. En un solo día ya me he presentado como la cosmopolita que no sabe llevar dinero en efectivo, vivir sin su móvil, llevarse una chaqueta por si refresca y, por si fuera poco, también voy a ser la rarita *olisqueachaquetas*.

Doy un par de pasos y me siento al lado de Ela en el banco de piedra, en silencio, simplemente escuchando y descubriendo que no soy capaz de pillar ni una de las bromas. Empezar de cero en un sitio es muy complicado.

—Dime la verdad, te habías rajado, ¿no?

—Yo... —Ahora mismo tengo tanta vergüenza que podría deshacerme dentro de la sudadera —. Pensaba que lo habías dicho por compromiso. Ya ves, la más lista del mundo, sí soy.

Ela pone una media sonrisa y se encoge de hombros.

—A ver, es lógico que se te pasara por la cabeza. Pero pareces simpática y, además, tengo que tenerte fichada para que me dejes los cómics —bromea mientras me guiña el ojo.

Paniqueo por un instante, aunque creo recuperar la compostura con rapidez y dignidad.

—Todavía los tengo en cajas, en cuanto estén bien ordenados puedes elegir los que quieras.

De repente, vaciar cajas y ordenar mi nuevo cuarto es una prioridad máxima.

—Tranqui, esperaré el tiempo que haga falta.

Se hace el silencio y mi cerebro funciona a toda pastilla, intentando encontrar un tema de conversación antes de que deje de prestarme atención y vuelva a charlar con sus amigos sobre cosas que no entiendo.

—Me gustan tus pendientes, ¿son diferentes de los de la piscina, verdad? —pongo cara de póquer. Por supuesto que son diferentes, Aura, ¡no se parecen en nada!

—¡Sí que te fijas! —exclama mientras yo me pongo tensa como una cuerda —. Tengo muchos, cuanto más frikis mejor. Siempre los llevo puestos, excepto para entrenar y en las competiciones.

—Es cierto, tú... —empiezo, todavía sin saber muy bien qué decir—. ¿Tom mencionó que haces... karate?

—Judo —me corrige. Joder, Aura, tienes que estar más atenta—. Estoy federada y compito siempre que puedo. Me gustaría llegar a las Olimpiadas, pero es muy difícil.

—Si eres tan buena como dice Tom, seguro que lo consigues.

Ha sonado a «si estás triste, no estés triste», pero ella sonrío de ese modo tan efusivo que tiene de hacer las cosas, se pone en pie y hace un amago de golpear a Tom con un movimiento de artes marciales.

—Soy buenísima —responde. El chico se aleja, nos mira de reojo y sigue hablando con

Pablo sin darle importancia, como si ya estuviera acostumbrado a esos arranques por parte de Ela —. Eso sí era karate, por cierto.

Creo que me sonrojo, pero con lo oscuro que está, espero que no se haya dado cuenta.

—Lo he notado —miento.

Vuelve a sentarse a mi lado y saca el móvil.

—Tengo una competición dentro de poco, puedes venir a verme si te apetece.

—Me encantaría.

No esperaba que en un pueblo tan pequeño hubiera un dojo para practicar judo. Tengo que preguntar a mi madre al respecto, ella siempre se entera de estas cosas, seguro que lo sabe. Una voz salida de la nada me devuelve a la realidad en la que, definitivamente, no estaba en ese momento.

—¿Quieres?

Marta, en el muro, me extiende un vaso de papel en el que no me había fijado.

—¿Qué es? —cojo el vaso y olfateo, ella me confirma lo que mi nariz había sospechado al acercarlo, ron con cola—. Está cargado, ¿no? Yo es que soy más de vodka con limón.

Se lo paso a Ela, que lo rechaza con un gesto de la mano.

—No bebo, pero gracias.

—Perdona... No lo sabía.

—Ya, mujer. —A pesar de todo, Ela coge el vaso y lo pasa al siguiente—. Puedes relajarte, lo estás haciendo muy bien, para ser la hija de la directora.

Sonrío un poco y, sin poder evitarlo, creo que me sonrojo otra vez.

—¿Quieres otra cosa de beber?

Asiento con la cabeza y me señala una bolsa de plástico donde tienen vasos desechables y lo que parecen botellas.

Supongo que por esto vienen al cementerio, para evitar miradas de adultos. Hacer botellón en el pueblo es menos peligroso que hacerlo en la ciudad. Yo solo lo hice una vez en mi vida, en un parque, di un sorbo y un segundo después un coche de policía encendió las luces y me pidió el carnet. Por suerte, nunca llegó la multa a casa.

—Eh, Tomy, haz algo útil y ponle una bebida a tu vecina.

Me planteo si pedir el vodka con limón que he mencionado, aunque sea para integrarme, y entonces Ela coge un vaso con hielo y se sirve solo Fanta. Ninguno se burla ni insisten en que se eche algo más, ni siquiera parecen prestar atención. Eso me da el empujón que necesito para alcanzar uno de los vasos y pedir Coca-Cola. Quizá beba algo más fuerte otro día, si me apetece. Hoy mis neuronas ya están lo bastante confusas.

Tom me sirve dos hielos y me llena el vaso hasta el borde.

—¿Algo más desea su señoría? —dice en tono burlón. Ela le sigue la broma y lo despacha con un gesto de la mano, como si fuéramos dos nobles en una fiesta.

Son simpáticos, todo el grupo en general. Más de lo que jamás me habría podido imaginar. En cierta manera, odio que me estén cayendo bien. Tendré que darles más tiempo, seguro que alguno la caga. Espero no cagarla yo.

A mi lado, veo que Ela alza el vaso hacia mí.

—¡Propongo un brindis! —anuncia en voz alta mientras se levanta y me señala con la mano. Todos se giran a mirarme y yo me quedo congelada—. Por las agradables sorpresas que nos ha traído la ciudad este año... —Hay un momento de silencio, de expectación, se me olvida respirar—. ¡Y porque por fin es verano!

Nunca he sido una persona demasiado extrovertida, me cuesta relacionarme en grupo, sobre

todo si es como este, no lo bastante grande como para que se formen subgrupos y no lo bastante pequeño como para que sea fácil meter baza.

Al final, soy una espectadora, más que uno de los participantes, a pesar de los esfuerzos de Tom por explicarme el contexto de las bromas internas cada pocos minutos. Agradezco mucho sus intenciones y, en realidad, considero que soy afortunada de que este grupo cuente con alguien así, pero me obliga a estar atenta todo el tiempo y es agotador.

Según se va desarrollando la noche, acabo aprendiendo varias cosas curiosas:

- El apodo de Marta es «Lagarta». Ni idea del motivo, pero no parece tomárselo a mal.
- Ela ha sido campeona de judo de la comunidad, varias veces.
- Tom puede hacer dos dominadas seguidas a una sola mano.
- La comida favorita de Ela son las tortitas de beicon.

Antes de que me dé cuenta, el reloj de la iglesia marca las doce y, como en el cuento de la cenicienta, debo marcharme si no quiero enfrentarme a la ira de mi señora madre. Ya es bastante malo que me haya ido sin dejarle una nota. Chequeo el móvil, al menos el mensaje le ha llegado, aunque no he recibido respuesta.

Cuando anuncio que, por desgracia, me tengo que marchar, todos se extrañan. Al parecer sus horas de volver a casa en verano son mucho más laxas que la mía. De hecho, son inexistentes. Tom se levanta y anuncia que se retira también, como si fuera lo más natural del mundo, aprovechando mi partida.

—¿Estás seguro? —pregunto cuando llega a mi lado—. Si es por acompañarme... No es necesario, creo que sabré llegar. Te puedo devolver ya la sudadera.

—No te preocupes, Aura. Ya va siendo hora de que vuelva, mañana tengo que levantarme temprano de todas maneras para ayudar en las caballerizas de mis padres.

Nos despedimos del resto de forma rápida con apenas un par de frases. Me hubiera gustado decirle algo más a Ela, pero ella también reacciona como los demás, nos despide y sigue hablando. Me resulta un poco raro marcharme así, en Madrid siempre nos recordábamos enviar un mensaje al llegar a casa. Las despedidas eran más ceremoniosas que un simple «Nos vemos».

Tom, al contrario que Ela, habla todo el camino de vuelta. Me resulta difícil identificar qué siento. Me lo he pasado bien, pero no he conseguido integrarme del todo, a pesar de los esfuerzos de este chico. Además, me ha parecido escuchar a Juls y Marta cuchichear mientras me miraban. ¿Estarán hablando de mí ahora mismo?

Llegamos a nuestra calle y él me acompaña a la misma puerta de mi casa. Para mi sorpresa, no parece haber luces dentro, mi madre estará todavía por ahí.

—Ha estado bien, ¿no crees? —me pregunta, apoyándose en el marco de la puerta mientras busco las llaves.

La luz anaranjada de las farolas cae sobre él, proyectando sombras sobre su rostro que acentúan los rasgos ya marcados de su mandíbula. Parece un dibujo, un chico sacado de las series de anime que me gustan.

—¿Aura?

—¡Perdón! Me he quedado embobada un momento...

Qué vergüenza, seguro que se ha dado cuenta de que lo estaba mirando. Tom sonríe y cambia su postura.

—¡Qué rara eres, chica de ciudad! —Da un paso hacia mí y me mira desde sus cinco pisos de altura, haciendo que trague saliva. Su presencia es imponente, hipnotizante—. ¿Me devuelves la sudadera?

—¿Qué? ¡Ah! Sí, claro.

Sacudo la cabeza y me la quito de golpe, no me molesto ni siquiera en darle la vuelta, simplemente estiro el brazo.

—¡Buenas noches, Aura!

Cuando la coge, se despide y se marchan él y su aroma a limpio. Por fin consigo encontrar las llaves para entrar en una casa silenciosa. Subo las escaleras de forma automática, arrastrando los pies y me tumbo en la cama al llegar a la mi habitación. El techo vuelve a recibirme, como al principio de la noche.

Creo que es la primera vez en mi vida que salgo sin tener que coger el Metro o un taxi. Ela vino a buscarme, ha sido... divertido. De pronto, siento la tremenda necesidad de caerles bien, de encajar. Tal vez vuelva a llevar la pamea de paja, por hacer la gracia. Chequeo el móvil, nadie ha puesto nada en el grupo de WhatsApp, todos mis contactos parecen tranquilos. Podría escribir una nota de agradecimiento. El mensaje de Iván me mira desde su rincón olvidado, así que vuelvo a dejar el móvil en la mesita para no verlo más.

Me pregunto si Ela irá mañana a la piscina.



TODO ES CUESTA ARRIBA

Dicen que el tiempo pasa despacio cuando no tienes cosas que hacer ni tus habituales opciones de ocio. Sin embargo, no tengo la ocasión de averiguarlo. Una casa nueva, pendiente de cambios y llena de cajas de mudanza, es todo lo que necesito para no aburrirme. Mi madre se pone las pilas y empieza a asignarme tareas para «espabilarme».

—Pensaba que querías que socializase —me quejo, aunque mis lamentos no son escuchados.

Paso varios días sacando cajas de debajo de otras cajas, vaciando tantos cómics que cualquiera podría pensar que no me ha dado tiempo a leer estando en el instituto, pero es mentira. Los he leído, y algunos más de una vez. También queríamos ir a la ciudad más cercana en busca de una cómoda para la habitación de mi madre, pero una de las vecinas la convenció para visitar la casa de un tal Enrique, un señor del pueblo que recoge muebles viejos y los restaura. Obviamente, el espíritu hippie de mi madre nos obligó a hacerle una visita de inmediato. Estuvimos un rato en el taller que tiene montado en el patio, con un montón de herramientas para tratar madera, botes de decapantes, barnices, pinturas y otros mejunjes.

Mi madre quedó extasiada e incluso a mí me impresionó un poquito. Sé que lo hubiera comprado todo porque no puede resistirse a las artesanías, sin embargo, toda su atención se la llevó un sinfonier de cajones que Enrique había pintado de verde menta y restaurado los tiradores con una pintura cobre que simula óxido. Así es como descubrí que el cobre se oxida de un tono verdoso que queda de maravilla con el color menta. Lo cierto es que el mueble entero es una maravilla. Puede que haya adquirido el gusto por estas cosas...

—Lo dejó un vecino en el punto limpio —nos explicó—. De ahí saco la mayoría de las cosas que restaura, en realidad. A veces ya me los traen directamente.

Es decir, que el sinfonier a él no le costó dinero, pero con la cantidad de tiempo que le ha llevado restaurarlo, el precio que pagó mi madre es cuatro veces lo que cuesta una cómoda cutre del IKEA. Claro que esto tiene mucha más gracia, tengo que reconocerlo. Su mujer le lanzó indirectas hasta que no le quedó más remedio que traérselo a casa en la furgoneta e incluso nos ayudó a meterlo hasta la habitación.

Aquí la gente de setenta años sube las cuestas y carga con muebles que da gusto verlos, me pregunto si será el aire que respiran.

Y esta es la historia de cómo me he quedado sin una visita a la ciudad y he aprendido a limpiar las malas hierbas del jardín. Estupendo. Mi madre no para de decir que quiere plantar unos tomates aquí y unos rosales allá y hacer algo para darle más alegría al espacio.

Pasamos un par de días tan inmersas en convertir la casa en un lugar habitable antes del nuevo curso, que yo me pierdo varias de las quedadas de «La Pandi». Al menos ayer mi madre me liberó de mis cadenas y pude ir a la piscina a sacarme el bono, me daba vergüenza que la mujer de la taquilla pensase que la había timado.

Cuando entro en la cocina me recibe el frescor que mantienen las paredes de piedra. La mujer de Enrique, el de los muebles, nos regaló una buena cantidad de limones con los que mi

madre ha hecho limonada y tenemos la nevera llena de botellas. Me sirvo un vaso generoso, echo dos cucharadas más de azúcar y le doy un trago. Entonces mi móvil vibra desde la encimera y lo que me encuentro en la previsualización del mensaje me hace atragantarme.

IVÁN: Hey.

Mierda. Oh, mierda. Hace casi una semana que me soltó todo ese rollo de que estaba pensando mucho en mí. Bueno, sorpresa, yo no. Todavía no he abierto la aplicación, así que no aparecerá como leído y puedo ignorarlo durante un ratito más. Pero el aparato parece mirarme mal desde la encimera, insistiendo para que lo lea, acusándome. Al final me puede la culpa y desbloqueo el teléfono. Me siento en la mesa de la cocina. Es el momento.

AURA: Hey

IVÁN: Qué tal?

Vaya, ha respondido al instante.

AURA: Bien, aquí... Muy liada con la mudanza y eso.

No es del todo mentira. Doy un sorbo a la limonada sin perder de vista ese «Escribiendo».

IVÁN: Ya imagino, jeje. Oye, ¿has podido darle una vuelta a lo que te dije?

Necesito urgentemente un diccionario que me traduzca los pensamientos de mala persona que estoy teniendo ahora mismo a un idioma agradable. Porque podría responderle «mira, sí, he tenido mucho tiempo para pensar mientras arrancaba hierbajos, pero no lo he hecho porque lo cierto es que no te echo de menos». He hablado a diario con mi antiguo grupo de amigas y con el nuevo grupo de «La Pandi», mientras su chat seguía sumergiéndose en el olvido. Me armo de valor y decido responder con la verdad.

AURA: Sí. Verás, no me parece muy buena idea. Lo siento.

¡No era tan difícil! He estado procrastinando esta tarea demasiados días, soy lo peor. Esta vez sí tarda un rato en responder. Escribe y borra varias veces. Y, mientras tengo su chat abierto, me llega un mensaje por otro lado.

TOM: Nos han dejado tirados, ¿te vienes a tomar algo?

Habíamos planeado quedar en la plaza esta tarde, pero uno a uno han ido diciendo que no podían y al final se ha cancelado, Tom debe estar aburrido en casa.

AURA: Vale, salgo en diez minutos.

Dejo el móvil a un lado mientras subo a mi habitación a cambiarme. Me estoy peinando cuando un WhatsApp hace brillar la pantalla.

IVÁN: Piénsalo, ¿vale? Si el año que viene vuelves a Madrid a estudiar, no es tanto tiempo. No hace falta que me respondas ahora.

Inspiro hondo, bloqueo el móvil y salgo de allí. Podría responderle, pero me siento culpable. Tom ya me está esperando, sentado en el bordillo de la calzada. Se levanta de un salto y camina hacia mí con esa sonrisa radiante que le habría hecho ganarse el puesto de líder del equipo de fútbol, si esto fuera un pueblo americano.

—¿Ya has acabado con las tareas, Cenicienta?

Apenas he salido desde la noche del cementerio y ni siquiera he puesto excusas, era cierto que mi madre me tenía muy ocupada.

—He dejado a los ratones cosiendo. ¿Dónde vamos?

Tom me lleva hasta la tienda de la señora Antonia, aunque no es la primera vez que voy, claro. Es uno de los primeros sitios que te hacen falta cuando llegas a Fuente del Ángel. La mujer vende de todo en su enorme local, desde pan hasta botellas de lejía, pasando por latas de conserva, frutas y verduras al peso, refrescos, alcohol, los periódicos del día, revistas del corazón... Mi madre lo llamó «tienda de ultramarinos» y me sonó como si estuviéramos en los años sesenta.

Hay otro supermercado, también diminuto, pero es más caro y los dependientes no son tan simpáticos.

Compramos un par de helados y volvemos a deambular por el pueblo.

—La siguiente parada te va a encantar. Estoy seguro de que nunca has estado en un sitio así, chica de ciudad —dice divertido.

Al principio, despierta mi curiosidad, aunque dura poco porque mi guía decide empezar a tomar callejuelas estrechas y caminos cada vez más empinados que discurren hacia el norte. La parte más vieja del pueblo es pintoresca, imposible de transitar de otra manera que no sea andando o en moto. Al cabo de unos minutos traspasamos un arco de piedra al lado de una ermita, testigo de tiempos pasados.

—Esta era la antigua entrada a Fuente del Ángel —me explica—. Había una muralla y todo, pero creo que se destruyó en una guerra y la gente aprovechó la piedra para hacerse casas. No estoy muy seguro.

Asiento en silencio, fingiendo que apenas me ha costado subir todas esas cuestas sin vomitar un pulmón. Encima del arco se ve un relieve desgastado del escudo del pueblo, el mismo que sale en el bono de la piscina: un halo de ángel sobre un cauce fluvial.

Por desgracia, el paseo no termina ahí. Pronto, y de forma abrupta, abandonamos las viejas casitas para encontrarnos en un camino de piedra a la falda de la cima de la montaña donde se asienta Fuente del Ángel. Levanto la cabeza para mirar hacia arriba, donde la roca se levanta casi en vertical. A la derecha, hay un estrecho pasaje cementado, sin barandillas, que sube.

—¿Es el castillo que se ve desde la carretera?

—¡Por supuesto!

Su entusiasmo, y el hecho de que apenas haya sudado ni un poquito, me resulta un poco molesto. Iniciamos la subida al castillo, que sería bastante dura si no fuera porque un rebaño de nubes han decidido darnos un respiro del sol.

El denominado castillo es más bien un promontorio rocoso de ruinas desperdigadas donde se pueden adivinar los restos de algunas paredes e incluso de una torre.

—Era un castillo romano, una fortaleza. —Mientras Tomás habla, recorremos los puntos más emblemáticos—. Aunque cambió varias veces de manos, a los cristianos, a los musulmanes... Siento no poder contarte mucho más, la historia no es mi fuerte.

Se pasa la mano por el pelo, un poco avergonzado (¿Algo en lo que el chico maravilla no es perfecto? Vuelvan a llamar a los periódicos). Los restos de la fortaleza podrían estar mejor conservados, aunque todavía son curiosos de ver. Serían el típico sitio donde traería a alguien que viniese de visita. Aunque lo realmente cautivador, y mucho más asombroso, son las vistas.

Doy un giro de trescientos sesenta grados mientras me deleito en las montañas plagadas de árboles verdes, el viento me despeina y yo intento apartarme el pelo de la cara para poder grabar

en mi memoria lo que estoy viendo. Cierro los ojos y respiro hondo. La montaña me regala una brisa que llena mis pulmones de aire de verdad, puro.

—Vale, nunca había estado en un sitio así —admito.

Tom, que mantiene una sonrisa satisfecha, se abstiene de soltar el clásico «te lo dije» y me señala unos bancos que hay en un mirador construido con los restos de la muralla del castillo. Me siento en el respaldo de uno de ellos, con él a mi lado. Sigue oliendo a limpio, incluso después del paseo.

—¿No tendrás una identidad secreta como Superman o algo así? —suelta mi boca sin mi permiso.

—¡No! —parece un poco avergonzado.

—Tienes razón, este pueblo tiene muchas cuevas para ser Smallville.

Por supuesto, no pilla la referencia a una serie tan antigua y, por supuesto, se abstiene de comentármelo para no hacerme sentir como una friki sin remedio. Para distraer la conversación de un momento incómodo, busco elementos familiares en el paisaje, hasta que las ruinas de ese monasterio me llaman la atención desde lo lejos, se ven peor que desde el mirador, pero ahí están.

—¿Has ido a verlo de cerca? —pregunta al notar mi interés.

—Todavía no —reconozco con fastidio—. ¿Por dónde se va?

Él señala una zona entre el bosque que parece un poco más despejada que el resto.

—Hay una ruta. Se tarda un rato en llegar, pero podemos organizar algo con estos. Cuando éramos pequeños íbamos de vez en cuando a jugar al escondite y a hacer guerras de globos de agua. Cargábamos con cubos de globos desde aquí, porque allí abajo no hay ninguna fuente para llenarlos y en cinco minutos habíamos acabado con todos. Lo cierto es que...

—Os conocéis desde hace mucho, ¿no? —le interrumpo.

Sonríe con nostalgia y mira al horizonte como si estuviera intentando abarcar el montón de recuerdos que han aflorado a causa de mi comentario.

—De toda la vida —empieza a explicar—. Menos a Juls, que ya le conocía, pero no nos hicimos amigos hasta hace un par de años, cuando repitió curso. Mi madre y la de Pablo son primas, así que somos amigos desde que nacimos. A Ela y a Marta las conocí al empezar el colegio con tres años. Luego, cuando abrieron el balneario, vino bastante gente nueva, entre ellos la familia de Lucía.

Así que Luchi era la nueva antes que yo. He oído hablar de ese balneario, está muy cerca y es el típico sitio que recomiendan las influencers para conectar con la naturaleza, meditar, encontrarte a ti misma y todas esas cosas. Yo no le veo la gracia a meterme debajo de chorros de agua caliente y luego agua fría y luego caliente otra vez.

—¿Y no hay nadie liado con nadie? —pregunto, intentando sonar divertida. Estoy pensando en una persona muy concreta, pero no puedo dejar que se note.

—¡Así que ya quieres conocer los salseos! Bueno, no soy ningún experto en este tema, pero ya sabes... Siempre hay líos. Pablo sale con una chica que viene al instituto, pero es de otro pueblo. Se llama Ana.

—Es verdad —recuerdo de pronto—. Hoy no podía quedar porque ha ido a verla, ¿no?

Tom asiente.

—Juls es el típico que tontea con todas, pero luego «no quiere nada serio». —Hace el gesto de las comillas con los dedos y resopla—. Le tienen caladísimo y ya ninguna del pueblo le hace ni caso. ¡Igual lo intenta contigo!

Me río porque le pega.

—Este sitio es muy pequeño —respondo—. Se debe correr la voz enseguida.

—Y tanto, ahora ya lo sabes. Luego está Marta, que rompe con su novio una o dos veces a la semana, de media. Llevan seis meses así, creo que ahora están juntos. Bueno, puede que no. Ya no soy capaz de seguir la telenovela turca. Los demás ahora mismo no estamos con nadie.

Lo miro de reajo. Lo ha dicho muy deprisa, como si quisiera evitar preguntas. Preguntas que me veo en la obligación moral de hacer.

—Ela y tú parecéis muy unidos.

Suelta una risa incómoda y se pone rojo como un tomate. Se acaba el helado y juega con el palo entre los dedos.

—Ya... Todo el mundo lo dice. Para ser sincero, hace un par de años nos tragamos lo de que «un chico y una chica no pueden ser solo amigos». Fue por la presión social, si quieres que te diga la verdad.

—¡Os liasteis! —exclamo.

—¡Lo intentamos! Nos besamos una vez y fue rarísimo, encima fue en fiestas y lo vio media comarca, un desastre. Ahí me quedó clarísimo, Ela es como... mi hermana. La quiero muchísimo, pero no la veo de ese modo y ella a mí tampoco. Ese momento tan vergonzoso fue la confirmación.

Esa respuesta, para mi sorpresa, me alivia un poco. Tom se recuesta en el banco y mira también al monasterio.

—Y, ¿qué hay de ti? —pregunta en un intento, sin éxito, de parecer casual—. ¿Alguien especial en la gran ciudad?

Yo me atraganto un poco con el helado y me siento recta de golpe. Había estado tan enfrascada en averiguar esta duda, sin saberlo, que no había caído en que la pelota podía volver a mi campo. El último mensaje de Iván hace que el móvil pese más en mi bolsillo.

—No... —Técnicamente, no es una mentira, aunque cuando sale de mi boca suena dubitativo, artificial—. A ver, había alguien, un chico, pero es que... Cuando nos vimos a vivir aquí, lo tuvimos que dejar.

—¿Y eso? Las relaciones a distancia pueden funcionar, será por medios.

—No es que... —Cómo le digo a este ser de luz que en realidad los sentimientos hacia Iván me dan bastante igual y que he usado lo del pueblo como excusa para cortar sin tener que tomar la responsabilidad de hacerlo por mí misma—. Es complicado. En realidad no creo que llegase a gustarme...

Se hace un silencio incómodo.

—No tenemos por qué hablar de ello.

Y con esa sentencia, se queda tan ancho. Al principio me sorprende, pero luego me doy cuenta de que tiene razón, no tenemos por qué hacerlo. Me relajo, debe ser maravilloso tener la confianza de un chico Disney.

Tom se levanta para tirar el palo de su helado a una papelería cercana y se saca un paquete de pañuelos de la riñonera que lleva que, ahora que me fijo, resulta que es la misma que tiene Ela en un color más oscuro. Se limpia las manos y me ofrece uno, se lo cambio por el papel de mi cucurucho.

—Vaya, esa riñonera es popular en Fuente del Ángel, ¿no? —le pregunto mientras me hace el favor de tirar el papel.

—¡Sí! Está muy bien, ¿verdad? Nos la hicimos en el club de judo para ir a las competiciones.

—Espera, ¿también estás en el club de judo? —Suponía que debía estar en un club

deportivo, aunque me hubiera pegado más algo futbolístico. Eso explica que Ela y él estén tan unidos—. No me lo digas, fijo que eres el capitán.

—¡Qué va! La capitana es Ela, yo solo soy su *uke* y el que carga las mochilas cuando nos vamos de competición.

Es la capitana... Debí haberlo supuesto, con esos hombros... De pronto, no puedo evitar imaginarme la escena con los clásicos kimonos blancos que se ven en las olimpiadas. Aunque, espera... ¿Qué ha dicho?

—¿Eres su qué?

Por favor, que no sea nada pervertido, no estoy preparada.

—Sí, perdona, la costumbre. En artes marciales se suele trabajar en pareja, un *uke* es la persona que recibe la técnica y *tori* es la persona que la hace. Los roles van cambiando, pero es una coña interna porque casi siempre nos ponemos juntos, soy el único que aguanta el ritmo de la bestia.

Ah. La bestia. La bestia debe ser Ela. La información me hace tragar saliva y mi imaginación, siempre muy gráfica, se va a una imagen de ellos dos peleando sobre un tatami, sudando, agarrándose, Ela dominado la situación. Vuelvo a tragar saliva.

—Qué bien... —consigo articular.

Sonríe entusiasmado y se apoya en la piedra de la muralla, mirando al horizonte.

—Dentro de poco tenemos una competición, ¿vendrás?

—Sí, lo intentaré.

Me levanto y le hago compañía. Mi mirada vuelve a irse al monasterio, tengo que averiguar más sobre su historia.

Cada vez estoy más convencida de que la luz que vi fue un reflejo o, como mucho, un guarda forestal que estaría peinando la zona o un grupo de críos intentando hacerse los valientes. Lo cierto es que me encantaría verlo de cerca, pero caminar hasta a ese santuario de piedra tragado por la montaña en mitad de la noche, me pone los pelos de punta.

—Antes quería decirte algo. —Tom deja de mirar a la montaña para mirarme a mí—. He hecho un formidable y exhaustivo trabajo de investigación para ti.

De primeras, no consigo adivinar a lo que se refiere. Un nuevo vistazo al monasterio, sin embargo, me refresca la memoria. La leyenda.

—¿Y qué has averiguado, Sherlock?

—Elemental, milady. —Creo que la expresión no se usa así, pero no me veo capaz de quitarle la ilusión—. Te presento la leyenda de la Fuente del Ángel, me la he apuntado para que no se me olvide nada.

Saca el móvil y empieza a leer del bloc de notas:

«Hace muchísimo tiempo, entre los primeros asentamientos de la zona, había un templo pagano a los dioses de la montaña, guardado por las criaturas que vivían en ella y al que los habitantes iban a depositar ofrendas. El templo fue cambiando, pero siempre permaneció en el mismo lugar. Hasta que llegaron los cristianos.

Un abad de los monjes benedictinos se estableció en el área y no veía con buenos ojos que los habitantes todavía siguiesen haciendo ofrendas donde estaba el templo, así que escribió a un obispo, o algo así, para que le diese dinero y hacer un monasterio. Tenía sospechas de que en realidad ese antiguo templo podía ser una puerta al mismísimo infierno y podía abrirse en cualquier momento si los aldeanos seguían dejándole cosas.»

—Joder, menuda escalada.

—Espera que aún hay más.

«Construyeron un monasterio y decidieron hacerlo de clausura, para dedicarse a la vida contemplativa. Pasó mucho tiempo y un año que el pueblo estaba sufriendo porque el río se había secado, la leyenda cuenta que en su último aliento, el abad, que era muy anciano, ordenó que abriesen las puertas del monasterio y dejaran salir lo que estaban custodiando.

Entonces, un ángel emergió del patio y fue al nacimiento del río y el río volvió a correr, ¡fue un milagro! Después el ángel se metió otra vez en el monasterio y le hicieron una estatua, para conmemorarlo. Gracias a eso se estableció una población fija más cerca del monasterio y del río, le dieron la carta puebla a Fuente del Ángel poco después, gracias a la orden benedictina.»

Me quedo callada ante la historia y no puedo evitar buscar las piedras lejanas con la mirada.

—Qué me estás contando.

—Sí, la estatua ya no existe, pero movieron parte de sus restos del monasterio al pueblo para hacer un homenaje, me lo ha contado mi abuela. Ella y sus amigas saben todo lo que pasa en el pueblo, así que debe ser verdad.

De pronto, recuerdo la estatua de ángel que hay en la plaza. No puede ser la misma ni de coña, porque esa tiene un estilo neoclásico y la historia que me acaba de contar Tom tiene pinta de ser más antigua que la tinta negra.

—¿Y dónde están esos restos?

Se queda parado, inclina la cabeza y me mira con resignación.

—No pensé en preguntarlo.

—¿En serio? ¿Te sumerges en toda esa historia y no se te ocurre preguntar el final?

Tom levanta una ceja rubia y se cruza de brazos, con la misma expresión que pondría un golden retriever al que han pillado robando un calcetín.

—Perdona... —me retracto—. He sido superborde. Gracias por contarme la historia, da para un cómic.

Todo rastro de tristeza se borra de su rostro y me acompaña en mi observación del antiguo monasterio del que ya sé un poco más. No, si al final este pueblo va a ser interesante y todo.



AROS DE CEBOLLA BARATOS PARA DOMINARLOS A TODOS

Es extraño despertarse de la siesta con la luz que entra por los huecos de la contraventana. Estoy segura de que tiene más años que yo y puede que más años que mi madre. En Madrid me despertaba el ruido de los coches, el calor o el traqueteo del ascensor. Aquí, como mucho, se oyen los ladridos de los perros.

Mi madre se ha ido y no ha dejado ni una nota. Compruebo el móvil, pero tampoco hay un solo mensaje. Llevamos aquí menos de dos semanas y ya nos hemos acostumbrado ambas a salir y entrar sin decir nada, sin preocuparnos por dónde estamos o a qué hora vamos a volver. De hecho, salió de ella la ampliación de mi toque de queda, después de hablar con algunos de los demás padres. Eso sí ha sido toda una ventaja. Ahora puedo volver más o menos cuando quiera, porque se supone que aquí nunca pasa nada.

Entonces, la puerta de la calle se abre y aparece cargada con una bolsa de rafia llena de verduras.

—Hola, cariño —saluda al verme—. Mira lo que traigo.

Respondo al saludo y le doy un beso fugaz en la mejilla, en lo que me asomo al interior de la bolsa. Ella se queda parada un instante y sonrío. Desde que me comunicó la apocalíptica noticia de la mudanza, mi política de mujer de hielo conllevaba no realizar ninguna muestra de cariño y eso incluía los besos en los saludos. Esta vez me ha salido de forma inconsciente, aunque a ella no le ha pasado desapercibido.

—¡¿Y estos tomates?! —flipo. Son del tamaño de mis dos puños juntos.

—Del huerto de la señora Mari. Sabía que te iban a gustar. ¿Los hago en ensalada para la cena?

Estoy a punto de responder que sí con una energía desbordante, cuando recuerdo algo.

—Ah... pues es que esta noche... Esta gente me ha invitado a cenar por ahí y luego ir al cine de verano.

Vuelve a sonreír, esta vez con menos disimulo.

—Parecen majos, ¿eh?

Oh, no. Es una trampa.

—Están... bien. ¿No querías que me integrase?

—Me parece perfecto, cariño. A lo mejor me paso por el cine de verano yo también. ¿Hay que sacar entrada?

No he preguntado, pero después del incidente de la piscina, no doy nada por sentado.

—Ni idea, pero dame diez euros, *porfi*.

Un rato más tarde estoy saliendo de casa con mi camiseta de Gandalf y mis diez euros. La tarjeta de débito está abandonada en un cajón y ahí seguirá. Por una vez he adelantado a Tom y soy yo la que espera en la puerta.

—Vaya horas —le digo en cuanto aparece, tan solo un par de minutos después.

—Un mago nunca llega tarde —responde, mira mi camiseta y me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reírme.

—Esa me la merecía.

Recorremos las calles por un camino que no conozco. Vamos en dirección a la plaza, pero no sé exactamente dónde vamos a cenar. En el grupo han dicho «quedamos en el Ángel a las ocho» y he dado por hecho que era el ángel de la fuente. Menos mal que no voy sola. Cuando estoy a punto de preguntar a dónde vamos, Tom se detiene delante de un local.

—¿Y este sitio? —pregunto.

Es una casa construida en un rincón, con viviendas arriba y unas escaleras que bajan a una especie de semisótano. Tiene una puerta de madera oscura y un cartel que dice «El Ángel Caído». Está pintado a mano con mucho cuidado y tiene dibujadas unas plumas negras alrededor de las letras.

—Ahivá, ¿todavía no te hemos traído aquí?

—Me acordaría —aseguro.

—Pues vamos.

Nada más abrir la puerta nos llega el bullicio del interior. No es un sitio grande y tiene solo un par de ventanitas, así que un puñado de gente ahí abajo forma una multitud. La barra está en el lado opuesto a la entrada y por medio hay unas cuantas mesas rodeadas de sofás y sillones, todos distintos. Una de las paredes tiene un banco continuo lleno de cojines y, sentada en un extremo, frente a una mesita cuadrada, está Lucía mirando el móvil.

—¡Luchi!

Tom la saluda y se sienta a su lado. Su sonrisa ilumina el lugar, como si el sol fuese capaz de llegar hasta ese semisótano durante un instante. Ella le devuelve la sonrisa y me mira con cierto rastro de decepción, pero es capaz de disimularlo enseguida. Empiezo a sospechar que aquí está pasando algo, cuando la efusiva entrada de Juls me distrae.

—¡Buenas! Os he visto de lejos, pero no me habéis oído. ¿Y los demás?

Tomo asiento y echo un vistazo al móvil. Hay varios mensajes en el grupo.

ELA: Llego tarde.

PABLO: Como siempre.

LUCÍA: Yo ya estoy. Llegáis tarde todos, capullos.

ELA: No llego tarde SIEMPRE

MARTA: No mientas

ELA: Soy la que vive más lejos del centro

LUCÍA: Tres minutos más lejos

Después ha puesto el sticker de una chica pintándose la cara de payaso y hay una ristra de risas y emoticonos en respuesta.

En ese momento aparece Marta, seguida muy de cerca por Pablo. Y Ela, como ya había anunciado, llega diez minutos más tarde. Por lo visto hay que pedir en la barra y a ella, como es la última, le toca ir. Según dicen, es la tradición.

—Voy contigo —me ofrezco—. ¿Alguna recomendación?

Al lado de la barra hay un futbolín que se me había pasado por alto, donde unos tíos están armando todo un escándalo. Ela pone cara de fastidio y se aparta un poco.

—Las hamburguesas están que te cagas —responde, y me tiende una carta plastificada que no sé de dónde ha sacado—. Mi entrante favorito son los aros de cebolla, podemos compartir una ración. ¿Te gustan?

—¡Me encantan!

Me gustan sin más, quizá me he venido un poco arriba, pero ella me guiña un ojo y en ese momento podría jurar sobre la Constitución que he sido la mayor fan de los aros de cebolla durante mi vida entera.

Todos piden hamburguesas, así que me dejo llevar y elijo la clásica de beicon con queso. También compartimos entre todos una fuente gigante de patatas fritas. Para mi sorpresa, no son congeladas de bolsa, se nota que están cortadas a mano porque cada una tiene una forma y longitud diferente. Y son superbaratas, igual que las hamburguesas gigantes que nos plantan en la mesa.

—¿Ya se sabe qué peli vamos a ver? —pregunta Marta.

He visto los carteles del cine de verano con el lugar y el horario, pero en ningún sitio aparecía la cartelera.

—He extendido al máximo todas mis redes de información —dice Ela—, pero no he conseguido enterarme de nada.

—Preguntar a tu padre no es tener una red de información —la provoca Juls.

Ela pone los ojos en blanco y se mete una patata en la boca.

—Siempre está haciendo cosas en el ayuntamiento, aunque estos días la directora le tiene muy distraído.

Me mira directamente y alza las cejas. Los demás también se giran hacia mí. Sé que mi madre ha estado por ahí haciendo gestiones relacionadas con el instituto, pero no tenía ni idea de que el padre de Ela tuviese algo que ver.

—¿También es profesor? —pregunto, en un intento por aclarar la historia.

—Da bailes de salón para adultos. Suele usar el gimnasio del instituto varias tardes a la semana y parece que está negociando los horarios con *la nueva dire* de cara al próximo curso.

No veo a mi madre bailando pasodobles, pero es muy defensora de la cultura, así que no creo que haya ningún problema por seguir dando esas clases. No se lo digo porque no quiero ir por ahí defendiendo a mi madre, y mucho menos teniendo en cuenta que es «*la nueva dire*», enemiga pública número uno de los estudiantes en cuanto empiecen las clases. Todavía no tengo establecida mi fama aquí y ser la niña de mamá es mi opción menos favorita.

—No me ha dicho nada —respondo al final, y no es mentira. Decido cambiar de tema y volver a terreno seguro—. ¿Por qué no se sabe la película que van a echar?

—Es sorpresa —explica Tom—. Forma parte de la gracia.

—Igual es una romántica, Aura, ¿nos sentamos juntos? —me pregunta Juls alzando las cejas.

—Ni lo sueñes.

Un coro de risas acompaña mi respuesta distraída, incluso él sonríe y se disculpa con un «tenía que intentarlo».

Tom cambia de tema preguntando por las apuestas acerca de qué película pondrán. Salen varios nombres, todo de cosas de hace más de diez años. Tienen asumido que no veremos estrenos. La mayor parte del grupo está convencido de que será «Mamma mía» porque a la alcaldesa le encanta, aunque «Grease» también suena fuerte.

—Ojalá cancelasen ese despropósito —murmura Juls.

—Pero si las canciones te encantan...

Ela alza una patata como si fuera el Santo Grial y lanza «Indiana Jones en busca del arca perdida» como su apuesta personal. De pronto, todos me miran esperando mi título. Sin poder evitarlo, siento como la comida se me atraganta un poco. Por un lado, me siento incluida, por otro, de pronto hay demasiada presión por decir una película que sea aceptable, que no me señale como rara y entre dentro del espectro de la broma. Joder, ¿por qué socializar en persona es tan

complicado? Bajo la cabeza. Piensa, Aura, piensa.

—¡El señor de los anillos!

Gracias, vieja camiseta de Gandalf.

Todos bufan, incrédulos. En ese momento llega una camarera con las hamburguesas y todo el grupo la saluda. Al parecer, es la hermana mayor de Lucía. Ela se me ha quedado mirando, aunque no dice nada. ¿Le parecerá demasiado friki? Voy con una camiseta de Gandalf, no es que esté engañando a nadie.

Me sorprende gratamente ver que la hamburguesa está muy buena, no tiene nada que envidiar a las hamburguesas modernas que solíamos pedir por Just Eat. Si acaso, sabe más auténtica.

El Ángel Caído no puede presumir de una carta de comida demasiado amplia, pero cuenta con un buen puñado de cervezas artesanas y unos cuantos combinados con nombres exóticos. Es oscuro, acogedor, y me recuerda al agujero de un hobbit. El ambiente es diferente de los otros bares de la plaza, tiene algo especial. Es posible que me venga algún día a pintar en mi libreta con un café, como si estuviera en una película de bohemios.

Ela me da un codazo para sacarme de mis pensamientos. Tiene un arito de cebolla que coge con las dos manos.

—Mi tesoro... —durante un instante me quedo congelada. ¿Es a mí? ¿Qué?—. No compartiremos, tesoro.

Vale. Menudo susto. Es posible que haya perdido varios años de vida. Está imitando a Gollum.

—Vaya, vaya, heme aquí en estas soledades, una hobbit, una hueste de cubiertos a mi servicio y el arito de poder al alcance de mi mano.

Como imitación de Faramir ha sido... bastante patética. De verdad, ¿por qué soy así?

—¡«Las dos torres»! —grita al instante. Ha reconocido la frase—. Para vos, mi señora.

Me ofrece cortésmente el aro de cebolla, inclinando la cabeza en señal de respeto y, por un segundo, solo estamos ella y yo. Respondo con una levísima reverencia y alargo mi mano. Durante lo que dura un parpadeo nuestros dedos se rozan y sería eléctrico... si no fuera porque en ese momento se me cae la comida del susto.

—Allí va el anillo único, has hecho un mejor trabajo que Isildur —bromea.

Recoge el arito del suelo y lo aparta en una servilleta. No sabía que Ela era fan de El señor de los anillos y me parece la excusa perfecta para seguir entablando conversación con ella.

—A ver, no soy culoduro de Tolkien, la verdad —reconoce—. A mí me gustó Los Anillos de Poder porque Galadriel es una reina en armadura, a pesar de tener todas esas inexactitudes y detalles que molestaron tanto.

—¡Me encanta Galadriel! Tengo varios dibujos de ella en mi libreta. —Una libreta que justo ahora, cuando sería perfecto, no llevo encima—. Ya te los enseñaré.

—Cuando me dejes Fábulas, que no se me olvida

Me hace un guiño cómplice antes de embarcarse en la aventura de terminar de devorar la hamburguesa. Yo termino la mía, intentando prestar atención al resto de conversaciones, pero todavía con ganas de continuar la charla privada. Por desgracia, al final me puede el temor de quedar como una pesada y me quedo callada, observando.

Cuando terminamos de cenar, nos acercamos a la barra a pagar. Observo, con bastante rabia, que aquí sí aceptan tarjeta. Por favor, ¿es que no voy a acertar nunca?

El cine de verano está en la misma plaza. En la fachada del ayuntamiento han colocado una tela blanca sujeta con columnas de metal y, justo enfrente, hay dos grandes grupos de sillas con

un pasillo en medio, dispuestas todas en semicírculos. También han colocado una barra en la calle donde la gente puede comprar bolsas de patatas fritas, bebidas y palomitas. Las personas detrás de la barra llevan una camiseta que reza «comisión de fiestas». Según Tom, esta es una actividad organizada por ellos para recaudar dinero. Todos compramos algo antes de ir a buscar sillas.

Muchos paisanos se han traído sus propios asientos de casa, así que es sencillo encontrar hueco. Mi corazón se acelera cuando veo el hueco que me tienen reservado. Ela le da un par de golpecitos al plástico.

—¿Quieres? —Tom, al otro lado de mi silla, me ofrece caramelos de una bolsa. Cojo uno.

Las luces se atenúan y, cuando empieza a sonar la música, abro la boca por la sorpresa.

—¡Además de divertida eres vidente! —susurra Ela en mi oído.

Los primeros fotogramas de «La comunidad del anillo» se ven en la gran pantalla y yo solo puedo hacer un esfuerzo por disimular el escalofrío que acaba de recorrer todo mi cuerpo. Esta vez, no ha sido culpa de ninguna brisa de montaña.



ALGUNAS PERSONAS SON TODO UN ESPECTÁCULO

Al salir los créditos finales, la gente aplaude y empieza a recoger sus cosas. Algunos se han dormido en la comodidad de sus butacas de lujo, es decir, sus sillas plegables de playa. Los vecinos los despiertan entre risas y, poco a poco, la plaza se va quedando vacía.

Tom se levanta, se estira y sacude los restos de comida de su camiseta. Ela y yo nos hemos quedado calladas en una especie de silencio reverencial cuando suena la música de cierre.

Y eso que no hemos parado de hablar en toda la película.

—Bueno... —empiezo a decir—. ¿Pondrán «Las dos torres» la semana que viene?

—Eso espero —responde. Se pone en pie y ahoga un bostezo—. Tenemos que llegar a la parte en la que Aragorn da una patada a un casco y comentar que...

—¡Viggo Mortensen se rompió el pie! —exclamamos a la vez.

Le sigue una risa nerviosa y una mirada de curiosidad por parte de Tom.

—Me lo he pasado muy bien —dice Ela—. Ya veremos la segunda por nuestra cuenta, si no la ponen aquí.

Con esa promesa y una nueva ronda de bostezos, nos volvemos a nuestras respectivas casas. Me iba a poner un capítulo de un anime que tengo a medias, pero la verdad es que no puedo concentrarme demasiado en otra cosa que no sea el mundo de Tolkien.

Pasados un par de días tras el cine, mientras desayuno, contesto a unos mensajes de mis abuelos en el grupo familiar. Se han ido con su grupo de amigos a Vietnam y nos mandan una ristra de fotos todos los días en cuanto llegan al hotel y aprovechan el wifi. Me he dado cuenta de que ya no dependo tanto del móvil, aunque la que más se ha dado cuenta es mi batería, que ahora dura el doble. En Madrid pasaba el rato haciendo *scroll* o jugando en línea y no era consciente. Este cambio de rutina y la cobertura yendo y viniendo en cualquier momento del día, me han descubierto cosas de mí misma que desconocía.

Por suerte, el repetidor estará arreglado esta semana. Mientras tanto, mi madre está en modo loca de las manualidades. Lo sé porque cuando pasa eso se pone un pañuelo en la cabeza y el peto de lino que tiene manchado de pintura.

Las cajas casi han desaparecido, me da vergüenza admitir que son las mías las que están en una esquina de la habitación, esperando mi atención. Los cómics están todos desempaquetados, eso sí.

Poco a poco, hemos llenado toda la casa de muebles con «encanto rural», según palabras de la experta, Eva Carrasco. Después de la misión de hacer un hogar habitable, mamá está descubriendo todo tipo de hobbies nuevos, por ejemplo, la jardinería.

Hace unos días plantó hierba gatera. La ha terminado quitando porque atrajo la atención de un puñado de gatos que se volvieron completamente yonkis de esa mierda y se restregaban por todas partes. A uno naranja le ha ofendido que la hayamos quitado y se ha dedicado a maullar y levantar la tierra por la zona, con lo que ha quedado un desastre interesante que mi madre está intentando arreglar con hortensias.

—Son bonitas, ¿eh?

Asiento sin mirar. He terminado de desayunar y llevo un rato sentada en una de las sillas de plástico blancas que tenemos provisionalmente en el patio, está amarillenta por el sol y el paso del tiempo. En el pueblo todo está tranquilo y, por comparación, no puedo evitar pensar en las fotos que están subiendo a Instagram mis amigas de Madrid. Ayer fueron al Parque de Atracciones y yo tuve que conformarme con la piscina municipal, otra vez. Me sorprende el hecho de que me da menos rabia de la que esperaba.

En ese momento, me salta una notificación que dice «Ela». Hasta ahora no habíamos hablado nunca por privado, solo en el chat de grupo, así que al pinchar me sale su conversación vacía, excepto por el link que acaba de enviarme.

Es un video muy gracioso de un gato con un filtro. No puedo evitar reírme y, aunque intento que sea por lo bajo, mi madre alza la vista.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta, intentando disimular que en realidad quiere saber qué me resulta tan gracioso.

Se limpia las manos en el pantalón, que ya está sucio de haberse arrodillado en la tierra removida, y viene a sentarse a mi lado.

—No se ponen de acuerdo —me quejo, y vuelvo a comprobar el chat del grupo, donde nadie ha dicho nada—. Llevan unos días diciendo de ir a las pozas.

—¡Las pozas! Me encantaba ir allí cuando estábamos en el camping. Si vais ten cuidado con las piedras, puedes llevarte las chanclas que te compré, esas que te agarran el tobillo.

—No creo que vayamos hoy, hace viento.

Ella echa un vistazo a su teléfono, que lleva casi abandonado desde que llegamos. Está viviendo una «desconexión digital».

—Podéis venir a la exhibición de baile que organiza Rai.

—¿Rai? —pregunto con una sonrisilla—. Qué confianzas.

Le quita importancia con un gesto y estira la mano para alcanzar su taza de té, que lleva en el poyete de la ventana por lo menos un par de horas.

—Es el profesor, hemos estado repartiendo los horarios de uso del gimnasio. Da las clases por las tardes en el instituto. Quiere hacer una muestra para ver si el año que viene se apunta más gente.

—Pensé que era algo solo para viejos.

—¡Oye! —se ofende entre risas—. Son para adultos, no para viejos. Hay mucho nivel.

—Ni que te fueras a apuntar...

Me ofrece silencio por toda respuesta y se levanta de la silla en dirección al interior de la casa. Ela me envía un emoji partiéndose de risa en ese momento, ha debido verme conectada este rato y yo sin contestarle. Al final me decido por un «es buenísimo». Tras un segundo eterno, su estado aparece como «escribiendo» y después se para, para volver a ponerse «escribiendo» de nuevo. No le habrá gustado la respuesta, debería haber utilizado un sticker. Joder, qué desastre.

Antes de que pueda seguir metiéndome en el pozo de la incertidumbre, aparece un mensaje suyo.

ELA: ¿Vas a venir a la exhibición de baile que hacen en la plaza?

AURA: Pues no sé, bailar no es lo mío

ELA: No creo que pidan al público que participe

AURA: Menos mal. ¿Tú vas a ir?

ELA: Claro, va a ser genial. Además, es con la Big Band de la comarca

AURA: ¿Música en directo?

Me envía un guiño por toda respuesta. En ese momento mi madre aparece y se sienta a mi lado con una pequeña bandeja con dos vasos con hielo y una jarra de zumo de limón.

—¿A qué hora es la exhibición esa de baile? —digo intentando parecer desinteresada.

Durante el verano, en contra de todos mis prejuicios, en el pueblo siempre hay algo que hacer. Una orquesta, una película, un mercado... O, como en este caso, una exhibición.

Al final, decidimos ir juntas. Mi madre se pone uno de sus mejores vestidos vaporosos para acudir a la plaza y yo me decido por un top blanco de lino y unos shorts vaqueros de cintura alta. Ya he aprendido la lección, así que también llevo una chaqueta dentro de mi bolso, con mi cartera al completo. Y mi libreta.

Me perfumo un poco delante del espejo antes de salir. Tal vez me haya pasado, aunque creo que he conseguido el equilibrio perfecto de outfit *effortless chic*. Es decir, que doy la imagen de no haberme esforzado con el atuendo, pero lo cierto es que todo está calculado a la perfección.

—¡Vamos, Aura! —grita mi madre desde el piso de abajo—. Quiero coger un buen sitio.

Me pongo el pelo detrás de las orejas y salgo disparada.

La cuesta en dirección a la plaza se me hace un poco menos pesada. De camino, encontramos al grupo de señoras a la fresca, que nos informan de que no van a lo de los bailes porque eso son «cosas de juventud».

Mi madre les habla con un tono familiar.

—¿Las conoces? —pregunto al dejarlas atrás.

—¡Por supuesto! Me he sentado algunas tardes con ellas, Agustina me adora.

Y con esta información sé que mi madre está siendo acogida por la mafia del pueblo o, en su defecto, captada como espía para la red de información de ancianas. Estas señoras parecen saberlo todo. Hace algunos días pasé por delante de su pequeño cónclave y me hicieron mención a la hamburguesa que me comí en «El Ángel Caído» el día del cine. Creo que lo hacen para demostrar su poder.

Según llegamos al final de la interminable cuesta que conduce al centro del pueblo, empezamos a oír algunos sonidos de trompeta y lo que parece ser un contrabajo. Cuando me imagino ese instrumento, me resulta extraño hacerlo en un entorno como este, pensaba que era más de salas de teatro o conciertos clásicos. Por si no se nota, no tengo ni idea de música.

Mi madre parece exultante por el ambiente, casi brilla. Solo la había visto así una vez que fuimos juntas a los conciertos de San Isidro en Madrid.

Llegar a la zona de las sillas, cerca del escenario, nos cuesta bastante, porque la paran aproximadamente un millón de veces para saludarla y ella lo hace otras tantas. Siempre he envidiado la capacidad que tiene para socializar sin esfuerzo. Se supone que, cuando las personas se convierten en adultos, pierden esa facilidad para hacer amigos que tienen los niños. Bien, pues mi madre no la perdió jamás (ahora sé en qué ha estado aprovechando el tiempo cuando estaba fuera de casa).

Por desgracia para mí, soy bastante más introvertida que ella, así que no lo paso muy bien cuando, en cada parada, me presenta y me señala como su hija única y joven mujer.

Socorro.

En el momento en el que, por fin, podemos sentarnos, intento buscar entre el público a alguno del grupo, sin éxito.

Centro mi atención en la banda de música, que se entretiene probando sus instrumentos y calentando para el espectáculo. Entorno la mirada y distingo algunas caras familiares que he visto estos días. Allí están Pablo, Luchi y Marta de pie sujetando un saxofón y dos flautas traveseras respectivamente. ¡No tenía ni idea de que estaban en la banda!

Sin pensarlo, levanto la mano para saludarlos. Luchi me ve y me devuelve el saludo, cosa que no le pasa desapercibida a mi madre, que me echa una miradita.

—¿Qué? —digo cruzándome de brazos.

—Nada, nada...

Entonces alguien por detrás me tapa los ojos.

—¿Tom? —pregunto, porque es el único que me tiene un mínimo de confianza para hacer eso. Creo.

Mi ceguera desaparece y me encuentro una sonrisa burlona cuando me giro a ver.

—¿Así que es Tomy en el primero que piensas, eh? —bromea Ela. Percibo un rastro de decepción en su mirada, pero quizá sean imaginaciones mías—. Me lo apunto.

—¡No! —exclamo, mientras concentro todas las energías de mi cuerpo en no ponerme roja, lo cual significa que me voy a poner roja con toda seguridad—. Es decir... He pensado en él porque es al que más conozco.

—Ya. Claro.

Es la pausa entre las dos palabras la que me mata un poco por dentro. Mi madre se ha puesto a mirar el escenario en cuanto Ela ha aparecido, para darnos una especie de intimidad que no me avergüence todavía más, porque me conoce. Pero como yo también la conozco a ella, sé que está poniendo la oreja.

—Esta es mi madre, Eva —la presento. Ella, al escucharlo, se gira hacia nosotras—. Mamá, Ela, una de las chicas del grupo.

Ambas se dan dos besos sonoros.

—¿Eres la hija de Rai, no? —pregunta interesada.

—Sí. Mi padre no ha parado de hablar de ti desde que llegasteis.

Ela, que por norma general parece tan extrovertida como mi madre, la observa con cierta cautela. Oh, no. Debe estar pensando lo mismo que yo.

—¿Rai? —intervengo—. ¿El profesor de los bailes para viejos?

Mi madre me chista, mira a su alrededor y señala al escenario.

—Adultos —insiste, bajando la voz.

Ela estalla en carcajadas. Antes no nos miraba nadie, ahora todos los que están alrededor nos echan miradas curiosas.

—Yo le digo lo mismo a mi padre, no te rayes. ¿Estás pensando en apuntarte?

Por un momento, me parece que la pregunta es para mí, pero está mirando a mi madre.

—¿Yo? No, no creo —responde—. ¡Aunque nunca se sabe! Lo cierto es que Rai y yo estamos negociando los horarios del gimnasio, porque quizá abra mi propio taller de yoga.

Una mano ondea entre la multitud frente a nosotras. Tom nos saluda desde el otro lado de la plaza junto a Juls, lo que ofrece la excusa perfecta para salir de esa trampa.

—Oye, mamá, nos vamos un rato con estos —explico, mientras devuelvo el saludo—. Te veo luego en casa.

Sin pensar, cojo a Ela de la muñeca y tiro de ella hacia la multitud. Oigo de fondo a mi madre decir un «pasadlo bien», pero soy incapaz de prestar atención. Ela tiene una piel tan suave y cálida que me cuesta tomar la decisión de soltarla.

—Que ganas tienes de ver a Tomy —dice entre risas—. ¿Te gusta?

Tierra trágame.

—No, c-claro que no —titubeo—. No, no es eso.

Ha sonado a mentira que te cagas. Se para un momento entre la gente, que por suerte ha dejado de prestarnos atención. Tom nos mira con curiosidad desde el otro lado de la plaza, pero

Ela no le hace caso.

—¿Seguro? A ver, es un poco heterobásico, pero puedo entenderlo.

—Seguro —confirmo.

Y esta vez ha sonado real. Incluso me sorprende la confianza con la que lo he dicho. Es innegable que es un chico muy guapo, alto y atractivo, además es simpático, me cae bien y me divierto cuando estamos juntos... En realidad, me doy cuenta de que es lo mismo que me pasaba con Iván. Aunque Iván no era ni la mitad de buena persona que Tom.

—Quería librarme de mi madre —confieso. Y también es verdad.

Sin añadir nada más, echándome una mirada de reojo, Ela vuelve a echar a andar hacia los chicos, que están sentados en un lateral. Desde nuestra posición, se puede ver una pequeña zona detrás del escenario que está tapada con unos biombos, creando unas bambalinas improvisadas. Supongo que ahí estarán los bailarines.

Juls y Tom nos saludan al llegar. Tom se levanta al instante y cede su asiento, no sé si para mí o para Ela.

—¡Desde aquí se ve mucho mejor! —dice entusiasmado.

Ela toma la iniciativa, se coloca, y me doy cuenta entonces que el ofrecimiento era para ella. Yo elijo una silla a su lado. Tom parece impaciente porque empiece, incluso lleva el móvil en la mano, dispuesto a sacar fotos. Mi bolso vibra y, cuando chequeo mi teléfono, Tom ya ha enviado varias fotos de Marta, Luchi y Pablo.

—¡Tom, estas fotos son buenísimas! —exclamo al verlas—. ¿Cómo has pillado estos momentos?

—Tengo un don en captar lo bueno —dice guiñándome un ojo.

—Deberías ver el salón de su casa... —murmura Juls—. Saludad, gente.

Desde la zona de las bambalinas se asoman dos personas, que reconozco como «los Potros», los padres de Tom, que agitan las manos hacia nosotros con mucha energía.

—¿Tus padres le dan a esto de los pasodobles? —pregunto burlona.

—¿Pasodobles? ¿Qué tipo de bailes crees que se hacen aquí? Ellos son expertos en tango.

Miro el escenario y, aunque lo intento, soy incapaz de visualizar a los padres de mi vecino subidos ahí encima, marcándose un espectáculo intenso a lo «Roxanne» de «Moulin Rouge». Antes de que pueda replicar, Rai aparece y se lleva a sus bailarines de nuevo a la privacidad de las bambalinas.

Ela mira el reloj de su móvil y resopla antes de levantarse, murmurando algo sobre ir a «ayudar a los artistas».

Apenas un par de minutos después, la banda empieza a tocar y salen al escenario la alcaldesa y el propio Rai. La mujer tiene un micrófono en la mano, se gira a la banda para aplaudirlos cuando acaba la breve canción de introducción.

—La Big Band del Alto Carnero, señoras y señores.

Los músicos, guiados por un director de orquesta, saludan. El público aplaude, por el rabillo del ojo veo que mi madre ya se ha juntado con algunos vecinos y charlan, señalando a los músicos. El Alto Carnero es la comarca donde se encuentra Fuente del Ángel, engloba varios pueblos, y se llama así porque es donde está el nacimiento del río Carnero. Ahora que lo pienso, hay mucha más gente de lo habitual en la plaza, no sé si será porque habrán venido de fuera a ver a la banda o, simplemente, porque es verano y son turistas.

La alcaldesa continúa presentando el evento y hablando de la importancia de impulsar la cultura en los pueblos. Es un discurso correcto, algo político para mi gusto, pero, por suerte, enseguida le pasa el micrófono a Rai. El padre de Ela lleva puesta ropa de baile, una camisa

ajustadísima azul claro de manga larga, con un enorme escote en forma de V, y unos pantalones a juego. Sus zapatos de tacón bajo brillan desde aquí.

—Es un honor para mí presentar esta muestra de baile de mis queridos alumnos que han trabajado muy duro todo el año para poder estar aquí esta tarde. La academia Viña está abierta a todas las edades y a todos los públicos. Os invito a las jornadas de puertas abiertas que realizaremos este fin de semana en el instituto, gracias a la colaboración de una mujer sensacional que ha decidido venir a Fuente del Ángel, una dama que cree en que hay vida más allá de la ciudad... —Hace una pausa dramática, alguien con un tambor da un redoble, no me gusta dónde va esto—. ¡Eva Carrasco, la nueva directora! ¡Un aplauso para ella!

Todas las miradas se giran hacia mi madre y yo me encojo en el asiento como si pudiera fundirme con el plástico de la silla. No contenta con eso, mi madre se levanta y saluda y le hace un *namasté* con las manos juntas al padre de Ela. Inclina la cabeza y casi puedo escuchar el sonido de las cuentas de coco de su collar. Un pensamiento fugaz cruza mi mente e intento apartarlo tan rápido como ha llegado. No creo que mi madre y el padre de Ela hayan tenido tiempo de gustarse, ¿verdad? Llevamos aquí menos de un mes, además, ¿y la madre de Ela? Puede que sus padres estén divorciados, como los míos.

Escucho una risilla por parte de Juls, que es sofocada por un codazo de Tom. Me muero, creo que podría morirme, ¿cómo me hace esto?

—¡Y ahora comencemos esta jornada de música y baile con la maravillosa Big Band del Alto Carnero y los siempre impresionantes, Helena y Alejandro! Interpretarán para nosotros el tango La Cumparsita. ¡A bailar!

La música empieza, los padres de Tom salen de entre bambalinas y a mí se me cae la mandíbula al suelo al verlos con sus trajes completos. Su aspecto es profesional e incluso las posturas se parecen a las escenas que he visto alguna vez en películas. Tom se ha levantado y se ha acercado al escenario a hacerles fotos, como un auténtico fan.

El show dura más de hora y media, en la cual salen a bailar muchas más personas de las que me había imaginado y, como ha insistido mi madre todo el tiempo, la mayoría adultos. Aunque es una pareja de ancianos la que cierra la muestra con una salsa a un ritmo que incluso a mí me costaría seguir si pudiera dar dos pasos de baile sin tropezar.

La banda toca en directo para todas las actuaciones e incluso salen un par de cantantes. Los músicos acompañan las coreografías, bailando con sus instrumentos.

Rai sale al escenario con una samba, según me hace saber Tom, que parece muy enterado, y las señoras de las primeras filas se vuelven locas. Observo a mi madre, pero tiene las reacciones de siempre, aplausos y gritos de ánimo.

Al final del show, todos saludan y la gente de la plaza se pone en pie. La muestra ha sido maravillosa y los trajes todavía más. Creo que, de una vez por todas, he de replantearme los clichés que tengo instalados en mi cabeza.

Cuando recogen, todos van a ver a sus familiares mientras Ela y los demás vuelven con el grupo. En la distancia, Rai y mi madre se saludan con una efusividad que es incluso contagiosa.

—¿Os ha gustado? —pregunta Ela al llegar.

Asiento con la cabeza, sin prestar atención y sin ser capaz de quitar los ojos de encima a la extraña pareja.

—¿Crees que tu padre y ella se gustan? —pregunto mirando cómo interactúan. Esto podría ser un problema.

Solo de decirlo en voz alta me recorre un escalofrío.

—¿Qué? —suelta ella, en un tono más agudo de lo habitual, sé que también se ha fijado—.

Nah. No creo.

De pronto, caigo en la cuenta de algo.

—Perdona, no sé si tu madre está por el pueblo o qué, como no la he visto... Los míos están divorciados, he pensado que los tuyos también. Pero a lo mejor es que no ha podido venir o algo.

—La cara de Ela va cambiando, su ceño se frunce y adopta una postura a la defensiva. Me pongo nerviosa. No puedo dejar de hablar—. No sé por qué he asumido eso, aunque no pasa nada por divorciarse o tal vez es que tienen una relación abierta, la cuestión es que...

Calla, Aura, cállate.

—Mi madre falleció hace unos años.



LOS ÁNGELES 2028

Me quedo paralizada durante unos segundos, sin saber qué decir o hasta qué punto mi cagada ha sido monumental. Ela tiene una expresión extraña, no está enfadada, pero sí parece un poco triste.

—Lo siento mucho —consigo articular al fin. Al menos suena a lo que diría una persona normal—. No tenemos que seguir hablando de eso si no quieres.

Se encoge de hombros. A nuestro alrededor la gente sigue celebrando lo bien que ha salido la exhibición, ajenos por completo a la situación.

—No pasa nada. Es solo que... todavía a veces me pilla por sorpresa darme cuenta de que ya no está.

El grupo echa a andar y nosotras les seguimos. No sé si tienen algún plan o simplemente vamos a deambular por el pueblo, como ya hemos hecho alguna que otra noche, hasta que terminamos sentados en unas escaleras o en un bordillo hablando durante horas.

—Entiendo —respondo. La tensión se ha relajado un poco, pero todavía me siento incómoda—. Sé que no es lo mismo, pero me sentí así cuando mi abuela paterna murió. Ella cuidaba mucho de mí, porque mi madre trabajaba todo el día y mi padre se fue a vivir a Barcelona cuando yo tenía tres años y no nos hemos visto mucho, así que...

Me callo de golpe porque ya he vuelto a abrir el grifo de la diarrea verbal. Sin embargo, Ela esboza una pequeña sonrisa nostálgica.

—Mi padre es genial —empieza a explicar—. Siempre ha pasado mucho tiempo en casa para cuidarme mientras mi madre cumplía su sueño. Fue a las Olimpiadas de Atlanta en el 96, ¿sabes? ¡Ganó una medalla de plata!

—¡Guau! —exclamo. Y, de nuevo, me anoto mentalmente dejar de tener prejuicios sobre los pueblos y su gente—. ¿En qué competía?

—En judo, por supuesto. Por eso estoy entrenando a tope. Conseguiré ir a Los Ángeles en 2028 para seguir sus pasos.

La certeza con la que habla me da un poco de envidia. Tiene un plan muy claro y lo dice con tanta seguridad que es como si ya tuviera la entrada garantizada.

—Vaya, espero que te acuerdes de esta humilde amiga cuando seas una atleta famosa.

Su cara se relaja y esboza una sonrisa.

—El judo no es el fútbol, no me van a sacar en las noticias —bromea—. Tendré suerte si consigo un buen patrocinador.

—¡De todas maneras...! —De pronto, se me ocurre una idea brillante, rebusco en mi bolsa y saco mi casi acabada libreta de dibujos—. ¿Me concede un autógrafo, futura medallista? Así lo podré poner en internet, hazlo de género neutro, para que se venda mejor.

Ela se ríe sin complejos y coge la libreta y el bolígrafo que le ofrezco. Con parsimonia calculada, hace grandes aspavientos cuando busca la página señalada por el marcapáginas de tela. Sujeta el boli y se dispone a apoyarlo en el papel cuando para de golpe y levanta mucho las

cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Qué pasa? —pregunto con curiosidad.

Me asomo por encima de su hombro y, justo después, pienso que este es un buen momento para que se me trague la tierra y nunca más volver a pisar este mundo.

Ela se gira hacia mi lado apretando los labios para contener la risa. Huele a su perfume cítrico y floral. ¡Aunque eso no puede distraerme de la tragedia!

En sus manos, a página completa, hay un dibujo de ella con el sombrero, el día de la piscina. Tiene estilo de cómic, mi estilo, pero no hay duda de que es ella, imposible disimular, imposible escapar, solo queda asumir la vergüenza y la culpa.

Vuelve su atención a la libreta y acaricia el dibujo con los dedos. Parece absorta.

—Tienes muy buena mano y muy buena memoria... —murmura. Vale, no ha sido tan terrible como yo me esperaba—. Así se me ve desde tu perspectiva...

¿Cómo? ¿Eso es bueno o malo? ¿Qué ha querido decir? Intento leer su expresión, es un auténtico misterio. Antes de que yo empiece a sudar, Ela se repone y escribe algo antes de firmar en la página contigua.

Me tiende la libreta y, cuando voy a cogerla, me aparta la mano.

—Este autógrafo no es gratis —anuncia—. Te lo cambio por tu dibujo.

Ela quiere mi dibujo, ¿es esto el mundo real o es una fantasía? Asiento en lo que podría considerarse el equivalente de un tartamudeo y ella vuelve a abrir el cuaderno para, con delicadeza, arrancar la página y quedársela.

Cuando me devuelve la libreta, me tiemblan las manos y el corazón todavía me late desbocado por la situación. Apenas soy capaz de articular un «gracias». Le echo un vistazo rápido a lo que ha puesto: «Lo mejor está por llegar».

—Eh —interrumpe Juls, aunque él nunca considera que interrumpa nada. Guardo deprisa la libreta, pero ni siquiera se fija porque está demasiado ocupado en llamar nuestra atención—. Mañana sí que vamos a las pozas, ¿vale?

Hemos llegado hasta la placita con la fuente donde vi al gato blanco la primera noche. Las chicas se han sentado en los escalones y los demás nos acomodamos por ahí. Hoy no hay ni rastro del gato.

—¿Qué tengo que llevar? —pregunto.

—Bañador —explica Marta—, toalla, chanclas... Si son amarradas, mejor.

Me acuerdo de que mi madre me dijo lo mismo y asiento con una sonrisa.

—No es broma —confirma Pablo—, yo casi me parto un tobillo el año pasado.

—Tuviste un esguince, ¿no? —pregunta Ela.

—Poco le pasó —dice Tom—, en el fondo hay muchas piedras.

Juls me da un ligero codazo y ya sé que va a soltar una de sus bromas.

—Bueno, pero Aura no hace pie ni de coña, no va a tener que preocuparse por eso.

Un coro de risas responden, acompañadas por la mía. Le suelto un puñetazo amistoso en el hombro y, aunque ha sido flojo, se queja como un futbolista exagerado.

—¡Oye! No soy tan bajita.

—Eres la más bajita de todos —señala Ela.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que es verdad.

—¡Qué bien! —exclama Lucía—. Hasta ahora era yo.

Esta conversación, que podría hacerme sentir avergonzada, no lo hace. Me hablan con tanta naturalidad como se hablan entre ellos. Es como si fuera una más.

—¿Y tú haces pie? —le pregunto a Tom.

—Bueno, en pocos sitios, la verdad.

Estoy acabada. Al menos sé nadar.

A las pozas se puede llegar en coche o andando, pero olvídate de coger un autobús. Además, ellos ni siquiera han valorado la alternativa de pedir a nuestros padres que nos lleven. Siempre han ido andando y es parte del concepto de «ir a las pozas»: quedar a la salida del pueblo, andar diez minutos por un arcén y otros veinte por un camino de cabras.

—¡Decidido, pues! —exclama Tom con los brazos en jarras, regalándole a la humanidad una pose de superhéroe, mientras, de fondo, algunos miembros de la banda están empezando a improvisar con sus instrumentos—. Mañana por la mañana, a las pozas. Hay que enseñarle a mi querida vecina lo bueno que tenemos en Fuente del Ángel.

Me dedica un guiño simpático, cómplice, que podría haber hecho desmayarse a una multitud si esto fuera un concierto.

En realidad, creo que tengo bastante claro lo bueno que hay en Fuente del Ángel y «lo mejor está por llegar».



ROGERS

Mi madre está entusiasmada con la idea de que vaya a las pozas, como si fuera una especie de rito de paso. Tal vez espera que emerja renacida como una más de los habitantes del pueblo, lavada por el río, libre de toda mancha urbanita.

Yo también estaba deseando ir a la excursión, incluso contemplaba bañarme en el río, pero no, por supuesto, el universo me ha tenido que dar un codazo en la cara.

Me ha venido la regla.

Anoche me tuve que levantar a tomarme algo para el dolor y me encontré con la sorpresa. Se ha adelantado para que no me relaje y piense que la vida veraniega será un camino de flores y podré ser feliz algún día. Ahora voy dopada hasta las cejas y hasta me he planteado cancelar. ¿Cómo lo voy a hacer para cambiarme allí? No puedo lavar la copa en el río sin más, fijo que pillo una infección. Quizá me aguante todas las horas que paso fuera, pero ¿y si no? Por una vez en mi vida desearía que mi madre no fuera tan hippie y hubiera algún tampón en casa.

Me he preparado un pequeño kit con bragas menstruales de repuesto, una botella de agua para limpiar la copa (supuestamente dura doce horas pero nunca se sabe), pañuelos y un par de ibuprofenos. Por suerte, el primer día es tolerable y aquí no hace tanto calor, que siempre empeora la situación en estas circunstancias.

Esta mañana, cuando estábamos desayunando, mi madre me ha dado toda una charla sobre la disposición de la zona de las pozas, qué espacios eran mejor para ponerse, en qué partes se podía resbalar una y acabar rompiendo la cabeza y dónde podría hacer las mejores fotos, para «el Instagram». Ella iba allí a menudo cuando veraneaba con mis abuelos en el camping, ya que están bastante cerca una cosa de la otra. Supongo que algo habrá cambiado en los más de veinte años que no va por allí, pero ¿quién soy yo para quitarle la ilusión?

Me ha hecho salir de casa con las chanclas cerradas y una mochila cargada con la que calculo podría sobrevivir en la montaña durante aproximadamente tres días. Pensaba que era más «informal», pero voy vestida como un anuncio andante de Quechua. Al menos los pantalones son negros.

Al salir por la puerta, Tom ya está esperándome. Él no parece sacado del catálogo del Decathlon, va con una pequeña mochila, sí, pero con el bañador y una camiseta, como cualquier otro día de piscina. Sin embargo, hay una novedad.

Al acercarme, el perro que estaba sentado pacientemente a su lado se levanta y corre como una centella para dar vueltas alrededor de mi persona, pegando brincos y emitiendo ruiditos de emoción. Tiene el pelaje dorado y un llamativo ojo muy azul.

—Pero bueno, ¿y este perro? —digo sin poder evitar contagiarme del entusiasmo del animal. Me arrodillo y alargo la mano para acariciarlo. No pasa ni un segundo antes de que se tumbe panza arriba para indicarme dónde prefiere mis atenciones. La lengua le cae por un lado de la boca con una expresión bobalicona.

—Es Rogers. —Tom saca la correa y se agacha para atarla al collar del animal—. ¡Es mi

perro!

—¿Perdona? ¿Has tenido a esta preciosidad todo este tiempo y no me lo has presentado antes?

—¡Tenía que saber primero si eras de fiar!

Me informa de que Rogers es una mezcla de golden retriever con pastor australiano de unos dos años, que tiene una nariz impresionante para buscar trufas y es más listo que algunas personas a pesar de las apariencias. El animal me olfatea la mano para después volver a sentarse y emitir un ladrido.

—Ya lo ha decidido —anuncia Tom—. Le caes bien.

Asiente con la cabeza y, por azares del destino, Rogers asiente al mismo tiempo. Los observo a los dos juntos. A lo mejor estoy flipando, pero creo que se parecen un poco.

—¿De dónde le viene el nombre?

—Muy fácil, de Steve Rogers, ¡el Capitán América! —contesta con entusiasmo—. Me encanta esa película y creo que le pega, es un perro muy valiente.

Por supuesto, el culo de América, el chico del póster, la personalización de un golden retriever. ¿Cómo no le iba a gustar?

Emprendemos el camino hasta la plaza, donde hemos quedado. La fuente parece ser el punto neurálgico de este lugar. Cuando llegamos y nos encontramos con los demás, nos encaminamos hacia la carretera que lleva a las pozas con buen ritmo.

—¿No esperamos a Juls y Marta? —pregunto al notar su ausencia.

—Al final se han ido en moto —contesta Luchi, intentando parecer distraída. Se ha vestido con un conjunto tan estiloso que hace que mi ropa del Decathlon dé pena—. Tom, me extraña que no te hayas traído la tuya.

Él se encoge de hombros y alega que «se lo han prohibido».

—Además, así me traigo a Rogers.

—¿A tus padres no les hace gracia lo de la moto?

Lanzo la pregunta sabiendo a ciencia cierta que mi madre se arrancaría los pelos solo con verme encima de una. De hecho, me sorprende mucho que aquí tengan, sé que se puede conducir a partir de los dieciséis, pero...

—No, es culpa de la capi —me contesta Tom, señalando a Ela.

Esta mañana Ela lleva puestos unos pantalones vaqueros cortos, desgastados, que parecen haber sido hechos para decir «soy lo más sin esforzarme» y una camiseta de manga corta que deja entrever una fina línea de su abdomen. Cuando Tom le apunta con el dedo, ella levanta una ceja y niega con la cabeza.

—Con la competición tan cerca no puedo arriesgarme a que te lesiones por querer ahorrarte diez minutos de andar, Potro, pedazo de vago.

Es cierto, la competición de judo es dentro de poco. Tom me contó que el club donde entrenan reúne a bastantes pueblos de la comarca, aun así, tienen pocos alumnos de nuestra franja de edad. En ese momento, Ela añade que si alguno de los dos queda incapacitado, el club no podrá permitirse competir en la categoría en la que están y que no piensa permitirlo. No tengo ni idea de judo, pero parece serio.

Cuando Ela habla de su deporte, la cara le cambia, hay un destello de fuerza en sus ojos, es la determinación pura. Cada vez que sucede, yo misma me inspiro y me animo a tener más fe en mi posible carrera como artista.

Así que atravesamos el pueblo hasta la carretera y andamos por el arcén un buen rato. No quiero ser yo la gafe que comente que podríamos sufrir un atropello en cualquiera de las curvas,

no sea que Ela nos haga dar la vuelta. Después, nos metemos por un camino de cabras que nos hace ir saltando un rato de piedra en piedra cuesta abajo. Un paseo seguro y confiable, sobre todo en chanclas. Rogers se dedica a guiarnos todo el camino, entusiasmado con cualquier olor que se cruza. De vez en cuando se para a mirar con mucha atención una ramita por motivos ocultos a nuestra comprensión.

En la travesía, nos encontramos a más personas. Algunas vienen del camping y otras van en dirección contraria con macutos de senderismo. Todo el mundo se saluda aunque no se conozca y, durante un rato, incluso otro perro nos acompaña parte del trayecto. Sus dueños van unos metros por detrás y le llaman de vez en cuando, pero el chucho no hace caso y Tom ha empezado a tirarle un palo, así que ya son los mejores amigos. Por supuesto.

Al final, escucho el sonido del agua correr y en tan solo unos minutos aparecen ante nosotros unas cascadas y una especie de charcas rodeadas de vegetación y rocas. En las zonas más llanas hay grupitos de gente, aunque están lo bastante separados como para no molestarse entre ellos. Ela alza una mano para saludar a Juls y a Marta cuando los ve, y nuestra amiga le responde al gesto.

Nuestra amiga. Vaya, ese pensamiento ha sido inconsciente. ¿Marta ya es mi amiga? ¿Todos lo son? Sigo siendo «la nueva», evidentemente, pero creo que estoy dejando de verlos como extraños pasajeros. Los primeros días me sentía como si estuviera solo de paso, una visita temporal hasta mi regreso a la gran ciudad y ahora... No lo sé.

—Han pillado el sitio bueno —dice Pablo, que sigue caminando a mi lado. Ela y Tom han salido corriendo en cuanto lo han visto. Que yo vaya más despacio no tiene nada que ver con que la caminata me haya dejado sin aire.

—¿Qué tiene de especial?

—Esa roca tan grande de ahí —señala un pedrusco que sobresale— da la sombra perfecta durante todo el día y si quieres tomar el sol te puedes poner un poco hacia allá y listo.

Tienen las toallas extendidas sobre otra piedra plana que casi está metida en la poza. De hecho, Juls está sentado en el borde y tiene los pies dentro del agua. Rogers llega corriendo y se lanza a por Marta, que le acaricia detrás de las orejas. Parece tener preferencia por las mujeres.

—¿Y no nos tumbamos sobre la hierba? —pregunto. Los alrededores están llenos de vegetación y, mientras lo digo, echo un vistazo, y enseguida me doy cuenta de que el resto de la gente tampoco se ha puesto sobre las zonas verdes.

—Nah, eso solo lo hacen los turistas —responde—. Hay mucha humedad, las toallas se empapan y hay muchas ramas caídas que pinchan. Es mejor la roca, ya lo verás.

Llegamos hasta los demás. Por suerte, nuestro sitio está al mismo lado del río que el camino. Hay otro grupito de chicos que está saltando de piedra en piedra para llegar a la otra orilla, donde les esperan unos amigos. Si yo hubiera tenido que hacer eso, habría terminado con el culo en el agua antes de tiempo.

Apenas me ha dado tiempo a dejar mis cosas en el suelo, cuando Juls ya está empujando a Tom hacia el borde. Él está luchando por sacarse la camiseta por la cabeza antes de que su amigo le tire a la poza, pero no lo consigue. Tom suelta un grito de sorpresa mientras cae al agua y lo sigue el de Marta cuando la salpica por completo. Un par de gotitas heladas llegan hasta mí, me pregunto si seré capaz de meterme ahí dentro sin sufrir un paro cardíaco.

Tom saca la cabeza del agua y se sacude, salpicándonos a todos, esta vez a propósito y tira a Juls la camiseta empapada, que por fin ha conseguido quitarse. El perro salta hacia su dueño y salpica de nuevo, generando una segunda oleada de gritos entre nosotros, pero él está tan feliz, chapoteando de vuelta a la orilla.

Cojo aire. Huele a limpio, a naturaleza, a montaña. Aromas que jamás habría dicho que me empiezan a resultar familiares y agradables. El murmullo de dolor perenne que tengo en el bajo vientre se calma un poco.

—¡Soy el rey de la roca! —exclama Juls, que se ha subido a un pequeño montículo en una parte de la poza que no cubre.

—Eres un payaso, Julián.

Me sorprendo ante la voz desconocida que provoca que todos se giren y empiecen a saludar.

Es una chica de nuestra edad, con el pelo negro intenso, que le brilla cada vez que se mueve. Lleva la melena atada en una coleta y está en el camino de entrada, parada con una mochila, reclamando el espacio.

—¡Ana!

Es la primera vez que oigo a Pablo hablar tan alto, normalmente no le gusta llamar la atención y prefiere quedarse callado, observando. Se levanta corriendo del lugar que había escogido para dejar sus cosas y va al encuentro de la que supongo es la famosa novia de otro pueblo. Cuando llega a su altura, le rodea la cintura con el brazo y enmarca su mandíbula con la otra mano antes de depositarle un beso en los labios. Caramba, creo que jamás he tenido a nadie tan contento de verme en mi vida.

Los silbidos y las bromas con música sexy de saxofón no se hacen esperar. Ana interrumpe el beso solo para sacar el dedo corazón. Después de eso le cede la mochila a su novio y se acerca al grupo.

Rogers, que ya ha salido del agua y se ha sacudido, empapando todas nuestras cosas, corre hacia ella con la lengua fuera.

—Reconozco que solo he venido a verte a ti —le dice al peludo.

—¡Oye! —se ofende Pablo.

—Es broma —responde su novia—. También he venido a... ¡Conocer a la nueva!

Se gira hacia mí, y por un instante estoy a punto de mirar hacia atrás, pero claro, la nueva soy yo. Ela me pasa un brazo por encima de los hombros. No sé cómo he podido pasar por alto lo cerca que está. A pesar del frescor en el ambiente, su piel es cálida y suave, y no está pegajosa como la mía. Espero no darle asco, al menos no lo parece porque no me suelta.

—Esta es Aura —me presenta—. Aura, ella es Ana.

Pierdo el contacto de Ela cuando la chica viene a darme dos efusivos besos.

—¡Me encanta tu nombre! ¿Es un diminutivo de algo?

Los demás prestan atención. Es una pregunta que me suele hacer la gente de distintas formas, aunque ninguno de ellos lo había hecho hasta ahora.

—No, es que mi madre es así de bohemia. Tuvo dudas entre Aura y Sierra.

Ana arruga la nariz y esboza una sonrisa.

—Bueno, creo que has salido ganando.

Yo también lo creo, con todos mis respetos a las chicas que se llamen Sierra. Ana reparte besos a los demás y Tom, que ha salido del agua para saludarla, se ve arrastrado de nuevo al borde por Juls. Esta vez no consigue tirarle, sino que es él quien termina perdiendo el forcejeo.

—¡Ya está bien! —grita, mientras nos salpica con toda su energía—. ¡Todos al agua!

Mi primera reacción es «ni de coña», pero luego me veo arrastrada por la presión social. Si quiero dejar de ser «la nueva» más pronto que tarde supongo que tendré que acostumbrarme a hacer estas cosas. Me lanzo de golpe, sin pensar, cuando todo el resto ya están dentro.

Pierdo la respiración.

—¡Joder, está helada!

Si lo hubiera pensado más de dos segundos, no me hubiera atrevido y menos teniendo la regla. El fondo de la charca está oscuro, ¿me estará esperando alguna criatura para hundirme a las profundidades? Al pensarlo, siento que algo me roza el pie. El agua está tan fría que quema, aunque al resto no parece importarles mucho e incluso juegan a hacerse aguadillas.

Salgo tan deprisa como he entrado, mientras Ela y Tom empiezan a regalarnos una exhibición de lo que ellos llaman judo acuático, que al parecer consiste en hacer ruidos, espantar a los turistas de la zona y meter la cabeza del otro en el agua.

Ela incluso le baja un poco el bañador a Tom, me tapo la vista justo a tiempo de escuchar «no queremos volver a verte el culo», por parte de Marta y un par de ladridos de entusiasmo de Rogers. El exceso de confianza me... abruma. Aunque lo cierto es que no ha habido más bromas por el estilo, solo de Ela a Tom. Tal vez sea una cosa suya.

A la hora de comer todos sacan sus respectivos bocadillos, me alegra ver que no soy la única pringada que ha traído cosas para picar entre todos.

—Bueno, yo me voy a echar la siesta a mi lugar de retiro espiritual —anuncia Ela cuando se termina la comida—. No me molestéis.

—¿Retiro espiritual? —pregunto con curiosidad.

Suena a algo que diría mi madre. Ela sonrío y me tiende la mano.

—Puedes venir conmigo, si quieres. No le doy la oportunidad a cualquiera.

Cojo su mano y tira de mí para ayudarme. Me pongo en pie sin perder el detalle de que todos los demás nos miran con sonrisas burlonas.

—En realidad nos diste una oportunidad a cada uno —dice Juls.

—Y la jodimos —concluye Tom.

Ela asiente sin soltar mi mano y echa a caminar hacia el sendero. La sigo, dejando mis cosas atrás. La mochila, el móvil, la cartera... Todo. Espero que no vayamos muy lejos. Ella tampoco lleva nada más que lo puesto y su toalla al hombro.

—¿Dónde es? —pregunto.

Señala un punto entre la vegetación, pero yo solo veo árboles y piedras.

—Ahí detrás —responde con misterio—. Es un sitio secreto.

Salimos del camino y atravesamos un trecho de rocas por donde no me habría metido jamás por iniciativa propia. Para mí esto es casi escalar, sin arnés y con la posibilidad de escurrirme con mis chanclas húmedas. Ela se encarama a lo alto sin esfuerzo y se gira para comprobar si le sigo el ritmo, cosa que hago a duras penas. Espero que no se ría de mí, debo tener una pinta ridícula, así que evito mirarla hasta que, de pronto, encuentro una mano frente a mis ojos.

—Ya casi estamos —dice, esbozando una sonrisa—. Un último impulso.

Coge mi mano y tira de mí para ayudarme a llegar a lo alto. Sus dedos están manchados de tierra y musgo y, al incorporarme del todo, nos quedamos muy cerca sobre el espacio estrecho de la cumbre de la roca. Todavía tiene el pelo húmedo del último baño y huele a naturaleza mojada. Me sonrojo al darme cuenta de que ella también debe estar percibiendo mi olor a charca, a pesar de que me he cambiado.

—¿He-hemos llegado? —consigo decir.

Ela hace un gesto dramático hacia el otro lado de la roca. Hay una pequeña cala de arena gruesa junto al río, que termina unos metros más adelante en una abrupta cascada. Está toda rodeada de vegetación y piedras, con lo que solo se puede llegar aquí si conoces el camino. Me pregunto quién se lo enseñaría a ella, o si lo descubriría por casualidad.

—¿Saltamos juntas?

No ha soltado mi mano y me doy cuenta de que la única forma de llegar a la cala es saltando.

Debe ser una altura de metro y medio, como mucho.

—Vale.

Cierra sus dedos con más fuerza alrededor de los míos, cogemos un poco de impulso y nos dejamos caer. Por suerte, llego al suelo en pie y no tengo la sensación de haber hecho demasiado el ridículo. Ela me suelta y siento una punzada de decepción, pero entonces estira la toalla, se tumba a un lado y me hace un gesto para que vaya junto a ella.

—Vamos —insiste—, si no has traído tu propia toalla, tendremos que compartir.

De haberlo sabido, quizá también habría elegido no traerla, en realidad. Me siento en el espacio libre y me apoyo sobre los codos. El ambiente está tranquilo, aunque llegan rastros de voces de la gente que está en las charcas.

—Entonces —empiezo a decir, al ver que se ha recostado con los brazos bajo la cabeza y tiene los ojos cerrados—. ¿Aquí vienes a echarte una siesta?

—En realidad vengo a meditar —responde sin abrir los ojos—. ¿Quieres intentarlo?

Me río por lo bajo. No de ella, sino por la situación.

—Suenas un poco como mi madre.

—¿Le gusta meditar?

—Sí. —Obviamente—. Pero ella lo hace en una esterilla sobre el suelo del salón.

Ela también se ríe.

—Yo prefiero hacerlo aquí. Suelo venir sola, la última vez que invité a alguien... salió mal.

Espero unos segundos a ver si sigue hablando. No quiero parecer entrometida con demasiadas preguntas, aunque me muero de curiosidad.

—Lo siento —termino por decir, y no puedo resistirme a preguntar—. ¿Qué pasó?

—Has visto a Ana, la novia de Pablo. —Asiento, aunque ella no puede verlo porque sigue con los ojos cerrados—. Digamos que tenía un ligerísimo e intenso *crush* con ella.

Estoy a punto de decirle que ligero e intenso no son dos palabras compatibles en ese contexto, pero entonces me doy cuenta de las implicaciones que tiene lo que me está contando.

—Oh.

—Sí, oh —responde y suelta una carcajada—. Me declaré el mismo día que lo hizo Pablo. Está claro a quién eligió, ¿eh?

—Lo siento —repito, sin saber qué hacer. No se me da muy bien consolar a la gente.

—Ya se me ha pasado, no te preocupes. ¿Y a ti te gusta alguien?

Noto que enrojeczo hasta la punta de las orejas. Miro para otro lado en un intento por disimular.

—No... Bueno, tenía un novio en Madrid. Lo dejamos cuando supe que me venía a vivir aquí. Él quiere intentar una relación a distancia, pero no creo que funcione.

Ela se incorpora y rodea sus rodillas con los brazos. Estoy fijando la vista en un tronco caído al otro lado del río, pero noto su mirada puesta en mí.

—¿Y si el año que viene vuelves a Madrid? A la universidad. Solo tendríais que aguantar hasta entonces.

Me encojo de hombros, todo el mundo parece tener la misma opinión.

—Eso es lo que dice él, pero yo creo que lo que pasa es que no me gusta de verdad.

—Ah, eso lo cambia todo.

Es la primera vez que lo reconozco en voz alta y me siento como si me hubiera quitado un inmenso peso de encima. No me ha juzgado, no ha intentado convencerme de que le dé esa oportunidad que tanto se merece. Mis amigas de Madrid no paraban de decirme que era perfecto para mí y que me arrepentiría si lo dejaba escapar por un año de nada. Nunca conseguí que me

entendieran, pero es que tampoco fui sincera con ellas ni conmigo misma y ahora lo entiendo.

—Así que no —concluyo—. No me gusta nadie.

—¿Ni Tomy? —pregunta con tono burlón.

Me lo pienso, quizá unos segundos de más.

—Es un encanto y tiene mucho *boyfriend material* —me río—. Pero no, creo que tampoco me gusta de ese modo. No sé, empiezo a pensar que no me ha gustado ningún tío de ese modo...

Vuelve a tumbarse con expresión pensativa y no dice nada más. Yo tampoco. Nos quedamos allí, en medio del bosque, disfrutando de la brisa cálida del verano, el frescor del arroyo y la compañía. No sé por su parte, pero yo, sobre todo, disfruto de la compañía.



IR A UN PAINTBALL ES UN PLANAZO

Por la tarde se nubla y disminuye el número de bañistas en ese río helado, aunque a nadie se le ocurre proponer que nos vayamos a casa. Tom saca un frisbee de la mochila y se lo tiramos por turnos a Rogers. Da igual cuántas veces lo lancemos, lo trae una y otra vez sin pararse siquiera a beber un poco de agua. Estoy segura de que nos vamos a cansar todos nosotros antes que él.

Vuelve una vez más y deja el frisbee delante de su dueño. Tom hace el amago de lanzárselo, pero Rogers no se deja engañar y espera impaciente a que lo tire de verdad.

—¿Sabéis lo que han abierto cerca de mi pueblo? —pregunta Ana mientras tanto.

Tom al fin lanza el frisbee por encima de nuestras cabezas y Rogers nos pisa a unos cuantos en su desesperado intento por alcanzar el trozo de plástico antes de que pise el suelo. Al parecer, el pueblo de Ana es todavía más pequeño que Fuente del Ángel, así que hay pocas suposiciones al respecto.

—¡Un paintball! —exclama tras unos intentos fallidos.

—¿En serio? —dice Juls, mucho más emocionado que los demás—. Tenemos que ir.

Le sigue un coro de murmullos de afirmación.

—Han cogido a mi primo para trabajar allí —sigue Ana—, dice que me puede hacer un descuento si vamos algún día de esta semana, hacemos fotos y las subimos a Instagram. Acaban de arrancar y necesitan un empujoncito.

Rogers trae de nuevo el frisbee, pero estamos demasiado distraídos para hacerle caso.

—Pues vamos mañana mismo —propone Pablo.

—A ver, yo mañana no puedo —se queja Marta—, pero pasado sí.

—Haremos vídeos para TikTok —propone Lucía—. ¡Podrías salir tú, Tom!

Ella y Marta tienen una cuenta compartida donde suben memes, tutoriales de maquillaje, reseñas de libros y otras cosas aleatorias. Empiezan a tener bastantes seguidores, así que Ana acepta, suponiendo que a su primo le parecerá genial. Tomás parece avergonzado de repente, como si no fuese el mismo chico que salió como portavoz en los periódicos de buena gana.

—Perfecto —concluye Ela, y se dispone a organizarnos—. Ana, dile a tu primo que nos reserve una hora. Hay que comprobar los horarios del autobús.

Iremos en el que pasa después de comer, luego no regresa otro hasta las ocho, así que haremos tiempo por allí en algún lado. En cuestión de unos minutos, el primo de Ana nos confirma la reserva y, como solo somos ocho, nos ofrece juntarnos con otro grupo y enfrentarnos a ellos en un clásico combate pueblo contra pueblo. Tom insiste en que aceptemos, al fin y al cabo, seguro que es gente que va al instituto. Yo volveré a ser la nueva otra vez, pero si voy conociendo compañeros, no será tan impactante cuando empiecen las clases.

—¿Y al monasterio podemos ir algún día? —pregunto, cambiando de tema.

Los demás se me quedan mirando, como si hubiese dicho algo raro.

—¿Monasterio? —se extraña Ela—. ¿Qué monasterio?

Tom viene al rescate, por supuesto. Ha guardado el frisbee para disgusto de Rogers, que se ha tumbado obediente a sus pies.

—El antiguo monasterio en ruinas —aclara.

—Ese mismo —confirmo—. La señora Herminia me ha contado que en las noches claras se puede escuchar el aleteo del ángel.

Hemos vuelto varias noches al cementerio y no ha ocurrido nada extraño, para mi decepción. No es que crea abiertamente en fantasmas, pero me gustaría tener alguna historia misteriosa que contar. El grupo no parece demasiado entusiasmado con la visita, han normalizado mucho la presencia de las ruinas en las montañas del pueblo, demasiado alejadas para ser un lugar de esparcimiento habitual, pero no lo suficiente como para resultar algo misterioso. Sin embargo, a mí, que soy una recién llegada, sí me llaman la atención.

—Venga, podría ser interesante, ¿no?

—No es que tenga muchas cosas que ver, aunque... si vamos de noche... —dice Luchi un poco maliciosa—. El sábado hay luna llena.

—El otro día un forestal le contó a mi padre que vio una luz a media noche —cuenta Ela—. Se acercó por si era gente haciendo botellón, pero no vio a nadie.

—¿No es ilegal hacer botellón ahí? —pregunta Juls.

—Es ilegal hacer botellón en todas partes —se burla Tom.

El resto también se ríen un poco, pero yo estoy pensando en otra cosa. En la noche que llegué al pueblo y la luz que también vi en las ruinas, desde el mirador.

—Si el sábado hay luna llena... —empiezo a decir, para volver al tema que me interesa—. ¿No es la noche perfecta para ir?

—Puede ser peligroso hacer esa bajada a oscuras —dice Pablo. Siempre que hay una voz de la razón, suele ser la suya.

—Hay un trecho un pelín escarpado —reconoce Ela.

Mis ilusiones de vivir una noche veraniega entre fantasmas van desapareciendo poco a poco.

—¿Y si bajamos pronto? —propone Tom—. Y nos llevamos los sacos de dormir.

Hay un cruce de miradas entre todos. No tengo saco de dormir, pero seguro que eso es fácil de arreglar. Y tampoco creo que mi madre me ponga pegas a pasar una noche al raso, sobre todo si le recuerdo las charlas que me ha dado sobre lo bonito que es hacer camping.

—No sé... —dice Juls. Mira para otro lado y se rasca la barbilla—. ¿Pasar la noche entera en el monasterio...?

—¿No estarás cagado? —bromea Lucía.

—¿Yo? —se ofende el otro, y resopla de forma exagerada—. Qué va. Pero acampar también es ilegal, ¿eh, listos?

—No va a pasar nada —suelta Ela con toda seguridad. Se pone en pie, derrochando ese aire de liderazgo que la caracteriza. Rogers, al ver el despliegue de energía, también se levanta y va hacia ella—. Es solo una noche, no vamos a hacer fuego y recogeremos todo antes de irnos.

Tengo mis dudas de que las autoridades opinen igual.

—Además, conocemos a los forestales —dice Tom—. Si alguno nos pilla, ¿qué va a hacer?

—Pues echarnos —responde Ana entre risas.

—Si nos echan, nos vamos y ya está —dice Ela—. ¡Que nadie se raje!

Una vez Ela lo ha decidido, no hay vuelta atrás. Cuando ve a Tom preocupado por mí, Lucía me ofrece prestado el saco de su hermana, así que el único impedimento que tenía ya no existe. Juls, que seguía un poco receloso, ha terminado por unirse con entusiasmo a la organización de «La Operación Monasterio», aunque se le congela el gesto cuando Marta asegura que llevará una

ouija.

Hablan de las veces que han visitado el monasterio y Juls parece genuinamente sorprendido de que el lugar no sea una antigua fortaleza.

—¿En serio no sabías lo que era? —le pregunto—. ¡Si está en tu pueblo!

—¿Qué pasa? ¿Tú te conoces cada rincón de la historia de Madrid?

No puedo más que quedarme callada y darle la razón a regañadientes. Tardamos un par de horas en empezar a movernos para volver al pueblo. Recogemos todo lo que habíamos traído, con cuidado de dejar el lugar como lo habíamos encontrado. Tom, por supuesto, se encarga de que no quede nada de basura, como un auténtico *boy scout* de película americana. Rogers corretea a su alrededor todo el tiempo, olfateando alguna presa que nosotros no podemos ver.

Ana conduce una pequeña scooter negra. Le ofrece un casco a Pablo y lo sienta de paquete detrás de ella. Hay algo elegante en su postura, algo que, al mirarla, hace que se me encoja un poco el estómago. Pablo se engancha a su cintura y se deja llevar. Ella nos saluda con la mano al marchar.

Esa es la chica a la que Ela se declaró, puedo ver por qué le gustaba. Es segura de sí misma, graciosa, encantadora y se le marca la mandíbula al sonreír... Tal vez todavía le gusta, aunque diga que se le ha pasado.

—Auri, ¿estás bien? —me giro hacia la voz. ¿Ela acaba de llamarme Auri? Me he quedado paralizada—. ¿Hola?

—¡Estoy bien! —respondo, demasiado alto y demasiado rápido. ¿Me lo he imaginado?

—Parecías ensimismada. Oye, estaba pensando... Todavía me falta leer el último de tu colección de Fábulas, ¿te acompaño a casa y me lo prestas?

Ela, en mi casa, llamándome Auri. Asiento antes de que ella pueda reconsiderarlo. ¿Cómo he dejado la habitación antes de marcharme a las pozas? No puedo recordarlo, seguro que no está lo bastante bien. Cómo iba yo a suponer que esto pudiera pasar.

No puedo creer que lleve semanas pensando en la posibilidad y que ahora no esté preparada. Maldita sea. Con un poco de suerte, mamá estará en casa y entretendrá a Ela el tiempo suficiente para que pueda poner mi cuarto un poco decente.

Tengo la sensación de estar flotando en una nube todo el camino de vuelta que, sin duda, debe ser mucho más corto que el de ida porque se pasa en un abrir y cerrar de ojos. Nos despedimos en la plaza y Tom, Rogers, Ela y yo tomamos el camino cuesta abajo hacia casa.

—Te dejo en buena compañía, jefa.

Tom le guiña el ojo a su amiga antes de sacar las llaves y abrir la puerta de su domicilio. Ella niega con la cabeza, como si se estuviera acordando de una broma entre ellos de la que yo ahora, de alguna manera, formo parte. En fin, empujo la puerta de entrada para pasar a mi nuevo hogar. Sé que mamá está dentro porque tiene las luces del salón encendidas.

—¡No te creo! —La voz de mi madre llena todas las paredes del pasillo. Su risa es sincera, plena. Conozco ese sonido, es felicidad, igual que conozco la risa que le sale cuando solo intenta quedar bien. Esta es la auténtica—. ¡Eres increíble, de verdad!

Mi nariz capta el aroma del chai con leche que le gusta servir a los invitados. ¿Quién es esa persona increíble? Me quedo un poco extrañada, ¿había un deje de flirteo en su voz? No puedo estar segura.

—¿Mamá? —grito al lado de las escaleras, sin atreverme a ir más allá. Ela levanta las cejas y me pregunta en voz baja si prefiero que se vaya. Le hago una señal negativa.

—¡Aura, cariño, qué bien que hayas llegado! ¡Ven, anda!

Camino, seguida de mi invitada, hasta la puerta del salón, de donde salía la voz. Como yo

pensaba, el té es para una visita. Aprieto los labios, Ela se choca conmigo al ver quién está en la sala de estar con mi madre y pega un grito de asombro.

—¿Papá?

Sentados en el mismo sofá, con un juego de té, unas pastas y cogidos casualmente de las manos, Rai y Eva. El padre de Ela y mi madre.



MANOS ENTRELAZADAS

Ninguno de los cuatro podemos negar que ha sido incómodo. Bueno, quizá mi madre lo negase para incidir en su narrativa de que «aquí no está pasando nada», pero no me engaña. Ela y yo hemos flipado. Ambas sabemos que nuestros padres se han estado viendo por temas profesionales, turnos del gimnasio del instituto y esas cosas, pero presenciar que se tratan con tanta confianza ha sido... raro.

Por suerte, la situación ha durado poco. Ela no ha llegado a subir a mi cuarto, se ha quedado en el salón como un perro guardián mientras yo iba a por el cómic. Cuando he bajado, su padre ya estaba hablando de marcharse. Mi madre les ha insistido en que se quedasen a cenar, los demás en que, de verdad, no era necesario. Al final, se van. Me despido de Ela con un tímido «hasta mañana», ella asiente y fuerza una sonrisa.

—¿Tienes hambre, cielo? —pregunta mi madre desde la cocina. Lo dice de forma casual, como si acabase de llegar a casa y me la hubiese encontrado allí sola, tal y como está ahora mismo. Ninguna mención a la presencia de Rai o a las tazas de té que descansan en el fregadero —. ¿Qué te apetece cenar?

Sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos.

—No sé —respondo al final—. Lo que quieras, me voy a dar una ducha.

Siempre pienso mejor bajo el agua caliente. Mis padres llevan divorciados mucho tiempo y nunca he deseado que vuelvan a estar juntos, porque sé que no se hacen felices. Tampoco me ha importado antes que mi madre se eche novio, siempre que sea un tío decente. Rai parece un tío decente. ¿Entonces, por qué tengo esta sensación que me dice que algo no está bien? Si empezasen una relación y las cosas funcionasen, quizás se irían a vivir juntos. Eso nos convertiría a Ela y a mí en... hermanas.

Oh, no.

Ahí está la disonancia. Ela y yo... ¿hermanas? No, no. Ela no puede ser mi *hermana*. Me niego a seguir dándole vueltas a esto. Cierro el grifo de golpe y me seco a toda prisa antes de bajar a la cocina. Mi madre va a responder, quiera o no, a todas mis preguntas.

Ha preparado un bol gigante de ensalada con nueces, manzana y una salsa balsámica que tiene buena pinta, pero con toda la energía que he gastado hoy en las pozas, me habría venido mejor una hamburguesa. Eso me pasa por decirle que haga lo que quiera.

—Oye, mamá, ese Rai... —empiezo, sin rodeos, porque, como me lo piense, igual no saco el tema—. ¿De qué va?

Ella me alza una ceja. Tiene una sonrisilla extraña en la cara, misteriosa.

—¿Cómo que de qué va?

—Bueno, ya sabes. —No lo sé ni yo—. ¿Qué hacía aquí?

—Ha venido a traer la lista de los preinscritos en sus clases de baile del año que viene —explica, intentando parecer relajada mientras sirve la ensalada en dos platos—. Hay un montón de gente interesada después de la exhibición del otro día, puede que tenga que dividir el curso en

dos niveles y necesita más opciones de horarios.

No cuela.

—¿Y ya está?

Me ha salido un tono más borde de lo que esperaba. Hace un gesto para que me siente a la mesa y ella hace lo mismo.

—¿Pero a ti qué te pasa? —deja el plato delante de mí frunciendo el ceño.

—Nada —miento de inmediato.

—Soy consciente de que tus planes son irte de aquí el año que viene, Aura —suelta sin mirarme—, pero te guste o no, este va a ser nuestro hogar a partir de ahora. Estoy conociendo a todos los vecinos, las conexiones sociales son muy importantes en los pueblos pequeños. Los adultos también tenemos derecho a hacer nuevas amistades, ¿sabes?

Nunca pensé que para mamá esto pudiera ser difícil. Al fin y al cabo, ha elegido venir aquí por SU propia voluntad para cumplir SU sueño de ser directora en un instituto rural. A la semana de estar en Fuente del Ángel ya se conocía a todas las vecinas de la calle por su nombre y mote y todo el pueblo la conocía a ella.

—Vale, perdona —me disculpo—. No estoy acostumbrada a que la gente se meta en las casas de los demás así como así.

—Si hubiera sido la señora Herminia, ¿te lo habrías tomado igual?

Me ha pillado.

—Puede que no.

—¿Entonces, es por Rai? —Lo que iba a ser un interrogatorio hacia ella, se está convirtiendo en lo contrario—. ¿Te cae mal? Pensaba que Ela y tú os estabais haciendo buenas amigas.

—No es que me caiga mal —reconozco. El trozo de manzana que tengo pinchado en el tenedor está dando más vueltas que en una rotonda—. Es que están siendo muchos cambios.

Es una excusa un poco pillada por los pelos, pero parece que mi madre se lo cree. Me mira con esa expresión de ternura que pone cuando quiere estrujarme en un abrazo, pero se contiene porque ya no tengo seis años y no lo permitiría.

—No va a haber más cambios por el momento, cariño. —Esta vez me lo creo un poco más, aunque solo sea porque me lo quiero creer—. Rai me está ayudando mucho a integrarme y es una persona muy simpática.

De nuevo, Rai. Aprieto los labios sin decir nada y me taladra con la mirada hasta que asiento.

—Está bien. Pero no seas blanda con él, tú también tienes que encontrar hueco para el taller de yoga.

Sonríe con orgullo, como si le sorprendiese que hubiera prestado atención a sus planes.

No hablamos mucho más durante el resto de la cena, sumidas en nuestros propios pensamientos y del Spotify de mamá suena una música de ambiente de café de jazz. Es nuestra costumbre, para tener ruido de fondo mientras comemos. Cuando era pequeña le pedí mil veces que viéramos la tele en su lugar, pero nunca cedió. Al cabo de un tiempo dejé de preguntarle.

Hasta que no estoy a solas en mi habitación, no caigo en la cuenta de que ella ni siquiera me ha preguntado qué tal he pasado el día en las pozas. Tanto darme la tabarra con lo maravilloso que era ese sitio para acabar ignorando el hecho de que he ido a mi primera excursión fuera del pueblo con mis amigos.

Bueno, todavía estoy debatiendo conmigo misma si debo considerarlos mis amigos, pero esa no es la cuestión.

Doy una vuelta en la cama, con la mirada fija en el scroll infinito de vídeos en TikTok al que

ni siquiera estoy prestando atención.

Una notificación del grupo de «La Pandi» me hace meterme en los mensajes. Están compartiendo las fotos del día. Las miro, desgana, hasta que llego a una en la que sale Ela sujetando mi mano, mientras caminamos hacia su lugar secreto de meditación.

Nos la han hecho de espaldas, ella está adelantada, guiándome, y su figura fibrada y femenina se recorta contra la vegetación. Yo, en cambio, tengo cara de empanada y pinta de estar recién salida de un programa de perdidos en una isla.

Aun así, mi mente se detiene por un momento. Olvido los sonidos distantes de la serie que está viendo mi madre en el salón, olvido el olor a vela de lavanda que hay encendida en el pasillo, olvido incluso el ulular del viento que entra por la ventana abierta. La mano de Ela era suave y estaba fría por el baño, tenía una pequeña dureza en las almohadillas como la que me salió a mí cuando me dio por intentar aprender a hacer dominadas.

En la estantería, el hueco del último tomo de Fábulas es el silencioso testigo de lo que podría haber sido la tarde. Me da una rabia terrible haber perdido la oportunidad de estar con mi amiga en mi habitación tranquilamente.

¿Qué estaba haciendo Rai aquí? Caigo en que se estaban cogidos de las manos cuando llegamos. Vuelvo al móvil, un poco enfurruñada.

Una nueva notificación me distrae, han confirmado la tarde del paintball y eso hace que el grupo se anime con un intercambio de comentarios acerca de lo que vamos a cenar después. En el pueblo de Ana, al parecer, las opciones están incluso más limitadas que en Fuente del Ángel, así que la alternativa que va ganando es que nos llevemos unos bocadillos y nos los comamos en el parque.

Ela no ha dicho nada en todo el rato y eso es raro. Ana la menciona para pedirle que confirme asistencia, porque es la única que falta. Pasados unos minutos, sigue sin responder. Abro su chat con intención de decirle algo y me sorprende encontrarla en línea.

AURA: Estás bien?

Tarda un poco en responder, aunque mi mensaje sale como leído desde el primer instante.

ELA: Crees que están liados?

AURA: Mi madre no ha sido clara al respecto.

ELA: Mi padre tampoco.

AURA: Por qué nos iban a mentir?

No dice nada durante un rato y al final sale «Escribiendo».

ELA: La última vez que conoció a alguien me puse un poco intensa.

Sonrío sin poder evitarlo. Ela es intensa siempre, me pregunto cómo será cuando se pone intensa de más.

AURA: Te molestaría que salieran?

ELA: A ver... no sé. Lo que me molesta es que nos traten como idiotas.

AURA: Ya...

Salta un mensaje de ella en el otro grupo. Confirma que vendrá y suelto un suspiro de alivio. Durante un rato, pensé que había cambiado de opinión.

ELA: Tenemos que estar atentas. Si te enteras de algo, me lo cuentas.

Le pongo el sticker de un perrito que bebe con pajita de un brick en el que pone «Cianuro» y suelta una ristra de carcajadas. Al menos parece que todo sigue normal entre nosotras. Eso también me hace sonreír.



LOS MILES DE ACANTILADOS, CUESTAS Y ESTRECHECES DE LAS CARRETERAS DE MONTAÑA

En Madrid hay varios paintballs situados en la sierra o en polígonos alrededor de la M-30, estoy segura de que hay más locales de estos que líneas de metro, pero nunca he ido a ninguno. Al principio me pareció una buena idea, algo divertido con pistolas de pintura en mitad de la montaña, luego me di cuenta de que soy notablemente torpe y que es muy probable que me acabe torciendo un tobillo.

Además, no he cogido un arma parecida, ni ninguna otra, en mi vida.

Ni siquiera conozco las reglas.

Y, por último, no estoy lo bastante en forma para seguirle el ritmo a Ela y a Tom. No quiero ser una carga.

Me he pasado las últimas horas en pánico, rumiando excusas para no ir, aunque ninguna es lo bastante convincente, así que no he tenido más remedio que presentarme. La línea de autobús que nos dejará cerca del lugar es una especie de servicio rural que hace una ruta por toda la comarca del Alto Carnero. El vehículo se parece a uno de los minibuses de los barrios más antiguos de Madrid, que tienen ese tamaño para poder moverse entre las callejuelas.

Las carreteras son estrechas y, aunque circulan algunos camiones por ellas, supongo que no quisieron arriesgarse a contratar a un autobús de línea normal.

La parada está a la salida del pueblo, justo al lado del polideportivo y del letrero que anuncia el nombre de «Fuente del Ángel». Lo único que hay para indicarla es un viejo banco de madera y un poste, muy fácil de ignorar.

—¿En serio es esto? —pregunto a Tom.

Él me señala la información en el poste que, según su propia opinión, es perfectamente visible y adecuada. Bufo en desacuerdo, no pone ni las paradas que hace en otros lugares.

El resto del grupo va llegando poco a poco. Todos llevan ropa normal y casi me arrepiento de haberme puesto un chándal, ¿me habré pasado? Lo que sí es reseñable son sus botas de montaña, debería haberme hecho con unas de esas, aunque no es que haya ningún Decathlon cerca que me facilite la tarea. Observo mis fieles y desgastadas bambas y casi puedo visualizar la rotura de mi tobillo en el futuro próximo.

—¿Ya estamos todos? —pregunta Ela al llegar, como siempre, la última. Hoy se ha puesto unos pendientes de la trifuerza que cuelgan de un enganche en forma de corazón en el lóbulo de su oreja.

—Justo a tiempo —dice Tom. El autobús aparece al fondo de la carretera, en menos de un minuto llegará a donde estamos—. Empezaba a pensar que nos iríamos sin ti.

—Lo tenía todo controlado, Tomy.

No sé si se trata de una suerte sobrenatural, pero es cierto que Ela suele hacer esas cosas y siempre le salen bien. Si yo intentase aparecer en el último momento, seguro que perdería el bus

y además quedaría como una pringada.

Tenemos que repartirnos entre los asientos, porque no hay hueco para que nos pongamos todos juntos. Ella escoge un sitio junto a la ventana y me hace un gesto para que me siente a su lado.

—Ana ha dicho por el grupo que ya tenemos rivales —empieza a decir, y me enseña el chat. Saco mi propio móvil, pero los mensajes no han llegado, para variar—. Son unos payasos que se graduaron este año, qué bien.

Echo un vistazo a su pantalla. En el mensaje dice que son «Miguel y sus colegas». No me suena de nada, creo que nunca me han hablado de ellos.

—¿Te caen mal?

—Él es medio imbécil y sus amigos no juntan ni dos neuronas entre todos —se queja ella—. Tienen la inteligencia justa para deducir cuándo reírle una broma y, a veces, ni aciertan.

Hay un grupito así en cada instituto, por lo que parece. Yo tenía el mío propio, aunque había tantos alumnos que apenas me cruzaba con ellos. Si esto fuera un pueblo americano, todos esos jugarían en el equipo de fútbol. Tom quizá sería el quarterback y tendría un dilema moral, porque él no querría ser tan imbécil, pero la presión de grupo sería muy fuerte y, al final, su espíritu de golden retriever ganaría la batalla y se quedaría con sus verdaderos amigos, los pardillos. Es decir, nosotros.

—¿Crees que nos la van a liar?

—No creo —dice Pablo. Está cruzado de brazos, mirando por la ventana—. No son tan mala gente, solo un poco brutos.

Este chico siempre me da vibraciones de calma cada vez que habla, que no suele ser muy a menudo.

El conductor del autobús parece conocerlos a todos, me han presentado como «la nueva» y yo me encojo de hombros al respecto. El hombre tiene pinta de estar a punto de jubilarse y es de un pueblo de los alrededores cuyo nombre no había escuchado nunca. Pasamos en primer lugar cerca del famoso balneario que representa la principal fuente de trabajo de la gente de la zona. Se puede ver el edificio al fondo y, entre los árboles, el acceso por una carretera de gravilla, marcada por unas elegantes puertas de hierro forjado.

No soy demasiado fan de los sitios como ese, pero reconozco que la fachada de piedra, de hace un puñado de siglos, capta mi atención. Podría ser el decorado de un castillo de fantasía. Debo insistirle a mamá para que vaya a visitarlo, ella sí es muy aficionada a las piscinas de aguas con propiedades «mágicas».

Como imaginaba, el autobús pasa por bastantes pueblos, la mayoría más pequeños que Fuente del Ángel. Me agobio cuando veo lo cerrados que son algunos giros y callejones. Sin embargo, el conductor está más que relajado y va charlando sin preocupaciones con otros de los pasajeros. Tengo claro que voy a esperar a volver a Madrid para sacarme el carnet de conducir, no pienso enfrentarme a los miles de cuestas, acantilados y estrecheces de las carreteras de montaña.

Cuando por fin nos deja en el pueblo de Ana, ella está allí para recibirnos, especialmente a Pablo, al que le da un sonoro beso y un abrazo que me obligan a girar la cabeza por pudor. ¿Nunca se cansan de verse?

El lugar del paintball está un poco lejos para ir andando (al menos en mi opinión, y por lo que he visto en Google Maps), aunque el camino hasta allí se me hace corto escuchando las «estrategias», por llamarlas de alguna manera, que Juls y Marta comparten en voz alta.

—Oye, Tom... —susurro quedándome un poco atrás. Él se para y me dedica toda su

atención—. Nunca he jugado a esto y creo que... puedo hacer que perdamos...

Debe ser que percibe el nerviosismo o, tal vez, es que tiene un superpoder para notar este tipo de cosas, pero me pasa el brazo por encima y me asegura que todo va a estar bien.

—De hecho, podríamos no haber venido ninguno. ¿Ves a esas tres? —Señala a Ana, Marta y Luchi—. Son absolutamente despiadadas, se bastan y se sobran para eliminar a cualquier otro equipo, en serio. Da un poco de miedo.

No puedo evitar sonreír por la ocurrencia. No sé si lo está diciendo en serio o solo lo hace para que me sienta mejor. En cualquier caso, me siento afortunada por tenerlo como amigo. Bueno, como vecino. ¿O amigo?

—¿Venís o qué? —Ela refunfuña un poco más adelante. Tom me suelta de inmediato y trota un poco para ponerse a la altura del resto.

Poco después llegamos al lugar. La entrada es un arco de madera grabado con «Somos Aventura», que debe ser el nombre de la empresa. Tras un breve camino de tierra prensada entramos en las oficinas, son una caseta sencilla, con un par de sillas de plástico para esperar y un mostrador.

Ana entra la primera y saluda a su primo, el responsable de detrás del mostrador.

—¡Perfecto! Llegáis pronto —dice animado—, así podréis hacer unas fotos. ¿Todos habéis jugado antes, verdad?

Lo pregunta de broma, pero entonces emerjo de detrás de Tom y levanto la mano.

—Yo no —susurro con timidez—. Soy Aura.

El chico, que deduzco se llama Juan por la etiqueta que lleva colgando en el pecho, sale de detrás del mostrador hasta donde estoy yo.

—Tranquila, te lo cuento en un santiamén. —Se gira hacia el resto—. Venid conmigo y os enseño el campo mientras le cuento a Aura de qué va la cosa.

La zona de juego está justo detrás de la caseta. Hay unos vestuarios para ponerse la ropa que nos van a prestar, unos monos con estampado de camuflaje. El equipo completo incluye esos monos, rodilleras, cascos completos con gafas de protección incorporadas y, por supuesto, el rifle de pintura. Los cascos van pintados de azul y naranja, para distinguir los equipos. Aun así, no tengo muy claro que con todo eso puesto vaya a reconocer a los que van conmigo. Tengo suerte de no llevar gafas, no sé cómo cabrían dentro de la burbuja de las protecciones.

La zona de juego que nos toca es temática y simula un polvoriento pueblo del oeste. Hay barriles, ruedas de carretas e incluso un viejo carro. Una enorme estructura de un viejo *saloon* se alza en mitad de una especie de plaza de terreno despejado, aunque si me fijo, solo tiene dos paredes. Por lo que he leído online el juego va de esconderse y cubrirse, así que supongo que el entorno es importante.

Seguimos caminando y llegamos a la zona de al lado, esta es post-apocalíptica, incluso tiene un par de carteles falsos que avisan de la llegada de los zombis. Para esconderse hay un autobús desvencijado, trozos de hormigón, neumáticos apilados... Está todo bastante conseguido.

Ana va haciendo fotos a cada paso.

—¡Escuchadme, el juego va a ir así! —explica Juan—. Haremos un «captura la bandera» y las reglas son muy simples. Tenéis que coger la bandera del equipo contrario y llevarla a vuestra base, cada equipo estará en una zona, la vuestra será la apocalíptica. Pensad dónde queréis poner vuestra bandera y cómo la vais a defender. Recordad, aquí no hay segundas oportunidades, un tiro y estáis fuera.

Trago saliva, voy a durar dos segundos.

Los siguientes minutos me los paso pensando en todas las maneras posibles en las cuales

puedo lesionarme y elucubrando escenarios en mi mente que incluyen formas variadas (y bastante creativas), de hacer el ridículo delante de la gente con la que me voy a pasar mi siguiente año, probablemente el más importante de mi vida, justo antes de hacer el examen de acceso a la universidad. Estupendo.

Vamos a cambiarnos a los vestuarios, donde solo estamos nosotras. Al principio creo que no ha venido nadie del otro equipo, pero luego me doy cuenta de que, en realidad, es que no ha venido ninguna chica.

«Miguel y sus colegas», como los llamó Juls en el autobús, son un grupo de chicos de edades diversas, aunque la mayor parte son más mayores que nosotros. Cuando los veo ya están cambiados, se golpean entre ellos como forma de afecto y hacen bromas que les resultan divertidísimas, pero que el resto no alcanzamos a escuchar.

Me pongo en guardia sin poder evitarlo, he aprendido a alejarme de esa clase de grupos. En mi antiguo instituto había varios de ese estilo y siempre se metían en problemas. Los tíos así son ruidosos por naturaleza y se comportan como si estuvieran solos en el mundo y fueran los amos del cotarro. Me hacen sentir insegura.

Siempre me siento culpable al pensar así, aunque lo cierto es que no me han hecho nada personal, no quiero quedarme a averiguarlo. Y ahora voy a pasarme la siguiente hora pegando tiros de pintura contra ellos.

Ideal.

Luchi se adelanta para pedirle al chico de recepción, Juan, que nos entregue nuestros cascos y rifles de pintura. Entonces, como provocados por su sola presencia, los otros, por supuesto, tienen que dar su opinión sobre el asunto.

—Juanico, dales menos bolas de pintura —supongo que las bolas serán las balas—. ¡Que somos uno menos!

—No es culpa mía que tu hermano no haya podido venir —responde Juan poniéndose en el antebrazo una pila de cascos.

—¡Qué más da! —dice uno de ellos, situado en el centro, me apostaría mi cuaderno de pintura a que es el jefecillo, el susodicho Miguel—. Si total, mira cuántas tías. No tienen nada que hacer contra nosotros.

Luchi inclina la cabeza e inspira hondo mientras nos entrega los cascos azules y coge la primera de las armas, apoyada en una especie de armero. Comprueba, con movimientos profesionales, que está cargada.

—¡Me vas a comer los huevos, Miki! —le grita Ana, claramente exaltada por el comentario. No había oído a nadie hablar así antes—. Os damos una paliza que os ponemos del revés.

—Madre mía, la intensa esta...

Es lo único que puede decir Miguel cuando Luchi levanta el arma, se pone de rodillas y dispara a una diana que hay detrás de él. La bola de pintura le pasa muy cerca. Cuando se gira, todos podemos ver que la mancha de pintura está justo en el centro. Luchi solo pronuncia una frase.

—A jugar, bocazas.



ALGO QUE NO HARÍA MI ABUELA

En el paintball no se puede disparar a la cabeza, al menos en este campo, aunque no se considera motivo de expulsión. Las bolas están rellenas de una pintura no tóxica y lavable. Cada depósito de bolas, el «cargador», tiene unas doscientas unidades que supuestamente no nos harán daño, aunque nos disparen de cerca. Por lo demás, las armas, llamadas marcadoras, se parecen bastante a un rifle de película y funcionan con aire comprimido. Son más pesadas de lo que parecen.

En el equipo somos ocho y Luchi será la líder, se lo toma tan en serio que me hace ponerme firme. Ha decidido que cuatro personas serán atacantes, dos se quedarán a defender la bandera y otras dos serán cazadoras. Por desgracia, yo estoy entre estas últimas.

La misión que nos ha encomendado es escondernos por nuestro territorio y pillar desprevenidos a aquellos que intenten colarse hacia la zona donde tenemos escondida la bandera que, obviamente, es el autobús desvencijado.

Mis quejas acerca de mi inexperiencia no sirven de nada. Según Luchi, los defensores de la bandera deben ser muy buenos jugando porque tienen el trabajo más difícil y, como yo no tengo ni idea de jugar, no es mi puesto. Además, como soy más bien de tamaño pequeño, no me será difícil esconderme detrás de cualquier piedra y «llenarles el culo de pintura» al otro equipo. O eso me ha dicho.

No estoy nada convencida, pero el destino me obsequia con la compañía de Ela como la otra cazadora, que se ofrece a acogerme bajo su tutela.

Aun así, estoy agada.

La bandera se quedará a cargo de Juls y Pablo, al que Ana da un morreo (no se puede llamar de otra manera) antes de empezar para que le dé suerte. El equipo atacante está formado por «el trío mortífero» y Tom. Según el propio Tom, él solo es un cebo. Luchi está convencida de que irán todos a por él, precisamente por ser un chico, y ellas podrán acceder a la bandera con facilidad. Además, Tom tiene un tamaño considerable y, vestido con el mono de estampado militar, me recuerda a un joven Capitán América recién estrenado con el suero de supersoldado. Parece contento de formar parte importante del plan de Luchi.

El equipo toma posiciones antes de que suene el silbato que marca el inicio de la partida. Ela me lleva aparte, a una especie de valle que hace el terreno, rodeado por neumáticos y unos arbustos, que noto falsos en cuanto pasamos por su lado.

—Nos quedaremos cerca, ¿vale? —me propone en voz baja—. Supongo que al principio vendrán juntos para intentar cargarse entre todos a los defensores, es lo que yo haría. Fijo que se repliegan en cuanto vean que hemos enviado a cuatro a por su bandera. También es lo que yo haría.

—¿Cómo sabes tanto de estrategia?

Puedo notar como se enrojece debajo del casco cuando baja la mirada y la voz le titubea un poco.

—He jugado mucho a Warhammer —dice, casi excusándose. Podría achucharla de lo tierna que me parece su reacción.

Antes de que me dé tiempo a responder, suena el silbato.

Se va corriendo a la loma de enfrente, se esconde entre los arbustos y yo me agacho detrás de los neumáticos. El corazón me va a mil, no sé cómo voy a poder acertar, teniendo en cuenta que Luchi me ha avisado de que los disparos hacen un poco de arco en estas marcadoras.

Observo el campo, donde ya hay movimiento, creo que es nuestro equipo yendo a por la bandera. Me quedo totalmente quieta. No se escucha nada, es casi sobrenatural. De hecho, solo el acto de tragar saliva ya me parece escandaloso.

Pasan unos pocos minutos, la tensión hace que el tiempo parezca ir más deprisa, antes de que suenen los primeros gritos de gente advirtiéndose. Escucho un sonido parecido al que haría una cerbatana, deben ser los primeros disparos con el aire comprimido. Me agarro a mi rifle, con el dedo puesto en el gatillo, por si acaso.

De pronto, oigo unas pisadas que se acercan por la gravilla. Me pego al suelo, mientras intento vislumbrar algo entre los huecos que dejan los neumáticos.

Una figura vestida de camuflaje se acerca encorvada con la marcadora por delante. No la reconozco, ¿es de los nuestros? Me fijo en el casco y me parece distinguir las manchas naranjas. Es mi oportunidad, se supone que esto es lo que tengo que hacer, pero si me muevo demasiado pronto me descubrirá y seguro que me elimina del juego. Contengo la respiración mientras el chico sigue avanzando.

Cuando lo escucho andar por el valle de en medio de nuestros escondites, me lanzo a la aventura y salgo de detrás de los neumáticos, dispuesta a probar mi puntería. Sin embargo, no puedo hacer nada, Ela ha sido más rápida y, sin decir nada, dispara. La bola de pintura impacta satisfactoriamente en el pecho del asaltante. Estoy a punto de emitir un grito de júbilo, pero entonces veo a algo moverse detrás de ella, ¿es alguien del otro equipo!

—¡Cuidado! —levanto el arma e intento disparar. La marcadora no tiene retroceso, aun así me desestabilizo y la bola sale disparada haciendo una parábola que aterriza detrás de mi amiga.

Ela se gira, alarmada. Mi disparo no ha dado a su objetivo, lo único que he conseguido es que el otro huya, perseguido por Ela, que intenta acertarle. Escucho el sonido del aire comprimido de forma repetitiva. Ahora que lo pienso, lo escucho por todas partes.

Supongo que debería moverme. Observo a mi alrededor, estoy tan nerviosa que creo que podría levitar por la vibración de mi propio cuerpo. Escucho más disparos de pintura y gritos, los dos grupos se han encontrado en una batalla campal. Empiezo a correr sin ton ni son. Me hubiera venido muy bien prestar más atención al responsable del paintball cuando nos estaba enseñando las zonas de juego. Llego a un sitio que parece un poco resguardado, aunque no puedo identificar si pertenece al western o a nuestro territorio. Hay hormigón, pero también estructuras de madera, debo estar en el linde de ambos.

Me escondo tras unas cajas apiladas. No veo a nadie, ni de nuestro equipo ni del contrario, tal vez me he alejado demasiado. Con la cabeza agachada, doy la vuelta al grupo de cajas para intentar vislumbrar algo al otro lado. En esta zona hay unos cuantos árboles, no se han tomado la molestia de limpiar el área, aunque supongo que será parte del recinto, tiene que haber alguna valla en alguna parte.

De golpe, demasiado tarde, suena un crujido a mis espaldas. Aprieto los ojos y me doy la vuelta con las manos en alto. Hasta aquí ha llegado mi partida. Respiro, esperando unos impactos cuya sensación desconozco.

Pero nunca llegan.

—Mira, debe ser la nueva —dice una voz masculina.

Cuando abro los ojos, veo que son dos y ambos me están apuntando con los rifles de pintura. Ninguno de ellos es el tal Miguel.

—Las manos quietas, que te veo —me avisa el segundo.

El corazón me late desbocado.

—Me habéis pillado —digo a modo de rendición—, disparadme para que me pueda ir al banquillo.

—Sí, ya, ¿qué emoción tiene eso?

No acabo de entenderlo. Hay un tono en su voz, una expresión burlona que me pone los pelos de punta.

—¿Qué podemos hacer para hacerlo más interesante?

—¿Que se ponga de rodillas?

—Ni de coña —les interrumpo—. ¿Sois idiotas? No voy a ponerme de rodillas.

—¡A callar! —me grita el de la izquierda—. Acabemos con esto.

Los dos levantan sus rifles, mucho más arriba de lo que deberían, y entonces lo entiendo. Van a dispararme en la cabeza y se supone que no pueden hacer eso. Veo cómo sus dedos rozan el gatillo, aprieto los dientes y me encojo, protegiéndome la cara, esperando el impacto que no me han dado antes. Cojo aire.

Pero tampoco llega, aunque esta vez el aire comprimido y las bolitas estallando sí que emiten sonidos.

—¡¿Qué coño os pasa, terroristas?!

Suelto de golpe todo el aire. ¡Es Ela! Abro los ojos y la veo plantada delante de mí, con el casco lleno de pintura, protegiéndome con su cuerpo.

—¡Putos sádicos, no vais a volver a jugar aquí en la vida! No se dispara a la cabeza, ¿qué es lo que no entendéis?

Sus gritos parecen intimidarles. Ela levanta su arma y les dispara dos veces a cada uno.

—¡Eso no es válido! —se queja uno de ellos, mirándose las manchas.

—Pero esto sí.

Inspirada por el coraje de mi compañera, salgo desde detrás de ella y les regalo sendas balas de pintura, que estallan contra sus pechos, llenándolos de verde. Esta vez sí he acertado.

—A llorar a vuestra casa —dice Ela con una sonrisa triunfante.

Hay una cámara allí cerca, desde la que el encargado vigila la zona. Uno de los chicos la señala y da un paso hacia nosotras, pero ambas alzamos de nuevo las armas y no se acerca más.

—A ver qué opina Juan de esto.

—¿De qué? —le pregunto con sorna—. ¿De que hayáis estado a punto de dispararme en la cara?

Frunce los labios, mira a su amigo y no dicen nada más. Se largan refunfuñando y sé que nos van a poner a parir, pero me da igual. Ahora mismo tengo la adrenalina por las nubes.

—¿Estás bien? —me pregunta Ela.

Ha soltado su arma y apoya suavemente su mano en mi hombro. Estoy temblando, pero consigo asentir y esbozar una amplia sonrisa.

—¿Has visto lo que he hecho?

Ella se echa a reír.

—Ha sido la leche.

Sin pensarlo, me lanzo a darle un abrazo y ambas saltamos en el sitio, tan emocionadas que, cuando nos separamos, ambas tenemos las mejillas encendidas. Me aparto y me agacho para

coger mi rifle, que se ha debido caer en un momento indeterminado que no consigo recordar.

—Mierda —dice Ela, y señala mi mono. Al principio no sé a qué se refiere, pero enseguida veo que me tengo un restregón de pintura enemiga—. No deberías haberme abrazado, ahora va a parecer que has muerto.

—Es igual —respondo, sin poder parar de sonreír—. Ha merecido la pena.

La tarde se salda con nuestra victoria en el paintball, aunque mi jugada ha sido ampliamente discutida. El encargado la ha dado por buena y, después de comernos los bocadillos, Ela se pasa todo el viaje de vuelta contando con todo lujo de detalles cómo «he puesto a esos idiotas en su sitio». Al resto del equipo le ha ido muy bien. Tom fue acribillado a pintura, pero eso permitió al «trío de la muerte» capturar la bandera y llevarla hasta nuestro territorio. Como no podía ser de otra manera, gran parte de ello está subido a TikTok por Ana. No creo que vuelva a apuntarme a una de estas partidas, aunque todavía tengo la adrenalina bien arriba en el sistema.

Al llegar a Fuente del Ángel ya ha anochecido y nos separamos, incluso Tom sigue otro camino porque ha quedado con sus padres en la plaza.

—Si quieres te acompaño a casa —se ofrece Ela.

—¿Cómo podría decirle que no a mi salvadora?

—Exacto, que mi sacrificio por el bien y la justicia sirva para algo.

La risa se me escapa incontenible mientras emprendemos el camino de vuelta. Ya ha anochecido y las cigarras cantan en los bordes del camino. Se ha levantado una brisa.

—¿Cuándo aprenderás a llevar siempre una rebequita encima?

Sin esperar mi respuesta, saca un cárdigan de su mochila y me lo coloca encima de los hombros.

—Suen a algo que diría mi abuela.

Es una pequeña provocación mientras caminamos, algo estúpido, casi infantil, pero, de alguna manera, la hace reaccionar. Se para de golpe, me coge de la muñeca y tira de mí hacia ella.

—Ah sí, ¿haría tu abuela algo como esto?

Nos quedamos a escasos diez centímetros la una de la otra. Está muy cerca, puedo notar su perfume cítrico y tengo que levantar la cabeza para mirarle a los ojos. Empiezo a hiperventilar cuando traga saliva.

Espero. Sigo esperando. No ocurre nada.

—¿Algo co-como qué? —digo entrecortada, incapaz de formar una frase que suene más coherente. Hay un segundo en el que incluso las cigarras contienen la respiración.

—Nada. —Se separa de golpe, llevándose su olor con ella—. Tengo que irme...

Se marcha. Se aleja a toda prisa con el tintineo de sus pendientes de la trifuerza y, aunque pienso en levantar la mano, no sé si servirá de algo. Ela desaparece entre las calles estrechas del pueblo mientras yo me quedo ahí en medio, con el recuerdo fresco de su tacto y su aroma. Incapaz de moverme.



SITIOS TERRORÍFICOS DE VERDAD DONDE JUGAR A LA OUIJA

Desde el mirador se ve todo el valle bajo la luz de la tarde de verano. El antiguo monasterio está escondido entre los árboles, pero esta vez me he informado y sé lo que hay que mirar. He visto fotos en internet, de las que suben los turistas a Google. No encontré ninguna imagen que me enseñase cómo era antes de estar en ruinas, supongo que hace demasiado tiempo de eso.

Todavía quedan un par de horas para que oscurezca, pero ha sido buena idea venir con luz. La bajada, como prometieron, es algo escarpada. Hay rocas y zonas con bastante desnivel, más que el día de la bajada a las pozas. Menos mal que me estoy acostumbrando a estas caminatas. Todos llevamos nuestro saco a la espalda, una esterilla (la mía ha sido sutilmente sustraída del armario de mi madre) y víveres para pasar la noche. La excusa oficial ha sido que íbamos a pasar la noche en la cabaña que los padres de Marta tienen en un campo de almendros cercano.

Esta vez el clima no me va a coger desprevenida y me he traído un forro polar. Es posible que nos pillen y nos hagan largarnos de allí, aunque no tenemos planes de hacer fuego ni nada que llame la atención. Tom ni siquiera se ha traído a Rogers. Ela está convencida de que, si aparece cualquier figura de autoridad, nos echarán sin más, aunque he oído murmullos que mencionaban la palabra «multa». Espero que no, mi madre ha estado muy permisiva desde que llegamos aquí, ya ni siquiera tengo hora de vuelta. Si me detiene la Guardia Civil y me ponen una multa por acampar en un lugar prohibido, igual se enfada un poco.

Al fin, dejamos de descender y nos metemos por una zona boscosa, la que se veía desde arriba alrededor del monasterio. Tenemos que estar cerca.

—Ya siento la energía fantasmal de los monjes muertos —bromea Marta.

Alza el tablero de ouija prometido por encima de su cabeza. Lo lleva en la mano porque es enorme y no cabe en su mochila, pero no tiene nada de místico. Es una especie de cartón compacto con una lámina impresa pegada por encima y los bordes forrados con un terciopelo negro. No me sorprendería despegar el tablero y encontrarme debajo un parchís. Sin embargo, cumple con su cometido principal, que es sacarle un escalofrío a Juls. Me pregunto si contactaremos con algún espíritu esta noche antes o después de hacerle salir corriendo.

—Vaya chorrada —se queja el chico, sin mucha credibilidad.

Apenas ha terminado de decirlo, aparecen las ruinas entre los árboles. A un lado hay una antigua torre casi derruida, pero todavía se puede adivinar lo que fue un campanario. No queda apenas tejado en pie, y de las cuatro paredes exteriores, resisten a duras penas dos y media. En el interior también se distinguen restos de columnas y tabiques de piedra, pero han desaparecido en su mayor parte. No hay ni rastro de los marcos de las ventanas o las puertas, ni nada que fuese de madera, como muebles o vigas. Todo el edificio está rodeado por lo que queda de una muralla que protegía el recinto y una serie de jardines y huertos, aunque ya no hay otra cosa que no sea maleza.

Es un sitio intrigante y fascinante a partes iguales.

—Hacía mucho que no veníamos —dice Tom, y echa a caminar hacia el interior—. Todo

sigue igual.

—Sigue igual desde hace cien años —se ríe Lucía.

Tom le guiña el ojo y se mete entre los escombros. Los demás le seguimos. Pasamos por debajo de un arco que se mantiene en pie y da a un jardincito con lo que debió ser una fuente, pero ahora son solo un montón de rocas resquebrajadas que forman un círculo. En esa zona, la muralla resiste mejor, así que estaremos más resguardados del viento nocturno.

Echo un vistazo por el suelo, por si hubiera restos de comida, botellas, plásticos... una señal de que la gente suele ir allí a pasar el rato, pero está todo sorprendentemente limpio al margen de la naturaleza descuidada. Mi madre me ha contado que vino alguna vez desde el camping haciendo senderismo y que se visitaba a menudo por los turistas de la zona, que no son muchos. A estas horas el número desciende a ninguno.

—¡Por fin hemos llegado a tu misterioso monasterio! —me dice Ela—. ¿Impresiones?

Miro a mi alrededor, los lugares abandonados tienen un encanto sobrenatural. Voy a sacar miles de fotos como referencia para mis dibujos.

—Este sitio es una pasada —concluyo—. Me encanta.

Ela sonríe de forma que creo que no podrá hacerse de noche. Los demás han empezado a dejar sus cosas y nosotras nos acercamos para hacer lo mismo.

—Esta es la bolsa de la basura —anuncia Pablo y saca una bolsa de plástico de las gigantes que se usan para limpiar jardines—. Todos los desperdicios aquí.

Es importante que lo dejemos tal y como nos lo encontramos. Por si nos pillan, y porque todos están concienciados con la conservación de las ruinas. Esta vez no hemos traído alcohol, si aparecen los forestales y tenemos que salir por patas, es mejor no hacerlo bebidos. Si nos pillan así, podemos olvidarnos de evitar la multa.

Así que tenemos Coca-Colas, patatas fritas, frutos secos y una empanada casera que ha traído Lucía. De haber tenido a mano un supermercado, me habría hecho con una de mis famosas tortillas de patata, esas que calientas en un microondas y es obvio que no las has hecho tú, pero todo el mundo se las come con gusto. Así que mi aporte son unos croissants de mantequilla que he comprado en la pastelería.

Pronto anochece y a pesar de que hay luna llena, está mucho más oscuro de lo que pensaba. Se ven muchísimas estrellas, más incluso que en el pueblo (y eso que allí la contaminación lumínica son las tres farolas que hay en cada calle). Apenas se aprecia lo que hay al otro lado del patio y tan solo nos iluminan las linternas que hemos traído, para no acabar demasiado pronto con las baterías de nuestros móviles.

—No hay ni rastro del fantasma —dice Marta dándole un codazo a Juls. Hace círculos con su linterna en una de las paredes medio derruidas de la muralla—. ¿Hola?

—No es un fantasma lo que hay aquí —responde Tom—. Es un ángel.

—Entonces, si se nos aparece... ¿Se considera un suceso sobrenatural? —pregunta Juls—. ¿O un milagro?

—Qué tonto eres —le contesta Marta aguantándose la risa.

—Tú ten preparado el móvil por si acaso —añade Ana, que ha venido desde su pueblo para no perderse el acontecimiento—. Si grabamos algo, fijo que vienen a entrevistarnos de los telediarios.

Me entra la risa solo de pensarlo. Esto es lo típico que sale en las noticias en pleno verano, cuando los periodistas no tienen muchas cosas que contar, así que sería posible. Marta pone la ouija en el medio del círculo que hemos formado. Tiene el abecedario impreso en una letra gótica sobre los números del cero al nueve; un «Sí» y un «No»; un «Hola» y un «Adiós». Lo típico.

Saca un puntero triangular y lo pone en el medio.

—Vale, esto va así —empieza—. Ponemos todos el dedo índice sobre el puntero y nos concentramos. Si alguno siente una conexión o una sensación extraña, podéis hacer una pregunta y, si hay un espíritu entre nosotros, esperaremos a que conteste.

—¿Y si no sentimos nada? —pregunta Ela.

—Preguntaré yo —responde la otra, chasqueando la lengua.

Nadie más abre la boca. Nos quedamos unos segundos mirando el puntero. Hemos dejado encendida una sola linterna, la que ha traído Pablo, que tiene una luz un poco más cálida que las demás y da más ambiente. Marta ha comentado que habría sido mejor poner velas, pero aquí en medio del campo, en pleno verano, nos ha parecido arriesgado encender cualquier tipo de fuego.

Pasan un par de minutos y no ocurre nada. Ni siquiera una ráfaga de viento casual o un graznido en la lejanía. Entonces Juls suelta un bufido.

—Aquí no hay nada —dice aliviado—. ¿Podemos dejar de hacer el idiota ya?

En ese momento, el puntero se mueve y el circulito del medio se posa en medio de la palabra «No». Por supuesto, lo está moviendo alguno de nosotros. Por la cara que tiene, me apuesto a que ha sido Ela.

—¿Habéis visto eso? —exclama con una sorpresa muy exagerada. Ela tiene muchas virtudes, pero ser actriz, no es una de ellas.

—Vamos, no me jodas —se queja Juls.

—Calla —rechista Marta mientras finge estar muy concentrada—. Espíritu perdido, ¿te encuentras entre nosotros?

El puntero tiembla y después se mueve a trompicones hasta el sí.

—Su energía es un poco débil —dice Pablo.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto yo.

Venir aquí ha sido idea mía y, aunque sea evidente que el traqueteo del triángulo de plástico ha sido culpa de que Ela y Tom estaban empujando cada uno hacia un lado, debo seguir el juego. El puntero tarda un instante en moverse y, cuando lo hace, empieza a deletrear.

—A... —lee Marta—. N... G... E... L.

—Así que el ángel de la leyenda sigue aquí —susurra Lucía.

—O es el fantasma de uno que se llamaba Ángel —apunta Pablo.

Nos reímos del comentario y Marta nos chista.

—No estáis concentrados —se queja—. La conexión se va a debilitar.

Carraspeo y me siento un poco más erguida.

—¿Sigues aquí para proteger el monasterio? —pregunto.

El puntero se vuelve y se arrastra hacia el «No». Los demás nos miramos. Ya nadie se ríe, incluso la sonrisa de Ela, que no había desaparecido en todo el rato, parece congelada en su rostro. Esta vez no ha debido ser ella la que ha movido el triángulo.

—¿Entonces, por qué sigues aquí? —insisto, pero esta vez el puntero no se mueve.

—Hay que hacer preguntas más concretas —explica Marta.

Me lo pienso durante unos segundos y, al ver que los demás no dicen nada, vuelvo a preguntar.

—¿Sigues aquí por algo?

Marta lee las letras que se van señalando.

—P... U... E... B... L.. O.

—¿Estás aquí para proteger al pueblo?

«No».

Bueno, tengo que reconocer que esto ya me está asustando un poco. Ya nadie bromea, solo nos miramos los unos a los otros con expresión entre curiosa y asustada.

—¿Estás enfadado con el pueblo? —pregunta Lucía, y se encoge de hombros como en un gesto de disculpa, o más bien un «no tengo ni idea de lo que estoy haciendo».

«Sí».

—¿Quién coño es el que lo está moviendo? —pregunta Juls, en un tono que nunca le había escuchado utilizar. Está cagado, y no es el único.

—Yo no —dice Ela, y esta vez parece sincera.

Le siguen una ristra de «yo tampoco» de parte de los demás.

—Chicos —interviene Marta en un intento de tranquilizarnos—, hay que despedirse del ente y cerrar el contacto, o si no...

En ese momento, nos llega el ruido de un motor y un par de luces muy intensas pasan demasiado cerca. Juls se levanta como un resorte y rompe ese contacto que Marta estaba tan convencida de que no debíamos romper. Se asoma por encima del muro y se vuelve hacia nosotros con una expresión en el rostro todavía más preocupada.

—¡La Guardia Civil! —exclama, sin gritar, en un susurro alarmado.

Pablo se apresura a apagar su linterna y nos quedamos quietos, agazapados al resguardo de la muralla. El coche no se ha conformado con pasar de largo por la carretera cercana al monasterio, sino que se ha detenido.

—Tenemos que separarnos —susurra Ela lo más bajito que puede—. Si nos pillan, que no sea a todos.

Sin darnos tiempo a responder, sale corriendo, pero antes agarra mi mano y tira de mí. Los demás, detrás de nosotras, también se dispersan. Ela me lleva hasta el exterior de las ruinas y se esconde entre unos arbustos. Me agacho junto a ella, intentando controlar la respiración. Su mano sigue agarrada a la mía, con nuestros dedos entrelazados con fuerza por la adrenalina y la sorpresa.

Desde allí no vemos nada, pero nos llegan las voces de dos hombres adultos. Creo que no han pillado a nadie, todavía, pero si se acercan a donde estábamos, van a ver las mochilas y los sacos. Hemos salido pitando y no creo que nadie haya recogido nada.

Seguimos ahí durante un rato. Las voces se siguen oyendo, pero no parece que se acerquen. Ni siquiera escuchamos el rumor de sus pasos por la gravilla, me parece que no han salido de la precaria carretera que pasa por allí. Están enchufando la zona con un par de linternas mucho más potentes que las nuestras, pero no se mueven.

—Seguro que se largan —murmura Ela junto a mi oído. Me recorre un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura del sitio—. Desde donde están no pueden ver nuestras cosas.

Asiento con confianza. Si resulta que se equivoca y encuentran las mochilas, estamos perdidos igual, porque tenemos ahí las carteras con nuestros documentos de identidad. Pero acierta y enseguida oímos las puertas del coche cerrarse y el motor arrancando de nuevo. Se marchan y las luces de los faros se pierden.

La oscuridad vuelve a reinar, igual que el silencio. Seguimos quietas, la una junto a la otra. Mi respiración, que se había calmado un poco tras la carrera, vuelve a agitarse cuando me doy cuenta de lo cerca que estamos. Mi cerebro solo es capaz de concentrarse en el calor de su cuerpo y el tacto de su mano apretando la mía. Casi no se ve nada, pero sé que me está mirando y apenas nos separan unos centímetros. Un cosquilleo me recorre el estómago y, de pronto, no puedo pensar en otra cosa que no sea besarla.

—¡Ela! —grita la voz de Tom, al otro lado de los arbustos—. ¡Aura! ¡Ya podéis salir, se han largado!

Ela coge aire y se aparta un poco de mí.

—¿Chicas? —insiste el otro.

—Ya vamos —refunfuña.

Me suelta antes de ponerse en pie. Yo me quedo ahí durante un segundo, en shock. Porque estábamos haciendo algo ilegal y ha aparecido la Guardia Civil. Porque hemos tenido que escondernos y, si hubieran querido, habrían encontrado todas nuestras cosas. Porque podríamos estar ahora mismo camino a un calabozo y con una multa colgando sobre nuestras cabezas.

Pero, sobre todo, porque hay otra cosa que podría haber pasado esta noche.

Podría haber besado a Ela. Y no lo he hecho.

Porque a mí no me gustan las chicas.

¿No?



EL FANTASMA DE DON ANTONIO

A nuestro regreso hay un pequeño debate sobre si debemos volver al pueblo o no.

Algunos dicen que la Guardia Civil solo estaba haciendo una ronda rutinaria y no tendrían por qué regresar. Otros preferirían no arriesgarse, pero todos decidimos no recorrer el camino de cabras a oscuras, así que al final nos quedamos. Con los móviles apagados, sin linternas y metidos en los sacos, cuchicheando como si estuviéramos en un campamento escolar.

—Venga, ¿quién ha sido el gracioso que se ha hecho pasar por el ángel? —pregunta Juls.

—Yo no jugaría con las fuerzas espirituales —responde Marta, aunque su tono de voz indica que no se lo toma tan en serio como dice—. El puntero se movió solo.

—Ya, claro —se queja el otro.

Los demás vamos jurando por turnos que no hemos sido, incluso Ela. Los únicos que no contestan son Pablo y Ana, que se han puesto más apartados, metidos en el mismo saco y están a lo suyo. Muy a lo suyo.

—Bueno —interrumpo yo, cambiando de tema—. ¿Y qué leyendas de terror se cuentan por el pueblo?

—Donde ahora está el balneario, antes había un gran caserón —explica Ela—. Apenas se aguantaba en pie y lo cerraron cuando unos niños se colaron para jugar y uno estuvo a punto de morir al derrumbarse unas vigas podridas.

—¿Qué dices? —pregunto, alarmada.

—Sí —confirma Luchi—. Fue cuando nosotros éramos muy pequeños, el niño iba a clase de mi hermana. Se decía que el caserón estaba encantado y los críos iban allí a ver quién se atrevía a bajar al sótano o a subir al desván. Vamos, a ver quién era más tonto.

Ela vuelve a encender una linterna durante un instante, su rostro se ilumina desde abajo, lleva puestos unos pendientes de una caricatura de fantasma que le quitan el punto espeluznante al asunto.

—Hace muchos años, allí vivían los Medina —sigue contando—. Eran los más ricos de la comarca. El cabeza de familia se llamaba Antonio, pero todo el mundo le conocía como don Antonio. Se paseaba por el pueblo como si fuera suyo y es cierto que gran parte de la gente trabajaba en su hacienda. Con el paso de los años, don Antonio fue envejeciendo más y más, hasta cumplir tantos años, que todo el mundo había perdido la cuenta. Sus tres hijos, unos niños ricos que se habían largado a buscar fortuna a las grandes ciudades, estaban hartos de esperar para cobrar la herencia; querían cerrar la hacienda, vender los terrenos y llevarse un buen pellizco. Se dice que unas navidades, volvieron a Fuente del Ángel a pasar las fiestas con su padre y el anciano murió en extrañas circunstancias, a las doce de la noche del día veinticuatro.

Los demás estamos callados, atentos. Ela susurra y, aun así, imprime sentimiento a cada frase. Cuando termina de hablar, vuelve a apagar la linterna. Estoy tan metida en la narración, que doy un pequeño bote.

—Yo me sé cómo acaba. Las malas lenguas dicen que fueron los hijos —continúa Marta—.

Enterraron a don Antonio en un mausoleo del cementerio, pero su fantasma los acosó durante años y maldijo el caserón para impedir que lo vendieran. Es verdad, mucha gente lo ha visto.

Juls carraspea y retoma la explicación, con un tono mucho más escéptico.

—Lo que es verdad es que estuvo cerrado durante décadas porque los herederos eran todos unos zorros y no se ponían de acuerdo. —Se calla un instante cuando le miramos con cara de cortarrollos—. ¿Qué? Mi padre fue el encargado de obra cuando lo demolieron todo y se enteró de muchas cosas.

Ela niega con la cabeza.

—El fantasma de don Antonio estaba en la casa, os lo aseguro —confirma—. Mi madre pasó una noche allí con unas amigas, igual que hemos venido nosotros aquí hoy. Me contó que habían visto al espíritu justo a media noche.

Es la primera vez que la oigo hablar de su madre de forma espontánea.

—Ah, ya —responde el otro con sarcasmo—. Igual que a nosotros se nos ha aparecido un ángel.

—¿Y por qué no? —pregunta Marta—. ¿Es que no pueden existir cosas sobrenaturales?

El otro se lo piensa un segundo.

—Pues no —responde, casi ofendido—. Los fantasmas no existen y los ángeles tampoco, no me seáis crías.

—El crío eres tú, que te meas con los cuentos de miedo.

—Vamos, dejadlo ya —interviene Tom, como siempre, tranquilo y conciliador—. Al final derrumbaron el caserón y construyeron ese balneario, ¿no? Sea como sea, ya no existe fantasma ni maldición.

—O a lo mejor el fantasma todavía ronda el balneario —digo, aunque no quiero meter el dedo en la herida, pero los otros dos no parecen enfadados de verdad—. Espero que no se haya ahogado nadie en más extrañas circunstancias.

Se ríen de la broma, así que entiendo que no se ha muerto nadie, y no me siguen el rollo. En el silencio de la noche, solo se oye el ruido casual de algún roedor que corretea entre la espesura, el besuqueo de los otros dos dentro del saco y la respiración profunda de Lucía, que ha sido la primera en quedarse frita. Tom y Juls cuchichean algo durante un rato, pero caen enseguida y Marta incluso ronca un poquito. Mi saco está pegado al de Ela, que se ha tumbado mirando hacia mí y, aunque tiene los ojos cerrados, no estoy segura de que se haya dormido. De pronto, noto que algo roza mi mano y estoy a punto de apartarla deprisa, no sea que se trate de un bicho, cuando me doy cuenta de que es la de Ela. Ha abierto los ojos y me está mirando con una ligera sonrisa de complicidad.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —murmura muy bajito. Niega con la cabeza—. Estoy un poco cagada. Dicen que el ángel persigue a aquellos que visitan el monasterio por la noche para que lo ayuden.

Genial, justo lo que me faltaba.

—¿Crees en estas cosas? —pregunto con un hilillo de voz—. En las leyendas y en los espíritus... Te pregunto de verdad.

Ela suspira y parece pensarlo durante un rato.

—No... —concluye—. Creo que el cerebro humano es muy sugestionable y que tiene poder sobre nosotros. Por ejemplo, con las frases motivacionales y eso de manifestar tus futuros éxitos. Yo tengo un ritual antes de ir a las competiciones con esas cosas.

—¿Y qué haces? —pregunto con genuina curiosidad.

—Me miro en el espejo, me quito los pendientes, y me digo que puedo hacerlo, que soy

buenísima.

Aprieto la mano de Ela, no todos los días alguien te confiesa algo así. Supongo que el aura de seguridad que proyecta no está tan arraigada como yo pensaba.

—¿Y te funciona? —Asiente con la cabeza—. Dices que no crees en esas cosas, pero un poco supersticiosa eres.

—¡No es lo mismo! —Un siseo la quiere hacer callar, pero no parece importarle, tan solo baja la voz y sigue hablando—. Es programación neurolingüística, me lo enseñó mi madre cuando me entrenaba.

—¿Ella era más de «ciencia»?

—No te creas, era muy supersticiosa, igual que mi padre. Íbamos todos los años a poner flores en el cementerio el Día de Todos los Santos y se echaba sal por encima del hombro para ahuyentar el mal.

—Se habría llevado genial con mi madre —susurro convencida—. Es una de esas personas que pone selenita en la puerta de casa para atraer las buenas vibraciones al hogar.

La oigo emitir una risilla.

—La nueva directora es muy *new age* —me responde.

—Si yo te contara... En fin, al menos con lo de la sal ya sabes qué hacer si el ángel va a visitarte por la noche.

Ela niega con la cabeza con una convicción absoluta.

—El ángel no vendría a por mí ni de coña. Mi madre volvería como fantasma y le pegaría tremenda paliza.

No puedo evitar acompañar su risa al imaginarme a la señora echando a patadas un ser celestial.

—¿Cómo se llamaba?

—Soledad.

—¿La echas de menos?

—Cada día, cada vez que piso un tatami...

Aprieto su mano más fuerte y ella me devuelve el gesto. Así, unidas, siento que la montaña es menos aterradora.

—Estoy aquí si alguna vez necesitas algo.

Ela se moja los labios y asiente con un suspiro. Por lo bajo, murmura un «gracias» antes de asegurarme que no dejará que se me coma el chupacabra que vive en este monte. Le doy un tirón amistoso para vengarme de su broma.

—Buenas noches, Ela.

—Buenas noches, Auri.

Auri, de nuevo. Podría acostumbrarme. Me gusta, no como lo otro que me llama mi madre. Cierro los ojos, abrigada por el saco, todavía sosteniendo la mano de mi amiga.



LOS NUEVOS NECESITAN UN PADRINO

Al día siguiente de nuestra pequeña visita rebelde al monasterio espero que la Guardia Civil aporree la puerta en cualquier momento. Incluso reviso el buzón de correo, cosa que nunca había hecho antes, para ver si ha llegado alguna multa inesperada. Es poco probable, pero el pueblo ya me ha sorprendido antes, ¿quién sabe? Quizás haya cámaras escondidas.

Mi madre no me preguntó demasiado por la excursión cuando volví, estoy más que segura de que en realidad ella sabe, de algún modo, que no fuimos al terreno de los padres de Marta, como le dije. La familia de Marta tiene un pequeño trozo de tierra de labranza donde hay plantados una cantidad decente de almendros. Allí hay una pequeña cabaña que usan para ir a pasar el día y hacer comidas y barbacoas cuando se puede hacer fuego. En honor a la verdad, me han informado de que el terreno no está lejos del monasterio, así que sí, he mentido a mi madre, pero solo un par de kilómetros de nada.

De todas formas, ella no quiso saber en un acto consciente por su parte, porque tiene un sexto sentido muy chungo para darse cuenta de cuando alguien le está mintiendo, especialmente si ese alguien es menor de dieciocho años. Asumo que es un superpoder que le vino con la plaza de funcionaria.

Abro la nevera en busca de algo comestible, he tenido una noche intranquila y creo que he cogido frío, debería empezar a cerrar la ventana. La nevera me devuelve un panorama desolador lleno de verduras y yogures desnatados.

—¡Mamá! —grito mientras reviso los cajones de la parte de abajo—. No hay nada de desayunar.

La recién nombrada entra por la puerta, con su mono de trabajo manchado de pintura fresca y el pelo recogido con un pañuelo en la cabeza.

—Buenos días a ti también, mi querida hija, luz de mis ojos, ser de amor matutino —dice con voz burlona. Le hago un gesto con la mano por respuesta—. Por supuesto que hay cosas de desayunar, hay pan para tostadas, fruta y siempre te puedes hacer unos huevos revueltos. Creo que sobró algún halo de ángel de la partida de anoche.

Mi madre ha empezado a ir a la plaza por las noches a «jugar la partida», que consiste en un grupo de mujeres (y algún hombre) que se juntan en uno de los bares, piden cosas de beber (generalmente gin-tonics) y juegan a las cartas.

Tengo tantas ganas de cocinar ahora mismo como de ponerme a hacer flexiones. Desisto y me voy directa a la máquina de cápsulas de café.

—Solo porque estemos viviendo aquí no significa que tengamos que tener el dulce típico del pueblo en casa todo el tiempo.

—Eres un primor por las mañanas, Auryn. Estás de un humor excelente.

Casi dejo pasar la pequeña pulla cuando escucho el viejo mote, se parece al que me llama Ela, aunque ella lo hace sonar mucho más... adorable.

Sacudo la cabeza para quitarme la vergüenza de encima y coloco la cápsula y su

correspondiente taza. No sé qué hora es, pero si mi madre ya lleva esa pinta, debe llevar despierta dos o tres horas.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Me apoyo en la encimera mientras miro lo que hace. Acaba de coger la susodicha rosquilla que ha mencionado y se está terminando un té frío que tenía a medias desde a saber cuándo.

—Pintar la parte de atrás del jardín, voy a dejar un lienzo en blanco estupendo —me mira, levantando las cejas. Cojo mi taza y finjo desinterés.

—¿Ah sí?

—Desde luego, sería un lugar magnífico para pintar algo, algo bastante grande. No sé, ¿conoces a alguien que pudiera estar interesado?

Los gestos de su cara son de todo menos sutiles.

—Preguntaré a mis fuentes... —murmuro. Lo cierto es que la mañana acaba de cambiar, para bien.

—De acuerdo, pues mientras tú haces eso, yo voy a ir al ayuntamiento.

Lleva el plato vacío de rosquillas y la taza al fregadero, les da un agua rápida y se seca las manos con la toalla de la cocina.

—¿A qué? —le pregunto mientras se seca las manos.

—Si tanto te interesa, voy a apuntarme a las clases de baile de salón de Rai.

Levanto la ceja al oír el nombre del padre de Ela.

—Pensaba que el plan era no dejar que te quitase los mejores horarios, no unirme al enemigo.

Tiene la poca decencia de reírse, como si yo acabara de decir algo graciosísimo.

—Rai no es el enemigo, Aura, ¡qué cosas tienes! —exclama mientras se dirige a la puerta. Yo no puedo moverme de la encimera—. Tengo que integrarme en el pueblo y ya viste lo increíble que fue la exhibición el otro día, creo que podría gustarme.

Intento buscar una respuesta, algo que decir, pero no consigo dar con las palabras antes de que se despidiera y cierre la puerta. Claro, gustarle, el baile, claro...

No tiene ningún sentido, mi madre nunca ha tenido tanto tiempo libre como para apuntarse a más cosas de las que ya hace y jamás he visto que mostrase ningún interés hacia los bailes de salón. Además, menciona el nombre de Rai como si fuera un maldito rayo de sol, una bendición para toda la vida humana.

Refunfuño mientras me tomo el café, sentada a la mesa de la cocina, y me meto en la primera app que veo en mi móvil sin mirar qué narices está pasando en la pantalla. Ni siquiera puedo concentrarme. Voy a la parte de detrás del jardín y ahí está, una pared blanca enorme.

Al principio de verano, me habría parecido la oportunidad perfecta para dejar un mensaje de protesta por haberme arrastrado a este pequeño pueblo perdido en la montaña, ahora me planteo hacer un mural decente. Mi madre y yo llevábamos meses hablando de que me gustaría pintar en gran formato, antes de venir aquí, pero hacerlo en una ciudad grande es complicado y, muchas veces, ilegal.

Esta debe ser su manera de calmarme los ánimos e intentar acercar posturas. Bien jugado, madre, bien jugado.

Entonces, la puerta de los vecinos se abre, acompañada de un correteo y un par de ladridos breves.

—Calma, Rogers, ya voy —dice la voz de Tom.

Me subo a la escalera, que ha dejado ahí mi madre, para asomarme por encima del muro y le veo pasar. Lleva la correa en la mano, pero Rogers va suelto, como la mayoría de los perros del pueblo.

—¡Hola! —saludo—. ¿De paseo?

Tom alza la vista y esboza una sonrisa deslumbrante.

—Sí. Voy a comprar el pan y unos pasteles. Esta tarde vienen mis tíos de visita.

La simple mención de pasteles hace que me rujan las tripas.

—¿Me das cinco minutos y te acompaño?

—Claro. Te espero aquí mismo.

Bajo de la escalerilla cuando apenas ha terminado de responder y voy corriendo hacia mi habitación. Me pongo lo primero que encuentro y arreglo un poco los pelos mañaneros con un moño casual. Con eso bastará.

Le escribo un mensaje rápido a mi madre en la libretita que ha dejado en la entrada para que nos avisemos cuando salimos de casa. Estas situaciones se han vuelto muy habituales, tanto para ella como para mí. Además, dependemos menos del teléfono, cuanto menos me llame, mejor.

Tom me espera, como ha prometido, justo donde estaba. Se ha apoyado en el muro y mira el móvil con una expresión un poco bobalicona que se me antoja muy dulce y me dan ganas de abrazarlo. Entonces pienso en lo que habría dicho Carmen, mi mejor amiga de Madrid.

«Tía, está para empotrárselo contra ese muro» o alguna frase por el estilo. Sé que Tom sería exactamente su tipo, porque ha dado like a todas las fotos que he subido a Instagram con él y, además, me preguntó de forma muy poco disimulada quién es. Después bromeó con insistencia sobre que ya entendía por qué no tenía intención volver con Iván y que no desaproveche ni una sola oportunidad con ese «pedazo de rubio».

Supongo que Tom no es mi tipo, porque no, no tengo ganas de empotrarlo, aprovechar oportunidades, ni nada parecido. Las ganas de darle un abrazo nacen como algo inocente y me gustaría tener más confianza con él, para dárselo sin malos entendidos. Durante el par de segundos que tarda mi cerebro en procesar todo esto, él sigue mirando su pantalla con esa misma sonrisa embobada y ni siquiera se percata de mi presencia.

—Ya estoy aquí —exclamo, lamentando ser una persona decente que no se acerca silenciosamente a los demás para cotillear sus conversaciones sin permiso—. ¿Vamos?

Da un leve respingo, guarda el teléfono en el bolsillo y asiente.

—Vaya, qué rápido.

—Estaba casi lista —miento. La verdad es que ya no me preocupa tanto salir perfecta a la calle como en mis primeros días aquí—. Parecías inmerso en una conversación interesante.

Se me escapa una sonrisa burlona y él, para mi sorpresa, enrojece un poco.

—Ah, no, qué va. —Ahora es él quien miente—. Luchi me estaba contando una tontería que ha hecho su gato y me ha pasado un vídeo gracioso, mira.

Vuelve a desbloquear el móvil y me enseña un vídeo de un gatito naranja que rueda sobre sí mismo en el suelo. «¡Deja de hacer la croqueta en el suelo recién fregado!» dice la voz de nuestra amiga desde el vídeo. Y ahí está otra vez la sonrisa de Tom.

Vaya, vaya.

—Sí, es gracioso, sí —respondo—. Luchi me cae superbién.

Lo digo porque es verdad. Y lo digo para ver qué dice él.

—¿Sí? Me alegro —parece que no sabe muy bien cómo salir de esta—. Te estás integrando, ¿eh, chica de ciudad?

Sonrío por ese apodo, que me puso en mis primeros días, y que apenas ha vuelto a usar.

—Ha sido gracias a vosotros —digo con sinceridad—. Bueno, a ti, sobre todo, que insististe en llevarme a la dichosa piscina.

Suelta una carcajada, y Roger, que va unos metros por delante olisqueando la calle, se gira

para ver qué pasa. Correteo hasta nosotros y Tom le acaricia la cabeza.

—Me caíste bien desde el principio. Y los nuevos necesitáis una especie de padrino, ¿sabes?

—¿Padrino?

—Ya sabes, alguien que os presente a la gente, que muestre que sois de fiar. Como Rai con tu madre, por ejemplo.

Tuerzo un poco el gesto. Así que lo de Rai con mi madre es de conocimiento general. Bueno, no sé de qué me extraño, si van juntitos a todas partes.

—A mi madre ya la conocía medio pueblo cuando llegamos —me quejo—. «La nueva directora», todo el mundo había oído hablar de ella.

—Es normal, impedir el cierre del instituto fue la trama principal de la temporada pasada —bromea él—. La llegada de tu madre ha sido la prueba definitiva de que hemos conseguido salvarlo.

A lo tonto, nos estamos desviando del tema que a mí me interesa.

—¿Por eso me apadrinaste? —pregunto con tono burlón.

—Oh, no, fue para ligar contigo —responde. Me atraganto.

—¿Qué?

—No me salió muy bien, ¿a que no?

Alzo una ceja y le miro desde abajo. Debe estar poco acostumbrado a tirar la caña y que no piquen los peces, con la cara de príncipe Disney y esa sonrisa de mil kilovatios. Repaso mentalmente todas las interacciones que hemos tenido, buscando ese «algo», el flirteo, la diferencia entre cómo me trata a mí y a los demás. Buscando las señales de romance. Al final, no creo que me tirase la caña de verdad (a veces soy un poco lenta para estas cosas, pero no tanto). Está mintiendo para ocultar otra cosa y creo que sé lo que es.

—¿Por qué querrías ligar conmigo si te gusta otra persona?

Mi pregunta hace que se sorprenda y pierda un poco el equilibrio subiendo la cuesta. Roger ladra como advertencia para que no se tropiece y me entra la risa.

—¿A qué te refieres? —pregunta, hablando a la velocidad de la luz. Ahora intenta hacerse el inocente—. ¿Por qué crees que me gusta alguien?

Le doy un suave puñetazo en el hombro, sin dejar de reírme. Lo sopeso un segundo, ya es hora de decírselo.

—Porque estás coladito por Lucía.

Llevo fijándome desde el primer día que fuimos al Ángel Caído, cuando cenamos aquellas hamburguesas y luego fuimos al cine de verano. Tom siempre intenta sentarse cerca de ella, y Lucía hace lo mismo con él. Se ríen de los chistes malos del otro y a veces se miran cuando creen que nadie más se da cuenta.

—No, qué va —miento descaradamente.

—Tu secreto está a salvo conmigo —prometo, ignorándolo.

Llegamos ante la panadería, que también es la mejor pastelería del pueblo. Ese era mi único objetivo en este paseo, y al final voy a volver con algo mucho más jugoso que un bollo de chocolate. Es cierto que no pretendo cotillear, ni contárselo a nadie, pero si puedo echarle una mano...

Rogers nos espera fuera mientras entramos a comprar el pan y mi merecido desayuno. Hoy tienen unas minipalmeras de chocolate con una pinta de morirse, así que no me puedo resistir a comprar dos para mí, y dos más para invitar a Tom. Él pide las barras de pan y la bandeja de pasteles, que la chica ya tenía preparada, y nos vamos tras despedirnos. En la calle, Tom me explica que la dependienta se llama María y estudia en la universidad de Salamanca, pero vuelve

a casa en verano a ver a sus padres. ¿Será esa mi vida en el futuro?

—Vale, vale, pero no me cambies de tema —digo, tendiéndole una de las palmeritas—. Dime la verdad sobre Luchi.

Él acepta el dulce y le da un mordisco para ganar tiempo.

—Está bien —cede—, puede que me guste un poco.

—¿Y se lo has dicho?

—¡Claro que no! —exclama, aunque baja la voz y mira a nuestro alrededor. Las calles están desiertas, como de costumbre—. A ella le gusta otra persona.

Lo cierto es que lo dudo, por cómo le mira.

—¿Por qué piensas eso?

—¿Has visto al socorrista de la piscina? —Asiento, aunque recuerdo haber visto a dos, un chico y una chica. Imagino que se refiere a él—. No vive en el pueblo, pero viene todos los días en coche a trabajar ahora durante los meses que está abierta la piscina. El resto del año, por lo visto, trabaja en un polideportivo de no sé dónde, en una piscina cubierta. El caso es que el verano pasado estuvieron saliendo juntos. Cuando dejaron de verse a diario, rompieron, pero yo creo que le sigue gustando.

Quizá por eso Marta y ella estaban cuchicheando mientras le miraban, el primer día en la piscina. Y no es la única vez que las he visto hacerlo, ahora que lo pienso, pero Lucía no se ha acercado nunca a hablar con él.

—No creo que eso tenga mucho futuro —vaticino.

Él se encoge de hombros y, por primera vez, le noto un poco desanimado.

—Quién sabe. Lo entiendo, ¿vale? Él es mayor de edad, tiene coche y un sueldo... Le hacía regalos todos los días y la invitaba a cenar y a salir por ahí...

—Oye, eso no es lo único que nos importa a las chicas —le regaño. Vaya estereotipo se ha ido a tragar—. Tratar bien a tu novia no consiste en comprarle cosas y llevarla en coche a cenar.

Llegamos a nuestra calle y no estoy nada conforme con terminar aquí nuestra conversación.

—¿Quieres pasar? —me invita Tom, mientras saca sus llaves y hace un gesto hacia su puerta.

—Vale —acepto sin más.

Rogers también se alegra de que no me marche y salta a mi alrededor mientras entro en su casa. Es la primera vez que vengo aquí y, para estar pegada a la nuestra, no se parece en nada. Es mucho más grande y está decorada por completo con madera oscura y ladrillo visto, lo que le da un toque muy rústico. Me lleva a la cocina a dejar los pasteles y suelta un «¿hola?» hacia las escaleras que no es respondido.

—Habrán salido —dice despreocupado—. ¿Quieres algo?

—Aceptaría un café —respondo, y me acuerdo de la taza que se ha quedado abandonada en la encimera a medio terminar.

Saca dos tazas y se pone a preparar uno con leche, el suyo, y otro solo con hielo, para mí.

—¿Por qué piensas que le gusto a Luchi? —pregunta, guardando de nuevo el brick en la nevera.

Me siento en una de las sillas que rodean una mesita cuadrada y me pongo a hacer memoria.

—A ver, ¿te acuerdas el día del cine de verano? —Él asiente—. Cuando llegamos a cenar, se le iluminó la cara al verte aparecer, y luego, al verme a mí, se decepcionó un poco. Mi autoestima me dijo que quizá yo le caía mal.

—No le caes mal —se ofende.

—Supongo —insisto, cojo la cuchara que me tiende y le señalo con ella—. ¿Por qué se

decepcionó entonces?

—Pues... no sé...

—¡Porque pensó que podría pasar un rato a solas contigo! —concluyo. Me siento Sherlock Holmes.

Tom se ríe, me ofrece mi taza lista y se sienta en la silla de enfrente con su propio café.

—Necesito pruebas concluyentes, señorita inspectora.

—No las tengo —me lamento—. Si tuviera más confianza con ella, le preguntaría directamente. O incluso a Marta, seguro que se lo cuentan todo.

En eso está de acuerdo conmigo. Marta tiene que saber quién le gusta a su mejor amiga.

—No seas cantosa —dice, avergonzado. Nunca pensé que pudiera ponerse rojo por algo así. Este chico, que entró en mi casa al día siguiente de conocerme y se quedó en la cocina hablando con mi madre como si nada—. No quiero cagarla porque el grupo está muy unido y si se entera de que me gusta, pero no me corresponde, podría volverse muy incómodo.

Lo último que quiero es que ese grupo se divida, para mi sorpresa. Pero es que estoy segura de que es correspondido, aunque no tenga las dichas pruebas. Las conseguiré.

—¿Lo sabe alguien más aparte de mí?

—No —se apresura a responder—. Bueno, puede que Ela se lo vea venir. A veces pienso que puede leerme la mente.

Eso sería muy típico de ella y no me extrañaría en absoluto.

—¿Sabes lo que podrías hacer? —se me ocurre de repente—. Espérate hasta las fiestas del pueblo. Son a finales de verano, ¿no? Si para entonces esos dos no están saliendo, podrías hablar con ella.

—¿Y qué le digo? —pregunta genuinamente confuso.

—¿Qué va a ser? ¡Pues que te gusta!

Tom se echa para atrás en la silla y niega con la cabeza.

—Como te he dicho, no quiero estropear nuestra amistad y que, a lo mejor, el grupo se resquebraje —murmura apesadumbrado—. Es demasiado arriesgado, además, no sé si sería respetuoso, podría ponerla en una situación incómoda y no quiero que cargue con la responsabilidad.

Es tan adorable que creo que podría comérmelo como a la palmera de chocolate. Es demasiado puro para este mundo.

—Si solo le transmites tus sentimientos, desde el cariño y sin esperar nada de ella, no es irrespetuoso, es... maduro. Creo —respondo pensativa, no es que sea la más adecuada para dar consejos sentimentales a nadie, por suerte Tom tiene la elegancia de no sacarlo a relucir—. Tú espérate a las fiestas y luego ya veremos.



PESADILLAS DE LAS NOCHES DE VERANO

Esa misma noche, todavía tengo la cabeza como un bombo por todas las explicaciones que Tom me ha dado sobre lo alucinantes que son las fiestas del pueblo. Yo me imaginaba que sería algo con un par de orquestas y la clásica merendola popular en la plaza, pero al parecer hay una comisión de fiestas que se toma muy en serio el asunto y preparan actividades alucinantes. Por supuesto, los padres de Tom están en esa comisión. El libreto de las fiestas con todos los actos saldrá dentro de poco.

Apuesto lo que sea a que el año que viene mi madre se habrá metido en esa comisión. Por suerte, ya no será mi problema. Eso espero.

Me siento en el escritorio para colorear el *moodtracker* del día, creo que le voy a poner «animada». Cuando acabo, miro por la ventana abierta de mi cuarto, donde una suave brisa mueve las cortinas. Mi madre ha colocado dos pares, como en las revistas de decoración, unas opacas y otras finas.

La luna llena ilumina los alrededores del jardín, más allá solo se ve monte. Nuestra casa está en la periferia del pueblo y eso nos da unas vistas increíbles de la montaña. Incluso en una noche como esta, si hay luz, se pueden distinguir las formas de los árboles que extienden por todas las laderas. Unas nubes de un tono gris azulado vienen desde ambos lados de mi campo de visión y tapan la luna. El viento se intensifica y mi pelo flota hacia atrás. Huele a lluvia, a ozono y a leña.

Me levanto de la silla, el cielo se ha cubierto por completo y la luz de la luna se ha marchado. Solo un leve resplandor azulón llena la estancia. No se escucha nada al otro lado de la puerta, pero del móvil surge una música con una melodía simple, repetitiva, con un sonido profundo y resonante como el de un órgano.

De pronto, escucho un coro de voces graves. Están detrás de la puerta. Su canción es repetitiva e incomprensible, tiene la cadencia de uno de los mantras de mi madre, pero está en otro idioma.

Doy un paso hacia los cantos, que suenan más fuertes. Saco el valor para dar otro paso más y el órgano se intensifica. Extiendo mi mano para alcanzar el pomo, cojo aire y entonces me quedo paralizada.

Siento su presencia antes de girarme, no sé cómo, pero sé que está ahí. Durante un instante, soy incapaz de moverme. No sé cómo va a ser, qué aspecto tendrá, solo sé que está ahí y que va a llamarme.

—Aura...

Su voz arrastra cada letra como si fuera una entidad por separado. Me llega en un susurro, desde dentro de mi propia cabeza y aun así puedo sentir el cosquilleo de la vibración desde la parte de atrás de mis oídos. Es estable, constante, pesada.

Me giro muy lentamente y entonces lo veo, justo a las afueras de mi ventana, flotando en el aire, emitiendo una luz dorada. Tiene dos pares de alas, está vestido con una túnica blanca y un trozo de tela dorado ondea en torno a su cuerpo. Su cabeza está rodeada por un halo y alrededor

de sus ojos flotan dos ruedas hechas de oro que se entrelazan y nunca dejan de girar.

Un ángel. No cualquier ángel, *el* ángel.

—Aura...

Soy incapaz de hablar, de respirar, de moverme. Solo quiero ir hacia la puerta, que permanece cerrada. El ser me apunta con uno de sus dedos y vuelve a llamarme. Quiero gritar, pero no puedo ni abrir la boca.

—Aura...

Gira su mano, deja la palma hacia arriba y flexiona el dedo hacia sí mismo.

Una fuerza invisible tira de mí hacia delante con una energía brutal. Antes de que pueda reaccionar, me encuentro delante del ángel, flotando. Braceo, presa del miedo y grito, aunque nadie acude. El suelo parece encontrarse a más de cien metros de distancia, si caigo desde aquí, me mataré. Me cuesta respirar.

—So-co-rro —balbuceo en pánico, mirando hacia abajo aunque no debería hacerlo.

—Aura... Ayuda...

El ser que hay delante de mí me coge de los hombros para obligarme a enfrentarlo. Las ruedas de oro que se entrelazan delante de su rostro tienen miles de ojos y todos me están mirando. Me quedo absolutamente quieta, paralizada, sin respiración.

—Ayuda... —repito.

No soy capaz de responder. ¿Ayuda para qué? ¿Es este el ángel de la leyenda del monasterio? ¿Esa que habla de la puerta del infierno? ¿Qué quiere?

—Ayuda... Roto... Incompleto...

¡No lo entiendo! ¿Y si me niego?

—El pueblo... destruido...

¿Qué? ¡No puede ser! Acabo de llegar, yo... Intento revolverme, zafarme.

—Ayuda...

—¡No!

El ángel me suelta. Y caigo al suelo.

Sigo cayendo.

Hasta el final.

—¡No!

Me despierto en mi cama. No sé cómo he llegado aquí, si estaba en mi escritorio. Un cómic de Spiderman saltando por los altos rascacielos de Nueva York está abierto sobre mi pecho. Me incorporo y miro a mi alrededor, hasta que me doy cuenta de que el *bullet journal* sigue encima de la mesa. No se escucha nada.

Bebo del vaso de agua de mi mesita, en un precario intento de recuperar el aliento, y corro hasta la ventana abierta para cerrarla de golpe.

Solo ha sido un sueño.



PLUMAS, ALAS, TÚNICAS VAPOROSAS Y MIRADAS TERRORÍFCAS

Te gustan las películas de terror hasta que, de pronto, te encuentras dentro de una. No he podido volver a dormir después de la pesadilla con el ángel, cuyas palabras todavía resuenan en mi mente. De haber tenido unos pocos años menos, me habría ido al cuarto de mi madre a pedirle que me dejase pasar el resto de la noche con ella. Pero una tiene que demostrar que es casi adulta para que el año que viene pueda volver a Madrid a estudiar la carrera, así que eso queda descartado.

Se me pasa por la cabeza que pueda ser una aparición conjunta, que el ángel haya venido a visitarnos a todos los que estuvimos en el monasterio, pero al abrir el grupo de WhatsApp no he sabido qué decir. «Chicos, ¿vosotros también habéis tenido un sueño extraño?». Me sonaba raro y todavía estamos a tiempo de que piensen que estoy loca y lo he disimulado hasta ahora. Ya buscaré la forma de sacar el tema y que suene casual. «Jaja, he tenido una pesadilla rara, vais a flipar». Sí, esa puede ser una manera más fácil de averiguar si les ha pasado algo parecido.

—Qué mala cara traes, Aurnyn —dice mi madre, al verme aparecer por la cocina cuando apenas han pasado las ocho de la mañana—. ¿Qué haces levantada a estas horas?

—Hemos quedado para ir a la piscina y... tengo que depilarme.

Es una excusa malísima, lo sé yo y lo sabe ella. Tom no va a llamar a la puerta hasta las once, así que el madrugón no está nada justificado. Además, no es la primera vez que voy a la piscina sin preocuparme demasiado por eso, en este grupo existe una política muy sana de dejar que la gente haga con su vello lo que más le apetezca. Ela a menudo viene con las axilas al natural y bromea sobre ello. Dice que se las va a teñir de azul o que espera a que crezcan lo suficiente para hacerse trenzas. Juls la ha retado a que se los tiña de verdad y, si lo hace, él se los teñirá de rojo. Es una conversación lo bastante recurrente en la piscina como para que hayamos dado por hecho que no va a pasar.

Una lástima.

—Bueno, desayuna algo —ordena con la energía de una persona a la que le encanta madrugar—. Hoy empieza una ola de calor, échate crema y no te olvides de la botella de agua.

—Sí, mamá.

Me preparo el desayuno, sorprendida por la aparición de una bolsa de Chocapics en el armario. Lleno un bol de leche hasta arriba y me dispongo a dar buena cuenta de los cereales. El grupo de «La Pandi» sigue en silencio, imagino que la mayoría estarán dormidos.

El de mis amigas de Madrid ayer estuvo muy activo. Fueron a una fiesta, jugaron a la botella y a una le tocó besarse con el chico que le gusta. Y, por lo visto, después volvieron a enrollarse sin juego de por medio, así que algo de interés debe tener el chaval. Estuvieron cotilleando durante horas, pidiendo que les contase los detalles de lo que había pasado, una y otra vez. Y Carmen me contó que Iván también estaba en la fiesta y que terminó besándose con una del equipo de voleibol. No sé quién será, porque Iván es un chico muy guapo y siempre tenía detrás a un par de admiradoras. Le respondí que me alegraba por él y Carmen se lo tomó como un

comentario sarcástico. Tuve que explicarle que lo decía en serio y no sé si la convencí, pero ya me da lo mismo. Es un alivio haberme dado cuenta de que mi felicidad por él es sincera y que ojalá sea cierto que se ha olvidado de mí.

Llevo tanto rato absorta en mis pensamientos, que el puñado de cereales se ha convertido en una pasta que flota hinchada en el cuenco de leche. Me deshago de las pruebas antes de que mi madre me pille tirando comida y subo al piso de arriba. Por mucho que me tome con calma prepararme para la piscina, en veinte minutos estoy lista y solo son las nueve y pico de la mañana.

—¡Aura! —grita mi madre desde la entrada—. ¡Salgo a hacer unos recados!

Cierra la puerta antes de que me dé tiempo a responder, así que me quedo sola en casa, en completo silencio. Con la luz del día, los recuerdos de la pesadilla van difuminándose, pero todavía siento ese escalofrío cada vez que pienso en la voz. Sacudo la cabeza, cojo mi cuaderno y bajo al patio. Me siento en el suelo con las piernas cruzadas frente al muro blanco que mi madre me ha dejado como lienzo. Voy a hacer un par de bocetos en papel para intentar decidir cuál será la temática de mi obra maestra.

Plumas, alas, túnicas vaporosas y miradas terroríficas. Es lo único que soy capaz de dibujar hoy. Cuando me quiero dar cuenta, tengo cinco páginas llenas de todo eso y ni una sola idea decente. Al menos, he pasado el rato y ya son casi las once.

Tom tiene que estar al caer.

Como si lo hubiera invocado, el timbre suena. Me hubiera gustado escuchar los ladridos de Rogers, pero no dejan entrar perros a la piscina. Cojo mis bábulos y corro hasta la puerta, me vendrá bien un cambio de aires.

Tom no deja de hablar de la gran competición que tienen dentro de poco, aunque lo escucho solo a medias, ensimismada todavía con las sensaciones de la pesadilla.

Cuando llegamos, nos ponemos en nuestro lugar habitual. Desde el incidente del primer día, los chavales aquellos no han vuelto a corretear a nuestro alrededor. Ella aparece la última, como siempre, y se acerca haciendo aspavientos por el calor. Yo estoy bien, Madrid en verano es un infierno, aquí podría estar al sol más de cinco minutos sin derretirme y hacerme una con el asfalto.

—Tío, ayer por la noche me pasó una cosa rarísima —suelta Juls como respuesta a un comentario de Marta sobre un vídeo de TikTok. Me pongo en guardia, tal vez pueda tener que ver con lo mío—. Estaba hablando con mi padre de la bici de montaña para la que estoy ahorrando, pero no de cualquier cosa, de las distintas opciones de sillín que hay y luego, cuando estaba haciendo scroll antes de dormir... ¡Me salió un vídeo de los sillines!

No, claro, cómo iba a ser un comentario sobre pesadillas. El grupo parece dividido, unos se sorprenden y otros no, hasta que Pablo suelta una sentencia de las suyas, con calma y parsimonia.

—La mayoría de apps que tenemos en el móvil hacen que el micrófono esté activado todo el tiempo, recogen tus datos y te muestran contenidos relacionados. La privacidad en esta era es una ilusión, lo sabe todo el mundo.

Milagrosamente, hasta Juls se calla por lo grave y ominoso de su anuncio. Un par de miradas se cruzan, hasta que Tom rompe el hielo con su característica sonrisa y un comentario amable.

—Pabler, tienes que dejar de escuchar «Terrores Nocturnos», en serio.

Todos, incluso Pablo, le ríen la gracia ante la mención del podcast, que a mí me viene como caído del cielo. Nunca mejor dicho.

—Para terror nocturno lo que viví yo anoche. —Noto la atención del grupo virando hacia mí

posición. Venga, aquí es donde tengo que demostrar que no soy una rarita sin remedio y que no estoy mal de la cabeza—. Tuve un sueño muy turbio en el que venía a verme un ángel y daba un mal rollo que todavía me duele el estómago.

—¿Qué dices...? —Marta parece lívida, se le ha quedado la cara blanca.

—¡Como en la leyenda! —señala Juls—. El ángel irá a visitar a aquellos que pisen el monasterio de noche.

—Yo no he soñado nada —apunta Luchi, encogiéndose de hombros. Tom coincide con ella.

—La verdad es que yo, antes de dormir, tuve como un escalofrío... —susurra Marta para sí misma. Ela pone los ojos en blanco—. Ay, no deberíamos haber roto la conexión de la ouija...

Ela nos mira y alza una ceja. No parece estar pensando nada malo, simplemente se muestra incrédula.

—¿Y qué pasaba en el sueño? —pregunta con escepticismo.

Durante un momento, pienso en soltarlo todo y quedarme a gusto, pero tal vez sean demasiados datos para un sueño absurdo. Además, sería darle demasiada importancia. El comentario de Marta sonaba a algo fruto de la sugestión del momento.

—Nada, solo estaba allí... —digo dubitativa.

Marta se lleva la mano al pecho, Pablo encoge los ojos, como si estuviera viendo la verdad más allá del Velo. Vuelvo a la realidad cuando Ela me da un abrazo cogiéndome el lateral, un abrazo amistoso, sin dobles sentidos, sin apenas tocarme, pero que me hace tragar saliva.

—Tranqui, Aura. Estuvimos un montón de rato el otro día hablando de lo del ángel y tu cerebro se habrá rayado.

—Sí, será eso...

Me fuerzo a poner una sonrisa, lo cierto es que parecía muy real. Aunque también es verdad que siempre he tenido una imaginación muy visual.

El resto de la mañana transcurre sin mayores acontecimientos. Tengo el ojo puesto todo el tiempo en el socorrista. El chico está de buen ver, como diría mi madre, aunque es cierto que tiene una actitud pasota que a mí no me va mucho. Intento fijarme si pone especial atención en Luchi, pero no detecto nada extraño. No nos hace a nadie del grupo más caso que a los demás, pero es que tampoco presta mucha atención a la piscina en general. Parece más atento al móvil que a lo que pasa a su alrededor, espero que tenga reflejos rápidos porque como alguien se tire al agua y se ahogue no va a ser gracioso.

Al cabo de un rato, me levanto para ir al quiosco de la piscina a comprar algo de picar, como quien no quiere la cosa, y Ela me sigue. Lleva puesta la misma ropa que cuando nos conocimos, cuando le hice aquel dibujo en el que todavía me da vértigo pensar. Podría dibujarla de memoria así vestida.

—Una bolsa de patatas, por favor —digo señalando mi objetivo.

Mientras el encargado va a por ellas, Ela se coloca a mi lado con los brazos cruzados y la mirada burlona.

—Parece que alguien se ha dado cuenta de la existencia del socorrista —dice levantando las dos cejas a la vez.

—¿Qué? ¡No! —pago mis patatas. Ella se coge un refresco.

Cuando nos dan nuestro botín, echo a caminar hacia el otro quiosco, el de los libros de intercambio. He pasado algo de tiempo aquí las veces que hemos venido y me gusta ojearlos aunque al final no escoja ninguno. Me llama la atención una pila de crucigramas a medio hacer, que ha debido traer alguien recientemente porque el otro día no estaban.

—No pasa nada, a muchas chicas les parece mono —dice Ela, que me ha seguido y sigue

con el tema del socorrista. Empieza a cotillear los libros, aunque no les hace mucho caso—. Yo tuve una temporada de mirarlo mucho.

—¿Hasta que empezó a salir con Luchi?

Ela abre mucho los ojos, sorprendida, y el libro gastado de Manolito Gafotas que tenía en la mano está a punto de escurrírsele entre los dedos.

—¿Cómo sabes eso?

—Una tiene sus fuentes —me invento la excusa, rápido, para que no indague más y dejo el libro de sudokus en su sitio—. Aunque eso da igual. No lo miro porque me «guste». Es que... quería fijarme si hacía una cosa.

—¿En qué? —pregunta.

Me he quedado sin excusas. ¡Tengo que contestar!

—Nada... No lo ha hecho, así que da igual.

Ela frunce el ceño. Obviamente, sospecha. No creo que vaya a dejar el tema en paz.

—Me estaba fijando en si miraba a una persona, ya está. No puedo decirte más, he jurado mantener el secreto.

Puedo imaginarme los engranajes de la cabeza estratégica de Ela girando sin parar, atando cabos. No puedo evitar sonreír al fijarme en que, cuando está pensando, inclina la cabeza hacia un lado y me parece adorable. Ojalá lo averigüe por sí misma, porque me encantaría contárselo. Aunque no lo haré.



LOS FAMOSOS HALOS DE ÁNGEL

Cuando llego a casa, mi madre todavía no ha regresado de los recados. Me pregunto a dónde habrá ido, se ha llevado el coche y hace ya unas cuantas horas. Estoy muerta de hambre y la nevera está arrasada, así que lo único que puedo hacer es esperarla, confiando en que no se haya olvidado de que tiene una hija. Será mejor que la llame, por si acaso. Me cuelga, estupendo. Eso es que está conduciendo, con un poco de suerte, tardará poco en llegar.

Poco son otros diez minutos de mi estómago vacío, lo cual es muchísimo tiempo. En cuanto oigo el motor del coche aparcando frente a la entrada de casa, salgo a comprobar que es ella.

—Hola, cielo —saluda, derecha hacia el maletero—. ¿Me ayudas con la compra?

Las bolsas que trae son de un hipermercado, así que ha ido lejos a comprar todo esto. Hay varias cajas de leche, productos de limpieza, champú y gel para los próximos seis meses y mucha comida. Conservas, sobre todo, aunque también bandejas de carne y pescado en una bolsa de refrigerados. Lo que menos, verdura y fruta, eso lo compra por aquí de mejor calidad y más barato.

—¿Nos estamos aprovisionando para un apocalipsis? —bromeo.

—Aquí estaríamos a salvo de los zombis —responde para seguirme el rollo—. Mucho más que en Madrid, eso seguro.

Cargamos todo hasta la cocina y nos lleva un buen rato organizar los armarios. Tenía que ir a la ciudad cercana a hacer papeleo y ha aprovechado para comprar todo esto. Congelamos parte de la carne y el pescado, con lo que creo que tendremos comida para lo que queda de año.

—Lo malo es que todavía hay que hacer la comida —dice con expresión agotada. Ni siquiera a ella le apetece ponerse a cocinar ahora.

—Si hubiera un Telepizza... —me quejo.

—Podemos ir a Los Arcos —propone—. Comemos fuera, damos un paseo, me pones al día con tu vida... Una tarde de chicas, ¿eh?

No suena mal. Sobre todo la idea de comer sin cocinar y sin tener que limpiar después. Nos plantamos allí en diez minutos, Enzo nos toma nota y enseguida vuelve con las bebidas y unos aperitivos que devoro como si llevase tres días sin probar bocado.

—Habéis hecho ejercicio en la piscina, ¿eh? —se ríe mi madre.

—Solo subir la cuesta hasta el cerro ya es demasiado ejercicio para mí —respondo, tragando una aceituna rellena de anchoas—. Luego no es que nademos mucho, pero huir de las ahogadillas es muy cansado.

Ella alza una ceja sin perder la sonrisa.

—¿Ahogadilla?

—Ah, sí —respondo. Yo misma me sorprendo de haberme acostumbrado a esa palabra. De toda la vida en Madrid había escuchado decir «aguadilla»—. Aquí se dice así y no es el único sitio. Lo busqué en la RAE y todo, ambas formas son aceptadas, pero ahogadilla es todavía más correcta, ¿te lo puedes creer?

He sonado a niña repelente, pero eso a la vocación de educadora de mi madre, le encanta.

—No te acostarás sin saber algo más.

Enzo nos trae lo que hemos pedido, unos platos combinados muy sencillos con patatas, ensalada y filetes de pollo empanados. Detrás de mí, cuelga una televisión y está puesto el telediario.

—Vaya, se acercan lluvias —dice mi madre, mirando la pantalla—. Qué mala suerte.

La chica del tiempo ha empezado a dar el pronóstico y no es bueno. Me giro y levanto la cabeza para verlo. Al final, termino cambiándome de sitio al lado de mi madre para no partirme el cuello. Va a tener razón con eso de que es mejor comer en casa sin la tele, cuando está puesta, es inevitable prestarle atención.

—Tormentas de verano... —murmuro—. No es tan raro, ¿no?

—Supongo que no, pero dice que van a durar al menos diez días. Espero que no se alargue hasta las fiestas.

El gran acontecimiento del verano, claro. La mujer del tiempo sigue insistiendo en que se tomen precauciones porque las lluvias van a ser torrenciales. En esta zona, eso puede provocar desprendimiento de tierras sobre las carreteras rodeadas de pendientes montañosas. Es poco recomendable coger el coche en esas circunstancias y supongo que nos quedaremos unos días sin piscina. Sin embargo, todavía faltan un par de semanas para las fiestas, seguro que el tiempo se calma antes. Estamos en agosto, al fin y al cabo.

—Seguro que no —intento decir con seguridad, aunque no me sale muy bien.

—Al menos empiezan el lunes. Tendremos que aprovechar bien el fin de semana.

El fin de semana trae otro gran acontecimiento, una feria medieval ambulante, que ya ha pasado por varios pueblos de la provincia y ahora nos toca a nosotros.

—Eso me recuerda que no tengo ningún disfraz —digo de pronto.

—Seguro que las vecinas pueden prestarte algo.

Mi madre está en lo cierto. De vuelta a casa, llamamos a la puerta de Herminia. La mujer tuvo tres hijas y unos cuantos nietos, algunos de los cuales hemos conocido a lo largo del verano cuando hemos venido a visitarla. Todavía guarda algunas cosas en el desván y conseguimos rescatar una falda que me llega a la mitad del gemelo, un corpiño de un tono verde oliva y una camisa que da por completo el pego con el resto del conjunto. No voy históricamente correcta, eso seguro, y con un poco de borreguito pasaría por una pastora en un belén viviente, pero me queda bastante bien.

—Qué guapa estás, niña —dice Herminia, apareciendo por la puerta con una bandejita de halos de ángel—. Esa ropa es de mi hija la pequeña, te la puedes quedar si quieres, que ella no va a venir a buscarla.

Su hija la pequeña ya tiene más de cincuenta años.

—No hace falta, Herminia —se disculpa mi madre—. A lo mejor alguna de tus nietas la quiere.

—Que hubieran espabilado —espetea la mujer.

Me río del comentario y doy una vuelta sobre mí misma. La falda tiene mucho vuelo y me lo estoy pasando como una enana.

—La verdad es que me gusta mucho.

—Ea —dice ella, y la decisión está tomada—. Anda, coged una rosquilla.

Pongo la excusa de que acabamos de comer. Quiero tener lo mínimo que ver con ese ángel, sus halos y sus historias. Herminia me hace un paquetito de papel de aluminio con unos cuantos, para que «me los coma en la merienda». Mi intención era dejarlos en la cocina para que fuera mi

madre quien diera cuenta de ellos, pero por la tarde al salir descubro que me los ha metido en la mochila, la muy traidora.

Hemos quedado en la fuente, como casi siempre, de ahí supongo que nos moveremos. Cuando voy a buscar el cacao de labios, veo el paquete.

—¿Queréis un halo? —ofrezco a los demás.

No tenemos ningún plan espectacular, así que hemos terminado en unas canchas con un balón de baloncesto que ha traído Juls. Quince minutos de «partido» y ya estamos todos sudando y vaciando nuestras botellas de agua. Hay unas pequeñas gradas al lado de las canastas y caemos rendidos ante el calor de la última hora de la tarde.

—¡Qué ricos! —exclama Marta—. ¿Los habéis hecho vosotras?

Aquí todos son fans incondicionales de este dulce y mucha gente los hace en su casa, pero mi madre todavía no se ha atrevido a dar ese paso.

—Qué va —respondo—. Son de mi vecina, la señora Herminia.

Por supuesto, la señora Herminia es una eminencia en el pueblo y todos asienten.

—¿Y tú no quieres? —pregunta Ela. No hay bastantes para todos, y está compartiendo el suyo con Pablo.

Me encojo de hombros e intento sonar casual.

—Ya he comido antes.

Ela, que como me dijo hace poco Tom, a veces parece que sabe leer la mente, me mira y alza una ceja.

—El Ángel no se va a enfadar porque te comas un halo, ¿eh?

Estoy a punto de atragantarme con mi propia saliva al oír esas palabras.

—A ver... ya —respondo—. No es eso.

Quizá no debería haberle contado que me preocupa volver a dormirme por las noches, no vuelva a tener otra pesadilla. ¿Estaré sonando paranoica?

—Ela, es normal que esté un poquito cagada —dice Marta, pero ella no se corta en darle un mordisco a la rosquilla—. ¿Has visto las predicciones del tiempo? Son un desastre.

Como si nos estuviera escuchando, una ráfaga de aire se lleva rodando la pelota unos metros más allá y Tom va tranquilamente a recogerla. Ahora que me fijo, él ni siquiera ha empezado a sudar.

—Oye, ¿vosotros os vais a disfrazar para la feria del finde? —pregunto, intentando cambiar de tema.

A mí me gusta vestirme en Halloween y Carnaval, en Madrid lo hacía mucho con mis amigas. Pero claro, aquí me muevo en terreno desconocido.

Me miran con extrañeza, como si la pregunta no tuviera ningún sentido.

—¡Por supuesto! —Tom es el primero en contestar y, como casi siempre, con un entusiasmo genuino—. Lo hace todo el pueblo, aquí es lo más habitual.

Levanto las cejas, incapaz de disimular mi sorpresa.

—Sí, la gente de los puestos trae malabaristas y bailarinas, son una troupe, así que todos los que nos vestimos salimos en un desfile por las calles, mientras los seguimos. Viene gente de todos los pueblos de alrededor.

—¿Y por qué se hace un desfile? ¿Simplemente para lucir trajes?

—La versión oficial es para conmemorar la carta puebla —añade Lucía—, cuando Fuente del Ángel fue establecido como pueblo de verdad. Fue en el mil doscientos y algo, no me acuerdo.

No se me escapa que no es la primera vez que la veo queriendo aportar a las historias de

Tom, ¿cómo no me había dado cuenta antes?

—No sabía que había un «papel» para ser declarado ciudad oficial... —Tom se encoge de hombros ante mi comentario—. Pensaba que pasaba sin más.

—Todos los años un tipo vestido de monje benedictino le da un papel, como tú lo llamas, a la alcaldesa al final del desfile y anuncian que se ha constituido Fuente del Ángel —me explica Ela—. Es una chorrada, pero los artistas que vienen son increíbles y hay un puesto de carne a la brasa que está impresionante. Nos lo pasamos bien.

—¡Te va a encantar, Aura! —Tom es un fan entusiasta de la susodicha feria—. Hay actividades como torneo de espadas, te enseñan a tirar con arco y mis padres traen caballos.

—Y un grupo de patos que daba un poco de mal rollo —añade Jul—. Los pastoreaba un tipo.

—¿Tienes traje? —quiere saber Marta.

Asiento con la cabeza.

Cuando pregunto por cómo se van a vestir, ninguno de ellos quiere dar detalles.

—No es nada personal —me explica Ela—. Es que para hacerlo más interesante hacemos apuestas al finalizar la feria de qué creemos que irán vestidos los demás el siguiente año.

—Los papeles están en una caja, en mi casa —dice Tom, claro guardián del honor de la apuesta—. Si quieres... Puedes darme tus apuestas ahora y las añado.

Cuando Tom lo dice, me pongo en guardia, tensa. No quiero molestar. Observo al resto del grupo, parecen neutrales con respecto a la proposición.

—No... No hace falta —prefiero no arriesgarme, Tom frunce el ceño—. Si eso el año que viene.

No sé si estaré aquí o ya me habré vuelto a Madrid antes de empezar la universidad, aunque eso no se lo digo al resto.



EL ATUENDO DE LA PRINCESA GUERRERA

Durante la tarde del viernes, el tiempo todavía nos respeta, aunque está nublado y el viento es inusualmente frío para ser verano. Por suerte, nos viene bien para lucir los vestidos medievales sin sufrir el calor sofocante.

Mi madre lleva puesta una túnica verde de lino, larga y con las mangas acampanadas. Se ha puesto un viejo cinturón marrón de su época más alternativa y alguien le ha debido de dejar un corpiño oscuro. Se ha recogido el pelo en un moño y lo ha adornado con unas florecillas que crecen salvajes en la parte de atrás de casa.

—¿Qué tal estoy? —pregunta, haciendo una pose con la mano en la cadera.

—Pareces una druida de un libro de rol.

—¡Gracias!

Me giro hacia el espejo para observar mi propio traje.

—No me des las gracias, esto no es ninguna película de fantasía, aquí te quemarían por bruja.

—Ay, hija, si no me han quemado ya...

He decidido recogerme la media melena en un par de trenzas francesas chapuceras para ocultar la parte rosa. No se me da demasiado bien hacerme peinados, por muchos tutoriales que veo en TikTok. Para los zapatos me he puesto unas sandalias de esparto que me compré en las rebajas del año pasado, es lo único que me pegaba. Mi madre se acerca por detrás para terminar de ayudarme con el pelo.

—Ayer vi las atracciones mientras empezaban a montar los puestos de la plaza —me cuenta—. Hay casetas, desde el inicio del pueblo en la calle principal, hasta arriba de la iglesia. Han puesto mesas de madera en la plaza y un escenario. Va a estar fenomenal. ¡Rai me ha dicho que han contratado malabaristas de fuego!

Rai, por supuesto. Me muevo para hacer que deje de tocarme el pelo. Mi madre se retira, apretando los labios. Chasquea la lengua y me coloca una de sus florecillas en el lateral de una trenza.

—Venga, no seas gruñona, seguro que tus amigos te están esperando en la plaza.

No me cabe duda, Tom me escribió hace quince minutos para decirme que ya se iba hacia allá y tuve que contestarle que se fuese sin mí, porque todavía me quedaba un buen rato. Él, como mínimo, estará esperando, y seguro que al menos Pablo y Lucía también han aparecido.

Pensé que me daría vergüenza ir por el pueblo así vestida, pero hay mucha más gente disfrazada de la que me esperaba y no solo de Fuente del Ángel. Han venido centenares de personas de las poblaciones vecinas y las calles están extrañamente llenas de coches aparcados en todas partes. Las avenidas principales que llegan a la plaza están plagadas de puestos de madera con comida y productos artesanales. Pasamos frente a la caseta del señor Enrique, y mi madre se para a saludar y a elogiar de nuevo el sinfonier que le compró a los pocos días de venimos aquí. El hombre tiene expuestos muchos muebles preciosos y algunas pinturas en

acuarela que también ha pintado él mismo.

—Es usted un artista, Enrique —insiste mi madre—. ¿Has visto ese paisaje, Aura?

Claro que lo he visto, es justo lo que estoy mirando. Se trata de un cuadro del valle que se ve desde el mirador del pueblo, con el bosque y los restos del monasterio al fondo. Tengo un boceto a medias de esa misma vista en mi libreta.

—¿Me lo puede guardar? —le pido—. No quiero cargar con él ahora y que se me estropee.

Enrique pone un cartel de «reservado» como ya tiene en otros de sus muebles y se lo dejo pagado. Mi madre mira con aprobación el buen uso que le doy a mi paga semanal.

—Pásate cuando quieras —dice con una sonrisa—, y si ya he cerrado, sabes dónde vivo.

Prometo no olvidarme, además, ya estoy pensando en el hueco de mi pared que le voy a reservar. Mamá también le reserva una mesita rinconera que quedará muy bonita en el salón y después de eso por fin conseguimos despegarnos del puesto y llegar hasta la plaza. Allí está tocando una orquesta en el escenario que han puesto frente a la entrada del ayuntamiento. Hay muchas más casetas, todas adornadas para adecuarse al contexto y no hay ni una sola persona que vaya mal caracterizada.

El grupo entero está junto a la fuente, incluida Ela. Me despido de mi madre y ella también se marcha a buscar a sus propios amigos.

—Tía, estábamos hablando de ir a buscarte —suelta Marta, antes de que me dé tiempo siquiera a saludar.

—Perdonad —me disculpo—, nos hemos entretenido en los puestos por el camino.

Cae sobre mí una lluvia de quejas, porque el plan principal era visitarlos juntos.

—Ahora te has hecho spoiler —bromea Ela.

Va vestida con una falda recogida, un peto de cuero con lazos laterales, una camisa negra y unas botas marrones de mosquetera. Lleva un cinturón largo de cuero marrón, con una espada enfundada en su vaina y un pequeño bolso de cuero a juego. Es inexacto históricamente hablando, parece más bien sacada de la fantasía de alguien que de un atuendo acorde con la época y su conjunto está rematado con un sombrero de ala ancha decorado con una pluma. Y me encanta. No puedo evitar tragar saliva, espero que no se haya dado cuenta de que cómo la he mirado.

—Los visitaré otra vez y me haré la sorprendida como si no lo hubiera visto antes —digo intentando disimular.

Lo cierto es que no hemos pasado por todos, solo los que nos pillaban de camino, así que hay gran parte de la feria que sí es una sorpresa para mí. Sobre todo en el parque, donde han montado una serie de soportes de madera sobre los que están posados una docena de aves. Hay rapaces, búhos, lechuzas y hasta un inmenso cuervo negro.

—Qué flipada —dice Juls al acercarse al búho real que nos mira con sus intensos ojos naranjas.

Él ha decidido vestirse de monje medieval estándar, y en lo que nos ha costado llegar al parque, ha hecho tres bromas al respecto de su dudosa santidad.

Una de las encargadas se acerca para explicarnos datos interesantes sobre los pájaros mientras les saco miles de fotos para luego aprender a dibujarlos. Tom se deja convencer sin mucho esfuerzo para ponerse un guante de protección y la encargada, con cuidado, deposita otro de los búhos en su antebrazo.

Consigo robarle una foto en la que sale sonriendo, con Luchi al lado mirándole a él, o al búho, no queda claro. Me la guardaré en mi labor de recogida de pruebas. Es difícil no mirar a Tom hoy que, por supuesto, va vestido de caballero con una impecable armadura de placas de

hierro de verdad y una capa púrpura ondeando detrás de él cada vez que se mueve. Estoy segura de que los de Netflix no tardarán en venir a hacerle una película.

Pasamos un rato más con las aves y al final nos vamos para dar al resto de los visitantes una oportunidad.

—Nunca había visto el pueblo tan lleno —comento mientras esperamos en la cola de uno de los puestos de comida.

—Pues espérate a las fiestas —dice Ela—. La noche del sábado de feria esto es un hormiguero. Durante unas horas, creerás estar de nuevo en Madrid.

Me río de la exageración y evito pensar en la predicción catastrofista del tiempo. Esas fiestas son un gran evento, el pueblo entero habla de ellas con ilusión. De hecho, ya han empapelado las calles con los carteles de las fechas, los grupos que vienen a tocar y otras actividades. Sería un desastre que las lluvias lo arruinasen todo.

—Me gustaría investigar más acerca de la historia del ángel —confieso en voz baja, para que solo me escuche ella—. No he encontrado nada por internet.

—Para descubrir los secretos de las historias de viejas, hay que preguntar a las viejas —responde, como si fuera obvio, y entonces da un saltito en el sitio, recordando algo importante—. En un rato hay una cuentacuentos en el escenario del mirador. Suele contar historias del pueblo, quizá hable de nuestro ángel.

Es una gran idea y a los demás también les apetece ir a escuchar los cuentos y, aunque no confesamos toda la verdad, Marta nos mira con suspicacia. La placita del mirador está llena sobre todo de niños, sentados en el suelo alrededor de una pequeña tarima de madera. Buscamos un hueco en el muro de piedra para sentarnos a esperar mientras damos cuenta de la comida que hemos ido comprando en los puestos y, al sonar las campanadas de la iglesia, una mujer aparece entre la multitud. Lleva unos bombachos hasta la rodilla, medias coloridas y un sombrero con una enorme pluma de pavo real. Va arrancando notas punteadas de un laúd y canta una canción que nos da la bienvenida a su espectáculo.

—¿Quién es? —pregunto. Su cara me suena y estoy segura de que la he visto por el pueblo, pero no soy capaz de ubicarla.

—Es la bibliotecaria —dice Ela, que está sentada a mi lado y compartimos un cucurucho de salchipapas—. Se llama Alicia, ¿nunca habéis coincidido?

Niego con la cabeza. La mujer se ha currado su puesta en escena, hay que reconocerlo. En cuanto sube al escenario y termina su canción, hace una reverencia y el público aplaude con entusiasmo.

—Y ahora, buenas gentes de Fuente del Ángel, decidme, ¿qué nuevas queréis escuchar de esta humilde trovadora?

Hace una reverencia exagerada mientras se empiezan a alzar diferentes voces, sobre todo infantiles. El coro de niños se convierte en una algarabía donde solo se pueden distinguir palabras chillonas como «sirenita», «gato», «sardinas» y otra tanda de princesas Disney. Intento unir mi petición a la de ellos, aunque es imposible que me escuche por encima de la multitud. Por suerte, Ela sale al rescate con un chorro de voz autoritaria que hace callar a todos los demás.

—¡Cuéntanos algo del ángel!

Alicia, la bibliotecaria, reconoce su voz, la señala y le guiña un ojo.

—Buena sugerencia de nuestra princesa guerrera. Escúchenme, vuestras mercedes, pues es de todos sabido y sabido de todos es que esta es la historia del ángel protector de las montañas donde nos encontramos y de cómo una valiente doncella... —la «trovadora» se sienta en el escenario y mira a unas niñas sentadas en la primera fila, no puedo verles las caras, pero seguro

que les brillan los ojos—... ayudó a que un ángel dejase de estar perdido y ayudase a las gentes de la aldea más cercana. Una aldea llamada...

Todos los niños corean a la vez el nombre del pueblo, justo antes de que Alicia empiece a tocar una musiquilla rítmica con la que narrar la historia. Su cara me suena mucho, pero no es hasta que lleva un rato de la canción que capto de dónde, estaba en la banda el día de los bailes del salón.

La mayor parte de su historia me resulta conocida gracias a lo que me contó Tom: hace mucho tiempo, existía un templo pagano donde los habitantes de lo que ahora era el pueblo hacían ofrendas. Cuando llegaron los monjes cristianos, por supuesto, pensaron que aquello era una herejía y el abad pidió dinero al obispo para construir un monasterio de clausura encima. Después hubo una sequía que casi se carga al pueblo y el abad ordenó abrir las puertas del monasterio, así liberaron un supuesto custodio que resultó ser un ángel. Este ángel devolvió el agua al río, considerado un milagro, y luego fue honrado con una estatua.

Alicia hace toda la historia mucho más amable, sin usar palabras como «herejía», ni «pagano». Sin embargo, en su canción añade algo más, algo que no se me pasa desapercibido.

Cuando el ángel salió del monasterio, no sabía dónde estaba. El paisaje había cambiado mucho, el templo que conocía no existía y no sabía quiénes eran esas personas que debía ayudar, ya que nadie le llevaba ofrendas desde hacía mucho tiempo. Además, se había pasado tanto tiempo encerrado que sus alas ya no tenían fuerza y apenas podía volar.

*«En un monasterio en la montaña,
un ángel triste sin esperanza.
Sus alas débiles no podían volar,
hasta que una niña lo vino a salvar.»*

—Una noche de tormenta —sigue Alicia—, se sentó en la fuente seca del pueblo, triste y sin saber qué hacer, hasta que se le acercó una niña con algo en la mano. El ángel se sorprendió, porque la pequeña no le tenía miedo. Él le pidió ayuda. «Tengo exactamente lo que buscas», le dijo ella, «mi familia lo lleva guardando mucho tiempo, creo que es tuyo». Cuando el ángel vio lo que ella tenía entre las manos, sonrió aliviado. Era una pluma de sus antiguas alas, una que todavía conservaba la fuerza que tenía antes. La niña le ayudó a colocar la pluma y, gracias a ella, el ángel pudo volver a volar y a hacer milagros, pues todo el mundo sabe que la fuerza de los ángeles está en sus alas.

*«Oh, ángel alado, vuela alto otra vez,
con tu pluma mágica, haz un milagro otra vez.»*

—Después de eso, salvó al pueblo, devolvió el agua a la zona y se retiró a descansar en el monasterio.

—¡Y por eso tenemos una estatua! —grita una niña entusiasmada.

La multitud aplaude por la destreza de la narradora. Yo me uno al aplauso un poco ausente, tal vez mi cerebro me esté jugando malas pasadas, a lo mejor ya había oído esa historia antes y por eso lo he soñado así. Mi madre siempre insiste en que los sueños son la forma que tiene tu cerebro de mandarte mensajes cuando despierto no le haces ni caso.

—¿Te ha gustado? —me pregunta Ela—. Es muy buena.

—Ha desafinado en un par de notas... —señala Marta, un poco molesta. Ella también va vestida de juglar, con una ropa muy similar a la de la bibliotecaria. ¿Será que hay rivalidad entre ambas?

Asiento a lo que ha dicho Ela. Alicia está pidiendo sugerencias para un cuento más y esta vez los niños no van a dejar que nadie se les adelante pidiendo cosas. Como ve que no vamos a sacar nada más interesante, Ela hace un gesto para que nos movamos.

—Podríamos ir a mirar qué actividades hay disponibles ahora, creo que van a hacer una justa medieval en el descampado cerca del polideportivo.

—¡Igual pillamos el pasacalles haciendo la ronda! —exclama Tom, visiblemente entusiasmado por esa opción.

Decidimos ir a ver el espectáculo de las justas, igual que la mitad del pueblo. Avanzar cuesta bastante porque el grupo se para a saludar cada dos por tres, sobre todo Tom. De camino nos encontramos con sus padres y un entusiasmado Rogers, al que le han puesto una especie de disfraz que simula un gambesón versión perruna y hace que quiera achuchar al animal de forma agresiva. Me uno a su legión de fans para sacarle fotos con el móvil, para las que él posa y todo. Se parece más a su dueño de lo que yo pensaba.

—¿Y tu padre, bonita? —pregunta a Ela la madre de Tom.

—No tengo ni idea.

No lo digo en voz alta, pero tengo la desagradable sospecha de que estará rondándole a mi madre. Chasqueo la lengua e intento respirar.

Entonces, un ruido rítmico y algunas advertencias me hacen apartarme. Un grupo de patos muy motivados está paseando por el pasillo de los puestos, guiado por un hombre vestido de pastor que les azuza con una vara de madera.

Por suerte, el momento no coincide con una ronda del pasacalles de los bailarines de fuego. Lo que aparece es un grupo de monjes benedictinos que van leyendo un antiguo libro de salmos y piden el perdón de los pecadores. He visto a los disfrazados alguna vez por el bar del pueblo, se paran con sus conocidos y los acusan de herejes, antes de santiguarse a la velocidad de la luz.

Cuando llegamos donde han montado el campo de justas nos es imposible entrar por la cantidad de gente que hay. Está empezando a anochecer y todos quiere ver el espectáculo antes de irse a cenar formalmente a la plaza y asistir al baile.

—¿Qué hacemos? —pregunto un poco desanimada.

Tom me mira y, de pronto, parece llegarle una iluminación.

—¡Vamos donde los caballos!

La empresa de sus padres, la hípica del pueblo, colabora con la feria cediendo a unos cuantos de sus animales para que los críos se monten y los acaricien. Por suerte, no está lejos del campo de justas.

Llegamos en un santiamén y los pillamos casi recogiendo. Al ver a Tom, el chico y la chica que cuidan del puesto lo saludan con alegría.

—¡Pensábamos que no vendrías a vernos! —le dicen bromeando—. ¿Qué te parece el chiringuito?

Han vallado una zona de campo con varios postes de madera para delimitar una pista circular por la cual, supongo, que se podrá montar. En uno de los lados hay dispuestos varios bloques de paja que ejercen de establos improvisados. En ellos hay tres animales que me parecen gigantescos. Nunca había estado tan cerca de un caballo, menos de tres.

—Joder ...—se me escapa.

—¿Impresionan, eh? —Tom se acerca a los animales, que parecen reconocerlo y se mueven hacia él. Me fijo que están todavía ensillados y con la cabezada puesta. Las riendas están atadas a un par de postes, con lo que los animales no pueden moverse mucho—. Estos son Cosmo, Ágata y el negro de allí es Adonis, va más a su aire.

Les acaricia el morro con confianza. Cosmo y Ágata son marrones y me cuesta distinguirlos. Son enormes.

—Son más grandes de lo que parece en las películas...

—¿Queréis dar una vuelta? —pregunta la chica responsable del puesto—. Estamos recogiendo, pero por una más no pasa nada.

—No, no queremos molestar —anuncia Tom.

—Venga, solo una vez, ¿vale? —le insisten.

Él parece pensárselo, pero luego mira en mi dirección y asiente.

—De acuerdo, pero luego os ayudo a quitarles las sillas.



BAILE CONCEDIDO

Retrocedo un par de pasos en un intento por escapar de allí, pero Ela y su sonrisa compinchada con Tom me cortan la retirada.

—Os denunciaré por intento de asesinato —aviso, sin poder evitar que me tiemble un poco la voz—. No voy a subirme a uno de esos.

—Vaaaamos —ruega Tom—. Cosmo es el más bueno, el caballo perfecto para principiantes.

—¿Y si no quiero llegar siquiera a principiante?

Tom se sigue acercando, con las riendas del caballo en su mano. Es la primera vez que veo un poco de malicia en su cara, lo que le hace ser todavía más guapo. Qué rabia da este chico. Mientras tanto, Ela va directa a por Adonis.

—*Please*, Aura —me pide con un puchero—. Da un paseo conmigo, iremos al paso, despacito.

No sé por qué, esa petición por su parte se me hace más difícil de rechazar que la sonrisa de Tom.

—Está bien —cedo al fin, y doy un paso inseguro hacia Cosmo—, pero si muero volveré para mataros a vosotros.

—Puedes aliarte con el ángel desde el más allá —bromea mi amiga y yo le enseño el dedo corazón, a lo que responde con una sonora carcajada.

La encargada me ayuda a subir mientras Tom le acaricia la crin al caballo con cariño. No ha sido fácil colocar mi falda, he tenido que arremangármela y dejar parte de mis piernas al aire, pero prefiero eso a la alternativa que me han ofrecido de montar a mujeriegas. El caballo desprende calor, tengo la desagradable sensación de que en cualquier momento se pondrá a galopar.

—Listo —dice Tom, y me tiende las riendas—. ¿Estás cómoda?

—Estaría más cómoda en mi sofá.

—Sigues siendo una chica de ciudad, un solo verano no puede cambiar eso, después de todo.

Hago como que le ignoro y presto atención a las instrucciones que me está dando la chica. La teoría es que el caballo sabe lo que tiene que hacer y en ningún momento voy a correr peligro. Vamos a dar unas cuantas vueltas por el interior del cercado, como llevan toda la tarde haciendo incluso con niños pequeños, y eso es todo. Tom monta en Ágata, la yegua que queda libre, y se coloca unos metros por detrás de nosotras.

Nos movemos a ritmo de paseo, como me han prometido y, aun así, me agarro fuerte por si acaso. Ela va a mi lado, montada en Adonis. Derrocha confianza, como si estuviera más que acostumbrada a hacer esto. Ni siquiera ha necesitado ayuda para subirse a la silla.

—¿También sabes cabalgar? —pregunto. Si vamos hablando quizá me distraiga de los pensamientos fatalistas que estoy protagonizando en mi cabeza. Estoy tensa y Cosmo, a juzgar por los relinchos, lo nota.

—Ah, no mucho —dice ella—. Antes iba de vez en cuando a la hípica de Tomy, pero hace

un par de años que no me paso. Ya sabes, los entrenamientos me quitan mucho tiempo.

Intento no recordar la mañana de las pozas y la prohibición de coger una moto, no fuera a ser que sufrieran una lesión. Al parecer un caballo no es considerado un riesgo mortal. Miro de reojo hacia atrás. Tom sigue bastante lejos de nosotras y me devuelve la mirada con una sonrisa burlona. Es como si nos estuviese dejando a solas a propósito.

—Qué faena —respondo.

Cerca de la valla, un estallido me hace dar un respingo. Es solo un globo que ha estallado en las manos de un niño y el pobre se ha echado a llorar. Cosmo, en cambio, ha soltado un leve relincho y sigue hacia delante tan campante.

—Sí que son tranquilos —comento. Ela ha agarrado con fuerza sus riendas, por si acaso, pero Adonis tampoco se ha asustado—. No se han inmutado. Tú sigue así, caballito.

—Los Potros saben bien qué caballos pueden traer a las ferias —explica—. Aquí siempre hay ruido, gritos, música... Están más que acostumbrados.

Tras la primera vuelta y la seguridad de que el animal no se va a encabritar ante el mínimo imprevisto, gano algo de confianza.

—¿Trotamos un poquito? —propone Ela.

Me lo pienso durante un segundo, porque una cosa es sentirme más segura y otra creermelo una amazona, pero no quiero quedar mal delante de Ela.

—Venga... vale.

La encargada nos ha dicho que entienden la orden «trote» y, en cuanto pronunciamos la palabra, ambos aceleran el ritmo. Empiezo a botar encima de Cosmo, que de vez en cuando gira la cabeza para ver si sigo viva.

—¿Bien? —pregunta Ela.

Tiene una sonrisa radiante. El viento ondea su pelo y su ropa, y parece la protagonista de uno de esos libros de fantasía que nos gustan a ambas. Es la elegida para salvar un reino, la muchacha que descubre unos poderes mágicos asombrosos, la campesina rebelde de la que se enamoraría el príncipe. O quizá la princesa.

Tengo que volver a agarrarme fuerte para no perder la concentración después de esa visión.

—Genial —respondo.

Damos un par de vueltas más, hasta que Tom se detiene y recuerdo que estamos aquí fuera de horario y esa gente querrá recoger para irse a su casa. Ela me mira con expresión resignada, me encojo de hombros y vamos hacia ellos.

—La próxima vez tienes que galopar, es una pasada.

—Por lo pronto, no me niego a que haya próxima vez —concedo, que ya es mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer hace un rato.

Se ríe y deja que Tom sujete las riendas de Adonis para bajar con soltura. Yo espero con paciencia a que me ayuden, no pienso hacer el ridículo cayéndome del caballo solo por parecer una chica independiente cuando, en esta situación, está claro que no lo soy.

—Ya te convenceré —asegura con un guiño.

Nos quedamos un rato para ayudar con lo prometido y, aunque Tom asegura que podemos irnos, si recogemos entre todos, acabaremos antes.

—¡Chicos! —exclama Marta desde la valla. No sé dónde se habían metido, pero ahí está junto a los demás—. ¡Que empieza el baile!

Sin que nos hayamos dado cuenta, ya ha atardecido y se acerca el momento estrella de la noche. La orquesta está tocando versiones de canciones modernas con instrumentos de cuerda y viento, como si esto fuera la serie de los Bridgerton, pero con una estética más pseudomedieval.

De nuevo, me hago preguntas sobre la exactitud histórica de lo que están reproduciendo, pero como a nadie le importa y todo el mundo se lo está pasando bien, decido pasar del tema definitivamente.

En el centro de la plaza, alrededor de la fuente del ángel, abre el baile el grupo de danza de Rai, con él a la cabeza. Baila con una señora que tiene los movimientos tan controlados como él y, pienso que es un alivio que no sea mi madre, cuando la veo también en el círculo, agarrada a otro hombre de más o menos su edad. Me suena de haberle visto por el pueblo, aunque no sé ni cómo se llama. Debe ser otro de los que van a las clases de baile para viejos. Después de todo, Rai no estará tan colgado por mi madre si ha preferido no sacrificar a su pareja perfecta de baile para salir ahí con ella. Es una buena noticia.

Poco a poco, según giran alrededor de la fuente, la música va subiendo en intensidad y los farolillos que adornan las fachadas de los edificios se encienden. Están hechos con papel de colores y dan a la plaza un ambiente mágico que se incrementa a medida que pasan las horas.

A mitad de la canción, los bailarines se dispersan, se mezclan con el público y sacan a bailar a los incautos que se dejan convencer. Ela es una de ellas, porque su padre viene directo hacia donde estamos y ni siquiera tiene que hacer un gran esfuerzo para que su hija acepte su mano. Tom me mira, pero esta vez no me voy a dejar liar tan fácilmente y ya tengo preparada mi escapatoria. Agarro a Lucía por los hombros y la empujo hacia él.

—Oye... ¿Qué...? —pregunta la chica, confusa. Entonces se encuentra cara a cara con el otro y se empieza a poner roja como un tomate.

—¿Bailas? —le pregunta Tom, y me mira por encima del hombro de Lucía con una sonrisa que dice «me las vas a pagar».

—De nada —respondo, pero solo muevo los labios sin emitir ningún sonido.

Marta, que sigue a mi lado, me da un ligero codazo y suelta una risita.

—Quién me lo iba a decir —bromea—. Y yo que pensaba...

Antes de que pueda seguir hablando, una mano tira de mí.

—¡Auryn! —exclama mi madre. Creo que ha bebido algo de más—. ¿Bailas conmigo, cariño?

Es imposible negarse, ya me ha arrastrado hacia la vorágine de faldas al vuelo y parejas dando palmas, vueltas y riendo a carcajadas.

«Nadie me está prestando atención», me digo, y es cierto, porque cada cual está a lo suyo. Así que sonrío y me dejo llevar, aunque no tenga ni idea de lo que estoy haciendo. Ya no importa saberse los pasos, solo dar palmas al ritmo de la música y bailar sin chocarse con nadie, que es más difícil de lo que parece.

—¡He montado a caballo, mamá! —le cuento entre palmada y palmada.

—¿Quién eres tú? —se burla ella—. ¿Y qué has hecho con mi hija cosmopolita?

Se me escapa una carcajada, al mismo tiempo que un empujón me separa de mi madre. Ha sido sin querer, pero la marea me aleja de allí y, cuando consigo reaccionar, unos ojos azules me están mirando muy de cerca.

—¿Puedo rescatar a la dama en apuros? —pregunta Ela, cogiéndome por la cintura con fuerza para que la gente no nos separe.

—Gracias, milady, empezaba a asustarme.

Pongo mis manos en sus hombros y nos movemos de un lado a otro a saltos rítmicos, siguiendo al resto.

—Quería pedirte un baile —dice, apartando la vista. Por un momento, creo que le da algo de vergüenza reconocerlo—, pero no esperaba que fuese tan fácil.

Está guapísima con esta luz, esta ropa y las mejillas encendidas.

—Me habría sido imposible decir que no.

La canción termina en ese momento y la orquesta comienza a tocar una más lenta. La plaza entera suspira, agradecida por el descanso. Ela y yo no nos hemos separado. Le he prometido un baile y tan solo han sido unos segundos, ¿no sería justo que me marchase tan pronto? ¿No?

Sin decir nada, retira una de sus manos de mi cintura y la entrelaza con la mía, apartándola de su hombro. Nos movemos, deslizándonos por el suelo, como si no hubiese una multitud a nuestro alrededor.

—Bailas muy bien —susurra. Estamos tan cerca que, a pesar de la música y el jaleo, sus palabras me llegan y me dejan atontada.

—¿Qué? ¿Yo? —balbuceo—. Qué va...

—Te digo yo a ti que sí —insiste—. ¿Por qué iba a mentirte?

—Porque... ¿Eres una buena amiga?

Al escucharlo, esboza una ligera sonrisa amarga, pero enseguida sacude la cabeza.

—Buena amiga —repite—. Claro.

Se humedece los labios y no puedo evitar que mi vista se vaya hacia ellos y después de nuevo a sus ojos, tan azules, tan intensos. Ela es así para todo. Entrega el cien por cien de sí misma en cada pequeño aspecto de su vida, incluso un estúpido baile conmigo en la plaza del pueblo parece ser lo más importante que ha hecho en todo el verano. Quizá me tiene tan fascinada porque me gustaría ser como ella. Ni que fuera la primera vez que me pasa algo así con una amiga.

—¿Es que sigues pensando en mí como la nueva? —aventuro—. Esperaba que a estas alturas fuera algo más que eso.

—Has tardado muy poco en ser más que eso, Aura —dice con una expresión que de pronto se ha tornado demasiado seria—. Podrías ser lo que tú quisieras.

Me quedo sin palabras, sin entender a qué se refiere y sin el valor de preguntar para averiguarlo. La canción termina y Ela se separa despacio. Vuelve a esbozar esa sonrisa extraña, casi triste.

—Yo quiero...

¿Qué quiero? Besarla, ¿es eso? ¿Puede ser? Aquí, delante de la gente de media provincia, bajo esta luz mágica y las notas de la siguiente canción empezando a sonar. Antes de que me dé tiempo a aclarar mis ideas, un par de manos caen sobre los hombros de Ela y me sacan de mis pensamientos de golpe.

—Chicas, vamos a buscar bebidas —anuncia Juls, y tira de ella hacia atrás. Ela rompe el contacto visual conmigo y noto como el hechizo se ha roto del todo—. ¿No os dan sed tantas vueltas?

Sed. Eso es, me muero de sed. Seguro que cuando vuelva a hidratarme todo estará más claro y mis pensamientos encontrarán una razón lógica para las mariposas de mi estómago.

Seguro que sí.



DESCUBRIR LA VERDAD

No puedo dejar de pensar en la feria medieval. Guardé el vestido en el armario con un cariño especial y ya tengo claro que el año que viene me disfrazaré de pintora de corte.

Apenas he podido dormir pensando en los bailes, las manos expertas de Ela cogiendo las mías y moviéndonos al ritmo alegre de la música folk en directo. Puede que no vaya a las clases de su padre, pero desde luego tiene el ritmo en la sangre. El control que tiene sobre su cuerpo es casi milimétrico, ella le ordena moverse y sus extremidades obedecen con precisión. Y lo mejor es que no solo lo hace con ella, también sabe llevar.

Siempre he pensado que no se me daba bien bailar, tal vez simplemente no había tenido la pareja adecuada hasta ahora.

Me levanto de la cama casi flotando. Suspiro cuando abro la ventana para ventilar la habitación. El día ha amanecido muy gris, con unos nubarrones negros que amenazan lluvia por las montañas del cerro del Carnero, un poco más alejadas del pueblo.

Sin embargo, eso no me baja el ánimo. Voy a desayunar, convencida de que será un buen día; tal vez pueda ponerme a trabajar en el mural de atrás si no llueve, la feria medieval me dio un buen par de ideas.

Entro en la cocina, y me extraño de que no haya nadie. Me encojo de hombros y pongo una cápsula para hacerme un café rápido. Con el ruido de la máquina, percibo la voz de mamá desde el patio de atrás, pero soy incapaz de distinguir lo que dice. Así que espero a que el chorro hirviente deje de salir y la busco con la taza en la mano.

Está sentada en una de las sillas que ha colocado por debajo del tejadillo que protege una parte de la terraza de las inclemencias del tiempo. Compró un set de jardín en un rastro hace mil años y había estado cogiendo polvo en el trastero de Madrid hasta que nos vinimos aquí. Los asientos son de ratán y aluminio, igual que la mesa, los ha decorado con cojines coloridos y mantas de patrones bohemios.

—¡Buenos días! —le digo antes de sentarme en el sofá de su lado.

—Vaya, alguien se ha levantado de mejor humor que el tiempo

Está sentada con un chal por encima de los hombros, sorbiendo chai de una taza humeante.

—¿Por qué no? Ayer fue genial.

—¿Sí? —se inclina hacia mí—. Me alegro de que las cosas estén funcionando, cariño.

Asiento con la cabeza y eso parece contentarla todavía más. Ya casi no tengo ganas de llevarle la contraria respecto a lo a gusto que me siento en el pueblo y me parece que se ha dado cuenta. De pronto, mi móvil, que siempre llevo en silencio, vibra en el bolsillo de mi pantalón.

ELA: Hey

Es un privado. Me cuesta no dar un saltito, quizá debería disimular un poco.

AURA: Hola!

Dudo si poner un emoji, pero al final prefiero dejarlo al natural.

ELA: Oye, estaba pensando en lo de ayer

Tengo que coger el móvil con las dos manos para que no se me caiga. No sigue escribiendo, ¿debería decir algo?

«Sí, estuvo genial», añado a la conversación, pero me parece demasiado poco personal. «Yo también estaba pensando en ello». Le doy a enviar y me quedo pegada a la pantalla para ver qué dice, por suerte, no tarda mucho.

ELA: Tienes algo que hacer hoy? Podríamos quedar y hablamos

¿Quiere hablar? ¿De qué? El corazón empieza a latirme a un ritmo frenético. Le contesto con un «OK» que no refleja con claridad lo nerviosa que estoy y quedamos en media hora en la fuente de la plaza. Salto del sofá y le planto un beso a mi madre en la mejilla antes de subir corriendo las escaleras hasta mi cuarto. No sé muy bien qué ponerme, la ropa de abrigo todavía está guardada porque he sido demasiado perezosa como para pensar ya en ella. Vale, tranquilidad.

Cojo el móvil y chequeo que ella no se haya echado atrás. No lo ha hecho. Entro en Spotify y pongo una de las playlist que suelo usar para cuando me arreglo para salir. Es cierto que esto no es una noche de chicas en Madrid, pero, de alguna manera, se siente igual de trascendente.

Maroon 5 empieza a sonar por el altavoz del teléfono mientras decido qué ropa escoger. Tampoco puedo pasarme de arreglada. Al final, me decanto por unos vaqueros negros desgastados de pata ancha y un top color azul sencillo. Cojo la sudadera del Señor de los Anillos, por si acaso se pone a llover.

En cuanto al pelo, decido dejarme las trenzas de ayer. Me costó un buen rato hacérmelas y creo que me quedan bien. El espejo del baño me confirma que tengo buena cara, lo bastante buena como para darle un empujón a mi autoestima. Cojo un poco del bote de perfume sólido ecológico que mi madre me regaló las navidades pasadas, huele a limpio y, supuestamente, a mar.

Suspiro una última vez antes de bajar las escaleras y gritarle a mi madre.

—¡Me voy a la plaza!

Me parece escuchar su contestación afirmativa antes de cerrar la puerta, aunque no me paro a comprobarlo. Las calles del pueblo han vuelto a quedarse vacías, a excepción de las señoras que van a misa el domingo por la mañana. Ya no hay coches aparcados en lugares extraños allá por donde vayas. Si es cierto que durante las fiestas se llena todavía más, volverán pronto. Sin embargo, y para mi sorpresa, me gustan más así. Me he acostumbrado a la calma, el silencio y el aire sin humos de tubo de escape. Quién lo iba a decir.

La plaza, como siempre, tiene algo más de vida. Ya hay señores en las mesas de Los Arcos jugando a las cartas. Estoy pensando en buscar un buen ángulo para abocetar la fachada del ayuntamiento, cuando me doy cuenta de que Ela ya ha llegado. Tengo tan asumido que siempre aparece tarde, que lo daba por hecho.

—Buenas —saludo al acercarme. Está sentada en el borde de la fuente y todavía queda rastro en sus ojos del maquillaje de fantasía que llevaba ayer, pero ha recuperado su vestimenta habitual—. Qué pronto.

Se incorpora de un salto y sonrío.

—Mi padre me ha tenido de recadera desde primera hora, me ha hecho levantarme a las ocho —se queja, enrosca su brazo al mío y echa a caminar, solo ella sabe a dónde—. ¿Estás lista para

descubrir la verdad?

Sus palabras me paralizan y mis piernas se siguen moviendo solo por la inercia.

—¿Eh... la verdad?

—¡Sobre el ángel! —exclama, como si fuera evidente—. Hoy vamos a investigar a fondo.

No me queda más remedio que seguirla, porque camina como si tuviéramos prisa. No pensé que esta fuera su intención, porque es domingo y porque, al decirme que quería «hablar de lo de ayer», no me imaginé que «lo de ayer» fuese el tema de la leyenda popular.

—¿A dónde vas?! —exclamo, más que preguntar—. Hoy la biblioteca está cerrada.

—No, si eres una chica con recursos.

Se gira hacia mí, empieza a caminar de espaldas y saca un llaverito del bolsillo. Es una llave sencilla con una chapa verde de plástico, de esas a las que se le puede poner un cartelito para saber qué es lo que abren. Doy un par de zancadas hacia ella y lanzo la mano para quitársela, pero, por supuesto, Ela es la judoka con mejores reflejos de la provincia.

—¿Es la de la biblioteca? —pregunto en voz baja, y echo un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie está presenciando este crimen—. ¿De dónde la has sacado?

—Una maga nunca revela sus trucos. Vamos a entrar.

No nos dirigimos a la puerta principal de la biblioteca, sino a una entrada trasera, junto a los cubos de basura. Tiene la pintura desconchada y un cristal al ácido tras unos barrotes en la parte superior. No se ve el interior, pero las luces están apagadas, como ya me imaginaba. Ela mete la llave en la cerradura, se pelea un poco con ella y cuando consigue abrir cierro los ojos. La alarma antirrobo que esperaba escuchar, no suena. ¿Quizá este sitio ni siquiera tiene una alarma? Es lo más probable, ¿quién querría robar unos cuantos libros de un pueblo perdido entre las montañas?

Ela no está preocupada ni lo más mínimo o, al menos, lo disimula bien. Entra con naturalidad y empieza a buscar el interruptor de la luz.

—¿Entras o qué?

Doy un bote en el sitio. Miro por última vez la calle desierta y, tras asegurarme de que nadie va a llamar a la policía, me cuelo dentro.

La estancia es pequeña, tiene pinta de ser una especie de zona de descanso, con una mesita redonda, un par de sillas, un armarito y una corta encimera que tiene el espacio justo para la cafetera, y una pila en la que una taza hasta arriba de agua turbia espera a ser lavada. Todo indica que Alicia es la única empleada de la biblioteca, no necesita mucho más.

Hay otra puerta, que da a un pasillo donde se encuentran los baños y, al fin, la gran sala de la biblioteca. Han mantenido la estética rústica con vigas de madera en el techo y lámparas que parecen vintage, pero creo que son antiguas de verdad, no solo una imitación. Sin embargo, las estanterías de los libros son metálicas, lo que rompe un poco el encanto.

—No sé por dónde empezar —reconozco.

—Por las novedades, no —bromea Ela, aunque va directa a ese mostrador y se encoge de hombros cuando ve que la estoy mirando con una ceja alzada—. ¿Qué? Quiero ver si han traído el libro que pedí hace un mes.

Mientras ella hace sus comprobaciones, yo me paseo entre las distintas secciones. Aquí hay enciclopedias tan antiguas que hablan de la Unión Soviética como si todavía existiera. No sé cómo vamos a encontrar algo tan concreto, hasta que me doy de bruces con una sección muy pequeña, pero muy bien cuidada. Se nota que han puesto cariño a los dos estantes que hay bajo el cartel «Escritores del Alto del Carnero».

En un primer vistazo encuentro novelas, poesía e incluso un libro de arte que recopila acuarelas del señor Enrique. Algunos tienen treinta años y un par de ellos están de frente, con un

cartelito de «Novedad» justo delante. También hay unos cuantos dípticos del pasado mes de abril, de una feria del libro que se hizo con charlas de los autores, talleres de escritura creativa y otro montón de cosas. Alcanzo el libro de acuarelas y me doy cuenta de que la primera página está firmada por él. «Para el pueblo», dice. No me suena el nombre de la editorial, pero tiene pinta de que es pequeña, local y la tirada tuvo que ser limitada, lo que no quiere decir que la edición esté descuidada, todo lo contrario. Empiezo a echar un vistazo a los demás, la mayoría también están dedicados por sus autores y todos tienen palabras de cariño para el pueblo. Me pregunto si algún día habrá un cómic ilustrado por mí en estos estantes, o no considerarán que fui «lo bastante de aquí». Por un momento se me encoge el estómago y espero que sí.

—Esto quería enseñarte yo —dice Ela de pronto, apareciendo por el pasillo—. Me suena que alguien escribió un libro de cuentos de la zona.

Pego un bote por la sorpresa, pero intento recuperar la compostura lo antes posible.

—Qué susto —reconozco y ella se ríe.

—Aquí está.

Estira el brazo y coge uno de los libros más pequeños. Está encuadernado en tapa dura con un forro de tela azul y letras doradas, y solo pone «Canciones del Carnero. Herminia Sánchez».

—¿Herminia? —pregunto con curiosidad—. ¿Mi vecina, la señora Herminia?

—Qué va —responde ella—. Su madre. Flipas, ¿eh?

El libro es muy antiguo, eso por descontado. Las páginas están amarillentas y no parece impreso con una técnica actual, sino con antiguos tipos de plomo.

—Muy fuerte.

Hablamos en susurros, aunque no sea necesario. Es como si la situación requiriese ese tipo de respeto.

—Pero no son cuentos —se lamenta mientras pasa las páginas—. Solo canciones.

Me lo tiende y empieza a mirar los demás, por si acaso no es el que ella creía. En este libro debe haber unas doscientas canciones, esa mujer tuvo que pasar años recopilando sabiduría popular. Algunas son para dormir a los niños, otras para cantar en misa, incluso hay algunos villancicos. Y, justo en las últimas páginas, hay una titulada «El milagro del ángel salvador».

*El niño lloraba en la tierra
que no podía sembrar.
El niño lloraba en la tierra
con lágrimas de gran pesar.
La tierra bebía su llanto
y se volvía a secar.
El río ya no cantaba
y el niño volvía a llorar.
Su madre bajó al monasterio
a suplicar al abad
por una plegaria a los cielos
para un milagro rogar.
El abad escuchó su pena
y abrió la puerta del lugar.
Las alas de un ángel blanco
salieron para salvar
el llanto del río y la tierra,
y el niño dejó de llorar.*

—Aquí no hay nada nuevo —me lamento, tras leerla en voz alta—. Aunque la canción es muy triste y bonita.

—Creo que la cantan en misa —dice ella—. A veces, no sé. Hace mucho que no voy a la iglesia.

Dejo el libro en el estante, en el mismo momento que Ela estira el brazo para coger otro y nuestras manos se rozan un instante. Se aparta como si le hubiera dado calambre y yo evito mirarla para no enrojecer hasta las orejas.

—Parece que nuestro allanamiento no ha dado sus frutos —digo para romper el silencio incómodo.

—No importa —resuelve, con su actitud despreocupada de siempre. Me guiña un ojo y echa a caminar hacia la salida—. Me has dado una idea.



LAS ARPÍAS

No esperaba encontrar demasiada información específica sobre una leyenda popular tan concreta, aunque tengo que reconocer que mis habilidades de biblioteconomía y documentación, como las llama mi madre, no están demasiado desarrolladas. No es que sea algo que aparezca en Google sin más, que es donde siempre me informo de las cosas.

Ela parece convencida de seguir con la búsqueda. Su determinación me infunde ánimos, sobre todo porque pensaba que pasaría a ser la rarita del pueblo y que me empezarían a llamar por un mote de estos faltones, como la Magias o la Loca. Por favor, no quiero que nos empiecen a llamar Las Locas por mi culpa, ya tengo bastante con que mi madre sea la directora del instituto y encima profesora de yoga.

No, Ela parece respetar mi reciente interés por el tema de la pesadilla y la leyenda del pueblo. Y me doy cuenta de que es la primera vez que hemos quedado a solas. Solas de verdad. A no ser que nos crucemos con alguno del grupo, pero es poco probable, teniendo en cuenta que todavía es temprano. Además, no lo hemos dicho por el grupo de WhatsApp. Hemos quedado por privado y eso es un hito que pienso tener muy en cuenta. Va a ir directo a «Un gran día» en mi *moodtracker*.

—No te preocupes, no hemos llegado a un punto muerto en nuestra investigación —anuncia triunfante, mientras me pasa una botella de agua.

Hemos ido a sentarnos en un murete de piedra cerca de la iglesia del pueblo. El sitio no está muy concurrido, a pesar de resultar una de las principales calles del casco viejo de Fuente del Ángel.

—¿Ah, no?

—De eso nada, no solo soy una paladina protectora, tengo mis recursos, vamos a ir a hablar con la fuente de toda sabiduría —dice esto último con un tono de solemnidad inusual.

—¿Con quién?

—Con las Señoras.

En Fuente del Ángel la población está todo lo envejecida que cabría esperar en un pueblo del interior de España, y eso hace que se hayan formado varios grupos de personas mayores que tienen montada una curiosa red de influencia en lo que se refiere al resto de habitantes y visitantes del pueblo. Incluso con el poco tiempo que llevo viviendo aquí, he podido observar varios de esos grupos de ancianos. Se reparten diferentes funciones. Están los encargados del ocio, que siempre andan en una mesa del bar jugando a las cartas y ellos deciden quién entra o sale del circuito de los juegos de mesa. Después tenemos al grupo de expertos respecto a lo que pasa en los campos de almendros y olivos de los alrededores. Sin embargo, el más poderoso es, sobre todo, el pequeño aquelarre que maneja toda la información en Fuente del Ángel.

Ellas son Herminia, Agustina y Mercedes y se hacen llamar «Las Amigas», aunque sé de buena tinta que muchos en el pueblo las llaman «Las Arpías». La primera, mi vecina, parece ser la líder y como vivimos muy cerca, nos tiene fichadas a mi madre y a mí.

Sé que le caigo bien, de lo contrario no me habría ofrecido el traje medieval de su hija. Ellas saben quién hace qué y cuándo pasó lo que pasó en Fuente del Ángel, no hay cotilleo que se les resista. Por eso, cuando Ela ha dicho que íbamos a ver a las Señoras, he sabido que se refería exactamente a ellas. Y, si la madre de Herminia tenía tanta sabiduría popular como para escribir un libro de canciones, seguro que su hija es la orgullosa heredera de esos conocimientos.

—Es posible que tengan más info o sepan dónde podemos encontrarla.

—Es posible que sepan hasta qué ropa interior llevas puesta.

El comentario hace que me sonroje de arriba a abajo, pero no me da tiempo a reaccionar porque, de pronto, las campanas de la iglesia empiezan a sonar y un montón de gente mayor sale del viejo edificio (creo que es del siglo quince) charlando de buen humor.

—¿Estamos yendo a misa? —le pregunto divertida a mi acompañante.

—Acaba de terminar. Ya te he dicho que es donde más se canta en esa canción, ¿me escuchas o qué?

—Sí, sí —me apresuro a asegurar, pero lo cierto es que en la biblioteca, con las luces tenues y las voces susurrantes, me costaba concentrarme—. Claro, las canciones de misa.

Al cabo de tan solo unos segundos las veo aparecer, vestidas muy elegantes. Deben de haber salido casi las últimas, supongo que se habrán quedado comentando el servicio. Al verlas, Ela me coge de la mano y tira de mí para ir hacia ellas.

—Mira la María Manuela, qué amiga se ha echado —dice una, creo recordar que era Agustina.

—Bueno, se veía venir...

—Callaos, viejas cotorras —sentencia la líder—. Si veníais a misa, llegáis tarde, niñas.

Herminia se ríe ante su propia ocurrencia y al ver que Ela le sigue la gracia, la acompaño.

—No es eso, ¡veníamos a hablar con vosotras!

No hay nada como hacer sentir a la gente importante y para eso Ela parece tener un don. Las ancianas asienten muy halagadas, e insisten en que bajemos con ellas a la plaza porque tienen que irse a tomar el aperitivo al bar con las amigas para que no les quiten la mesa. Como si alguien se fuera atrever a quitarles su sitio.

—¿Y de qué queréis hablar, criaturas?

Ela me hace un gesto, lleva a Agustina y a Mercedes cogidas del brazo para dejarme más libertad con Herminia.

—Estoy... —intento buscar un adjetivo que no sea mentira, tengo la sensación de que si miento lo sabrán, lo puedo ver en sus ojillos arrugados—. Interessada en la leyenda popular del ángel.

—Con que por esa razón el Potrillo nos preguntó así de repente hace unos días.

Ante de la mención de Tom doy un respingo. De ahí es de donde él había sacado la información.

—Bueno, le pregunté a él primero, como somos vecinos...

—¡Pues deberías haber venido a la fuente, chiquilla!

—Sí, eso, a la fuente, a la fuente —corean las otras.

Balbuceo unas palabras de disculpa, lo que sea por darles la razón. Bajamos con ellas por una de las empinadas cuestas del casco viejo que van a parar a la plaza. Es una tarea más complicada de lo que tenía planeado en un principio, porque no dejan de parar a saludar a todas las personas con las que se cruzan. Ni siquiera es una parada de cortesía, las señoras parecen interesarse genuinamente en la vida de todos los vecinos. Escuchamos varias versiones de preguntas de control como «¿qué tal tu hija?», «¿cómo vas de salud?» y «¿en qué andas?».

No consigo recordar si había tardado tanto alguna vez en recorrer un par de calles, y eso que he querido atravesar la Puerta del Sol en Madrid en plena fiebre navideña.

—En el pueblo todos nos conocemos, niña, ya te acostumbrarás —me dice Herminia—. Tiene sus ventajas.

Su mesa está despejada, como ya sospechábamos, y nos invitan a sentarnos con ellas, así que arrimamos un par de sillas y nos hacemos hueco.

—¿Y por qué te interesa tanto la historia del ángel, vamos a ver? —pregunta Mercedes.

Enzo, que ya viene con la bandeja cargada de los vermouths de las señoras, nos mira por un momento. Ela pide una Coca-Cola Zero y yo murmuro un «otra para mí» para no darle muchas vueltas. La mirada inquisitiva de las señoras es demasiada presión.

—El otro día, en la feria, la bibliotecaria cantó una canción y me gustó mucho la historia —empiezo a explicar—, y también he visto el libro de su madre, señora Herminia.

La mujer sonríe con orgullo.

—En sus tiempos era de las pocas del pueblo que sabía leer y escribir —dice, y las otras asienten con vehemencia—. ¡Y qué voz!

—Ella sí que cantaba como un ángel —rememora Agustina—, que en paz descanse.

Asiento, como si yo también la hubiera conocido. En ese momento se acercan a la mesa otras tres señoras, que nos miran como si fuéramos unas usurpadoras. Las he visto antes, aunque nunca he hablado con ellas. Sin esperar a que le digan nada, Ela cede su silla y va a buscar otra. Yo me levanto, por instinto, y una de las ancianas la agarra con fuerza del respaldo.

—Gracias, nena —me dice con voz cascada.

—¡Pero si ya estamos todas! —Enzo vuelve en ese momento con nuestras bebidas y las señoras lo saludan entusiasmadas—. ¿Lo de siempre?

Las nuevas asienten y me fijo en que Ela y yo nos hemos quedado de pie, fuera del círculo. Me inclino para coger nuestras bebidas.

—¿Conocéis a la hija de la directora? —les pregunta Herminia a las recién llegadas—. Va siempre con el Potrillo y la María Manuela.

En realidad voy con más gente, pero tampoco me voy a poner a discutir ahora.

—Ay sí, anda que te conformas con poco, ¿eh, Plata?

Todas estallan en carcajadas mientras Ela enrojece hasta las orejas. ¿Qué han querido decir? Y, sobre todo, ¿ese es el apodo del pueblo de Ela?

—Anda, comportarse. Aquí la muchachina que está interesada en las leyendas del pueblo. —Herminia me señala y levanto la mano a modo de saludo, no sé muy bien por qué, pero me encuentro incómoda con todas las miradas sobre mí—. Estas son las Chulas.

Las Chulas son tres hermanas viudas, cuyas familias se remontan a casi los inicios de Fuente del Ángel, según me hacen saber.

—¿Y ya se contaba esa historia?

—¡Pues no sé qué decirte! —me contesta la que parece más mayor de las tres, tita Elisenda—. Aunque recuerdo una cosa que me decía mi abuela, que le habían contado a ella. En su época el monasterio todavía se conservaba, no habían ocurrido los bombardeos de la guerra ni nada. Siempre decían que el ángel estaba perdido porque se habían perdido sus plumas.

—¡Como tú, que pareces haber perdido la historia esta! —me señala una de ellas.

Se vuelven a partir de risa, pero, mientras le doy un trago a mi refresco, reflexiono sobre las palabras de tita Elisenda. ¿Tal vez es la ayuda que quiere el ángel? ¿Habría perdido las alas? No consigo recordar cómo las tenía en el sueño, estaba demasiado ocupada flipando.

—Venga, trae aquí esa baraja.

Cuando me fijo más, veo que las hermanas, a las que llaman las Chulas, también forman parte de la mafia del juego en el pueblo. Ela se arrima a mí con cara de fastidio.

—No vamos a sacar nada más de ellas...

Se encoge de hombros. Yo asiento, un poco derrotada, y voy a pagar a la barra nuestras consumiciones. No quiero que me empiecen a llamar la Rata o la Tacaña, estoy segura de que estas señoras son las que ponen los moteles por aquí.

Enzo me cobra y, al salir, Ela se ha apartado de la terraza del bar. Me hace un gesto y empezamos a caminar juntas por la plaza, que ya se ha llenado de gente, animada a pesar del mal tiempo y que amenaza lluvia.

—Al menos hemos aprendido algo guay del pueblo —comenta Ela, intentando animarme.

—Sí... —Y entonces me doy cuenta de que no solo he aprendido algo del pueblo—. Oye, ¿por qué te han llamado «Plata»?

Ela se extraña ante mi pregunta, pero enseguida se echa a reír.

—¿No te lo había dicho? —pregunta, y yo niego con la cabeza—. Cuando mi madre fue a las olimpiadas, ganó una medalla de plata y desde entonces en el pueblo empezaron a llamarla así. Yo he heredado el mote, aunque mi objetivo es ir a por el oro, por supuesto.

Llegamos hasta la fuente justo cuando está diciendo esas palabras y se sube al poyete, donde pone los brazos en jarras y esboza una sonrisa que podría iluminar el cielo. Me quedo unos segundos mirándola fijamente, hasta que me doy cuenta de que debo tener una cara de boba tan impresionante como su sonrisa.

Se vuelve a hacer el silencio entre nosotras hasta que ella se baja y se gira hacia la estatua del famoso ángel.

—¿Tú crees que se me está yendo la cabeza? —preguntó, fijándose en él. Su mirada pétrea muestra una expresión de serenidad.

—No, yo creo que tuviste un sueño muy fuerte y ya está —contesta Ela, quitándole importancia—. Y que eres un poco intensa.

Me giro hacia ella con la boca abierta para reprocharle la pulla, pero soy incapaz. Se mete las manos en los bolsillos y me da un ligero empujón.

—Mira quién fue a hablar...

—Más vale ser intensa que quedarse quieta y callada —sentencia—. No te rayes, Auri, te gusta llegar hasta el final con los temas que te interesan. Te das al cien por cien, eso es maravilloso. Es una de las mejores cosas de ti.

¿Qué digo? No, en serio, qué puedo decir ahora. ¿Qué ha querido decir? Los pensamientos se me agolpan todos a la vez, me quedo bloqueada, ella espera una respuesta, ¡se lo veo en la cara!

Pero soy incapaz de moverme o hablar, así que... solo suelto una risita absurda que lamento en el segundo en el que sale de mi boca.

Ela intenta disimular su desconcierto. Yo bajo la cabeza.

¡La respuesta!

—¿Quieres venir un día a mi casa a ver «Las dos torres»?

Doy las gracias a mi sudadera una vez más, sabía que no me fallarías Tolkien.

—¿Qué?

—«Las dos torres»... Ya sabes, en el cine de verano solo vimos la primera. Podría estar guay que la viéramos juntas, así nadie nos echaría la bronca por estar todo el rato comentándola. Mi madre se va la semana que viene una tarde con sus amigas al balneario.

Me sorprende que Ela haya entendido una sola palabra de lo que le acabo de decir, porque

creo que nunca había hablado tan rápido en mi vida. La observo, parece confusa y no me extraña.

—Claro. Además, pillas después de la competición de judo, seguro que estoy libre.

Uf. Vale. Está bien. Claro. Supongo. Bueno, al menos ya no es incómodo. Sonrío nerviosa y me giro hacia la estatua, incapaz de quedarme quieta. Camino dando la vuelta, hasta quedar enfrente de sus alas.

—¿Estás bien? —me pregunta Ela, que me sigue más atenta a mí que a la estatua.

—Sí, es solo que... —Observo con atención. Se me da bien recordar pequeños detalles en las imágenes cuando no estoy absolutamente acojonada y ahí hay una cosa en la que no me había fijado—. Oye, ¿no te parece que esa pluma está esculpida diferente?

Ela se acerca a mí y mira el punto al que señalo. Está tan cerca de mí que incluso puedo oler su perfume cítrico.

—Ahora que lo dices, sí que es diferente...

—¡Auryn!

Me giro como un resorte, porque solo hay una persona que me llame así, con ese tonito que me da tanta vergüenza. Solo hay una persona que se atrevería a gritarlo en mitad de la plaza del pueblo donde me ha arrastrado a vivir.

Mi madre. Y lo que es peor, no viene sola.

Me saluda desde una de las calles que dan a la plaza, la que viene del instituto, lo bastante alto como para que todo el mundo la oiga. A su lado, un hombre de mediana edad, moreno, alto, con bigote y una barba perfectamente recortada. Vestido con vaqueros ajustados. El padre de Ela.

Parpadeo lentamente mientras intento respirar. Ya están juntos otra vez.

—¡Qué bien encontraros aquí, chicas! —dice con su voz cantarina—. Justo veníamos hablando de vosotras.

Por supuesto, qué bien, una maravilla.

—No sabía que habíais quedado —dice Ela, casi como una recriminación. O tal vez solo me lo haya imaginado.

Su padre se acerca y le da un beso en la cabeza como saludo.

—Sí, estábamos despejando el gimnasio.

Mi madre lo mira embelesada y asiente.

—El próximo curso será genial. ¿Y a que no sabes qué, Auryn? —No, mamá, no sé y no sé si quiero saber—. ¡Rai nos ha invitado a la competición de judo de María Manuela!



IPPON

He tenido que levantarme demasiado temprano y eso hace que ahora cabecee en el coche, sentada en el asiento de atrás. Ela va a mi lado y, por primera vez desde que la conozco, no lleva uno de sus llamativos pendientes. Mira distraída por la ventana, pero creo que está poniendo la oreja a lo que hablan nuestros padres. Rai va conduciendo y mi madre le está contando una anécdota sobre uno de los veranos que pasó en el camping de las Pozas del Carnero. Me fastidia tener tanto sueño, no puedo estar alerta de lo que se traen estos dos entre manos.

Apenas llevamos diez minutos de viaje cuando empieza a chispear. El día ha amanecido encapotado por completo, y las previsiones son lluvias y más lluvias hasta el infinito. La aplicación de mi móvil asegura que, al menos, durarán quince días más, lo que significa que va a coincidir con las fiestas. El comité que las organiza ya está pensando en montar unas carpas, pero va a ser un fastidio en cualquier caso. Todo el mundo se lamenta de la mala suerte y lo poco habitual que es un temporal como este en pleno agosto. Y yo no puedo parar de pensar en el ángel que va a traer la ruina por mi culpa.

Ela estira un brazo hacia mí y me tiende uno de sus cascos inalámbricos. Lo cojo con una sonrisa y hago rodar los ojos hacia nuestros padres y sus risitas. Parecen ellos los adolescentes, no me fastidies. Ela se ríe y vuelve a mirar por la ventana. La música que está escuchando es una mezcla de inglés y coreano, creo que de un grupo K-Pop, pero no soy capaz de reconocerlo.

—... el alcalde estaba terminando de dar su discurso —sigue diciendo mi madre. Un solo casco no es suficiente para acallar la conversación—, ¡y entonces el caballo se cagó al lado del escenario!

—¡Me acuerdo de eso! —exclama Rai—. Olía fatal y un par de niños que estaban allí cerca empezaron a vomitar.

Mi madre estalla en carcajadas.

—Yo era una de esas niñas.

—¿En serio?

—Te lo juro —insiste—. Así que así te acuerdas de mí, después de tantos años, ¿eh?

Rai esboza una sonrisa que capto a través del retrovisor y soy yo la que tiene que contener una arcada.

—Qué cosas tiene la vida.

—¿Estás nerviosa? —pregunto a Ela. Necesito distraerme como sea.

Ella se lo piensa un instante y se encoge de hombros.

—Un poco, supongo —responde—. Lo normal. Es una competición «amistosa», pero quiero hacerlo bien.

Asiento con energía. Nunca la he visto entrenar ni competir, pero por lo que dicen de ella es buenísima.

—Lo vas a hacer genial —y enseguida me corrijo—. Lo vais a hacer genial.

Detrás de nuestro coche nos viene siguiendo el de los padres de Tom, porque él también

compite. Van su madre y él, su padre tenía que trabajar y, si lo llego a saber, podríamos haberle preguntado a Helena si nos dejaba ir con ellos. Así habríamos podido charlar con Tom y nos habríamos ahorrado las risitas de estos dos. O no, quizá dejarlos a solas sería peor. ¿Y si se besan? Mi madre saca un paquete de galletas de chocolate y nos ofrece. Empiezo a pensar que voy a sacarle algo bueno al viaje cuando veo que Rai acepta una, ella se la tiende y el hombre la coge directamente con la boca. No sé qué cara estoy poniendo ahora mismo, pero la de Ela es de completa estupefacción. Juraría que estoy empezando a marearme.

El tonto no termina ahí, el viaje dura hora y media de pura agonía. El resto de «La Pandi» manda mensajes de ánimo a los deportistas a medida que se van levantando. Ela se acerca a mí para hacernos un selfie y mandarla. Tom envía una foto suya que acompaña con el comentario «y yo aquí, viajando en soledad». Lucía responde que la próxima vez ella se ofrece de acompañante y Tom llena el chat de corazones. Hago una captura de los mensajes para guardarla en mi recopilatorio de pruebas, que son pocas, pero muy incriminatorias. Tengo que acordarme de preguntar a Ela por estos dos, pero prefiero hacerlo la próxima vez que estemos a solas. Por la sonrisa que pone al leer esos mensajes, estoy segura de que ella sabe algo o, al menos, se lo imagina.

La lluvia ha parado hace rato, es como si el temporal solo afectase a la zona montañosa en la que vivimos. Aquí, en la ciudad, hace un sol de justicia y tenemos que abandonar nuestras chaquetas en el coche si no queremos cargar con ellas toda la mañana. La competición se va a desarrollar en un polideportivo, los participantes ya pueden entrar para cambiarse e ir calentando, pero los demás tenemos que esperar fuera a que abran las puertas. Nos despedimos de Ela y Tom con deseos de ánimo y suerte, y me quedo sola con los tres adultos.

—Vamos a tomar un café —propone Rai, señalando con la cabeza un bar que hay justo enfrente.

El local está hasta arriba y Helena y yo nos atrincheramos en una mesa mientras los otros dos van a pedir. No sé qué habría sido más incómodo, irme con ellos o quedarme aquí con esta señora que apenas conozco.

—Bueno —dice mientras me da un ligero codazo—, ¿ya te va gustando más el pueblo?

—Tiene algunas cosas buenas —reconozco.

—El día que llegaste traías una cara...

La miro preocupada por si la hubiera ofendido, pero se está riendo, así que creo que es solo una broma. Aunque sí que llevaba mala cara, eso seguro.

—Fue un cambio... drástico. Ya me voy acostumbrando.

—Hacer amigos siempre ayuda, ¿a que sí?

No es que haya ayudado, es que ha sido el motivo decisivo que me ha hecho cambiar de opinión.

—No esperaba que hubiese tanta gente joven en un pueblo tan pequeño.

—Es gracias al balneario, sobre todo —explica—. Cuando abrió, vinieron bastantes personas. Otros, que tenían planes de marcharse, se quedaron para trabajar aquí. Y también por esa razón conseguimos mantener abierto el instituto, fue algo muy importante para Tomás el año pasado.

Si no lo hubieran conseguido, yo no estaría aquí. Mi madre y Rai vuelven con tres cafés y un té, y la conversación gira por otros derroteros que no me interesan mucho. Me sumerjo en un infinito descenso por los videos de TikTok hasta que la gente del bar empieza a movilizarse y nos damos cuenta de que ya han abierto las puertas. Parece que no somos los únicos familiares y amigos de los competidores.

Por lo que he podido saber, gracias a Ela, la competición es a nivel provincial. No tiene una importancia estratégica vital para la carrera de ninguna de las personas que se van a presentar, pero los ganadores tienen muchas más opciones de ir a competir a los nacionales el año que viene, representando a la comunidad, y eso sí es importante.

—Estas cosas suelen durar aproximadamente dos horas —dice Rai—, cuando los niños salgan podríamos ir a comer todos juntos.

—Me parece una idea estupenda —le contesta a mi madre.

Claro, todo lo que dice Rai le parece espléndido.

El polideportivo, que se encuentra al sudeste de la ciudad, es bastante moderno, considerando que tiene más de cuarenta años. Al entrar, la mayoría de familiares se dirigen directamente a las gradas. La competición tendrá lugar en las canchas centrales, que se usan como espacio multiusos. Una vez fui a ver a mi prima a una competición de gimnasia rítmica en un lugar parecido a este y pusieron varios tapices en el suelo. El padre de Ela nos guía hacia unos asientos en particular, parece que se conoce bastante bien el sitio. No me extraña, habrá venido a ver muchas más competiciones.

Abajo, donde debería estar la pista de baloncesto, se ven unos tatamis montados exclusivamente para la ocasión. Desde mi posición puedo distinguir la entrada y salida de los vestuarios, que es de donde saldrán mis amigos. La madre de Tom está absolutamente entusiasmada.

—Toma bonita, sujétame esto —dice pasándome el móvil mientras rebusca algo en el enorme bolso que se ha traído.

Después, para mi sorpresa, saca lo que parece ser una pancarta con dos palos a cada extremo.

—¿Qué es eso?

—Un regalo del padre de Tomás para animar a los chavales y que sepa que estamos con ellos.

Despliega la tela que tiene entre las manos y, efectivamente, veo que es una pancarta diciendo «Vamos Tomás y María Manuela» y luego abajo, más pequeño, «Sois los mejores». Me quedo fascinada al darme cuenta de las similitudes que hay entre madre e hijo y me pregunto si su padre será igual. Tiempo atrás, esto me habría dado un montón de vergüenza, pero ahora me parece hasta tierno. Supongo que Tom y su manera de ser me han influenciado.

Sobre las pistas que ahora sirven como tatami hay una gran pantalla en forma de cuadrado. En ella, de momento, solo hay un fondo fijo, pero supongo que la usarán para poner quién va ganando. No lo sé porque nunca he ido a una competición de estas y me da bastante palo preguntarle a Rai.

—¡Ya salen! —nos avisa a mi madre.

A la zona de combate entra un grupo de seis personas vestidas de traje, que saludan al público con una reverencia y se sientan en una mesa justo detrás de ellos. Aparecen en escena un grupo de hombres y mujeres vestidos con el mismo atuendo y llevan una insignia en la solapa, aunque no puedo distinguir qué pone.

—Esos son los árbitros —le indica Rai a mi madre.

De pronto, todas las gradas se levantan para aplaudir y los judokas salen en fila para saludar al público. Hay gente de todas las edades, incluyendo adultos.

—¿No era una competición infantil-juvenil? —le pregunto a la madre de Tom, es un poco difícil hacerse oír.

No consigo entender bien lo que dice, capto algo como «Aprovechan para hacerlo todo junto». Voy a preguntar más, pero, de pronto, Helena se levanta de golpe con la pancarta y

empieza a gritar.

—¡Guapos, campeones! —intenta llevar su voz hasta abajo del todo—. Mira, Rai, ahí van. Incluso yo levanto la mano para que nos vean.

—Esta vez a Ela le ha tocado llevar el judogi azul.

Me lleva un rato, pero gracias a eso la reconozco. Todos los de la categoría de Ela y Tom van con un kimono blanco y azul y un cinturón negro. En la pantalla colgante del techo una cámara va enfocando a los que van pasando. Por fin llegan a Ela y me da un salto el corazón al verla. Su expresión es de absoluta concentración, con los labios ligeramente apretados y una mirada de determinación. Incluso cuando enfocan a Tom puedo ver que ha perdido su habitual expresión despreocupada y la ha sustituido por un rictus de seriedad. Se me hace superextraño verle así.

Todos los participantes se colocan en varias filas, colocados a lo largo del tatami y, junto con el resto de la organización, hacen una reverencia al público marcada por una señal sonora. Después, todo el polideportivo estalla en aplausos mientras los contendientes se retiran.

—Ahora se van con sus sensei —nos explica Rai mientras Helena guarda la pancarta—, y los árbitros sacarán nombres de las urnas para decidir quién pelea con quién

—Tardarán un poco, ¿no? —pregunta mi madre, aparentemente fascinada por todo el proceso.

—Sí, me temo que sí. Suerte que he traído esto.

El padre de Rai saca una bolsa de frutos secos y una botella de kombucha de una pequeña mochila.

—¡Eres lo más! —exclama mi madre.

Sí, Rai, eres lo más. En serio, ¿kombucha? ¿Qué narices? Cuando abre la bolsa me ofrecen, yo los declino con un movimiento de cabeza.

—¿Quién es el entrenador de Ela y Tom? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—Un antiguo compañero de Soledad —me contesta la madre de Tom. Los otros están demasiado entusiasmados comentando las bondades de la kombucha, son tal para cual.

Me pregunto cómo debe ser para el sensei asistir al crecimiento como judoka de la hija de su compañera. Ela siempre ha dicho que se tomaba el judo tan en serio para seguir los pasos de su madre, tanto como para cambiar de gimnasio cuando el de Soledad tuvo que cerrar por su fallecimiento. Eso es determinación y compromiso.

Mientras esperamos, suena una lista de música variada que incluye los últimos temas que están sonando en la radio. La pantalla colgada del techo no tarda en ofrecer unos cuantos nombres.

—Primero van los de infantil, los cadetes —nos hacen saber—. Luego van subiendo de edad.

Lo cual significa que mis amigos no saldrán hasta la mitad de la competición, más o menos. Un par de críos diminutos salen de una zona de la cancha delimitada por biombos. Llevan la cara seria, como si fuera lo más importante que les ha pasado en su corta vida.

—¿Por qué van unos de azul y otros de blanco?

—Oh, es para poder distinguir a cada persona, especialmente útil si estás arriba en las gradas como nosotros. —Rai tiene la desfachatez de guiñarme un ojo cuando acaba de explicarse—. Incluso de cerca, cuando empiezan a agarrarse es complicado saber quién es quién.

A pesar de ser tan pequeños, los niños tienen muchísima más coordinación que yo. Los veo pegarse y agarrarse mientras intento entender el funcionamiento de la competición. Solo he visto judo en las olimpiadas, pero nunca he sabido exactamente qué tenían que hacer.

—No te compliques —explica Helena—. La clave está en hacer que el contrincante caiga

sobre su espalda, proyectado o inmovilizado durante veinte segundos.

La miro con sorpresa.

—Es que me he visto muchas de estas. Tom y Ela empezaron cuando eran unos críos. ¿Cuándo fue, Rai?

—Ela desde que comenzó a andar, con su madre. Creo que Tom fue al dojo desde los ocho años.

Helena se ríe, recordando viejos momentos.

—¡Qué tiempos! ¿Te acuerdas de que nos íbamos a bailar mientras ellos estaban en clase?

—Sí. —El rostro de Rai se ensombrece durante unos instantes, supongo que pensar en la vida que tenían antes, cuando la madre de Ela estaba viva, le pone nostálgico—. Gracias a eso se me ocurrió empezar a dar clases más profesionales.

La competición continúa y reconozco que después de los primeros combates, desconecto un poco con el móvil mientras los otros tres empiezan a charlar de las clases de baile a las que mi madre se unirá en septiembre. Nunca agradecí tanto volver a tener cobertura consistente.

—¡Ya salen!

El altavoz del polideportivo anuncia los nombres de Ela y otra chica desconocida en la categoría de junior de menos de veintiuno. Discretamente, apunto el móvil hacia el tatami para hacer fotos, seguro que a Ela le gustará tenerlas. Lo hago por ella en realidad.

Las contrincantes saludan al jurado, arrodilladas en el suelo, y luego al público, para terminar saludándose entre ellas. El árbitro se pone en medio y grita algo en japonés (que no entiendo en absoluto) para dar comienzo al combate.

Ver a Ela en acción es otro mundo. Ataca en primer lugar, se lanza a por la otra chica antes de que a su rival le dé tiempo a pestañear. La agarra de las solapas del kimono blanco, se agacha un poco y la lanza por los aires, ayudándose de la palanca de su espalda, como si no pesase nada.

El movimiento es tan rápido que todas las gradas se quedan en silencio un instante antes de que el árbitro levante la mano y grite «ippon». Después, todo el mundo aplaude mientras Ela se levanta, se recoloca el kimono y saluda con una inclinación. Su oponente da un puñetazo en el tatami cuando todavía está en el suelo, llena de rabia.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, en shock por lo que acabo de ver.

—¡Ha hecho un ippon! —grita Rai entusiasmado—. Con la técnica favorita de su madre, ¡significa que ha ganado!

Un calorcito agradable me recorre por dentro. Sé que Ela estará muy satisfecha del resultado y el hecho de saberlo me hace feliz. Las cámaras enfocan a su rival y se la puede ver hinchando los carrillos de frustración.

Tras el breve combate, la acción continua con otras chicas de la categoría, antes de pasar a la sección masculina. Tom no tarda mucho en salir y su madre levanta la pancarta con entusiasmo.

Donde Ela ha sido muy agresiva en su aproximación al combate, Tom es más cauteloso. Es más fuerte que su oponente, eso salta a la vista porque le saca una cabeza, y el chico contra el que se enfrenta se pone a la defensiva desde el primer segundo en el que el árbitro indica el comienzo al combate. Los dos se tientan hasta que reciben un aviso de que empiecen a atacar.

—¿Los van a sancionar? —pregunta Helena.

—No, solo es un aviso, creo —dice Rai, sin perder detalle.

El oponente de mi amigo se pone nervioso y se lanza a por él. Tom debía esperarlo porque recibe el embiste y se desenreda del agarre para terminar tirando al otro al suelo. Caen rodando y agradezco saber que Tom es el que va de azul. Forcejean hasta que mi amigo consigue ponerse encima e inmovilizarlo. El otro lo tiene muy difícil porque es más pequeño y está agarrado por

una montaña adolescente, sólida e inamovible. Todos contenemos la respiración durante unos segundos, que parecen años, hasta que el árbitro levanta la mano y grita lo que ha gritado con Ela.

—¿Ha ganado? —pregunto confundida.

—¡Sí! Para puntuar no solo es válido que tires a tu oponente por los aires, también puedes hacer lo que ha hecho mi Potrillo.

Helena hace lo que parecen mil millones de fotos del momento. Hago un esfuerzo por grabar en la memoria la imagen de ambos. Fuertes, seguros, de confianza. Me remuevo en la silla, esta nueva visión me produce sentimientos que no había tenido antes. Saco mi cuaderno de dibujo y durante lo que queda de competición, me dedico a hacer bocetos y esquemas de diferentes posturas que les veo repetir.

Ela y Tom salen victoriosos de todos sus encuentros. Ella con su estrategia de atacar primero, que repite con éxito en cada asalto, aunque cambia la técnica para pillar desprevenidos a sus rivales; y él con una visión más reactiva y aprovechando su superioridad en el suelo. La competición va por puntos y no sabemos cómo quedan hasta que la última persona en la categoría de junior termina.

En la pantalla colgante aparecen dos clasificaciones por puntos, divididas en masculino y femenino, en la parte de arriba de cada lista se puede leer «María Manuela Viña» y «Tomás Capilla».

Helena y Rai se levantan de golpe y se abrazan mientras yo intento seguir el curso de los acontecimientos sin perderme.

—¿Qué?

—¡Qué estamos un paso más cerca de los nacionales!



SOMBRAS EN LOS CALLEJONES

Ela está radiante con su medalla. Tom y ella vienen hacia nosotros con el pelo todavía húmedo de la ducha reciente y sus mochilas colgadas a la espalda. Abrazan a sus respectivos padres y después se giran hacia mí y, sin que me lo espere, también me envuelven en un abrazo grupal.

—¡Habéis estado genial! —digo cuando me sueltan y consigo volver a respirar.

—¿Te ha gustado? —pregunta Ela—. Temía que te aburrieras.

Niego con rotundidad.

—Nos lo hemos pasado muy bien —interviene Helena—. ¿Vamos a comer o qué?

—Me muero de hambre —responde Tom, y lo cierto es que habla por todos.

Al parecer, tienen la tradición de ir a comer al sitio más grasiento e insano que encuentren tras las competiciones. Lo que nos pilla más cerca es un Burger King al que podemos ir incluso andando, así que tomamos la decisión muy rápido. Ela y Tom se piden las hamburguesas más grandes con extra de todo, patatas gigantes y helado para el postre. Yo no he hecho tanto ejercicio como ellos, claro, y aun así se me va la mano pidiendo, porque a saber cuándo va a ser la próxima vez que pise una gran cadena de comida basura.

—Fue increíble cuando hiciste... la llave esa —intento explicar—. Y luego... lo otro. Ya sabes.

Ela se ríe.

—Sí, está clarísimo.

—Creo que deberías darle unas clases de iniciación, Ela —dice Tom, con un manchurrón de ketchup en la barbilla, está monísimo incluso así. Es odioso—, para que pille los conceptos básicos.

—Mis clases privadas son muy exclusivas —responde ella con tono burlón levantado las cejas.

—¿No soy lo bastante especial? —pregunto, y enseguida me doy cuenta de cómo ha podido sonar.

Ella mira su hamburguesa y esboza una ligera sonrisa.

—Sí que lo eres.

Por suerte, nuestros padres están a lo suyo al otro lado de la mesa y Tom está distraído mirando su móvil o, al menos, finge estarlo.

—Entonces... —murmuro sin mirarla directamente, para que no me tiemble la voz—. Espero fecha y hora para esas clases.

Tom vuelve a hacernos caso al ver que sigue un silencio, que no es del todo incómodo, pero quizá él piense que lo es. Durante el resto de la comida les enseño los vídeos que he ido grabando. La mayoría son suyos, pero también tengo otros de los participantes más mayores y de una pequeña exhibición de taekwondo que han hecho en el descanso.

Pasamos la tarde en la ciudad, hacemos unas compras y paseamos por un centro comercial

en las horas de más calor. Estar aquí con ellos es una disonancia rarísima, como si mi antigua vida en una ciudad y el pueblo convergieran (que era una cosa que jamás se me había ocurrido que pudiera pasar).

Tom nos está esquivando para dejarnos a solas y nosotras pasamos la mayor parte del tiempo unos pasos por detrás. Al final, en el viaje de vuelta, Ela se va con su padre, y mi madre y yo vamos en el coche de Helena para que los otros no tengan que desviarse. Apenas hablamos, por el cansancio y porque Tom va chateando con alguien. Aunque no sé quién es, me lo puedo imaginar por la sonrisilla tonta que pone.

Nada más entrar por el desvío que lleva al pueblo, empiezan a aparecer las nubes de nuevo. Ya me había olvidado del tema. La chaqueta se ha quedado en el coche de Rai, menos mal que voy a ver a Ela pronto. Solo de pensar en eso siento un cosquilleo en el estómago.

Nos despedimos deprisa de nuestros vecinos. Después de todo el día con ellos, hasta mi madre se queda sin temas de conversación.

—¿Lo hemos pasado bien, eh? —pregunta, nada más entrar.

—Sí.

Podría añadir algo más, podría hablar de cómo Rai y ella han estado todo el día tonteando después de que me dijera que no iba a hacer nada parecido, pero decido callarme. Lo cierto es que no tengo ningún derecho a decirle nada. Es un tipo agradable, se involucra con los demás y supongo que lo podrías considerar «atractivo» para ser un hombre tan mayor. Si soy sincera conmigo misma, no sé por qué me molesta tanto. A Ela tampoco le hace gracia, puede que para ella sea más difícil.

Subo a mi habitación con la excusa de que estoy cansada. Si luego me entra hambre, me prepararé cualquier cosa de la nevera. Me dejo caer sobre la cama con el móvil en la mano. Aunque es tan pronto que ni siquiera ha atardecido, nadie lo diría con el cielo encapotado que apenas deja pasar la luz a través de mi ventana. Antes de que pueda darme cuenta, llevo demasiado tiempo perdido en TikTok. En el chat de «La Pandi», tras las felicitaciones a los dos campeones, nadie ha vuelto a decir nada.

Me da que mi única opción es levantarme para buscar esa cena improvisada.

La casa está sumida en un silencio muy extraño. Mamá ha debido salir, porque no se oye la tele, ni siquiera una de sus listas de Spotify que se suele poner de fondo para hacer prácticamente cualquier cosa. Ahora que lo pienso, tampoco se oye el viento, las cigarras, el sonido casual de un pájaro o los pasos de alguien caminando por la calle. Al llegar al pueblo, no estaba acostumbrada a que eso fuese ruido, en comparación a los coches de Madrid, pero enseguida me di cuenta de que si prestaba atención, podía escuchar muchas otras cosas.

—¿Mamá? —pregunto con cierto temblor en la voz, que retumba entre las paredes de la casa. Aun así, insisto—. ¿Mamá?

Silencio. Me encojo de hombros y voy hacia la nevera. A no ser que encuentre algo mejor, la cena improvisada va a ser un yogur. El ambiente en la cocina está todavía más raro y el interruptor de la luz no funciona. Quizá a eso ha salido mi madre, puede que se haya ido la luz y esté preguntando a los vecinos si es algo general. Pero me habría avisado, digo yo. De pronto, está demasiado oscuro. Voy hacia la entrada intentando reprimir ese pensamiento que me grita lo raro que es esto y entonces me encuentro la puerta entreabierta. Hay gente del pueblo que no cierra a propósito, sobre todo durante el día cuando están por ahí, en el patio, y las mascotas andan entrando y saliendo, pero, ¿mi madre? No llevamos aquí el tiempo suficiente para habernos olvidado de la paranoia que es cerrar bien con llave en una gran ciudad. Es imposible que lo haya hecho sin darse cuenta.

Me asomo al exterior, descalza. Al menos no me había puesto el pijama aún. Si el interior de la casa era extraño, lo que veo fuera me confirma que aquí está pasando algo. Se ha hecho de noche por completo y una fina niebla cubre las calles. Las farolas no están encendidas y, aun así, hay una luz azulada que no sale de ninguna parte. Mi madre tampoco está aquí, ni ella ni nadie. Estoy a punto de volver a meterme en casa y subir a la cama para convencerme de que estoy soñando, cuando veo una figura al fondo de la calle.

Será un vecino, pienso. Será verdad que se ha ido la luz en el pueblo. La niebla es normal en una zona montañosa, me digo a mí misma, no es el primer banco de nubes bajas que veo en Fuente del Ángel.

Sin embargo, y sin que yo pueda hacer nada por evitarlo, mis pies descalzos echan a caminar hacia la figura. Es una sombra alta, más incluso que Tom. Ojalá fuese Tom. Podría llamar a su casa, seguro que mi madre está ahí. La figura se marcha y necesito seguirla.

—¡Eh!

Echo a correr tras ella, que no ha reaccionado a mi llamada. Si no me doy prisa, la perderé entre los callejones. Cada vez que giro una esquina, allí está; lo bastante lejos para que no pueda reconocerla, lo bastante cerca para que no me pierda. Lo está haciendo a propósito, me está llevando a algún sitio.

«Aura...»

La voz suena dentro de mi cabeza. No delante ni detrás, dentro de mi cabeza, la misma voz que casi hace que me dé un infarto hace unas noches. Una voz que me parece escuchar en cada esquina, cuando es de noche o no hay nadie. La voz del ángel.

Corro más deprisa, tal vez si me esfuerzo llegue a alcanzar la sombra, pero algo está mal. Por más que me esfuerzo, mis pasos no avanzan demasiado, me quedo sin aliento. Aprieto los labios y tiro hacia adelante.

A nuestro alrededor, el pueblo parece más pequeño, sus calles más estrechas. Cada metro que avanzo las paredes de piedra se juntan entre ellas, como si me quisieran tragar. Grito para forzarme a seguir mientras las piedras, antiguas, grandes, se cierran a mi alrededor. Ni siquiera sé si estoy todavía en el pueblo.

—¡No lo permitiré! —empujo las paredes con fuerza. Están heladas al tacto y me dejo caer hacia delante con los ojos cerrados.

«Aura...»

Me golpeo la cabeza contra el suelo y eso me obliga a abrir los ojos. De algún modo he llegado a la plaza, solo que es más pequeña. Los edificios no cuadran con los que hay ahora, aunque sí puedo distinguir los más antiguos. Está desierta, solo la ligera niebla habita el lugar, iluminado por la tenue luz azulada.

Desde el suelo, intento incorporarme. Me duele todo el cuerpo. Levanto la vista y veo mi sombra, un poco más adelante. No sé cómo, pero sé que me está mirando fijamente.

En respuesta a mi pensamiento, sus cientos de ojos se iluminan en dorado y me pongo de pie de un salto. Estoy soñando, es eso. Sé que estoy soñando. Me da miedo moverme, por si espanto a la figura.

—¿Quién eres?

—Aura... —esta vez la voz viene de la sombra.

—¿Eres el ángel? —pregunto con un hilo de voz.

Reúno todo el valor del que soy capaz y doy un par de pasos en su dirección. La figura se eleva y se coloca en el centro de la fuente, levitando, sin dejar de mirarme.

—Vas descubriendo... —reverbera en el vacío de la plaza—. Sigue...

—¿Qué estoy descubriendo? —insisto—. Solo son leyendas, la gente no sabe nada.

—Sí.

Solo eso. Sí. Sus ojos brillantes empiezan a perder fuerza. Está quieto, en la pose de la estatua y poco a poco se convierte en ella. La luz dorada se concentra en una zona de su ala, en una pluma. La pluma distinta.

No sé qué tengo que hacer. No sé por qué soy yo la que tiene que hacerlo. Pero si el ángel quiere que descubra cuál es el misterio tras la pluma diferente, qué remedio.

Tendré que hacerlo.



LADRONA DE GAFAS

La mañana siguiente a mi pesadilla, el cielo aparece cubierto por unas densas nubes grises y una niebla espesa lo envuelve todo. Al asomarme por la ventana de la habitación no llego a ver ni siquiera la pared blanca del final del jardín.

Además, hace más frío que los días anteriores.

—Joder, que es agosto...

En el chat del grupo hay muchas fotos de los paisajes que se ven desde otras partes del pueblo. Bueno, más bien que no se ven. Pablo nos comenta que donde vive su novia, hace el mismo tiempo de siempre.

«Ya es mala suerte, ¿por qué nos toca a nosotros?».

Me meto el móvil en el bolsillo del pantalón del pijama y, para resguardarme del tiempo tan raro, me pongo la sudadera de El señor de los anillos, que lleva tirada en el suelo desde el día que fuimos a la biblioteca.

Hoy tiene que ser un buen día, se supone que iba a ser un día ideal.

Al abrir la puerta me viene un olor tenue a incienso, eso es que mi madre ya está levantada. Bajo al primer piso y, efectivamente, está en el salón escuchando una playlist de mantras que me sé de memoria, enfrascada en una de sus habituales rutinas de yoga.

Tiene la esterilla frente a las dobles puertas correderas que dan al jardín. Está de pie, doblada hacia delante, con los ojos cerrados.

—Hola, cielo, ¿te unes a hacer *surya namaskar*?

—No, mamá, no quiero hacer el saludo al sol. Es más, ni siquiera hay sol al que saludar.

—Muy graciosa.

Cambia de asana con una respiración y se desenreda lentamente hacia arriba, vértebra a vértebra, hasta estirar los brazos todo lo posible y volver a adoptar la postura de meditación erguida inicial.

—Ya había terminado, en cualquier caso. ¿Un té?

Levanto la ceja ante la mera sugerencia, ella sonríe con una de esas muecas suyas de «tenía que intentarlo» y desaparece hacia la cocina. Me tiro en el sofá a esperar. Desde aquí, la niebla parece todavía más espesa. Me recuerda a la película.

El móvil vibra, requiriendo mi atención.

«Hola, ¿sigue en pie lo de esta tarde?», el mensaje de Ela aparece como otra de las nubes que cubren el cielo sobre Fuente del Ángel.

«Claro», contesto, «¿a las cinco?»

La invitación para ver «Las dos torres» fue un movimiento atrevido por mi parte, algo que no había hecho nunca antes. Sin embargo, es lo que más ilusionada me ha tenido últimamente. Fui a la tienda de ultramarinos a comprar palomitas y distintas clases de aperitivos. Tengo refrescos e infusiones, e incluso sé dónde guarda mi madre sus chucherías «divertidas», como ella las llama. Aunque no creo que sea una visita adecuada para consumir CBD en gominolas.

Lo único que no tengo en sí, es la segunda confirmación de mamá. Vuelvo a mirar el tiempo que hace fuera. Mierda, se supone que se iba al camping antes que al balneario. ¿Igual lo cancelan? No hace día de comer en un sitio en mitad del monte. Mierda.

En ese momento, aparece la susodicha con dos humeantes tazas. Por suerte, una de ellas es de café.

—Esto... Mamá, ¿te vas a ir con tus amigas?

Me mira dando un sorbito, como si no tuviera la más mínima idea de lo que estoy hablando.

—¿Adónde?

—¡Al camping, mamá! —contesto poniendo los ojos en blanco.

—Ah, no, se ha cancelado al final.

Me quedo congelada unos instantes antes de bullir con toda la rabia del universo.

—Pero, ¿por qué? —digo en un tono más alto del que me gustaría mientras, de fondo, los mantras no paran de cantar—. ¡Me dijiste que te irías!

—Ay, hija, ¿qué más te da? —contesta distraída, mientras alcanza uno de los libros de la mesita de café—. ¿O es que has quedado con alguien en casa?

El tonito me cabrea, es el equivalente verbal y sonoro de una portada de revista de adolescentes. Por desgracia, mi cuerpo me traiciona y me pongo roja, lo que consigue que mi madre se incline hacia delante para observar más de cerca la confirmación de sus sospechas.

—¡Has quedado! —Se pone seria durante un momento—. ¿Es Tom?

—¿Qué? ¡No! —confieso avergonzada ante la sugerencia—. Es Ela, la he invitado a ver una peli aquí.

Mi madre frunce el ceño, confusa, pero solo le dura un instante antes de que se vuelva a recostar en el sofá a ojear su libro.

—No tienes que preocuparte. Hemos cancelado el camping, pero el balneario sigue en pie a las cinco.

Eso quiere decir que, probablemente, Ela y mamá se crucen a esa hora. Qué incómodo. Al menos sé que mi madre se irá. No es que pase nada, pero creo que prefiero estar a solas con mi amiga. Seguro que si no, nos interrumpiría todo el tiempo para ofrecernos distintas variedades de «ayuda». O peor aún, podría invitar al padre de Ela y eso sí que sería una catástrofe.

El tiempo no mejora a medida que va avanzando el día, de hecho, empieza a caer una fina llovizna que incluso lo empeora. Considero seriamente sacar una de las mantitas del sofá. La espera hasta la hora de prepararme se me hace eterna. Arreglo mi habitación y voy paseándome por las distintas estancias de la casa para comprobar que no hay nada vergonzoso que se me pueda haber escapado. Cuando vivía en Madrid no hacía nada de esto, mis amigas venían sin más y nos pasábamos la tarde en la habitación desordenada sin problemas. Tampoco recogía cuando venía Iván, el estado de mi cuarto no parecía relevante. Ahora lo estoy haciendo porque... No lo sé.

Cuando llegan las cinco estoy en el salón, nerviosa. He preparado en la mesita un bol con patatas, chucherías, dos vasos listos para servir las bebidas a las que, por suerte o por desgracia, no les va a hacer falta hielo y el DVD de «Las dos torres» están en medio. Parece una invocación.

Nada más pensarlo me viene a la cabeza el recuerdo de la ouija y contengo un escalofrío. Si no hubiéramos hecho la ouija ese día... quizás... Suena el timbre y doy un respingo.

—¡Auryn! —me grita mi madre desde su cuarto—. ¿Abres?

Claro que abro, mamá. Como si no supiera que es para mí, respondo en mi mente, porque no pienso ponerme a dar voces con la silueta de Ela recortada a través de la ventanita que hay junto

a la entrada.

—Ho-hola —saludo al abrir. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Lleva una especie de chubasquero fino con la capucha puesta y, aunque ahora mismo ha dejado de llover, está un poco húmeda, como si la hubiera necesitado por el camino—. Qué puntual.

—Me tomo muy en serio la salvación de la Tierra Media —bromea.

Lleva bajo el brazo una botella de Coca-Cola y una bolsa gigante de revuelto de frutos secos. Se queda quieta y me mira con curiosidad, hasta que me doy cuenta de que me he quedado plantada en medio y no puede pasar.

—Uy —suelto avergonzada—. Perdón, pasa.

Me aparto y entra dando pequeños saltitos.

—¡Hola, directora! —exclama cuando ve a mi madre en lo alto de la escalera. Está bajando con una bolsa deportiva colgada del hombro, así que espero que su partida sea inminente.

—Me llamo Eva, cielo —corrige la otra y se acerca a darle dos besos—. No tienes que llamarme directora fuera del instituto.

—Lo sé —responde Ela entre dos sonoros «muac»—, estoy practicando. Ya no queda tanto, ¿eh?

Resoplo. Todavía falta cerca de un mes, pero el verano se me está pasando sorprendentemente deprisa. Todo lo contrario a lo que había apostado conmigo misma.

—Qué horror —me quejo—, si parece que ya estamos en octubre.

—Eso te pasa por enfadar al ángel —dice Ela con retintín, y mi madre alza una ceja.

—¿Quién es Ángel?

Carraspeo con sonoridad y la empujo hacia la puerta.

—Es una broma interna, mamá. No lo entenderías.

Se deja arrastrar por mí, mientras rebusca en el bolso para asegurarse de que lo lleva todo.

—Bueno, portaos bien —dice, como si tuviéramos ocho años—. Si luego te quieres quedar a cenar, Ela, cariño, avisa a tu padre para que no se preocupe.

—¿Y tú vienes a cenar? —pregunto con genuino interés.

Mi madre se lo piensa unos segundos antes de responder.

—No lo sé, puede que las chicas quieran tomar algo. Te avisaré con lo que sea, hay masa fresca de pizza en la nevera.

Desde que nos vinimos al pueblo y tuvimos que olvidarnos de las cadenas de pizza con envío a domicilio, mamá suele comprar ingredientes para hacer las nuestras caseras. Reconozco que están mucho más ricas, esa es una de las derrotas referentes a Fuente del Ángel que menos me ha costado aceptar.

Por fin se larga. Nos llega el sonido del motor desde la calle y el de las gotas de lluvia cayendo de nuevo.

—¿Palomitas? —ofrezco, echando a andar hacia la cocina.

Ela acepta sin pensar y entra al salón para dejar las cosas que ha traído junto al resto de aperitivos y asiente, como si ahí no hubiese ya suficiente para cinco personas.

—Mi padre hoy ha hecho una triste ensaladita campera —dice con cara de disgusto—, vengo preparada para ponerme gocha.

La sola mención de Rai hace que mi gesto también se tuerza un poco. No quiero hacerla creer que su padre me cae mal, de hecho, me parecería un señor bastante simpático en otras circunstancias.

—A ti tampoco te hace gracia, ¿eh? —pregunta.

Las palomitas empiezan a explotar en el microondas, igual que los pensamientos dentro de

mi cerebro.

—Eh... ¿El qué?

—El rollito que se traen nuestros padres.

Se apoya en la encimera con una pose casual, se cruza de brazos y mira distraída por la ventana. La luz grisácea de la tarde encapotada oscurece sus ojos claros y la idea de que son los ojos más bonitos que he visto nunca me asalta.

—Ah, eso —consigo articular—. No sé por qué, pero... No, no mucho. Es decir, no soy la típica hija loca que no quiere que su madre encuentre el amor, ¿sabes? Ni tampoco quiero que vuelva con mi padre. ¡Ni de coña!

Me entra una risita histérica solo de pensarlo. He dicho todo eso muy deprisa y creo que contradice el mensaje de que no estoy loca.

—Ya, lo sé —responde con calma—. Yo tengo la misma sensación. Creo que todavía no ha ocurrido nada serio entre ellos. Nos lo habrían dicho, ¿no?

Ela se queja a menudo de los recados a los que su padre no para de enviarla, pero tienen muy buena relación. Como yo con mamá, ella también me lo habría dicho si fueran «novios» oficiales.

El pitido del microondas reclama mi atención. Saco la bolsa hinchada y la vacío, con cuidado de no quemarme, en un recipiente. Me encojo de hombros ante su pregunta. Mi propia madre, que además no se corta un pelo a la hora de hablar sobre relaciones y sexo. Las conversaciones más incómodas de mi vida las ha protagonizado ella.

—Bueno, ¿sabes qué? Da lo mismo —concluyo. No voy a permitir que este tema nos arruine la tarde—. Vamos a disfrutar de la peli y a olvidarnos de nuestros problemas del primer mundo.

A eso Ela no le pone ninguna pega. Se me adelanta con una sonrisa traviesa, corre hacia el sofá y se sienta en uno de los lados.

—¡Me pido aquí! —exclama. Alcanza la caja de los DVDs, que tiene más años que yo, porque la compró mi madre en cuanto pusieron a la venta la versión extendida—. Oye, esto es una reliquia.

Extiendo la mano para que me tienda el disco y lo pongo en el reproductor, que conservamos precisamente para este tipo de cosas. Mamá es muy aficionada a comprar películas y packs de series, y el mueble que hay debajo de la tele está lleno de ellos. Toda una romántica. Anticuada, pero romántica.

—Por cierto, ¿qué te parecen? —pregunta señalando sus pendientes. Son unos aretes dorados con los grabados del anillo único.

—¡Me encantan! ¿Dónde encuentras estas cosas?

—Una maga nunca revela sus trucos.

No puedo evitar sonreír antes de darle al play. Empieza la peli y me acomodo a su lado en el sofá. Ella se descalza, se acurruca más junto a mí y enrosca su brazo alrededor del mío. El contacto con su piel tibia y suave hace que sienta ese hormigueo en el estómago y tengo que concentrarme en parecer relajada y cómoda, no sea que piense que quiero que se aparte.

Sin embargo, en cuanto avanza la peli, el ambiente se relaja de verdad. Volvemos a ser nosotras mismas, retomamos el hilo de bromas que ya hicimos en el cine cuando vimos la primera parte y surgen nuevas. Si no hubiéramos visto la película veinte veces, no nos estaríamos enterando de nada.

Con el paso de las horas, terminamos cada una en un extremo del sofá, con las piernas estiradas hacia el medio, cruzadas las unas sobre las otras.

—¡Triple!

Lanza una palomita desde donde está y abro la boca para capturarla, pero me da en la nariz y se cae al suelo. Ela se parte de la risa.

—Qué mala puntería —me meto con ella.

—¿Yo? —finge ofenderse—. ¡Es que te has movido!

—Qué va.

Es verdad que me he movido. Le lanzo una gominola en respuesta y ella la atrapa al vuelo, pero está a punto de caerse del sofá en su esfuerzo por atraparla.

—La que no tiene puntería eres tú, tía —se burla, masticando—. O a lo mejor tienes que ir al oculista.

—Pues las gafas me quedarían muy bien —argumento—. Me darían un aire... intelectual. ¡Ahora vengo!

Salgo escopetada hacia el piso de arriba, esperando encontrar las gafas falsas de las que acabo de acordarme. Son de un antiguo disfraz de Halloween y estoy casi segura de haberlas visto durante el desempaquetado de la mudanza. Cuando llego abajo con ellas puestas, Ela se ha vuelto a sentar erguida y está a punto de echar por la nariz el trago de Coca-Cola que acaba de beber.

—Soy una artista atormentada —dramatizo, dejándome caer a su lado. La montura de las gafas es negra, de pasta, más gruesa de lo que sería en unas reales. Al menos, si yo tuviera que elegir las. En la penumbra del salón no se nota tanto que son de plástico barato y tienen cristal sin graduación, no solo el agujero.

—Tu arte valdrá millones —dice, respondiendo a mi actuación—, pero tendrás que morir primero, guapa, es el precio de la fama.

Alza el brazo para quitármelas y yo retrocedo intentando evitarlo, pero me escurro y caigo sobre el asiento del sofá. Ela aprovecha la situación y se sienta a horcajadas sobre mí. Las gafas se han resbalado por mi nariz y trata de cogerlas mientras yo forcejeo agarrándola por las muñecas.

—¡Socorro! —digo entre risas—. ¡Ladrona de gafas! ¡Ladrona de gafas!

Libera una de sus manos y consigue quitármelas.

—No me das lástima, no eres miope de verdad.

Se las pone ella, triunfal. Sigue sentada sobre mis piernas, inmovilizándome.

—Oh, mierda —respondo—. A ti te quedan mejor que a mí.

Me incorporo sobre los codos y de pronto soy consciente de lo cerca que estamos. Nuestras respiraciones están un poco agitadas por la risa y Ela muestra una sonrisa radiante con dientes perfectos que han debido ser fruto de una ortodoncia.

Estamos tan cerca que puedo ver cómo ella traga saliva cuando nos quedamos paradas, en silencio, con una de mis manos presa de su agarre. Siento su peso sobre mí y el calor del verano vuelve de pronto, tan rápido que juraría que puedo estar soñando.

Pero esto no es un sueño, es real. Es real porque noto mi propio pulso entre los dedos de ella, acelerándose. Es real porque, cuando me acuerdo de respirar, su perfume cítrico entra en mi sistema embotándome los sentidos. Es real porque está encima de mí, mirándome, tragando saliva.

—Oh, mierda...

Ella vuelve a tragar saliva, esta vez más rápido y, durante un segundo, la veo dudar de algo que a mí se me escapa. Y se me escapa por una razón muy concreta y es que me está mirando con sus profundos ojos oceánicos, directamente, sin compasión. Ahora soy yo la que traga saliva y de mi boca se escapa un suspiro lánguido.

Ella cambia su gesto como si hubiese comprendido algo que no soy capaz de captar, pero que mi cuerpo parece saber. Su mano baja, sin soltarme la muñeca, y la otra que tiene libre la apoya en mi clavícula. No en mi cuello, ni en mi hombro, ni en mi mejilla, en la clavícula.

Se inclina un poco hacia mí y no puedo evitar bajar la vista, avergonzada, solo para darme cuenta de que cuando ella me ha soltado una mano para ponerse las gafas, mi cuerpo traicionero la ha bajado hasta apoyarla en su muslo. Esto... Es la primera vez que me pasa.

Levanto la cabeza para darme cuenta de que estamos mucho (*mucho*) más cerca. Ni siquiera escucho la escena que está teniendo lugar en la pantalla. Estamos en el salón de mi casa, pero bien podríamos estar en mitad del espacio exterior, seguiríamos siendo a lo único que puedo prestarle atención.

Su mirada está brillante, atenta a cada uno de mis movimientos, yo me quedo quieta sin saber qué hacer. Siento de pronto un miedo terrible a romperlo, el momento, nuestra confianza, la amistad...

Ella sigue avanzando y, por instinto, cierro los ojos. Con un nuevo suspiro, que hasta el momento estaba preso dentro de mí, relajo el cuerpo y noto como el de Ella se acerca más. Mi boca se entreabre.

Pero no sucede nada.

Levanto las cejas por la sorpresa y abro los ojos. Ella se ha alejado, me ha soltado la mano y ahora, por algún motivo que desconozco, se está levantado y dejándome huérfana en el proceso.

—¿Qué? —pregunto al aire, confusa.

Ella se sienta en el otro lado del sofá, frotándose las manos contra las rodillas, roja como un tomate. Durante unos instantes, largos como un anuncio antes de un vídeo, ninguna decimos nada y el silencio se adueña de la sala, sonando más alto que la televisión que todavía permanece encendida.

Cuando hablamos, lo hacemos a la vez.

—Lo siento mucho, Aura...

—¿Por qué has parado?

Nos miramos inclinando la cabeza.

—¿Qué?

—¿Qué?

Me abrazo a mí misma para darme la sensación de confort. No sé muy bien ni qué decir. Por suerte, no tengo que hablar primero.

—Siento haberme pasado, sin preguntarte ni nada. Yo... —Nunca la había visto tan insegura, es incluso extraño, como si fuera otra persona—. Ha sido una tontería, me he dejado llevar por la situación. No significa nada.

Sus palabras, que me deberían dar descanso y paz, se me clavan en lugares muy profundos.

—No te preocupes, somos amigas y eso no va a cambiar.

Creo que me estoy mareando. Amigas, dice. Claro, es importante tener amigas. Yo he tenido algunas amigas, con las que no he hecho nada parecido a lo que acabamos de hacer, aunque confieso que alguna vez lo he pensado. Amigas, más que una palabra, es un ancla.

Me paso la mano por los ojos. El ambiente está muy cargado, creo.

—Me alegro... —digo sin demasiada convicción—. Además, imagínate qué faena si encima nuestros padres se enrollan al final.

La mención del extraño rollo que se traen nuestros padres parece volverla a activar.

Asiente con la cabeza.

—Ya, eso es un... añadido. —No acabo de entender esto último—. ¿De verdad crees que se

gustan?

Reflexiono un momento ante su pregunta, una que yo misma me llevo haciendo un tiempo.

—Solo sé que nunca había visto a mi madre así... Tienen mucha química.

Mi «amiga» asiente con la cabeza enérgicamente.

—Yo a mi padre tampoco —dice casi con pena.

—¿Te molesta por tu madre?

—¡No! —contesta agitando los brazos—. Para nada, mi padre ha tenido alguna pareja en estos años.

—¿Entonces?

—Déjalo, no importa...

Nos quedamos calladas, mirando a la tele, incapaces de averiguar cómo seguir la conversación o, incluso, cómo seguir comportándonos como antes. Ela me iba a besar, yo iba a dejar que me besara.

—¿Qué significa...? —empiezo a preguntar, pero enseguida cambio de opinión en cuanto a la pregunta, porque no sé muy bien cómo explicar la situación en la que estamos—. ¿Qué acaba de pasar?

Veo que echa el aire por la boca lentamente, para serenarse. No se le dan muy bien estas cosas, me parece a mí. Aunque no soy quién para hablar. De golpe, cambia su actitud, vuelve a su pose de seguridad, incluso esgrime una sonrisa abierta como un arma. Me recuerda a la competición de judo, donde su estrategia siempre era realizar la primera acción. Atacar hacia delante.

—¡Nada, no te preocupes! —Su voz ha mutado y no hace falta ser un genio para darse cuenta de que la está impostando—. No significa nada, solo que estábamos aquí solas y me pareció que... bueno, que había un poco de tongo. Pero tranqui, error mío, ¿te imaginas el follón si hubiera pasado?

Soy incapaz de moverme o reaccionar ante el discurso torpe y atropellado, el tono ligero e incluso un poco condescendiente. A pesar de todo, creo que tiene algo de razón y no puedo más que bajar la cabeza, intentando procesar.

—Será mejor que me vaya. —Antes de que pueda decirle nada, Ela recoge su chubasquero y la pequeña riñonera que había traído y sale hacia la puerta de casa como un vendaval que lo arrasa todo a su paso—. ¡Nos vemos!

Y da un portazo de salida.

—¿Qué?



COSAS QUE SE PUEDEN PERDONAR Y COSAS QUE NO

Ela y yo no hemos vuelto a hablar. No nos hemos mandado mensajes, tampoco me ha puesto ningún comentario en el Instagram o en el grupo de WhatsApp. No es tan raro, en realidad, a menudo pasamos días sin decirnos nada directamente. Desde hace unas semanas, no es lo habitual, pero quizá esté ocupada. El montaje de las fiestas ya ha empezado y el pueblo entero está revolucionado. En parte, porque continúan las lluvias y se están empezando a convertir en tormentas; en parte, porque siguen adelante con ello a toda costa. Ya están montados los primeros puestos y el escenario al que se supone que vendrán algunos grupos de tercera a tocar.

El programa de las fiestas llega esta mañana a mi puerta de manos de Tom, sus padres forman parte de la comisión y ha decidido ahorrarles el viaje para hacer el reparto. No se puede ser más bueno que este chico, un día se lo llevarán para exponerlo en un museo como único en su especie.

Viene al porche con el pelo mojado por la lluvia, vestido con una chaqueta completamente inadecuada para el tiempo que hace. Todavía se puede ir por la calle, aunque según han dicho por el grupo, cuando llueve en el pueblo tiende a hacerlo a lo bestia.

—Madre mía, Tomy —digo al abrir la puerta, a modo de saludo—. ¿Era necesario que vinieras ahora? ¿Hay algo en el programa de fiestas que no pueda esperar? ¡No creo que el discurso de la alcaldesa sea para tanto!

Intento quitarle hierro al asunto, pero él me entrega el libreto, que es bastante más grueso de lo que me esperaba, sin miramientos y con expresión seria.

—¿Qué te pasa?

Hay algo que no cuadra.

—Necesito una segunda opinión.

Levanto una ceja, extrañada, mientras mete la mano dentro de su chaqueta, buscando algo. Le ofrezco pasar, pero descarta la idea con un gesto y me ofrece el móvil en lugar de una respuesta verbal.

Lo que recibo es un intercambio de mensajes y leo el último con interés. Es de Lucía, que él tiene guardada como «Luchi» y un emoji sonriente.

LUCHI: Eres increíble, Tom. De verdad que no hay nadie como tú.

Con el único objetivo de conseguir algo de contexto (de verdad), le echo un vistazo a los mensajes anteriores. En ellos Tom anima a Luchi a cumplir su sueño, que al parecer es hacerse médico e irse con el ejército a zonas de guerra.

—Vaya, no me lo esperaba, eso te lo concedo —digo tendiéndole el móvil de vuelta. No la veía con vocación militar.

—¿Verdad? ¿Por qué ha puesto la cara partiéndose de risa? ¿Qué significa?

—¿Cómo? —Vuelvo a coger el teléfono una segunda vez para comprobar que, en efecto,

hay un emoji de risa. Sin embargo, tras un segundo vistazo, me fijo que fue enviado horas más tarde—. Entiendo...

—¿Entiendes qué? —pregunta preocupado—. ¿Me he pasado? Tal vez se ha pensado que me lo estaba tomando a risa...

Pongo una mueca. Será muy bueno, pero a veces es un poco lento.

—¡Tom, ese mensaje es de anoche y tú todavía no le has contestado! ¿Qué esperabas? —Me cruzo de brazos—. Te muestras *supersupportive* durante un montón de rato con la chica, ella te suelta esta bomba y de repente te quedas callado. Trata de minimizar los daños restándole importancia, ¡pero es una tontería!

—¿Me estás diciendo que de verdad piensa que soy increíble?

Mira el teléfono como si estuviera esperando que el traductor flirteo-castellano apareciera de pronto confirmando mis palabras.

—¡Sí, enorme tontorrón! Igual de increíble que es que hayas tenido que esperar a venir a mi casa para preguntarme eso.

—Bueno, no quería molestar... —dice frotándose la parte de atrás de la cabeza.

—Hazme el favor de contestarle ya.

—¿Y qué le digo?

—¡La verdad!

Este chico tiene la capacidad de alegrarle el día a cualquiera, eso tengo que concedérselo, incluso cuando hace cosas tan absurdas como esta. De pronto, un trueno rompe el aire demasiado cerca. Fijo que cae un chaparrón.

—Me lo pensaré... —concede al final—. ¿Oye quieres quedar más tarde con estos?

La posibilidad de ver a Ela después del fiasco de la tarde de películas hace que se me haga un nudo en el estómago. No estoy preparada.

—No, creo que me quedaré en casa.

Tom se encoge de hombros, aunque no puede reprimir una expresión de decepción, similar a la de un cachorro al que no le dejan comer antes de tiempo.

—Si te lo piensas mejor, dame un toque. —La lluvia empieza a caer con más fuerza y Tom se despide—. ¡Muchas gracias por tu ayuda, chica de ciudad!

Se marcha guiñándome un ojo, un gesto por el que cualquier chica se desmayaría. Yo solo suspiro. Ojalá tener la confianza suficiente para vivir la vida como lo hace él, todo parece muy fácil y emocionante.

—¿Quién era?

Mi madre acaba de salir de la cocina, con el delantal y los guantes de horno puestos. Le contesto a la vez que me meto dentro para ver qué es eso que está cocinando y empieza a oler tan bien. Aquí todo parece listo para tener invitados.

—Es un bizcocho de nueces y cerezas —dice con orgullo.

—¿Por qué estás haciendo el bizcocho de las ocasiones especiales? —pregunto con suspicacia—. La última vez que hiciste esta receta fue para decirme que nos veníamos a vivir a Fuente del Ángel.

Se ríe como si acabase de soltar una broma. Mi madre es una de esas personas que consideran que las buenas noticias hay que acompañarlas con comidas deliciosas, bajo la premisa de que así, cuando vuelvas a comer la receta en cuestión, recordarás lo feliz que te sentiste entonces. Por desgracia, su visión de lo que es una «buena» noticia parece ser diametralmente opuesta a la mía.

Se saca los guantes y el delantal, se sienta en la mesa de la cocina y me invita a hacer lo

mismo. No me gusta hacia dónde está yendo esto. Me dejo guiar, si soy honesta conmigo misma, al principio venir a este pueblo resultó el final de mi vida, pero no ha estado tan mal.

Y el pastel está delicioso recién hecho.

—Verás, Aura, es que creo que tenemos mucho que celebrar, ¿verdad? Primero de todo, ¿quieres un café? —Me está sobornando con un café, eso enciende todas mis alarmas. Niego con la cabeza—. Te estás adaptando bien a Fuente, ¿no es así? Tienes un buen grupo de amigos, una red de apoyo...

Asiento con suspicacia.

—Digamos que yo también estoy disfrutando de la experiencia y me alegra verte feliz.

—Ya, ya se nota que estás disfrutando —digo con más malicia de la que pretendía. Tengo un mal presentimiento. Mi madre ignora mi tono y sigue hablando.

—La cuestión es que tú y yo siempre hemos sido transparentes la una con la otra y nos hemos dicho la verdad, por eso creo que es el momento de que conozcas mejor a alguien importante para mí...

Todo mi cuerpo se tensa. Es posible que este sea el momento que he estado temiendo todos estos días. No, por favor, que no sea eso.

—¿A qué te refieres? —intento respirar para calmarme, pero noto cómo el corazón me late cada vez más fuerte y me sube el enfado, sin que pueda hacer mucho para evitarlo.

—Le he invitado a casa...

—Con que para eso era el bizcocho... —murmuro, notando como el calor me sube cada vez más. Ella asiente con expresión grave. Es obvio que un solo movimiento en falso puede desatar una guerra. Trago saliva—. Así que alguien importante..., ¿es tu novio?

La pregunta llega como una daga voladora, directa a rozarle la oreja y a hacer sangre, porque me imagino lo que viene a continuación, es que sé lo que va a decir.

—No, todavía es pronto para eso, pero nos conocemos y estamos a gusto y queremos explorar ese terreno. Te lo cuento antes de tiempo porque sé que en los pueblos la gente habla y... quiero que te enteres por mí.

El movimiento en falso. Claro, por supuesto, enterarme por ella, como si no fuera más obvio que cuando suenan las campanas de la iglesia. Me tiro hacia atrás y resoplo cruzándome de brazos. Esto es muy fuerte.

—¿Qué? —tiene la poca decencia de preguntar. Eso me enciende, me levanto de golpe y me apoyo en la mesa.

—¿Cómo que qué? ¿Crees que soy tonta? —pregunto indignada, señalándome la cabeza—. Vamos, es que fijo que lo sabe todo el pueblo ya, joder.

Parece genuinamente confusa y que se haga la despistada me cabrea todavía más. Aunque la conozco y sé que no le ha gustado mi tono ni la palabrota, es posible que también esté a punto de saltar. No sé por qué, pero, por algún motivo, deseo que lo haga.

—Pensé que habíamos sido discretos.

—¿Discretos? —exclamo. Bajo la cabeza, una maraña de sentimientos se han alojado en mi boca del estómago y creo que podría vomitar—. Tonteáis como si fuerais dos adolescentes. ¡Claro que la gente va a hablar! ¿Es que solo sabes pensar en ti?

Mi madre se levanta y pone su gesto favorito, que es el de «soy docente de adolescentes y no me asustas».

—¡Aura Carrasco! —sentencia—. No tienes ningún derecho a usar ese tono conmigo. ¿Cómo que solo pienso en mí?

Resoplo y niego con la cabeza.

—Me arrastras a este pueblo de mierda en mitad del bachillerato, me alejas de mi novio, de mis amigas, de mi casa... ¡Y ahora que las cosas empezaban a ir mejor, vuelves a arruinarlo todo por follarte al profesor de baile!

Mi madre aprieta los labios y sus aletas de la nariz se abren. Está cabreada, y mucho. Sé que me he pasado, pero este no es momento para echarme atrás.

—¡Se acabó! —levanta la mano y me señala las escaleras—. No voy a tolerar que me hables así, yo que me he esforzado desde el día uno que vinimos al pueblo. Está claro que me he equivocado contigo, hija. Sube a tu cuarto ahora mismo, estás castigada.

Abro la boca. Me parece increíble. ¡Qué injusto! ¡Por decir la verdad se me castiga!

De entre toda la gente del pueblo decide que tiene que tener algo con Rai. Ela es su hija e íbamos a besarnos. No sé si quiero besarla, ¡pero no puedo hacerlo si nuestros padres están liados! Qué asco.

—¿No quieres que esté en medio cuando venga, es eso? —digo presa de la ira—. ¡Pues me voy!

Antes de que pueda decir nada, salgo corriendo hacia la calle y cierro con un portazo.

Me marchó antes de que pueda detenerme.

Echo a correr por la calle sin chaqueta ni paraguas. Por suerte, tenía las deportivas puestas, porque mi salida dramática no habría sido lo mismo si hubiera tenido que parar a calzarme. Mamá ni siquiera ha dicho nada más. Hizo lo mismo cuando me dijo que veníamos a vivir al pueblo, dejó que mi enfado fluyese, aunque esa vez no se enfadó conmigo. Ahora es distinto, esta vez yo no debería tener razones para enfadarme. Debería resultarme indiferente que se echase un novio en el pueblo, después de todo, mis planes son marcharme de aquí el año que viene y no volver más, ¿verdad? Mis planes eran pasar estos meses al margen de la vida de sus habitantes, que tenían que ser unos paletos insufribles y caerme mal.

Me estoy empapando. El trueno que ha sonado hace unos minutos no es el único, han seguido cayendo y la lluvia aprieta cada vez más. No sé dónde voy, mis pasos me llevan por inercia por un camino conocido, que termina en el mirador. El gato blanco está dentro de una de las casas y me mira a través de la ventana. Cuando le devuelvo la mirada, se estira y desaparece tras unas cortinas. Yo también debería meterme en algún sitio con la que está cayendo.

Entonces, allá abajo, entre los árboles, capto un movimiento. Me acerco a la barandilla para fijarme bien. La lluvia es tan espesa que apenas puedo ver nada y ya empiezo a preguntarme qué estoy haciendo aquí y dónde voy a ir a buscar refugio, cuando se mueve algo al fondo. En las ruinas del antiguo monasterio hay una figura. No puedo distinguir si es una persona, pero es un ser, está claro, y me está mirando. No sé por qué estoy tan segura, pero sé que me mira y que quiere algo de mí.

—¡Aura! —exclama una voz a mis espaldas. Doy un bote y, en un parpadeo, la figura ha desaparecido—. Aura, ¿qué haces ahí plantada?

Tom viene corriendo hacia mí. Sigue con un taco de programaciones debajo de un brazo, pero en la otra mano sujeta un paraguas de flores que seguro que le ha prestado alguna vecina.

—Yo...

No consigo decir nada más. Mis ojos buscan con desesperación algún signo de que la figura estaba ahí de verdad y no ha sido solo una alucinación.

—Venga, vamos a resguardarnos —dice, al tiempo que otro trueno rasga el cielo—. Esto se está poniendo feo.

Me dejo llevar por él, que parlotea sobre lo empapada que estoy, el catarro que voy a coger y lo encharcadas que tiene las zapatillas.

—Vamos a tu casa para que puedas cambiarte —propone.

—¡No! —exclamo sin pensar, y se sobresalta por la violencia de mi tono de voz—. Es decir, perdona... Preferiría no ir a casa ahora mismo. Me he enfadado un poco con mi madre.

Seguro que se da cuenta de que ese «un poco» es un intento por minimizar una situación más grave. Si solo fuese un poco, no estaría aquí calándome hasta los huesos. Asiente, comprensivo, y sigue caminando hacia algún sitio sin volver a insistir. Hasta que no estamos en la puerta del Ángel Caído, no soy consciente de que me estaba trayendo aquí.

—Unas patatas fritas siempre ayudan, ¿eh?

Se me escapa una ligera sonrisa sin poder evitarlo.

—Vas a tener que pagar tú —digo, encogiéndome de hombros en señal de disculpa—. He salido tan deprisa que no llevo dinero... ¡Ni el móvil!

Salir de casa sin el móvil es algo que no he hecho jamás.

—No te preocupes, tú me cuentas lo que te pasa y yo a cambio te invito a lo que quieras.

Es un trato más que justo. Necesito esas patatas y hablar con alguien, así que salgo ganando de todas formas.

—Vaya, si lo llego a saber me hubiera quedado más rato en tu casa para evitarte el disgusto.

—Hubiéramos discutido igual.

Tom va hacia nuestra mesa de siempre y yo me excuso un momento para ir al baño. Estoy hecha un desastre, con la ropa empapada y la melena chorreando. Me agacho debajo del secador de manos y pulso el botón en un intento por secarme aunque sea el pelo. Los enredones que van a salir de aquí van a ser épicos. La puerta del baño se abre y una de las empleadas del bar se sorprende al verme ahí.

—¡Qué susto! —exclama. Deja a un lado los rollos de papel higiénico que llevaba para cambiarlos y me coge por los hombros para examinar mi ropa—. Menuda está cayendo ahí fuera, ¿eh?

—Sí... —respondo. Es cierto que, al ser un semisótano, en ese sitio es difícil percibir lo que pasa fuera—. Me ha pillado sin paraguas.

—Al menos hace calor. Tú eres... Aura, ¿no?

—Eh... Sí.

Sigo sin acostumbrarme a que aquí se conozca todo el mundo. Entonces me doy cuenta de que es la hermana de Lucía.

—Espera, te voy a traer una camiseta de recambio que tengo en la taquilla.

Se va sin darme opción a rechazarla y en menos de medio minuto ha regresado. Es una camiseta vieja de publicidad, que me queda grande, pero está seca y huele a limpio, es lo único que necesito.

—Muchas gracias, no hacía falta, de verdad.

—Anda, no digas tonterías —me reprende. Tiene un aire a su hermana y no parece mucho más mayor, deben llevarse muy poco tiempo—. La próxima vez resguárdate en algún sitio antes de ponerte así.

Vamos hacia fuera. En la mesa, Tom me espera mirando el móvil, con dos bebidas delante y el plato de las prometidas patatas. La hermana de Lucía se mete de nuevo en la cocina y yo voy a sentarme con él.

Y se lo cuento todo. El troteo de mi madre con Rai, el viaje a la exhibición de judo, lo que me ha dicho hoy... Y también todo lo que está pasando con Ela y el *casi-beso* de la otra tarde. Todo.

—Estoy hecha un lío —concluyo.

—No me extraña —responde en tono serio. Ha estado escuchando todo el rato en silencio, interrumpiendo solo para hacer preguntas puntuales que necesitaba para entender la situación—. Bueno, yo... ya sospechaba que a Ela le gustas.

Me atraganto con un trago de Coca-Cola y él me golpea en la espalda para calmar la tos.

—¿Crees que le gusto?

—Ela es bastante evidente. —Se ríe—. Y enamoradiza. ¡No quiere decir que le guste cualquiera! —Se apresura a corregir sus palabras—. Pero es cierto que tiene debilidad por las personas como tú. La he visto colgarse por otras personas en varias ocasiones y sé reconocerlo.

—¿Las personas como yo?

—Creativas, dulces, un tanto sarcásticas... ¿A ti te gusta ella?

Tardo un poco en responder mientras juego con una patata a esparcir el ketchup por un lado del plato.

—No lo sé —reconozco—. Hasta hace poco ni siquiera me había planteado que me pudiesen gustar las chicas.

—¿Nunca antes te había gustado ninguna? —pregunta extrañado.

He estado pensando en ello desde «la situación» y si me hubieran preguntado hace un par de meses habría dicho que no. Ahora ya no estoy tan segura.

—Es posible que haya pasado, pero que no haya sido capaz de reconocerlo. ¿Tiene sentido?

—Tiene mucho sentido —responde de inmediato.

—Solo he salido con un chico en toda mi vida, y fue porque él me lo pidió —explico—. Me parecía guapo, ya sabes, objetivamente era un chico guapo. Y también era simpático, compartíamos aficiones en común... Era cómodo estar con él. Me siento un poco así cuando estoy contigo, ¿sabes? Y tengo claro que no me gustas de ese modo. —Observo su reacción durante un segundo para cerciorarme de que no se ofende—. Con Iván... supongo que confundí las cosas.

Mi ex no ha vuelto a insistir en que intentemos una relación a distancia, lo cual es un gran alivio.

—Es normal confundirse —dice, comprensivo—. ¿Te recuerdo que Ela y yo nos besamos una vez? También nos sentíamos tan cómodos estando juntos que todo el mundo nos empujó a pensar que nos gustábamos.

—Pero, ¿y si tampoco me gusta Ela? —pregunto, manifestando en voz alta mis dudas por primera vez—. ¿Y si también termino haciéndole daño? No quería a Iván del mismo modo que él a mí, pero no tenía intención de herirle. Con Ela es todo más complicado, ¡porque nuestros padres se han liado!

Él arruga la nariz.

—Reconozco que, si vuestros padres están juntos y se terminasen... No sé, casando —dice en voz más baja—, sería raro.

—Incómodo. Imposible, esto no es una serie de la tele antigua. Dos hermanastras liadas... me da grima.

—Además, daría de qué hablar en el pueblo. La gente puede ser muy hiriente.

Cojo aire. Es lo que me he estado temiendo. Hasta ahora, me he sentido muy bien recibida por los vecinos del pueblo, aunque las miradas me siguen persiguiendo por las calles. A veces oigo murmullos de «es la hija de la nueva directora»; cada vez menos, porque ya se ha corrido la voz, pero al principio eran habituales. Me molestaba que hablasen de mí a mis espaldas, aunque fuese una tontería, una información trivial acerca de quién soy y por qué he venido a vivir a su pueblo. Si esas habladurías fuesen cotilleos hirientes sobre mi madre, mi pareja o mi situación

familiar... No creo que lo pudiese llevar tan bien.

—Sería todo mucho más fácil si yo te gustara a ti y tú me gustases a mí... —murmuro con cierta pena. Tom alarga la mano y me toca el antebrazo, intentando reconfortarme.

—No creo que alguien como yo sea tu tipo, Aura... —susurra con voz calmada, esbozando una sonrisa enigmática.

No entiendo muy bien a qué se refiere. Para muchas personas él sería el arquetipo de chico de revista. Difícil encontrar a un tío mejor que Tom, que está a un post de ser nombrado imagen oficial de *Golden Retriever boy*.

—¿Soy lesbiana, Tom?

—No lo sé, Aura, ¿lo eres?

Su pregunta cae y produce ondas en el lago de mi memoria. Poco a poco voy recordando sucesos de mi vida, cada vez más alejados del momento actual, películas que he visto, qué tipo de personas me han atraído, en qué momentos he sentido el deseo de estar a solas con mis fantasías y quién aparecía en ellas. Es... Demasiado. Demasiado que procesar.

—Y también está el tema del ángel —digo. Creo que ya va siendo hora de hablar de otra cosa.

—¿Todavía sigues con eso?

—Oh, sí —respondo, y hago ademán de coger el móvil, pero entonces recuerdo que sigue en mi casa—. Lo he enfadado. ¿Las lluvias? Culpa mía.

Él suelta una carcajada.

—Mira, Aura. El pueblo podría perdonarte que te enrollases con tu hermanastra —dice, mientras se inclina hacia mí con una sonrisa traviesa—. ¿Pero arruinar las fiestas por un castigo divino? Chica, eso no te lo van a perdonar en la vida.



NUNCA HUBO MARIPOSAS

Al llegar a casa, estoy dispuesta a agachar la cabeza, comerme la bronca y cenar con Rai, pero me la encuentro vacía. Solo hay una nota de mi madre que dice «hemos salido a cenar», junto al bizcocho al que le faltan dos raciones. Mejor, cuando vuelva puedo fingir que estoy dormida y ya hablaremos de esto por la mañana.

En el móvil hay algunos mensajes del grupo y un par de *likes* en Instagram. Nada relevante. Me tumbo boca arriba en la cama y abro TikTok con la esperanza de distraerme, pero el primer video me recuerda a Ela. Podría pasárselo y ver cómo reacciona. Por qué no.

Los segundos se convierten en horas. No es que ella no responda, es que ni siquiera ha visto el mensaje. Lo cual, supongo, es mejor. Al menos no me está ignorando. Voy a por la libreta para hacer algo que me distraiga y empiezo a pasar las páginas. Hay bastantes dibujos de ella. En la piscina, en las pozas, en la plaza... Hasta uno con su kimono, con una pose que encontré en internet y resultó ser kárate en vez de judo. Qué vergüenza, menos mal que no se lo he llegado a enseñar.

«¿Nunca antes te había gustado ninguna?».

Las palabras de Tom suenan en mi cabeza una y otra vez. Me he pasado la vida admirando a las actrices de mis series favoritas, pero era porque quería ser como ellas, ¿no? Tan guapas y atractivas que quitan el aliento a cualquiera. Alcanzo otra de mis viejas libretas. Es una que empecé el curso pasado, justo al principio de primero de bachillerato. Una chica nueva acababa de incorporarse al instituto, se llamaba Laura y ahora me estoy dando cuenta de que me convertí en una *stalker*. Su cara aparece en una de cada dos páginas, aunque sea en pequeño, en una esquina. La dibujé riendo en varias ocasiones, tenía una sonrisa de esas radiantes que se contagian. A veces me miraba y sentía que se me encogía el estómago. Eso nunca me pasó con mi ex.

Ay, mierda.

Reviso libretas anteriores. Hay muchos esbozos estúpidos, sí, pero todos y cada uno de los dibujos más detallados son de chicas. Verlos me hace recordar cómo me hacían sentir, me daba como un calor en el pecho, una sensación de presión en la boca del estómago. ¿Por qué nunca me sentí así con Iván? ¿Ni con ningún otro chico? ¿Y cómo es que no me había dado cuenta?

El móvil vibra sobre la cama y me lanzo a por él. Es un audio de Ela.

«Joder tía, es buenísimo. Mi padre está por ahí y me aburro un huevo sola en casa, pero me da una pereza decirles a estos de salir con esta lluvia... ¿Qué haces?»

Lo reproduzco varias veces. Suena normal, despreocupada. Y su padre está por ahí. Ya.

—Aquí, en casa —respondo, tras pulsar el botón del micrófono—. Estoy revisando antiguos dibujos y eso... Pensaba abocetar un rato hasta que me diese sueño. Hoy he estado con Tom por el pueblo y nos ha caído la de Dios, me he puesto como una sopa, así que prefiero no volver a salir.

En menos de dos segundos, el tic azul aparece junto al mensaje de voz y sale un «Ela está

escribiendo».

ELA: Pues hablamos para quedar mañana. ¡Dulces sueños!

Le envió el emoticono del besito, ese que pongo siempre que me despido de ella. Si quiero que las cosas vuelvan a la normalidad, me tengo que comportar con normalidad. Aunque, ahora que lo pienso, ¿es normal enviar un besito con un corazón para desear las buenas noches?

Dejo en móvil en la mesita bocabajo, no puede ser. Si fuera... si me gustasen las chicas lo habría sabido hace tiempo. ¡Me habría dado cuenta! ¿No es así?

Debería dormir.

Intento pensar en actores que me parezcan atractivos, en chicos que me parezcan guapos. Una y otra vez me viene a la mente Tom y me esfuerzo por pensar en si alguna vez, en algún momento, he sentido la auténtica sensación de querer besarlo.

La respuesta es que no, nunca, y no conozco a un chico que sea más bueno, amable o gracioso que Tom. ¿Por qué me diría antes que «alguien como él» no era mi tipo? Intento traer a mi mente el recuerdo del primer beso con Iván.

Era invierno y toda la clase habíamos ido a una excursión al Museo del Prado. Llovía, llovía a cántaros, el estruendo de la tormenta podía sentirse incluso dentro de las salas sin ventanas, como una presencia que acompañaba cada paso que dábamos. Aquella mañana fría el museo estaba casi vacío, tan solo nuestro gran grupo del instituto llenaba de voces los pasillos.

Nos dividimos para explorar el espacio. La profesora de arte decidió que sería buena idea dejar que nos aventurásemos por las galerías menos concurridas. La mayoría hicieron pequeños grupitos de dos o tres, pero yo me perdí por mi cuenta. Sabía que debía estar en el punto de reunión del vestíbulo unas tres horas más tarde, así que no tenía sentido hacer la visita con los demás si tenía muy claro qué tipo de obras prefería ver.

La profesora de arte nos había puesto una tarea muy concreta, reinterpretar a nuestro estilo una de las pinturas de la enorme colección del Prado. Era uno de los clásicos trabajos de clase en los que tienes que hacer una redacción de «justifique su respuesta», pero más entretenido que los trillados comentarios de texto sobre obras famosas.

Pasé por delante de una mujer que estaba copiando un cuadro de Velázquez, «Mercurio y Argos», con meticulosidad y elegancia. La profesora nos advirtió de que no podíamos sentarnos a pintar en ninguna sala muy transitada y, aunque solo llevábamos nuestras libretas y carbonillos, que evitáramos molestar a nadie y nos moviéramos si nos decían algo los guardias de seguridad. Existen pintores que van al Museo del Prado a hacer copias de los cuadros, pero ellos tienen que pasar una serie de pruebas y reunir unos requisitos que son una locura.

Vagabundee cerca de la copista, por las salas siguientes que estaban dedicadas a Murillo, sin decidirme acerca de qué quería reinterpretar.

Mis pasos me condujeron abajo, alejada del resto de compañeros. Tenía puestos los cascos de música, aunque no puedo recordar qué estaba escuchando. Me dejé llevar, pasando muy por encima de todas las obras que se arremolinaban a mi alrededor. Hasta que llegué al conjunto de salas dedicadas al siglo XIX y entonces me paré. Algo había captado mi atención y, como todo lo que hacía en aquel curso, me obligué a estar quieta mientras lo procesaba.

Se trataba de una pintura que no había visto antes, no era una de esas obras que se estudian en el penúltimo curso de instituto, ni siquiera tenía muy claro que pudiera ser mostrada en clase. El cuadro era de una mujer tumbada en la arena, de espaldas a aquellas personas que la miraban. Estaba completamente desnuda, estirada, con expresión casi divertida, y su piel era pálida y perfecta. A sus pies había unas conchas que, a buen seguro, no estaban ahí por casualidad. Detrás

de ella, el mar azul, con olas sinuosas que se asemejaban a las curvas de su figura, ocupaba el resto del espacio.

Me sonrojé ante el desnudo, sin poder evitarlo. Jamás había visto algo tan femenino, tan perfecto, tan onírico. Estaba fuera de este mundo y me atrapó, allí con ella. Me acerqué a leer la placa «La perla y la ola (fábula persa). 1862. Óleo sobre lienzo, 83,5 x 178 cm».

—Baudry, Paul-Jacques-Aimé —leí en voz alta.

Casi sin pensarlo, saqué la libreta y lo apunté todo. Di un par de pasos hacia atrás para poder observar el cuadro mejor.

—¿Sabes? Los artistas pintaban sus obras con la intención de que fueran miradas desde una perspectiva en concreto...

Me giré hacia la voz con tono de suficiencia, aunque ya sabía que se trataba de Iván. Él también estaba en mi clase de arte, de hecho, nos sentábamos juntos desde hacía varios cursos.

—Ya lo sé, listillo. ¿Desde dónde verías esta? —le reté.

Si tengo que ser sincera, en ese momento, tenía sensaciones muy confusas acerca de Iván. Éramos muy amigos y estábamos a gusto. Las chicas me preguntaban todo el tiempo que cuándo me iba a declarar y no atendían a razones cuando les decía que no lo tenía nada claro y que no sabía si me gustaba. «Estáis todo el día juntos, ¿cómo no te va a gustar?».

Él miró a los ojos de la mujer de la pintura y me cogió por detrás de los hombros para moverme hacia la derecha, hasta quedar a la altura de la cintura de la modelo, donde parecía que la ola la iba a envolver y tenía exactamente la misma curvatura. Ninguno de los dos sabíamos si ese era el lugar correcto, pero allí, solos en aquella sala del Prado, parecía lo mejor.

—Gracias —dije girando la cabeza e inclinándola hacia arriba en su dirección. Lo vi dudar desde mi espalda y, sin moverse ni retirar sus manos, sonrió.

—No hay por qué dárme las, las bellezas hay que admirarlas desde la perspectiva correcta.

—Ah, sí, ¿cuál es la perspectiva correcta?

Noté como sus manos se tensaban, incluso cogió aire. Se movió y se puso delante de mí. Estaba guapo con aquellas luces. Puso sus manos de nuevo en mis hombros y me miró.

—Esta.

Fue lo único que dijo antes de inclinarse con seguridad y besarme. Yo me quedé quieta, sin saber muy bien qué hacer. No es que no me lo esperara, aun así, no sentí nada de lo que se supone que debiera sentir. Mi estómago no se llenó de las llamadas «mariposas» de las que me habían advertido mis amigas. Tampoco sonó una banda sonora dentro de mi cabeza ni mi cuerpo se vio inclinado a levantar las manos y rodearle el cuello. No, simplemente estaba ahí, de pie, existiendo. Resultó agradable, eso sí, pero lo primero que pensé fue que los besos estaban muy sobrevalorados.

Al cabo de unos segundos de tener nuestros labios pegados, Iván se separó con una sonrisa triunfante. Creo que estaba convencido de que había sido un éxito. Ninguno de los dos dijimos nada, él se quedó en la sala, muy satisfecho, y empezó a esbozar otro cuadro en su libreta, uno en el que salía un león.

Yo tardé un rato en reaccionar y, como no sabía muy bien qué hacer, volví a coger el carboncillo y me dispuse a hacer el ejercicio de clase.

Dibujé, absorta, sin ni siquiera necesitar más referencias, de pie, sin descanso, deprisa, furiosa, sin respirar, hasta que terminé y se me cayó el lápiz de las manos. Observé mi libreta, eso no era... No es...

Eso no es lo que estaba en el cuadro del museo, no es lo que pasó, no es lo que dibujé. El recuerdo está mal, es incorrecto.

—¿Es un ángel? —murmuro.

—Ayuda...

Grito a pleno pulmón y me despierto de golpe en mi habitación a la vez que un trueno rasga el cielo nocturno. Tengo el corazón acelerado, lo noto latir como si se me fuera a salir del pecho.

Alcanzo el vaso de agua que siempre tengo en mi mesita. Estoy bien, solo ha sido una pesadilla, no sé en qué punto me he quedado dormida, solo ha sido una pesadilla...

Estoy bien.



EL VANDALISMO PUEDE ESTAR JUSTIFICADO

Tengo que hacer algo con estos sueños y tengo que hacerlo ya. El café se me está quedando frío mientras miro embobada la pantalla de mi móvil, donde la aplicación del tiempo dice que las lluvias van a ir a peor. La inauguración de las fiestas es este viernes, el día que peor pinta.

Suspiro.

Mi madre se ha levantado pronto y se ha marchado a hacer unos recados a la ciudad, así que todavía no hemos hablado de lo que pasó ayer. Es igual, no tengo prisa.

En el grupo de «La Pandi» están debatiendo sobre quedar o no quedar. Los planes de piscina están descartados, claro, como cualquier actividad al aire libre. En medio de la conversación, Marta cambia la imagen del grupo por una foto que nos sacamos la noche del monasterio.

Ahí empezó todo.

La amplío, para ver nuestras caras sonrientes y mi ignorancia ante lo que se venía.

Entonces me fijo en algo. Estamos todos apoyados en los restos de un friso de piedra, cuando acabábamos de llegar y todavía no era noche cerrada. El color de ese muro me es familiar y no me habría dado cuenta si no fuera por mi reciente obsesión con la estatua del ángel que hay en la fuente.

Abro mi galería y empiezo a pasar imágenes. Con la cámara de mi móvil no he sacado las mejores fotos, pero creo estar en lo cierto. La pluma diferente de la estatua está hecha con el mismo tipo de piedra que el friso.

«Acabo de descubrir algo» escribo rápidamente en el chat de Ela. «¿Nos vemos en diez minutos en la plaza?».

Responde enseguida: «Que sean quince».

Salto del asiento como si tuviera un resorte en el culo. No puedo darle muchas vueltas a qué ponerme, con llevarme el chubasquero es más que suficiente. Ahora solo chispea, aun así al llegar a la plaza me resguardo bajo los soportales del ayuntamiento para esperar a Ela. Desde ahí, veo la espalda del ángel y sus alas. La pluma distinta destaca como un faro incluso a esa distancia, quizá solo es porque ya lo sé, pero se me hace imposible entender cómo no me había dado cuenta antes.

Ela aparece en la plaza con su paraguas y echo a correr hacia ella, me meto debajo y la arrastro hacia la estatua.

—¿Qué es tan urgente? —pregunta mientras se deja llevar.

—Mira eso.

Señalo la pluma y ella la mira primero y después me mira a mí como si me hubiera vuelto loco. Puede que sea eso lo que está pasando.

—Sí, hay una pluma distinta —dice, describiendo lo evidente—. Ya lo sabíamos.

—Ahora mira esto. —Le enseño la pantalla de mi móvil, con la foto del grupo ampliada—. ¿Es el mismo tipo de piedra?

Lo observa con detenimiento, al igual que el ala. Nos acercamos todo lo que podemos al

borde de la fuente, pero es imposible asegurarlo solo con esa fotografía. Igual me he precipitado. Retrocedemos hasta el soportal, Ela cierra el paraguas sin decir nada y nos sentamos en uno de los bancos. Saca de su riñonera una bolsita de regalices, me tiende uno con expresión pensativa y no deja de mirar a la estatua.

—Vamos a recapitular —dice, muy seria—. El ángel te está pidiendo ayuda porque está perdido.

—Eso es lo que he deducido —confirmo—. La leyenda cuenta que salió del monasterio para provocar el milagro del río y que después regresó y los monjes construyeron una estatua en su honor, pero en las ruinas no quedan restos de ninguna estatua.

Ella niega con la cabeza.

—No, y esta fuente es muy posterior.

—Pero la pluma distinta parece mucho más antigua. ¿Y si fuera parte de la estatua original?

Es lo único que se me ocurre y es la idea que llevo dando vueltas desde que me he dado cuenta del tema de la piedra.

—Pues estamos jodidas —responde con una sonora carcajada—. La estatua original fue destruida, no sé si por la gente o por el paso del tiempo. Si el ángel está perdido, no tiene forma de volver, a no ser que, aparte de dibujar, también sepas esculpir.

Es evidente que no llego a tanto, y que no creo que fuera la solución.

—No fue destruida *toda* la estatua —explico—. Todavía queda esa pluma. Quizá solo necesita que la llevemos a casa. Al monasterio.

—Es como en las historias de fantasmas. —Su mirada se ilumina y se pone de pie, emocionada—. Cuando el espíritu se queda anclado a un objeto de su pasado y no es capaz de encontrar descanso.

—¡Justo eso!

Me lanzo a abrazarla por la euforia de haber dado con algo que tiene sentido. Ela se queda rígida un instante y al final noto cómo pasa su brazo libre del paraguas por detrás de mi espalda y responde a mis saltitos de felicidad.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Se separa, pero su mano sigue agarrando mi brazo—. ¿Robar esa pluma y devolverla al monasterio?

Me encojo de hombros y esbozo una sonrisa culpable.

—No es vandalismo si se trata de un sacrificio para salvar las fiestas, ¿verdad?

—Es una razón completamente justificada —tiene que reconocer—, pero no podemos hacerlo solas. Es hora de llamar a la caballería.

La caballería es «La Pandi», claro. En cuanto Ela dice en el grupo que tenemos que planear una importante misión, Juls ofrece de su casa.

—He estado aprovechando estos días de menos calor para reformar —nos explica cuando llegamos—. Todavía huele un poco a pintura, no he podido ventilar bien por la lluvia, pero no nos intoxicaremos, lo prometo.

Sus padres le han cedido parte del espacio de la planta baja, donde se ha montado una pequeña sala de estar con unos sofás, una tele y la PlayStation.

Es un viejo granero en su edificio, una casa familiar que da a dos calles distintas. Tiene pinta de que antes se guardaba aquí algún animal familiar y la cosecha. El sitio es fresco y un poco húmedo, y al entrar vemos un par de coches. La casa es muy antigua, aunque se mantiene en buena forma. En un lado hay un cúmulo de trastos y cajas, con cosas como el árbol de Navidad. Además de pintar, Juls ha instalado un par de estanterías donde tiene libros y juegos a medio colocar. Los sofás tienen unas sábanas blancas por encima para protegerlos, igual que la

televisión y el mueble sobre el que se apoya.

—Podríamos haberte ayudado a pintar —dice Ela—. Yo estaba aburrida en casa.

—No has estado tan aburrida como nos quieres hacer creer —comenta Juls con una risita maliciosa mientras mira en mi dirección—. Además, fijo que después me habrías pedido poner unas colchonetas de las tuyas o algo así.

—Se llama tatami, genio. Pues diría que aquí cabe un dos por dos buenísimo.

—Tienes una obsesión, amiga.

Nos sentamos todos en los dos sofás viejos que hay alrededor de una mesita de centro de mimbre con pinta de haber vivido mejores tiempos. Juls coge una silla de *gamer* desvencijada y se acerca al círculo.

—Bueno, ¿qué pasa?

No sé muy bien por dónde empezar. Sé que suena a locura y soy demasiado nueva en este ambiente como para permitirme este tipo de excentricidades. Todavía no tengo acumulados los *frikipuntos* suficientes. Ela y Tom me miran, notando que algo no anda bien. ¡Es que no sé cómo expresarlo!

—A ver, Aura quiere hacer una cosa y necesita nuestra ayuda —empieza Ela, intentando ayudar—. Es por lo del ángel...

En cuanto pronuncia la palabra estallan una serie de bufidos y suspiros.

—¿Todavía estás con eso? —se queja Marta.

—En serio, no pasa nada por visitar el monasterio, te estás sugestionando.

Quiero decirles que no, que sí pasó algo, que hay una presencia rondando Fuente del Ángel y que, por culpa de nuestra absurda excursión, es posible que el pueblo acabe anegado en lluvias y que sus preciosas fiestas no se puedan celebrar. Quiero decirles todo eso, pero no me atrevo, porque es posible que tengan razón y que todo esté en mi cabeza. No es la primera vez que me obsesiono con algo y quiero hablar de ello las veinticuatro horas del día, solo que esta vez, como novedad, también se ha colado en mis sueños.

—Marta, no te pases, mujer —dice Tom con seriedad—. Aura no está de coña.

—Solo digo que es muy probable que sea cosa del cambio climático, ¿vale? Entiendo que tiene que ser muy difícil cambiar de una ciudad grande al pueblo y tu cabeza se estresa. —Me mira directamente—. Te lo digo con toda la buena intención, no *hate*.

Suspiro. Ela se va a levantar a hablar por mí, pero la cojo del brazo y me levanto yo misma. Es posible que me gane el mote de «la loca» al fin, no me importa, al menos lo estoy intentando solucionar.

—Vale, puede ser, no lo niego. Solo os diré que he estado teniendo sueños con el ángel de las historias... —Levanto la mano para que me deje seguir hablando cuando veo que Marta me va a interrumpir—. La leyenda dice que caerá la miseria sobre Fuente del Ángel si no ayudamos al ángel y está lloviendo como nunca, según la gente más mayor. Y creo que ya sé cómo solucionarlo, en la estatua de la fuente de la plaza hay una pluma diferente al resto y es de la misma piedra que las del monasterio. ¡Podéis comprobarlo en las fotos! Lo único que deberíamos hacer es devolver esa pluma al monasterio para que el ángel o lo que sea esa cosa pueda volver a casa.

Todos se quedan en silencio procesando la información. Básicamente, les estoy pidiendo que me ayuden a vandalizar una escultura en un espacio público para después volver a las montañas con la más que probable compañía de la lluvia. No debería haber dicho nada, ya me estoy arrepintiendo.

—Tendría que ser de noche —dice de repente Lucía, después de lo que parecen ser décadas

de silencio.

—¿Hay cámaras en la plaza?

—No, desde que quitaron la oficina del banco de allí.

Hay unos segundos de reflexión mientras todos sopesan los pros y los contras de hacer lo que les he propuesto, hasta que al final, Pablo se alza de nuevo con voz calmada, reflexiva.

—Puede que no sirva para nada, pero si te vas a quedar más tranquila... En peores cosas nos hemos metido —sentencia asintiendo con la cabeza.

—¡Podemos hacerlo! —exclama Ela—. Es una plumita de nada, ni se notará. Y ayudaremos a Aura.

Eso es algo que no nos tragamos ninguno, pero podemos fingir que sí, por el bien de nuestro plan.

—Entonces... —empieza a recapitular Marta, sin estar convencida del todo—. Vamos esta noche, robamos la pluma, la devolvemos al monasterio, ¿y el ángel hará que deje de llover?

—Exacto —dice Ela—. ¿Estáis listos para salvar las fiestas?

Pone la mano en el medio del círculo con la palma hacia abajo. Yo soy la primera en colocar la mía, justo encima.

—Lista —afirmo.

—Listo —dice Tom, al instante.

Lucía tarda solo un segundo más en aceptar, en cuanto ve a Tom tan decidido.

—Lista.

Pablo también acerca su mano y asiente.

—Está bien, puede ser interesante —dice Marta—. Todo por salvar las fiestas. Lista.

Miramos a Juls, que está de brazos cruzados con una expresión de fastidio. Se queja, pero da un paso hacia nosotros y coloca su mano en lo alto de todas las demás.

—Os dije que no tendríamos que haber hecho esa ouija.



PUERTAS CON PINTA DE HABER SIDO VIEJAS INCLUSO ANTES DE QUE LAS COSAS EMPEZARAN A CONSIDERARSE ANTIGUAS

Me siento como en esa película vieja, Ocean's Eleven. Hemos quedado en el mirador para no estar esperándonos en la plaza con pinta sospechosa. Cuando el reloj marca las dos menos cuarto, salgo de mi habitación, vestida de negro de los pies a la cabeza. Mi madre se ha ido a la cama temprano, por suerte, así no tengo que esquivarla en el salón, ni darle explicaciones. Abro la puerta de la calle con el máximo sigilo posible y, cuando la cierro, consigo volver a respirar. En la casa de al lado, Rogers lloriquea mientras Tom también se marcha.

—Calla, chico —le pide en un susurro—. Vuelvo en un rato, ¿vale?

El perro no se queda muy contento, pero obedece y guarda silencio.

—Vamos —digo en el mismo tono bajo. Tom no me había visto y se sobresalta, pero enseguida sonrío.

—Buenas noches, ladrona.

—Sshh... —le chisto. Miro a nuestro alrededor. La calle está desierta y ahora mismo ni siquiera llueve—. Esto es muy serio.

Tom asiente con diligencia e intenta disimular su risa, pero en vez de conseguirlo, me la pega. Los demás ya están en el mirador, menos Ela, por supuesto. Incluso el gato blanco que me sigue de vez en cuando ha venido a presenciar la reunión.

El monasterio apenas se distingue entre la distancia y la oscuridad. Si el cielo estuviera despejado, quizá su piedra blanca reflejaría la luz de la luna. Ela aparece por fin. Todos nos hemos vestido de negro y todos tenemos una expresión de determinación en el rostro.

Antes de ir a nuestro destino, nos dividimos. Hay cinco calles que dan a la plaza y alguien asignado para vigilar cada una de ellas. Ela viene conmigo, será la encargada de estar atenta por si los demás dan el aviso. Aparte, tiene que vigilar que ningún vecino cotilla se asome a la ventana en el momento menos apropiado. Por suerte, la espalda del ángel da a la fachada del ayuntamiento, donde no debería haber nadie a estas horas.

El ambiente está tan silencioso que da miedo, todos los negocios cerrados y ni un alma rezagada. Ela se queda apoyada en el borde de la fuente, sujetando mis zapatillas, que acabo de quitarme para no empaparme los pies. Saco de mi mochila un par de herramientas que he traído de casa. Espero que este martillo y un destornillador plano sean suficientes para desincrustar la pluma. Está en la parte inferior del ala derecha y vista tan cerca, es imposible dudar de que está hecha con un material diferente al resto. Las líneas están desgastadas y los bordes redondeados por el paso del tiempo. Es mucho más antigua. Introduzco la punta del destornillador por debajo y golpeo despacio con el martillo. El ruido resuena por toda la plaza, acompañado por un trueno.

Empieza a llover.

El destornillador va a volver a casa listo para ir a la basura, pero la pluma se va soltando poco a poco.

—Pst —chista Ela—. Hay una luz en la casa de los Martínez.

Me quedo quieta. Es una ventana que hace esquinazo con la calle que vigila Pablo, justo encima de Los Arcos. La cortina está cerrada, mientras no se asome nadie, no nos pillarán. Sigo golpeando más fuerte. Ya llevamos aquí demasiado tiempo, las gotas de lluvia empiezan a resbalar por mis manos y por la piedra. La pluma oscila, no debe quedar mucho.

Entonces se escucha un silbido. Es Tom, la señal de que se acerca alguien.

—Date prisa.

—Lo intento —respondo en el mismo tono—. Ve a esconderte.

—¿Sin ti? ¡No!

Echo un vistazo hacia el callejón que vigila Tom. Él ha desaparecido, tal y como hemos quedado. No pueden vernos a ninguno o sospecharán, pero Ela se niega a moverse.

—¡Vete! —susurro con urgencia mientras doy un nuevo golpe. Debo terminar lo antes posible. Es mucho más factible que puedairme corriendo yo sola con la pluma que tener que explicar qué hacemos aquí.

—¡No!

Volvemos a escuchar un silbido, esta vez sin ningún disimulo y con cierta sensación de urgencia. Ela se muerde el labio con preocupación, mirando a hacia la dirección del sonido. Me pongo la capucha, para dificultar la posibilidad de reconocerme.

—¡No hay tiempo, Aura!

Aprieto los dientes y, sin pensarlo más, empiezo a darle al cincel improvisado con toda la fuerza de la que soy capaz. Un golpe, escucho voces que se acercan; dos golpes, Ela ha entrado dentro de la fuente; tres golpes.

Un buen pedazo de piedra, que contiene la incrustación del ala, se desprende y queda en mi mano. El resto del ala se resquebraja al tiempo que un relámpago cruza el cielo de la plaza.

—Mierda, mierda, mierda...

—¿Hay alguien en la estatua? —dice una de las nuevas voces.

—¡Vámonos!

Ela casi carga conmigo para hacerme reaccionar y me arrastra fuera de la fuente. Yo me dejo llevar, incapaz de desviar mi atención del pedazo de piedra. Corremos, o al menos lo parece. Me estoy raspando los pies con cada paso en el empedrado mojado. Ella me lleva cogida de la muñeca por callejuelas estrechas que no reconozco, por lugares en los que no he estado nunca, mientras el manto de lluvia lo cubre todo. De pronto, en un callejón, donde apenas caben dos personas lado a lado, pega un tirón más fuerte y desaparecemos en un portal que apenas es un agujero en una pared de roca.

Paramos a respirar. Estamos apoyadas contra una puerta de madera con pinta de haber sido vieja incluso antes de que las cosas empezaran a considerarse «antiguas». Es estrecha y bajita, el marco solo está un par de centímetros por encima de la cabeza de Ela, que está apoyada contra la madera. Tiene aspecto de no haber sido abierta en varias generaciones.

Miro hacia abajo. En algún momento de la carrera, nuestras manos han entrelazado los dedos para seguir corriendo. Ela me rodea la cintura con el otro brazo, atrayéndome hacia su cuerpo para que no me vean si alguien se asoma al callejón. No ha soltado mis zapatillas.

Estando así de cerca, puedo notar que su corazón está igual de acelerado que el mío, debe ser por la carrera... Seguro que es por eso. La miro a los ojos y me fijo en que ella me está mirando los labios. Tiene el pelo empapado y un constante goteo cae del mechón que tiene más largo en el flequillo. Trago saliva, ella hace lo mismo. Me echo hacia delante, atraída sin remedio hacia su cuerpo. El sonido de mi propio corazón me bombardea las orejas. Creo que no es por la carrera.

Su boca se entreabre para mí, sus ojos se abandonan y se cierran, todo su cuerpo se relaja como si, por fin, estuviera en un lugar seguro. Avanzo unos pocos centímetros que parecen años luz. Sería tan fácil besarla, solo apoyar mis labios sobre los suyos, podría sentir su suavidad, su ternura. Seguro que sería muy distinto de todo lo que he hecho antes, seguro que podría saborear su fragancia. Si tan solo pudiera estar segura de que...

Me dejo caer un poco más hacia delante, atraída por el irremediable embrujo que desprende.

Y la puerta detrás de Ela cruje y cede, haciéndonos perder el equilibrio. Me obliga a soltarme y a duras penas consigo sostenerme en pie con el trozo de piedra en la mano. Ela se las arregla para mantener la dignidad intacta mientras yo casi me parto la nariz.

¿El momento romántico? Destruído junto con la integridad estructural de la ridícula puerta que, además, huele a madera carcomida y moho.

—No podemos ir al monasterio hoy —susurra, asomándose para mirar el cielo y comprobar que ningún vecino ha salido a la ventana al escuchar el ruido.

Me fastidia admitirlo porque quiero terminar con el asunto del ángel de una vez por todas, pero tiene razón. Será imposible llegar hasta la montaña en estas circunstancias, además sin calzado adecuado. Ya estoy empezando a tiritar.

—¿Qué hacemos con eso? —pregunta señalando el ala de piedra.

Al fijarme, me doy cuenta de que me he llevado mucho más trozo de la estatua del que pretendía.

—Tendré que llevármela a casa...

—Siempre podemos guardarla en otro sitio mientras tanto —me sugiere.

—No... Yo os he liado para esto, es mi responsabilidad.

Veo como asiente, entendiendo. Suspiro, no sé qué hora será, pero seguro que es mucho más tarde de lo que teníamos planeado. ¿Cómo ha podido torcerse tanto la cosa? Asco de puerta.

—Tendría que irme...

Ela parece triste, igual que un náufrago que ve hundirse su barco. Me ofrece las zapatillas en silencio y solo se me ocurre pedirle que me aguante el ala del ángel, quitarme los calcetines empapados y ponerme las zapatillas tal cual. La sensación no es agradable.

—¿Me escribes cuando llegues a casa? —se atreve a pedir con un hilillo de voz.

Asiento antes de marcharme.

—Ela... —digo cuando he dado solo unos pasos en la lluvia. Al girarme, la cara se le ilumina y, de pronto, se me encoge el estómago. Doy un par de pasos hacia atrás como una cobarde —. Gracias por... no dejarme sola.

No es lo único que quiero decirle, pero es lo único que se atreve a salir de mi boca. Ella sonríe a modo de respuesta, como si supiera lo que me pasa por la cabeza. Estoy segura de que ha bajado la mirada por eso, porque si me mirase, yo tendría que decirle la verdad y no sé si estoy preparada para decirlo en voz alta.

Así que también bajo la cabeza, amordazada por mi propio cuerpo, y desaparezco en la lluvia.



LAS PESADILLAS MÁS EXTRAÑAS

Ya está.

Ya la tengo.

La pluma de piedra descansa helada en mi mano. El agua chorrea entre mis dedos mientras la pluma se derrite por el calor de mi piel y las gotas recorren mi antebrazo mientras mi carrera hacia el monasterio se hace cada vez más frenética. Tengo que parar, tengo que dejar de sudar o se derretirá del todo antes de que me dé tiempo a llegar. Me detengo bajo un árbol frondoso para refugiarme del sol y la lluvia. La pluma no se ha derretido, por suerte, la piedra sigue tan firme como en el primer momento. Me seco las manos en el pantalón y vuelvo a echar a correr todo lo rápido que me permiten mis piernas y mis pulmones.

Un trueno rasga el firmamento. Todo se oscurece. El bosque es demasiado denso, no puedo ver nada, pero tengo que seguir avanzando. Ya no queda mucho, podía ver el monasterio al final del camino, ¿me habré perdido?

La pluma pesa cada vez más, tengo que sujetarla con las dos manos, me frena. Me tropiezo con las raíces de los árboles y camino a trompicones por su culpa.

He de llegar al monasterio lo antes posible, tengo que averiguar qué quiere el ángel que haga con la pluma para que deje de estar perdido. Yo estoy perdida. Seguro que en Metro llego más deprisa. Bajo corriendo las escaleras de la estación y el tren pita, las puertas se cierran justo en mi cara y llueve. Me quedo allí en el andén y caen chorros de agua del techo sobre las vías hasta que se empapa la catenaria. El panel electrónico parpadea y cambia para indicar que el próximo tren vendrá en doce minutos. ¿Doce minutos? No puedo esperar tanto. Voy a hacer el trasbordo, eso me hará dar un rodeo, pero doce minutos es demasiado.

Los pasillos están encharcados, chapoteo sobre el agua con mis pies descalzos, he perdido las deportivas en algún momento. No las he perdido, las tiene Ela. Ela me las guarda. Me da la mano y corre a mi lado y, al notar su tacto, me doy cuenta de que ya no estoy sujetando la pluma con las dos manos. No la estoy sujetando en absoluto. ¿Dónde está?

—¿La tienes tú? —pregunto con desesperación.

—Si me besas, te lo digo —responde con una sonrisa nerviosa.

Trago saliva. Quiero besarla. ¿Aquí? ¿A toda prisa? ¿En un pasillo perdido de un trasbordo de Metro? No, algo no está bien. Viene el tren y me apresuro a subir. Cuando me giro, Ela me mira desde el andén, a través de las puertas cerradas. Tiene una mirada que grita decepción. Me lanzo hacia la puerta, golpeo el botón de abrir, pero es tarde. El tren ha arrancado. Voy a tirar de la palanca que suelta el freno de emergencia, si puedo, porque cargo la pluma con las dos manos y pesa demasiado. No puedo soltarla, la pluma es demasiado importante, pero Ela también. He tardado mucho en decidirme, el tren se mete por el túnel y se está inundando. Las luces parpadean con fuerza, hasta que se apagan.

Un segundo de oscuridad.

Dos.

Tres.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Aura... —Esa voz. De nuevo, esa voz—. Ayúdame, Aura...

Ya estoy llegando. Es la vieja carretera que pasa cerca del monasterio. Ahí está aparcado el coche de la Guardia Civil y me escondo tras los arbustos para que no me vean. Esta vez no solo estoy en un sitio que no debería estar, sino que tengo conmigo la prueba de un acto vandálico. Voy a ir a la cárcel. La gente de Fuente del Ángel me va a odiar por arruinar su ángel y sus fiestas. Ya no podré seguir viviendo en el pueblo. Eso ni siquiera me habría importado hace dos meses, y ahora...

El coche se marcha. El monasterio está oscuro y silencioso, excepto por los truenos. Algunos suenan y otros no. Son de un azul muy brillante.

Me quedo plantada en medio del patio en ruinas. Ya estoy aquí, la he traído, lo he conseguido.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Nada.

Silencio.

Llueve en silencio.

—¿Y ahora... ? —repito—. ¿Qué?



TODO EL MUNDO HABLA

No se habla de otra cosa. Ni siquiera he salido de casa, pero es lo primero que me ha transmitido mi madre al verme aparecer por la cocina, recién levantada. La noche no ha sido agradable.

—¿Te has enterado? —pregunta sin darme los buenos días—. Anoche alguien intentó romper la estatua de la plaza.

Me viene a la mente la imagen de la pluma escondida bajo mi cama, junto al destornillador mellado y el martillo. Lo dejé dentro de una bolsa de deporte, entre las cajas de mis zapatillas. Es imposible que lo haya visto y es muy difícil que lo encuentre.

—¿Cómo iba a enterarme? —Espero fingir lo bastante bien—. Me acabo de levantar.

—Lo han dicho por todos los grupos de WhatsApp en los que estoy —responde sin levantar la vista de la pantalla—. Alguno de tus amigos seguro que lo sabe.

—No somos muy madrugadores.

La verdad es que el grupo de «La Pandi» está que arde. Por supuesto, a estas alturas no es que sea la comidilla de todos los grupos de WhatsApp, es que lo sabe todo el pueblo y encima hay teorías acerca de quién ha sido. La que más se acerca a la realidad es que fueron unos adolescentes, aunque de otro pueblo. Nadie parece creer que en Fuente del Ángel haya alguien tan mezquino como para hacerle eso a la estatua, la seña de identidad del pueblo, a un día de las fiestas.

Yo, yo soy la persona mezquina, aunque tengo que decir que no fue mi intención. Me puse nerviosa, demasiadas prisas. No creo que me absolvieran por ese tecnicismo.

Las teorías son numerosas.

MARTA: Mi tía dice que estamparon un coche contra la estatua.

Lo bueno de que la gente no sepa bien qué ha pasado y aun así, todo el mundo esté informado es que, lo que parece una teoría factible, pronto degenera en interpretaciones de los hechos a la altura de una conspiración cinematográfica.

TOM: Uf, ¿qué será lo próximo? ¿Decir que fueron explosivos?

Empiezan a escalar las barbaridades.

PABLO: Eso no importa. Nos cargamos la estatua. Y no ha dejado de llover.

Pablo, siempre la voz de la razón, incluso a través de texto. Ese último añadido me da en el corazón.

AURA: No. Vosotros no habéis sido. Fue cosa mía.

Nadie escribe en los siguientes segundos y la culpa me hace dejar el móvil boca abajo en la mesa. Una mirada rápida por la ventana me confirma que, en efecto, no ha dejado de llover. Ya no es un manto consistente, pero tampoco es una llovizna agradable bajo la que no te importe hacer cosas. Supongo que hoy se podría ir al monasterio.

—La alcaldesa ha colgado un comunicado en el grupo de anuncios del ayuntamiento... —dice mi madre mirando su propio móvil mientras vagabundea por la cocina—. Dan lluvias muy intensas toda la semana, tal vez tengan que activar el estado de alarma. Probablemente, se diga hoy que se suspenden las fiestas.

—¡Pero si empiezan mañana!

—Ya... Qué lástima.

Miro por la ventana de nuevo. Tengo que ir al monasterio como sea, esto tiene que acabarse hoy. Puede que no sirva de nada, puede que solo esté en mi cabeza. O puede que sea real.

En cualquier caso, ya he iniciado este plan de locos, es demasiado tarde para echarse atrás, ¿qué voy a hacer si no? ¿Enterrar la pluma en mi jardín? Por muy tentador que suene eso, me temo que mi madre lo acabaría descubriendo tarde o temprano, en cualquiera de sus ataques de «voy a plantar mi propia comida», que suelen ocurrir bastante a menudo.

Cojo el móvil. Todavía no ha contestado nadie.

AURA: Tengo que seguir adelante. Que se rompiera la estatua fue cagada mía, así que no puedo pedirlos más. Iré al monasterio. Saldré al atardecer desde la entrada del pueblo, a las 9. Si alguien quiere acompañarme... Esperaré 5 minutos. Gracias por haberme ayudado hasta ahora.

Le doy a enviar y, acto seguido, pongo el móvil en modo «no molestar» para que no me lleguen más notificaciones. Puedo resultar un poco dramática, pero no quiero tener más pesadillas con una criatura sobrenatural que me persigue.

Vuelvo a la realidad justo a tiempo para ver dudar a mi madre. Puedo imaginarme lo que pasa dentro de su cabeza, está dudando si volver a sacar el tema de Rai.

—Aura...

—¿Qué? —contesto de malas maneras. Ella levanta las manos como si no hubiera roto un plato en su vida.

—Nada, que si querías ir a la plaza a ver la estatua y tomar algo.

No sé muy bien cómo quedó el ángel después del destrozo del cincel, solo escuché cómo la piedra caía al agua antes de salir corriendo medio en shock. No debería volver a la escena del crimen, es de primero de actos criminales, pero... tengo que comprobar el alcance de los daños.

—Está lloviendo... —digo para disimular.

—¡Apenas!

Contaba con que diría algo así, mi madre es de las personas que querían salir a dar una clase de yoga cuando el Metro estaba inundado hasta las escaleras de acceso al andén. Me hago la remolona, pero al final cedo. Ella parece complacida con la pequeña victoria, segura de que es un paso hacia la reconciliación o incluso hacia la misma aceptación de su nueva «casi pareja».

Bien, que se engañe a sí misma, nunca he sido una persona dada a reconciliarse con nadie.

Así que allí vamos, con unos paraguas y calzado que no deberíamos haber tenido que sacar hasta octubre. Hacemos casi todo el recorrido en silencio, acompañadas por la lluvia, y no vemos a nadie hasta que llegamos a la plaza. La puerta de Los Arcos está llena de gente refugiada bajo el toldillo y, en los soportales de alrededor, varias señoras han ido con las sillas plegables a sentarse para charlar. Todos miran la estatua y está claro que no hablan de otra cosa.

Al ala le falta un buen trozo. Mi madre se acerca a saludar a Herminia y sus amigas, que están en un corrillo, cerca de la calle por la que entramos.

—Ay, hija, ¿has visto? —pregunta, agarrando a mamá del brazo—. Qué sinvergüenzas.

—Ay, Herminia —responde mi madre, imitando su forma de hablar de manera inconsciente—, ¿seguro que ha sido a propósito? ¿No ha podido ser el viento y la lluvia?

Siempre ha sido una mujer optimista, le gusta ver el lado bueno de la gente. No, mamá, esta vez te equivocas.

—Es que dicen que vieron a dos salir corriendo.

Las mujeres siguen hablando y yo me distraigo con una figura encapuchada que se acerca. Es Tom, cargado con una bolsa de la tienda de ultramarinos.

—Aura —saluda al verme—. ¿Qué haces aquí?

—He salido a dar un paseo con mi madre —explico—. ¿Y tú?

Él se gira incómodo hacia la estatua y después se encoge de hombros y levanta la bolsa.

—Unos recados —dice antes de confesar la verdad—. En realidad era una excusa para ver cómo ha quedado.

Asiento. Estamos igual. Por primera vez desde que le conozco, Tom no exhibe un aire feliz y despreocupado.

—Ya... —Me alejo un poco de mi madre y las señoras y bajo el tono—. ¿Vendrás esta noche?

Tom duda y noto que esquivo mirarme a los ojos.

—No sé, Aura. Creo que ya la hemos liado demasiado, si encima nos pillan en el monasterio...

—Bueno, por eso hay que arreglarlo.

Suspira y echa a andar en dirección a su casa.

—Lo pensaré, ¿vale?

—Gracias.

Tendré que conformarme con eso. Estiro mi mano y doy un apretón a la suya. Él sonríe con tristeza y se gira.

—Nos vemos.

Le suelto y dejo que se vaya. Si este es el estado de ánimo de Tom, no me quiero imaginar el de los demás. De manera inconsciente, echo un vistazo al móvil y me encuentro con un mensaje de alguien que jamás me había hablado por privado.

MARTA: ¿Podemos hablar?

AURA: Sí, claro. Dime.

Me tiemblan las manos. ¿Será ella la encargada de decirme que estoy fuera del grupo? ¿Que ya no les caigo bien? ¿Que puedo salirme yo del chat con algo de dignidad antes de que me bloqueen?

MARTA: Te estoy viendo. Estoy en Los Arcos, en la mesa junto a la ventana. Vente.

Miro hacia allí y la veo dentro, a través del cristal empañado por la condensación. Trago saliva.

—Oye, mamá. —Me acerco a ella y deja de hablar con las señoras durante un instante—. Voy a ver a Marta, que está en el bar, ¿vale? ¿Cuando acabes de hablar me buscas?

—Claro, cariño.

Un coro de despedidas de las señoras me acompaña mientras me alejo. El interior de Los

Arcos está tan lleno como la plaza, pero Marta de algún modo se las ha apañado para quedarse ella sola con una de las mesas más cotizadas del momento. Es una pequeña, para dos o tres personas, y solo tiene un vaso delante, así que está sola. Le hago un gesto para que sepa que voy primero a la barra a pedir algo y que así no nos molesten. Pido una Coca-Cola, Enzo me la sirve enseguida con un platito de frutos secos y me dirijo a la mesa sin dilatar más el momento.

—¿Qué pasa? —saludo, intentando sonar casual.

—¿Cómo estás, Aura? —No suena muy enfadada. Más bien preocupada, como todos—. Esto es muy fuerte.

—Sí... —Miro a mi alrededor para comprobar que nadie está poniendo la oreja, pero todo el mundo está demasiado ocupado con sus propios cotilleos—. Muy fuerte. ¿Qué haces aquí?

—Estoy esperando a Luchi —explica, como si fuera evidente—. Te he visto ahí fuera con Tom y quería preguntarte algo. Me gustaría que fueras sincera.

El nudo en el estómago se afloja un poco al ver que no quiere hablar de lo que pasó anoche.

—¿Qué pasa con Tom?

—¿Te gusta o qué?

Me atraganto con el cacahuete que me acabo de meter en la boca y unas cuantas migas salen disparadas y salpican la mesa.

—No, claro que no.

Espero haber sonado lo bastante sincera. Marta enarca una ceja y me observa con detenimiento.

—Eso pensaba —dice al fin—, pero tenía mis dudas. ¿Estás segura? ¿Ni siquiera un poco? Sería muy comprensible. Es un cañón.

Levanto la comisura de la boca y vuelvo a negar con la cabeza. Es bastante directa, tengo que reconocerlo.

—¿A qué viene eso? ¿Estás por él?

Me mira a los ojos y se echa hacia atrás, con tranquilidad, mostrando un control de la situación digno de la protagonista de una serie policiaca. Tiene sangre fría.

—No estamos hablando de eso ahora —me responde cruzando los brazos—. Mi pregunta es muy válida. Tom te trajo al grupo, es tu vecino y, prácticamente, tu padrino aquí en el pueblo. Habláis muy a menudo, venís juntos a todas las quedadas y tienes una actitud bastante más cariñosa con él que con el resto.

No sé si yo definiría mi actitud con Tomy como «cariñosa», pero entiendo que desde fuera tiene que verse de otra manera. Levanto las manos para pedirle paciencia.

—A ver, creo que te estás equivocando. En primer lugar, te repito que no me gusta Tom. Es un chico estupendo, pero... no lo veo así. En segundo lugar, vamos juntos a las quedadas porque salimos de casas pegadas la una a la otra.

—Pues eso, que tenéis muchas ocasiones para estar juntos.

—¡Que no me gusta!

—¿Pero por qué?

—¡Porque no me gustan los chicos!

El silencio. A pesar del barullo de nuestro alrededor. El silencio ha ocupado un lugar en la mesa con nosotras. Marta se ha quedado lívida.

—¿Qué? Ah... Joder... Lo siento. —Si buscase «estar incómoda» en TikTok, saldría un vídeo de ella en este momento—. ¿Tú no tenías novio antes?

—Sí, pero... He descubierto que no me gustan los chicos, ¿vale? Soy lesbiana. Creo. Sí, soy lesbiana. —Marta no sabe si volver a disculparse, largarse o darme la enhorabuena. Yo tampoco

sé qué más hacer —. Y, por último, soy amable con Tom porque es el más amable de todos, así que sí, puede que yo sea más agradable con él que contigo, por ejemplo.

Nunca he tenido un momento con Tomy ni remotamente parecido al que tuve con Ela la noche anterior. Mis palabras parecen ofrecerle alguna clase de claridad y puedo ver como sus hombros se relajan y le desaparece el rictus de la boca.

—Vale, sí, esa última me la merecía —coge una patata del plato que Enzo me ha servido—. Disculpa si te he presionado para decirlo...

No creo que se disculpe sinceramente, pero yo me he sentido bien diciéndolo. Asimilar mis palabras me está causando un ligero vértigo. Es cierto, lo he dicho, lo he puesto en palabras. Cuando otorgas una palabra a algo, se convierte en real.

—Gracias por compartirlo conmigo —dice al cabo de un rato, arrepentida de su insistencia. Me giro a mirarla después de mi momento de introspección.

—¿También te gusta Tom? —decido cambiar de tema. No es la persona con la que me hubiera imaginado «salir del armario», pero se ha dado así. A menudo la vida te sorprende con la imperfección de los momentos más trascendentales.

Mi pregunta le pillará por sorpresa.

—¿Cómo que «también»? ¿A quién más le gusta? —exige saber.

Me ruborizo un poco por la intensidad repentina. Igual me estoy equivocando, aunque creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, no es posible que Marta no sepa que su amiga está pilladísima por mi vecino.

—Pues Luchi, quién va a ser.

En cuanto acabo la frase, puedo leer en su postura que se relaja del todo, estaba deseando poder hablar de ese tema con alguien más.

—El otro día en la feria medieval me pareció que intentabas juntarlos —se inclina hacia delante—. ¿Lo sabe Tom?

Pongo los ojos en blanco.

—No, qué va a saber. Cree que está malinterpretando señales y yo he insistido en que son ciertas, pero el muy inocente piensa que todavía está pillada del socorrista. Quiere esperar hasta después de las fiestas, por si se lían.

—Suponiendo que haya fiestas, claro...

—Sí, todavía está ese pequeño detalle.

Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta. Es hora de mostrar las pruebas que he estado recogiendo todo este tiempo.

—Así es como me he enterado.

Marta navega por las capturas de pantalla llenas de corazones, todas del grupo que tenemos en común.

—Vistas todas juntas, la verdad es que... Son bastante obvios.

—Así que lo admites. Luchi siente algo por Tom.

Al darse cuenta de que le he tendido una pequeña trampa, me devuelve el teléfono a regañadientes mientras farfulla un «sí».

—Dile a tu amiga que no siento nada por Tom, puede lanzarse de cabeza a por él si quiere.

—No sé si se va a atrever, es supercortada, tía.

—Se me ocurre una cosa... —digo de repente, recibiendo una iluminación divina. Me inclino hacia Marta y le susurro un plan al oído.



LA VERDAD DUELE

Al atardecer, bajo una lluvia tolerable, pero persistente, espero en la carretera de salida del pueblo, resguardada bajo unos pinos. Durante más tiempo del que dije que esperaría, pero no ha venido nadie. Tenía la esperanza de que alguno de ellos aparecería en el último momento. En el chat tampoco se ha vuelto a decir nada. Marta me ha asegurado que no están enfadados conmigo, solo asustados. Además, si no nos han pillado ya, es probable que no tengan ni idea de quién ha sido. El ayuntamiento arreglará la estatua y será una anécdota más que contar a los visitantes.

La pluma está en la mochila, envuelta en la toalla de la piscina, esa que llevo al menos una semana sin poder utilizar.

Inspiro hondo. Supongo que tendré que hacer ese camino yo sola. Espero recordarlo bien. Si me pierdo en el bosque y tienen que llamar a los servicios de emergencia, lo confesaré todo, ya está.

Sin embargo, cuando estoy a punto de irme, aparece alguien. Va con las manos en los bolsillos, la riñonera cruzada sobre el pecho y el aire despreocupado de una persona que no llega tarde bajo la lluvia.

—Ya pensé que no vendrías —digo con más alivio que reproche.

Ela sonríe. Tengo un poco de esperanza.

—Aun así, has esperado. —La que sonríe ahora soy yo. Siempre llega tarde—. Vamos, tenemos algo que devolver.

De improviso, entrelaza sus dedos con los míos y echamos a caminar por la carretera que lleva al monasterio. Su gesto me pilla desprevenida, ¿significa algo? ¿Quiere repetir lo de la puerta? Ahora tengo claro que a mí me gustaría.

Ela propone evitar el bosque a estas horas, con el suelo resbaladizo y lleno de barro. La carretera está desierta, nosotras caminamos por detrás del quitamiedos, por si pasa algún coche despistado. Eso hace que tengamos que soltarnos las manos e ir una delante de la otra. Todavía noto su contacto, su simple compañía hace que me sienta mejor, más segura. Vamos a arreglarlo todo.

A estas horas, en pleno verano, debería seguir luciendo el sol, pero con el cielo tan encapotado hay cada vez menos luz. El camino se bifurca hacia las ruinas y deja de estar asfaltado. Todavía hay espacio suficiente para que pasen los coches, por eso nos mantenemos a un lado. Por precaución, y por si resulta ser otra vez la Guardia Civil. Suscitaríamos muchas preguntas estando por aquí, con este tiempo y a estas horas. Estoy lista para esconderme de nuevo entre unos arbustos si es necesario.

No lo es, por suerte. Al fin, tras girar una curva pronunciada, las ruinas aparecen ante nosotras. La lluvia cesa de golpe y solo oímos nuestros pasos que chapotean por la hojarasca empapada. No hemos hablado en todo el camino, pero no ha sido un silencio incómodo.

Al haber ido por fuera del bosque, nos hemos ahorrado gran parte de la ruta más escarpada, aun así, llegar hasta las ruinas no resulta nada fácil. La luz es muy baja y pronto no habrá

ninguna, ni siquiera tenemos la luna para iluminarnos, porque sigue nublado aunque ya no esté lloviendo.

—Hay un viejo camino —me explica, mientras saca una pequeña linterna de su riñonera—, pero es donde más probabilidades tenemos de encontrarnos a alguien.

La luz de la linterna queda tétrica en mitad de la montaña, pero no me quejo, yo ni siquiera había pensado en traerme una. Supongo que todavía sigo siendo una chica de ciudad. La zona alrededor de las ruinas está más verde de lo que recordaba. Estos días de lluvia han hecho que las plantas estén más frondosas y todavía más asilvestradas. Las malas hierbas rodean los muros derruidos del monasterio como si quisieran engullirlos.

—¿Y ahora qué? —pregunto en voz alta, como en la pesadilla.

Y, como en la pesadilla, no recibo respuesta. Ella se planta en medio del patio y alumbra a su alrededor con la linterna, buscando algo.

—Saca la pluma, a ver qué se nos ocurre.

Apoyo la mochila en una roca húmeda y saco el fragmento de la estatua. La dejo en el suelo, al lado de Ela, y no parece pasar nada.

—No sé. ¿Ya está? —pregunto. Ella se encoge de hombros y esperamos unos segundos—. Creo que hay que hacer algo más.

—Tendríamos que haber traído la ouija.

Espero que no, porque solo la idea de volver al pueblo y regresar aquí de nuevo se me hace insoportable.

—Vamos a mirar por ahí —señalo la zona de lo que debía haber sido el interior del edificio, antes de que se quedase sin techo—. A ver si encontramos una pista.

Tenemos que ir con cuidado. Aquí las piedras resbalan y está todo lleno de escombros. Para decepción mía, resulta que el material del que están hechas esas paredes derruidas no es el mismo que el de la pluma. Sí, en la foto no se distinguía bien y aun así me dejé llevar.

—La leyenda dice que el ángel salió de dentro —recuerda Ela—. Puede que tuvieran una especie de capilla, ¿no?

Miro a mi alrededor y me encojo de hombros.

—Sí, pero es imposible diferenciar dónde estaba nada. Solo el campanario. ¿Las capillas suelen estar cerca de los campanarios?

La arquitectura religiosa se nos escapa.

—Es nuestra única pista, vamos a ver.

Nos acercamos a la torre y nos miramos la una a la otra cuando nos damos cuenta de lo que tenemos delante. Es una especie de altar muy precario, tiene que haber sido hecho con los restos de piedra de los alrededores.

—¿Esto estaba aquí el otro día? —pregunto en un susurro.

—No me acuerdo. Estaba distraída mirando otra cosa —confiesa.

Caminamos despacio hacia el altar, como si fuera una ceremonia. Ella se queda un paso por detrás y yo cojo aire antes de depositar la pluma en el medio. Pasan unos segundos. Empieza a chispear otra vez.

—¡Joder! —exclamo. Me giro furiosa y doy una patada a una piedra que sale volando y se estrella contra la pared de enfrente—. ¿Qué más quieres?

Ella tiene los hombros caídos y me mira con una expresión derrotada. Se acabó, ha sido todo una estúpida obsesión, como decían los demás. Solo eran sueños y un temporal de verano que ha aparecido en el momento más oportuno para que me crea la protagonista de una novela sobrenatural.

—Lo siento, tía...

—Estaba tan segura —respondo, conteniendo un sollozo—. Y me equivocaba en todo, la pluma ni siquiera está hecha de la misma piedra.

Saco el móvil para comprobarlo una vez más. Ahí está la foto que no he parado de mirar en las últimas horas. Hay algo que no me cuadra. Agarro la pluma y echo a correr, sin decir nada, hacia el exterior, junto al patio.

—¡Eh! —oigo gritar a Ela a mis espaldas—. ¡Aura!

Freno en seco frente al friso de la foto y Ela aparece un segundo más tarde.

—¿Qué te pasa?

—Mira —digo, sin más.

Alzo la pluma con las dos manos. Al principio no sabe de lo que estoy hablando, pero ahoga una exclamación de asombro en cuanto se da cuenta.

—Sí que era la misma piedra.

Asiento. El friso que tenemos delante, el mismo que sale en la foto, también está esculpido. No está hecho con la misma roca áspera que las paredes del monasterio, pero sí es igual que la pluma que estoy sujetando. Además, un hueco que no llegaba a salir en el encuadre de la foto llama mi atención y Ela también lo ha visto.

—¿Crees que...? —empiezo a preguntar.

Acerca su mano a la mía y entrelaza nuestros dedos. Me hace un gesto con la cabeza hacia el friso y sonrío.

—Tiene que ser ahí.

Vamos juntas. No sé si podré colocar la pluma con una sola mano, pero no pienso soltar la otra.

La lluvia sigue cayendo sobre nosotras, aunque ni siquiera la siento. Porque la pluma encaja. Encaja a la perfección en el hueco del friso. No ocurre como en las películas, no suena un clic mágico ni la pluma queda fusionada con el resto de la piedra como si hubiera estado siempre ahí. No hay nada que nos indique que esta vez sí hemos hecho lo correcto.

Entonces, cae un rayo demasiado cerca. La luz nos ciega y menos de un segundo después viene el trueno. El sonido es insoportable y la tierra vibra bajo nuestros pies. Me encojo de forma inconsciente y estoy tan aturdida que apenas siento el tirón de Ela, que sigue agarrada a mí y sale corriendo en dirección contraria.

—¿Qué ha pasado? —grito, aunque apenas puedo oír nada que no sea el desagradable pitido que el trueno ha dejado en mis oídos.

—Fuego —responde, sin dejar de correr.

Miro hacia atrás, donde ha caído el rayo. Ha sido en la arboleda que hay justo detrás del campanario en ruinas y empieza a oler a quemado. Unas llamas salen del árbol en el que ha impactado y creo que no estamos en peligro inminente, pero lo mejor será que nos alejemos, así que obligo a mis piernas a dejar de temblar y corro más deprisa. ¿Qué se hace cuando te pilla una tormenta eléctrica en campo abierto? Sé que me han salido vídeos en TikTok sobre este tema, pero no consigo recordar ninguno. La lluvia ha vuelto a apretar y disimula las lágrimas que se me escapan. No ha servido de nada, los goterones son cada vez más gordos, vamos a terminar empapadas otra vez.

Sin embargo, según nos vamos alejando del monasterio, la lluvia cesa. Hemos llegado a la carretera y ni siquiera recuerdo cómo lo hemos hecho. Ela se detiene para mirar hacia abajo, hacia el monasterio.

—Flipa —dice, casi sin aliento.

Lo que tenemos ante nosotras es un espectáculo. El rayo ha dejado un árbol completamente negro y el fuego ha chamuscado los de alrededor, pero la lluvia intensa está terminando de apagar las llamas. No ha vuelto a caer ningún trueno y, desde donde estamos, las nubes no parecen de tormenta. En cuanto se apaga el fuego, deja de llover de pronto. Esta vez sí que ha sido una de esas tormentas de verano que aprietan muy fuerte hasta que de repente se detienen y es como si no hubiera pasado nada.

Y reina el silencio durante un segundo.

—¿Crees que lo hemos conseguido? —pregunta Ela.

Estoy a punto de responder cuando una pequeña luz, como la que vi el primer día desde el mirador, me distrae, y una figura salida de la nada desaparece entre las ruinas.

—¿Has visto eso?

Ella también está mirando hacia el monasterio y frunce el ceño, forzando la vista.

—¿El qué?

—Nada —respondo—, no importa. Creo que sí lo hemos conseguido.

Sonríe y aprieta mi mano para llamar mi atención. Cuando la miro, hace un gesto con la cabeza hacia el pueblo.

—¿Vamos?

La sigo por el borde de la carretera. Según avanzamos, las nubes se van disipando y aparecen pedazos de cielo que llevaban ocultos tantas noches. Todavía no está oscuro del todo, pero pronto empezarán a verse las primeras estrellas.

Al llegar al pueblo, nos dirigimos sin pensar hacia el mirador, la luna asoma con timidez. El valle está en calma, igual que el monasterio.

—¿Qué piensas hacer ahora, salvadora de Fuente del Ángel? —pregunta, en un tono divertido—. Tendrás que celebrarlo.

—Me conformo con que no se cancelen las fiestas.

—Nos lo vamos a pasar que te cagas.

El grupo de «La Pandi» lleva un rato sonando sin parar. Echo un vistazo para ver qué pasa, aunque me lo imagino.

PABLO: Chavales, ha dejado de llover.

JULS: Habéis oído el rayo?

MARTA: Sí, ha caído cerca.

TOM: Se está despejando!!

JULS: Habéis devuelto la pluma? Ela? Aura?

MARTA: Chicas, contestad, por favor, esto es muy fuerte.

LUCÍA: Decid algo!!

Tecleo con una sonrisa en los labios. Doy al micrófono para grabar un audio y entre Ela y yo les contamos con pelos y señales lo que ha pasado. En cuanto empiezan a escucharlo, el chat se llena de «qué fuerte» y «no te creo». Se me escapa una carcajada y me doy cuenta de que Ela me está mirando, apoyada en la barandilla.

—Gracias por venir conmigo —digo, apartando la vista—. No podría haberlo hecho sola.

—Para eso están las amigas, ¿no?

Actúo sin pensar. Porque si lo hubiera pensado, no lo habría hecho. Doy un paso hacia ella, con intención de darle un abrazo, pero lo que hago es acercar mis labios a los suyos y darle un beso. Es solo un momento. Suave, firme, fugaz. Me aparto, en cuanto mi cerebro procesa lo que ha dicho y comprende ese «amigas».

—Lo siento.

Doy un paso atrás, pero ella tira de mí para que no me siga alejando.

—No, yo... Aura, yo... —balbucea, intentando encontrar las palabras—. He dicho amigas porque pensé que... Que tú no eras... Que no te gustaban las chicas.

—Y yo tampoco. Antes —confieso—. Pero creo que sí. Tú me gustas. Y yo... ¿Te gusto a ti?

Ela suspira y baja la mirada. Tengo un nudo en el estómago que no debería tener, estoy muy segura de que iba a responder que sí, excepto porque no parece alegrarse.

—Sí, Aura, tú me gustas —dice al fin, aunque no suena feliz—. Es solo que... No sé si puedo hacerlo.

—¿Por qué?

Se encoge un poco de hombros y rehúye mi mirada. Ahora es ella la que intenta soltar mi mano, y la dejo ir.

—Porque hace unos años, cuando murió mi madre, me convertí en la comidilla del pueblo —empieza a explicar. Se sienta sobre el poyete de piedra y sigue hablando sin mirarme—. Era la pobre chica huérfana que había perdido a su mamá demasiado joven. No paraban de hablar de mí, de susurrar en mi cara o a mis espaldas. En un pueblo como este, todo el mundo se conoce y a veces es bueno, pero otras... Es difícil escapar de las miradas, los reproches, los juicios... Si tu padre y mi madre están juntos, no quiero que nos convirtamos en el cotilleo de la plaza. Esas chicas que son hermanastras y están liadas, ¿te lo puedes creer? Ya casi puedo oírlo. Y encima el año que viene terminamos el instituto y puede que nos separemos y tú no crees en las relaciones a distancia, ¿no?

Cojo aire, procesando todo lo que acaba de soltar. Quizá, que ella se vaya a perseguir su sueño de las olimpiadas y yo el mío de ser ilustradora nos llevaría por caminos demasiado separados.

—Yo... No creo en las relaciones a distancia... —suelto el aire muy lentamente, cogiendo fuerzas— con Iván. No creo en las relaciones con Iván, ni con tíos en general... —Me estoy metiendo en un jardín—. No importa... Tienes razón, yo tampoco quiero que todo el pueblo hable de nosotros. Además, nos tratarán como a hermanas y, al final, probablemente nos acabemos acostumbrando a esa clase de relación. Sería muy mala idea. Mi madre parece feliz aquí, es como si siempre hubiera estado hecha para vivir en el pueblo. Si tu padre, además, está añadiendo amor a esa ecuación... No quiero arrebatarárselo, ¿sabes? Esto es lo primero que ha hecho mi madre por sí misma y... Me ha permitido conocerte a ti.

Ahora somos ambas las que nos apoyamos en la barandilla del mirador, mirando al infinito escondido dentro del paisaje de las montañas que ya me resultan familiares. Espero encontrar algo más que decir, un camino que no había visto, una luz, una esperanza. Lo que he descubierto se siente demasiado trascendente, demasiado importante, como para dejarlo pasar. Sin embargo, puedo notar cómo se escapa. Por nuestro bien.

Ela suelta un largo suspiro, deshinchando el pecho y dejando escapar todo el aire, hinchando los carrillos antes de pronunciar unas palabras que sé que van a doler.

—Me hace feliz que nos hayamos dicho la verdad, Aura. Pero... Me gustas mucho y creo que voy a necesitar un poco de espacio para poder superar eso.

Cierro los ojos. El dolor es peor de lo que había imaginado. Asiento, sin decir nada, sin atreverme a mirarle a la cara. Me arden las mejillas, el estómago se me va a salir por la boca.

—Adiós, Auri.

Un beso en la comisura del labio, suave, bañado en una sola lágrima. Y se marcha en

dirección contraria a la que nos haría estar juntas.



LO QUE TRAEN LAS FIESTAS

Al final, las fiestas no se han suspendido. Las previsiones meteorológicas cambiaron de una noche a otra, pero yo no tengo un humor muy festivo. He podido dormir solo a ratos y el único consuelo que he encontrado ha sido en mi cuaderno de bocetos, que ahora está lleno de plumas de piedra junto al rostro de Ela, que se repite una y otra y otra vez.

Ha pedido tiempo y es lo mejor, sé lo que significa, quiere que se le pase. Desapegarse. Es lógico, sus razones son de lo más comprensibles... Pero ahora pesa demasiado.

Mi madre está de un buen humor que me hace tenerle bastante rabia. Hoy es la noche de la verbena, el inicio de las fiestas, habrá un discurso y una banda enorme que tocará en directo. Me han dicho que el pueblo estará más lleno que nunca para el concierto. Incluso en el grupo de WhatsApp se respira un ambiente festivo.

Por lo que tengo entendido, también podremos disfrutar de exhibiciones de baile de los alumnos de Rai. Esa debe ser la razón por la cual mi madre está revoloteando por la casa mientras tararea una canción vintage de las que le gustan. Se ha pintado los labios de rojo, solo se pinta los labios de rojo cuando está especialmente contenta.

No ha hecho otro intento de hablar de su posible relación, siguiendo la táctica ancestral de darme espacio para que lo asimile. Calculo que en un par de días me volverá a sacar el tema. Aunque su mal disimulado entusiasmo me hace pensar que tal vez sea antes. Mejor, acabemos con esto de una vez para poder seguir adelante.

Al menos ya no está lloviendo.

—Aura, vamos, no quiero perderme el ambiente.

El ambiente es eso que los padres suelen confundir con «fiesta», para ellos son sinónimos. Es cierto que habrá mucha gente en la plaza y los bares habrán sacado barras a la calle. El escenario está montado contra la pared de la biblioteca y el ayuntamiento. Tengo entendido que la alcaldesa hará un discurso, el pregón de fiestas.

Ahora que las nubes se han ido, todavía queda algo de luz del atardecer. Las calles están abarrotadas de coches otra vez, incluso en calles como la mía, donde se suelen ver como mucho dos o tres, y hay mucha gente que no conozco de camino a la plaza. Me he dado cuenta de que en estos dos meses han acabado por sonarme las caras de los habituales, aunque no sepa sus nombres.

Mamá se para, como siempre, con todo el que se encuentra. Ella sí que se sabe sus nombres, a qué se dedican o quienes son sus padres, hijos, primos y motes. Está tan integrada aquí como si llevase diez años. Claro que, con el bombo que le dieron el año pasado al cierre del instituto, ser la nueva directora es una carta de presentación fantástica para que todo el mundo se quede con quién eres, quieran presentarse y le hablen de sus familiares adolescentes.

Miro el reloj, inquieta. A este paso voy a llegar tarde.

—Oye, mamá. —Esto de interrumpir sus conversaciones para largarme ya es una costumbre —. Me adelanto, ¿vale? He quedado con los demás.

Ella duda un instante.

—Vale... Pero ven a buscarme en un rato, ¿quieres? Estaré en una de las terrazas de la plaza.

Intento que no se me note mucho la poca gracia que me hace. Estoy segura de que va a cenar con Rai y querrá retomar *esa* conversación. Quizá sea mejor quitármelo ya de encima y aceptar lo que está pasando.

—Sí —respondo—. Hasta luego.

Echo a andar deprisa, antes de que pueda decir nada más. Esquivo puestos de comida callejera y tiendas ambulantes de juguetes de feria, hasta llegar a la plaza. Mis ojos se van directos a la estatua, la comisión de fiestas le ha colocado un par de ramos de flores en el trozo de ala roto y ahora tiene plumas de caléndulas y geranios.

La plaza principal está a rebosar, como durante todo el verano. El acceso a ella mediante vehículos está cortado y han aprovechado para sacar lo que parecen cientos de mesas a la calle. La gente se arremolina alrededor de las barras que los bares han sacado para la ocasión, ojo avizor por ver si una de las mesas se vacía. Guirnaldas de banderitas recorren el cielo, enganchadas de un lado a otro de los edificios. También han puesto luces de colores, como las de Navidad. De hecho, tienen motivos sospechosamente ambiguos y no me extrañaría verlas en invierno.

Toda la acción se concentra alrededor de un escenario, es como el que ya había para los distintos eventos de agosto, pero más grande y vestido con un buen puñado de focos y torres de altavoces. Entre tanta gente, me cuesta un poco llegar hasta el grupo, que está en el lugar de quedada de siempre, debajo de los soportales.

Todos se han arreglado más de lo habitual, el equivalente a cuando mis amigas y yo queríamos «salir». Veo incluso un poco de maquillaje, habilidad de la que todavía carezco, pero que me gustaría probar. ¿No debe ser muy diferente de pintar, no? Por supuesto, me fijo primero en Ela, que atrae mi atención como un faro. Lleva una falda larga, vaporosa, atada en la cintura y un top de tirantes azul que deja ver una fina línea de piel entre una prenda y otra. Tengo que apartar la vista.

Tom me hace señales para que me acerque, está radiante y se ha puesto una camisa de cuadros que hace que su pecho parezca un armario empotrado de dos puertas. Algo me dice que está listo para declararse esta noche.

—¿Te has puesto perfume? —le susurro bajito al llegar a su altura. Él enrojece al instante.

—¿Es demasiado? —pregunta azorado.

Niego con la cabeza y me pongo de puntillas para despeinarle un mechoncito y que no se le vea tan repeinado.

—Estás perfecto.

—Marta me ha dicho que os tengo que seguir el rollo. Dime que no vais a hacer ninguna maldad.

Respondo con una sonrisa traviesa. No es una maldad si es algo que los dos quieren hacer, pero no se atreven.

—Tienes que ir al puesto de algodón de azúcar y comprar uno azul. Es el favorito de Luchi.

—Ya lo sé.

«*Por supuesto*», pienso. Le voy empujando hacia el puesto, que está en una de las calles principales.

—Vale, pues cómpralo y Marta se encarga del resto. ¡Hazlo!

Se lo ordeno antes de que pueda rechistar, me cruzo de brazos y espero hasta que se aleja. Voy a camuflarme entre la gente, aunque en las películas eso es más fácil y queda más elegante.

Me siento como una acosadora. Marta está junto a Lucía, al otro lado de la calle. Me busca con la mirada y le hago un gesto para señalar a Tom, que ya está pagando el algodón de azúcar. Le dice algo a su amiga y la deja mirando las cosas del puesto, mientras echa a andar hacia el otro. Tom ya la ha visto y no hace falta que ella le señale dónde está Lucía. Pone los ojos en blanco, sonríe avergonzado y se dirige hacia allí.

Marta viene conmigo sin perderle de vista, me agarra del brazo y me aparta.

—Hay que seguirles —dice en voz baja, aunque con el jaleo que hay por aquí, es imposible que nos oigan—. Tienes que ser menos cantosa, tía.

Tom le tiende el algodón a Lucía y ella lo acepta al mismo tiempo que se pone roja. Es obvio que se gustan, ¿por qué no se han lanzado antes? Ese pensamiento cruza por mi cabeza justo en el momento en el que alguien más aparece junto a nosotras. Qué fácil es ver estas cosas desde fuera.

—¡Ela! —saluda Marta—. ¿Dónde vas?

—Estaba buscando... —dice, y evita mi mirada muy a propósito—. No sé, a alguien. ¿Dónde están todos?

Marta se aclara la garganta, sonríe con suficiencia y señala a la parejita.

—Los demás, no sé, nosotras estamos haciendo que esos dos se declaren de una vez.

Ela abre mucho los ojos por la sorpresa, luego nos mira y después vuelve a mirarlos a ellos con descaro. Si pretendíamos ser sutiles, estamos fracasando estrepitosamente.

—¡Llevo meses soltando indirectas para ver si se dicen algo!

Todos sabíamos lo que estaba pasando, excepto ellos, al parecer. Vamos, lo normal. Marta pone los brazos en jarras y saca pecho, orgullosa.

—Por fin va a pasar —concluye, y echa a andar tras ellos para no perderles de vista—. Venga, que queda la mejor parte.

Les seguimos, con Ela haciendo un gran esfuerzo por caminar lejos de mí, y Marta tiene que haberse dado cuenta de que pasa algo, pero no lo comenta. Nuestra misión ahora es más importante. Intento concentrarme en eso y en lo contenta que está la gente porque las fiestas no han sido canceladas. Quiero sentirme como esa heroína anónima, esa amiga y vecina que ha conseguido salvar el día sin que nadie sepa mi verdadera identidad; pero lo único que siento es un nudo en el estómago y un vacío que crece cada momento que paso cerca de Ela sin que ella me sonría.

Miro a mi alrededor, intentando comprobar que todo está en funcionamiento, debería pasar enseguida. Marta también está nerviosa, ella misma me ha asegurado esta mañana que el plan seguía adelante. Sin embargo, el riesgo de un plan que involucra más de una persona es muy alto si esa persona no eres tú.

Le hago una señal y ella se encoge de hombros. ¡Están a punto de terminarse el algodón de azúcar!

De pronto, por los altavoces de la plaza, suena una música clásica de orquesta, es la introducción al boletín de anuncios que se da de vez en cuando desde el ayuntamiento. Allá vamos.

—Por favor, el propietario del vehículo matrícula 6219TCM que lo retire de la calle Caballeros, está obstaculizando el paso.

La voz distorsionada por los megáfonos repite la misma frase un par de veces y después guarda silencio. Reconozco que no es lo que me esperaba. Esto va a salir fatal. Inicio el movimiento para girarme hacia Marta de nuevo, para pedirle explicaciones, cuando los megáfonos vuelven a sonar.

—Hay un anuncio más. Esto es una petición extraordinaria, pero después de la última semana, creo que nos viene bien un poco del espíritu festivo.

Como si nos acabasen de encender una mecha, Marta y yo corremos hacia delante mientras sacamos nuestros móviles en un gesto inconsciente. Ela se queda rezagada durante un segundo, sin entender qué está pasando, pero pronto se suma a la carrera y nos hace de ariete humano para apartar a la multitud. Conseguimos unas cuantas quejas y un sorprendente descubrimiento de que hay pocas cosas que se puedan interponer entre ella y su camino.

Llegamos donde están Tom y Luchi justo a tiempo, Marta aprieta el *play* y yo levanto un pequeño altavoz bluetooth previamente enlazado. La canción de Meg de la película de Hércules empieza a sonar, mezclada con los ruidos de la plaza y de los altavoces municipales.

—Vuestros amigos quieren deciros algo —empieza a leer la voz—. Si te han comprado un algodón de azúcar azul, le gustas. Si han compartido ese mismo algodón azul contigo, también le gustas. Por favor, daos cuenta de una vez.

Esta vez no lo repiten. Toda la plaza empieza a reírse mientras buscan a las personas del algodón azul o se señalan unos a otros. Por supuesto, son unas cuantas, pero nadie más tiene un corrillo de amigos grabando con el móvil y poniéndoles una canción romántica.

Primero nos miran a nosotras, después, entre ellos y ponen cara de no estar entendiendo nada. Honestamente, el plan tenía mucho mejor aspecto en mi cabeza. Claro que en mi cabeza no incluía el ruido externo y sí un buen sistema de sonido. Además, los tortolitos se tendrían que haber dado cuenta enseguida y en realidad tienen cara de querer matarnos, más que de formar una relación.

—¿Es coña? —pregunta Luchi a Marta—. ¿Es en serio?

Estoy a punto de salir en su defensa cuando, de la nada, aparece Pablo y Juls, guiados por Ela, y le dan un empujón a Tom.

Como siempre, él no decepciona. Le pasa el algodón de azúcar a Ela y coge las manos de Lucía.

—No, no lo es. Te prometo que no tenía ni idea de todo esto, pero ya que me han descubierto, no me voy a asustar. Luchi, eres la persona más increíble que conozco. —La cara de Tom se pone de un evidente color rojo—. Cuando estoy contigo, estoy más cómodo incluso que estando a solas y no me puedo creer que una conexión así sea posible con otra persona. Llevo mucho tiempo esperando a decirte esto porque me importas y no quería agobiarte pero... Me gustas. Mucho.

Cuando habla, ella solo tiene ojos para él y poco a poco va esbozando una sonrisa dulce y vergonzosa. No suelta sus manos y Tom espera, expectante, a que le diga algo. Lucía al final baja la vista, como si fuera incapaz de pronunciar una sola palabra si le sigue mirando.

—Tú también me gustas mucho —murmura.

Rompemos en aplausos. El resto de la gente, que ya había dejado de prestar atención al numerito, vuelve a mirar el corrillo con curiosidad.

—¡Besaos de una vez! —grita Ela.

Cuando Tom la mira se hace la despistada y me señala con un dedo acusatorio. Él vocaliza un perfecto «Ya hablaremos» sin necesidad de decir las palabras en voz alta, se gira de nuevo hacia Lucía que le está esperando y, como si no hubiera nadie más en la plaza abarrotada de gente, se besan bajo las luces de los farolillos.

—Bueno, ¿ya nos vais a dejar en paz? —pregunta Lucía en cuanto se separan.

Nos acercamos a ellos corriendo para apretujarles en un abrazo grupal.

—Es que sois muy tontos —justifica Marta—. Os gustáis desde hace siglos.

No podría estar más de acuerdo. Nos separamos mientras asiento con la cabeza como si yo también formase parte del grupo «desde hace siglos». Lo cierto es que, aunque solo ha sido un verano, ya son parte de mi vida.

Después del momento les damos un poco de intimidad y dejamos que vayan los últimos del grupo. Marta está exultante, discutiendo con Ela acerca de cuál de las dos se dio cuenta antes. Yo no hago ningún movimiento por acercarme, intentando respetar los deseos de mantener las distancias. Es un poco extraño estar en el mismo grupo porque me sale natural querer ir a hablar con ella. Espero que cuando empiece el instituto se calmen las aguas.

El inicio de las fiestas es mejor de lo que me habría podido imaginar. Con los cielos despejados y un tiempo más que amable, la alcaldesa da un discurso acerca de la resiliencia y la unidad del pueblo. Un poco típico, pero bonito al fin y al cabo. En cuanto termina, la banda se pone a tocar y, por lo visto, no pararán hasta la madrugada. Mis amigos ya están bailando, rodeados del resto de vecinos. La gente vuelve a ser feliz, y me encantaría contagiarme de esa felicidad, pero mi mirada se cruza con la de Ela durante un instante y un nudo en el estómago me dice que no es algo de lo que me vaya a contagiar esta noche.



FUEGOS ARTIFICIALES

Paso la noche pegada a Marta y Juls. Pablo se ha ido por ahí con su novia, Tom y Luchi tampoco se separan y a Ela la he perdido de vista. En un despiste, unas manos me agarran por los hombros y, al girarme, veo a Tom con una gran sonrisa.

—¿Qué? ¿Contenta?

Le doy un abrazo y él me zarandea de un lado a otro, rodeándome con sus brazos.

—Sí —miento—. Por un momento pensé que os ibais a enfadar.

—He estado a punto. —No me imagino a Tom enfadándose por algo que no sea una tremenda injusticia contra los desvalidos—. La próxima vez podéis ser más discretas.

Nos separamos y alzo una ceja.

—¿Próxima vez?

—¡Ya me entiendes! —Mira de reojo a Luchi, que se está riendo de algo que le ha dicho Marta. Tiene una carita encantadora—. ¿Y tú qué?

Aparto la vista, que se me va de forma inconsciente hacia la multitud, pero no la veo.

—¿Qué dices? —intento hacerme la loca, pero supongo que, si él y Lucía han sido lo bastante evidentes, Ela y yo tampoco hemos pasado desapercibidas.

—Vamos, no puedes hacerme esto a mí y luego rajarte. ¿Quieres que os monte un numerito?

Doy un paso atrás y mi cara de susto hace que su propio gesto se vuelva confuso. Aparte de Ela, Tom es con quien tengo más confianza, si le hubiera contado todo esto antes... Quizá habría servido para aclararme o, por lo menos, para desahogarme. Ahora le tengo que explicar demasiadas cosas. Y, si Ela quiere guardar las distancias y él tiene que elegir con quién pasar más tiempo, seguro que su vecina, la chica de ciudad, no va a ser prioridad sobre su mejor amiga de toda la vida.

—No, por favor —pido en un susurro, que no creo que alcance a escuchar entre todo el jaleo.

—Aura... —Se acerca a mí con las manos en alto—. ¿He dicho algo malo?

—No te preocupes —intento arreglarlo y hago un gran esfuerzo porque no se me llenen los ojos de lágrimas—. Ya te lo contaré todo, ¿vale?

Echo a correr entre la gente antes de que le dé tiempo a reaccionar. No quiero arruinarle la fiesta ni el buen humor. Será mejor que me quede al margen, como está haciendo Ela. Sin querer, he vuelto a buscarla, pero no está por ninguna parte. Aquí hay un montón de personas que no conozco, y las calles, que ya empiezo a conocer como la palma de mi mano, parecen distintas, tan abarrotadas, con todos estos puestos y la decoración festiva. Me he desorientado por completo y ahora no sé volver a la plaza, ni siquiera llegar a casa.

Respiro hondo. El pueblo no es tan grande, es imposible que me pierda. Giraré un par de calles más y seguro que logro averiguar dónde estoy. Entonces, alguien me da un toque en la espalda. Me vuelvo con ilusión, esperando que sea ella. Pero solo es mi madre.

—¡Auryn! —exclama, y me arrastra hacia la mesa en la que estaba sentada, en el chiringuito

que ha montado una de las peñas—. Siéntate, ¿quieres algo?

Pido permiso para coger una silla que los de la mesa de al lado no están usando y me siento, mientras mi madre levanta la mano para llamar la atención de un camarero.

—Esto... ¿Una Coca-Cola?

El muchacho que debe tener un par de años más que yo, asiente y se va a por ella. Mi madre da un trago a su cerveza, y mira nerviosa calle arriba.

—Ya he visto la que habéis montado en la plaza —comenta, volviendo a prestarme atención—. Ha sido muy romántico.

—Bueno, habría sido más romántico que lo hubiera organizado el propio Tom —discrepo—, pero el muy inocente pensaba que Lucía iba a rechazarle.

Ella suelta una carcajada.

—No me puedo creer que ese chico tenga baja autoestima en ningún aspecto de su vida.

—Yo tampoco.

Ni nadie, en realidad. Tom podría ser de esa clase de chico que tiene lo que quiere cuando lo quiere, ser soberbio y egocéntrico; pero como no lo es, parece todavía más tierno y encantador.

—¿Por eso estás tan tristona últimamente?

Me mira con un poco de lástima y yo me quedo en blanco por un instante, hasta que me doy cuenta de que ella siempre ha pensado que Tom me gustaba.

—¿Qué? —exclamo—. ¡Ah, no! Tom no me gusta, mamá.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Es tan cierto que, por un lado, siento un alivio inmenso al poder reconocerme a mí misma lo que me ha estado pasando todo este tiempo. No me gustan los chicos, soy lesbiana. Sé que cuando se lo cuente a mamá me entenderá y me apoyará. Solo siento una punzada de dolor al pensar que no será con Ela.

—Entonces... —empieza a decir—. ¿Qué está pasando, cariño?

Cojo aire y doy un largo trago a la Coca-Cola que el camarero acaba de plantarme delante.

—Es por lo de Rai —reconozco.

Ella arruga un poco la nariz. Es el gesto que hace cuando ambas hemos estado evitando hablar de un tema y al final nos estalla en la cara.

—No pensaba que te lo fueras a tomar a mal.

Se la ve agobiada. Debe gustarle de verdad. Vaya mierda.

—Hemos vivido muchos cambios últimamente —me excuso, y al final dejo caer los hombros, rindiéndome ante lo evidente—, pero me he portado como una cría y lo siento. Solo quiero que seas feliz, mamá.

Ella sonrío y estira la mano sobre la mesa para estrechar la mía.

—Lo mismo digo, cielo. Pero si tanto te preocupaba, al final hemos decidido ser solo amigos.

Las últimas palabras hacen que me atragante con mi propia saliva.

—Espera, ¿qué? ¿Por qué?

—A veces las relaciones son más complicadas de lo que parecen.

—¡Pero si tenéis mucha química!

De pronto, es como si me molestase que no sean pareja.

—Bueno, Auryn, no quería decírtelo porque te pones muy vergonzosa con estos temas, pero nos acostamos y no terminamos de... encajar. Y yo le doy bastante importancia a esa parte de una relación de pareja, ¿sabes?

Ya está. La imagen de mi madre acostándose con un hombre me ha arruinado definitivamente la vida. Por fin lo ha conseguido.

—¡Mamá! —exclamo—. No hacía falta dar detalles.

—Apenas he dicho nada —responde con una risita burlona, y da un trago distraído a su cerveza—, pero si los quieres...

—No —respondo con una seriedad mortal.

Debería cambiar de tema deprisa, si seguimos por aquí me lo terminará contando y tendré que ponerme a gritar muy alto para no escucharla. Eso sí que destruiría mi pequeña reputación aquí. Entonces, una voz masculina viene a mi rescate.

—¿Esta es la famosa Aura? —pregunta con una sonrisa, y me tiende la mano—. Encantado, soy Manuel.

Le saludo, perpleja. Me acaba de decir que hace apenas unos días decidió no continuar su relación con Rai, y ya está conociendo a alguien más. Lo cierto es que a mi madre siempre se le ha dado muy bien gestionar el apego emocional.

—Voy al baño —dice antes de sentarse—. ¿Me pides una cerveza?

Mi madre asiente y, mientras se aleja, le mira el culo con un descaro que me habría gustado pasar por alto.

—¿Ahora estás saliendo... con él?

Se lo piensa unos segundos antes de decirme nada y al final responde con su habitual tono despreocupado.

—Ya veremos. Hemos quedado un par de veces y de momento solo buscamos pasar un buen rato.

No quiero que me instruya sobre lo que hace o no hace con sus novios en la cama, pero sí necesito su consejo para todo lo demás.

—¿Cómo es que... no te da miedo intentar algo con alguien si no estás segura de que vaya a salir bien?

Ella me dirige una de sus miradas llenas de ternura.

—Porque nunca puedes estar segura de que vaya a salir bien, cielo —suspira—. La vida da muchas vueltas y las cosas cambian. Puedes estar al lado de una persona durante años y que, de pronto, sea mejor para ambos separar caminos. Como me pasó con tu padre, y no me arrepiento ni un segundo de lo que vivimos juntos, sino de lo contrario. Me arrepiento mucho más de las cosas que no me atreví a hacer. Lo importante es ser sincero con uno mismo y con la gente que te importa en este mismo momento. Y si no termina de funcionar... que te quiten lo *bailao*, nena.

Me dejo caer sobre el respaldo de la silla, pensativa. Y, de pronto, me doy cuenta de que tiene razón. Un millón de pensamientos explotan en mi cabeza, mezclados con los recuerdos de mi madre riéndose con Rai, tonteando con Rai y poniendo ojitos a Rai... No ha durado ni un verano, pero han sido felices.

Estaba dejando pasar la oportunidad de estar con Ela porque nuestros padres estaban liados, pero ya no lo están. Ella pensaba (y yo también) que no me gustaban las chicas y he descubierto que sí. El año que viene cada una tendremos que ir por nuestro lado y quizá, solo quizá, nuestra relación no sobreviva a la distancia. Esa es la única excusa que nos separa ahora. Se me escapa una risita nerviosa.

Vaya mierda de excusa.

—Aura —dice mi madre, sacándome de mis pensamientos—. ¿Va todo bien?

—Sí... No... Yo... Tengo que irme.

Me levanto de golpe, tan rápido que tiro la silla hacia atrás. Mi madre hace ademán de

agarrar mi mano, pero no puedo quedarme. Balbuceo una disculpa y echo a correr.

La gente se transforma en un borrón, sacudido por la música y los bailes, mientras intento evitarlos a todos. En mi carrera, paso al lado de la estatua del ángel y no puedo evitar mirar por el rabillo del ojo a la figura de piedra. Tal vez sea mi imaginación, probablemente solo es mi imaginación, pero me parece que el viento se levanta y me impulsa desde atrás. Se desprenden un par de pétalos de una de las flores del ramo de sus alas y salen volando conmigo, señalando el camino.

Mis pies se elevan y no corro, vuelo yo también. Creo que sé dónde está porque es el sitio donde yo también iría, el lugar en el que llevo pensando toda la tarde.

Como si me despertara de un sueño, salgo de la multitud de gente para emerger delante del mirador. Está sorprendentemente tranquilo, alejado del jolgorio de la plaza y adornado con luces en la barandilla y con la chica más guapa del mundo apoyada de forma melancólica en ella. Cojo aire para recuperarme y sonrío.

Como si alguien la hubiera avisado, Ela se gira. Entonces me ve y baja la cabeza avergonzada por estar allí sola, abandonándose a pensamientos poco festivos en un día como este. Yo hubiera hecho lo mismo.

Avanzo un par de pasos. Ela cambia su expresión, mi cara de boba debe ser tan evidente que le está haciendo cuestionarse qué narices está pasando.

—Aura... Si querías estar sola me vuelvo yo. Estaba mirando el monasterio...

Llego a su lado y la poca distancia que nos separa se me hace insoportable. No sé si voy a saber hablar, quiero decir demasiadas cosas y todas a la vez. El futuro se me acumula en los labios en un torrente incontenible.

—No, no te vayas —jadeó por el esfuerzo de cruzarme medio pueblo corriendo. Alargo la mano y le acaricio los dedos emitiendo una suave invitación silenciosa—. Me he estado equivocando, Ela.

Noto como ella duda, piensa en retirar la mano, incluso hace una pequeña flexión.

—No te vayas —repito. Mi tono consigue llamar su atención. No es una súplica, es un titular, algo que lleva una continuación, una noticia que quiere escuchar.

Se muestra cautelosa, aun así, mi sonrisa se le contagia de forma involuntaria.

—¿Qué pasa?

—Lo han dejado —explico. Ella me mira sin entender—. Mi madre... ha intentado contarme de la forma más bochornosa posible que ella y tu padre ya no están juntos.

Sus ojos se abren mientras asimila mis palabras.

—¿Va en serio?

—¡Claro!

Me acerco un poco más, pero Ela duda.

—¿Y qué pasará el año que viene? —pregunta—. Cuando nos vayamos lejos y dejemos de vernos cada día.

Un silbido y un estallido dan inicio a los fuegos artificiales preparados para esta noche de fiestas. La cara de Ela se ilumina de verde durante un breve momento. Ninguna levantamos la vista para observar las formas que toman las luces en el cielo. Somos presas la una de la otra.

—¿Vamos a sacrificar la oportunidad de estar juntas todo este año solo por un «puede»? Yo tengo claro lo que quiero. Por fin. Y además, tengo una lista de razones.

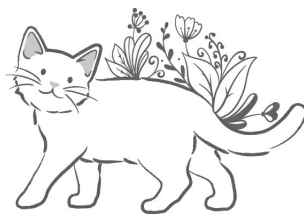
—¿Para qué?

—Para volver aquí.

Me lanzo a sus labios y hago todo lo que debería haber hecho hace días. Por primera vez, un

beso se siente bien, se siente correcto, se siente como todo lo que se supone que un beso debe hacerte sentir. Ela me rodea la cintura y me pega más a su cuerpo, al tiempo que yo le rodeo el cuello con mis brazos, profundizando en el momento. Suelta un pequeño suspiro y me tiemblan las piernas.

Pues sí, sus labios eran tan suaves como me los había imaginado.



EPÍLOGO

He obligado a mi madre a salir de casa diez minutos antes que yo. Porque una cosa es aceptar que vamos a pasar juntas toda la jornada escolar (que para ella es jornada laboral) y otra muy distinta sería permitir que hiciésemos el camino al instituto juntas.

Termino de recoger mi habitación para hacer tiempo y allí está mi *bullet journal*, al que he hecho poco caso durante el verano, pero la *mood tracker* sí está coloreada. No sé de qué me sorprende al encontrar tanto amarillo, que según mi código de colores significa «alegre», y también hay fucsia (emocionante) y azul (tranquilo). El cuadradito gris aburrido apenas aparece y eso me hace sonreír.

Antes de marcharme, oigo un maullido lastimero que viene del patio. Estiro el cuello para echar un vistazo por la ventana y allí me encuentro al blanquito de siempre. Dejo el cuaderno en mi escritorio y bajo al patio a echarle una mano. Desde el día que fuimos a devolver la pluma al monasterio se ha estado colando y luego no sabe salir. O finge que no sabe para que le dé una lonchita de pavo y le abra la puerta de casa. A veces, incluso le dejamos quedarse un rato tumbado en el sofá. Hoy no tengo tiempo, así que le levanto para posarle sobre el murete en el que suelen tomar el sol el resto de gatos y él se deja coger. Estoy a punto de salir corriendo cuando un remolino de colores llama mi atención. Todavía no me acostumbro al enorme mural que tengo a medias, aunque va cogiendo forma poco a poco. Es una panorámica del mirador del pueblo, el que da al valle con el monasterio. De espaldas, apoyada en la barandilla, hay una chica que podría o no ser yo, tampoco hace falta entrar en detalles. Y, como traídas por el viento, flotan lo que pueden parecer hojas, pero en realidad son plumas blancas. Estoy muy orgullosa de la composición y tengo unas ganas enormes de verlo acabado.

Las campanas de la iglesia repican, lo que me recuerda que ya me he entretenido demasiado. Esta distracción va a ser útil para darle a mamá la ventaja que necesita, aunque de todos modos camino despacio, que no me fío. Seguro que se detiene a hablar con alguna vecina y me la termino encontrando por el camino. Igual tengo que ser yo la que salga antes para evitar esa circunstancia, pero si hago eso me va a tocar esperar a mi novia demasiado rato en la puerta del instituto.

Mi novia.

Ahora mismo no le doy importancia a que me haga esperar, luego en diciembre con las nevadas ya veremos si no prefiero hacerlo sentada en mi pupitre, lo más cerca posible del radiador. Me han prometido el invierno más frío que haya conocido en mi vida. Intenté aferrarme a la idea de que me estuvieran vacilando, pero Tom me miró fijamente a los ojos y me aseguró que se me iba a pelar el culo. De cualquier otro no, pero sé que en él puedo confiar, así que ya estoy calculando la cantidad de forros polares que me puedo poner unos encima de otros sin que me limiten la movilidad.

En fin, sobreviviré, igual que he sobrevivido al verano.

A estas horas, las calles del pueblo tienen mucha más actividad de la que esperaba. Aunque

hay gente que se ha vuelto a la ciudad y niños que han dejado de estar a cargo de sus abuelos, todavía quedan habitantes en el pueblo que trabajan aquí, en el balneario o en poblaciones lo bastante cercanas como para poder ir y volver en coche a diario.

La señora Herminia me sonrío cuando paso por delante de su casa. Ahí está, barriendo su felpudo. Como dice ella, para mantener su pedacito de calle limpio, aunque todos sabemos que lo hace para no perderse ni un detalle de quién viene y quién va.

—Mira la Brochita, ¿no vas a coger frío con esa camisetilla? —dice a modo de saludo.

—¿Brochita?

Me sorprende al escuchar esa palabra dicha con *ese tono*. Ese tono que usa cuando menciona el mote de alguien. Si Herminia lo usa para hablar de mí por ahí, seguro que se le pega al resto del pueblo. Ella es la máxima figura de autoridad en estas situaciones, aunque no puedo quejarme. «La Brochas», mi mote. Es realista y faltón al mismo tiempo. Perfecto.

—Ay, niña, es que me enseñó tu madre el otro día ese mural tan bonito —dice la mujer, señalando el muro de mi casa—. Y la María Manuela no para de presumir de que haces unos retratos muy buenos, a ver si me dibujas uno, ¿eh?

Me río solo de imaginar a Herminia con un estilo *cartoon*, igual si caricaturizo demasiado sus rasgos se enfada. Debo practicar algo más el realismo, quizá sea una buena oportunidad.

—Cuando usted quiera, Herminia.

—Ea, ¿pero no vas a volver a por la rebequita?

—No se preocupe, voy bien.

Ella meneaba la cabeza de un lado a otro.

—Bueno, que en esta época ya empieza a refrescar, ¿eh?

—Lo tendré en cuenta.

Se queda satisfecha con su advertencia y me hace pensar que debería hacerle caso a la más sabia del pueblo. Mañana me acordaré de llevarme una sudadera.

En la plaza, un grupo de señores fuman en la puerta de Los Arcos mientras esperan a que llegue Enzo, cargado con una bandeja llena de tazas de café humeantes. Va repartiendo varios al anuncio de «¿Descafeinado? ¿Cortado? ¿Con leche?», y cada uno coge el suyo, aunque el chico ya sabe de antemano cuál es para quién. Le hago un gesto de saludo y él me responde con ese aire de hastío que le acompaña de forma permanente.

Entonces paso por delante de la estatua, que vuelve a estar en perfectas condiciones tras las reparaciones de emergencia que autorizó el ayuntamiento. Su ala ya no tiene una pluma distinta, sino un buen pedazo. El que yo me llevé, claro. No sé de dónde han sacado la piedra esta vez, solo espero que no se les haya ocurrido ir a buscarla al monasterio. El caso es que vuelve a estar completo, bello y majestuoso, vigilante y protector del pueblo.

Todo lo que pasó antes de las fiestas ahora parece un sueño lejano, recuerdos borrosos en mi memoria, de una época confusa que me ayudó a descubrir quién era. A lo mejor el ángel no estaba perdido, a lo mejor lo estaba yo. Sonríó al pensarlo y me pregunto si todo eso fue real o fruto de mi imaginación desbocada. Ahora suena como una locura, una superstición tonta, pero en su momento parecía tan... auténtica.

Me meto por la calle que lleva al instituto. Dejo la plaza atrás y, con ella, la fuente del ángel. El móvil vibra en mi bolsillo, es el grupo de mis amigas de Madrid. Ellas también empiezan hoy las clases y me desean suerte. Sonríó y respondo con stickers que reflejan mis nervios y la extraña emoción que traigo conmigo. A principios del verano, pensaba que este día estaría cargado de pesimismo. Iván también me habló hace unos días. Supongo que lo hizo a raíz de ver mi nueva foto de perfil, esa en la que sale Ela apretujándose el moflete contra sus labios. Le

expliqué todo, se lo debía... Y lo entendió. Además, anoche también subió una *storie* a Instagram con una chica nueva, desde luego, no está perdiendo el tiempo. Si el año que viene coincidimos en la universidad, hemos quedado en seguir viéndonos como amigos.

Al fondo de la calle, aparece la verja del instituto. Es un antiguo caserón de varias plantas, con la fachada de roca caliza y un tejado rojizo que combina con el resto del pueblo. Ya están allí Tom y Luchi, besándose con una ternura que va a levantar más de una envidia. Cuando me ven llegar, paran, y por suerte enseguida aparece Marta y no me siento una completa sujetavelas.

—Eh, chica de ciudad —me saluda mi vecino. No hemos venido juntos porque el muy moñas ha ido a buscar a su novia antes de venir al instituto—. ¿No te has perdido por el camino?

—No —respondo con chulería madrileña—. Las cagarrutas de cabra montesa me han guiado bien hasta aquí.

El autocar que trae a los compañeros de otros pueblos aparca en la puerta y Ana se baja y viene hacia nosotros dando saltitos. Enseguida se nos unen Pablo y Juls, el primero con una amplia sonrisa al ver a su chica, el segundo como si le estuviesen metiendo en el corredor de la muerte.

—Venga, tío —le anima Tom—. Que solo te queda un año.

—Y qué año —se queja el otro—. Ya echo de menos las vacaciones.

—Bueno, ¿entramos o qué? —dice Marta—. Nos van a quitar los mejores sitios.

Echo un vistazo hacia un lado y otro de la calle, buscándola. Llega tarde, como era de esperar.

—Adelantaos si queréis —ofrezco—. Yo me quedo a esperar a Ela.

—¿Seguro? —pregunta Lucía.

—Anda, vamos —responde Juls, empujando al resto—. Lo que quiere es estar un rato a solas con ella para morrearle a gusto.

Le saco el dedo corazón, pero no puedo contener una carcajada. Los demás también se ríen y van entrando al instituto mientras yo me quedo pasando un vídeo de TikTok tras otro, en lo que espero.

—¿Qué hace una chica como tú en un pueblucho como este? —pregunta una voz conocida muy cerca de mi oreja.

Me sobresalto. Estaba tan concentrada en el gatito ladrón de salchichas de mi pantalla que no la he oído llegar.

—Esperar a mi novia —respondo con retintín—. ¿No la habrás visto?

—¿La tía más alucinante del instituto? —pregunta, fingiendo que busca a alguien entre la gente—. Ah, no, que esa eres tú.

Niego con la cabeza y poso un suave beso en sus labios, aunque antes de que pueda alejarme, me atrae hacia ella y vuelve a besarme con más ganas.

—Vamos, anda —cojo su mano y tiro hacia el interior del instituto—. No querrás llegar tarde el primer día.

—No pasa nada, tengo enchufe con la nueva directora.

Pongo los ojos en blanco mientras entramos al edificio por una rampa que da a las puertas principales. Por nuestro lado pasan numerosos alumnos de todos los cursos y varios adultos que deben ser los profesores. El interior del edificio también es antiguo, con un suelo de baldosas muy feas y las paredes pintadas de un amarillo que ha visto días mejores. Mi madre tiene muchos planes para reformarlo y poco presupuesto, pero no va a parar hasta que lo consiga, la conozco bien.

El pasillo principal está lleno de taquillas a ambos lados y puertas con un cristal al ácido

sobre el que están grabados números consecutivos. Cerca de la última esperan nuestros amigos. Nos vamos acercando a ellos a paso lento, como si quisiéramos recordar cada instante de ese camino que nos lleva al comienzo del curso.

—¿Y bien? —pregunta Ela—. ¿Preparada?

Sus dedos están entrelazados con los míos y su sonrisa traviesa se me contagia.

—Creo que sí. Va a ser diferente a lo que esperaba.

Diferente porque ya no tengo tantas ganas de que se acabe el curso. Porque ya no tengo prisa por volver a la ciudad. Porque ahora tengo razones para regresar a Madrid y... también para regresar aquí.

Un sitio en el que me siento... feliz.

—¿Diferente... mejor?

Asiento y vuelvo a dirigir la vista hacia «La Pandi». Estrecho su mano con fuerza y sigo dando un paso tras otro hacia los demás.

—Mejor. Mucho mejor.

Otros títulos



¡Maldito Apocalipsis!

Tracia C. Mercurio

Para estar en mitad de un Apocalipsis zombie, Gabriel era un chico con suerte. Al menos hasta que la soledad le impulsa a responder a una llamada de socorro que cambiará su vida más que los propios zombies.

Maldito Apocalipsis es una vuelta de tuerca al género zombi a través de la comedia. Una novela ambientada en Madrid con mucho (muchísimo) humor negro:

¡Buffet libre de cerebros!



Estrellas de Neón

Tracia C. Mercurio

Uno de los pocos humanos que quedan en la Unión Planetaria, decide contratar a una compañía de mercenarios espaciales para ayudarle a perseguir una pista que le permitirá probar lo imposible: La existencia del planeta Tierra.

Así empieza esta particular visión del género space opera. Una historia con tintes de comedia y fantasía, que le da la vuelta a los clichés de las razas fantásticas y las historias sobre el espacio exterior.



Nuevadrid

Tracia C. Mercurio

Desde el principio de los tiempos, la Tierra ha sido una reserva natural secreta para que la frágil especie humana pudiese sobrevivir. Los agentes de la Agencia de Conservación son alienígenas mestizos infiltrados entre los humanos y trabajan en las sombras para asegurarse de que el frágil ecosistema del planeta no se vea alterado por elementos externos. Cloyo, una detective veterana, deberá averiguar de dónde procede esta nueva amenaza, reclutando a viejos aliados y cuestionando los cimientos de su propia existencia.